



se

EL REY DE ANDORRA

MIGUEL IZU



Lectulandia

Un profesor de Historia, antiguo guardia civil jubilado por invalidez a causa de un atentado terrorista, aparece muerto en extrañas circunstancias en La Seu d'Urgell, a donde había viajado para documentarse. Su mujer y su abogado acuden a la ciudad y son informados de que podría tratarse de un homicidio. A partir de ese inicio se desarrollan varias tramas que, como en una matrioshka, se contienen cada una dentro de otra. La búsqueda del difunto profesor sobre la verdadera historia del efímero rey de Andorra, el supuesto aristócrata ruso que en 1934 se proclamó soberano de ese país pirenaico; la indagación que realiza el abogado y amigo del fallecido para conocer cómo sus averiguaciones sobre el rey de Andorra y los inesperados hechos que fue descubriendo, contenidos en un ordenador portátil desaparecido, le pudieron acarrear la muerte; y la investigación oficial, que hace recaer las sospechas de asesinato sobre las personas del entorno inmediato de la víctima.

La historia de España y de Europa durante el siglo xx, la pasión por la verdad, los obstáculos y peligros que conlleva su persecución, la falsificación histórica, la memoria y el olvido, se van trenzando en una trama que nos conduce a una imprevisible conclusión.

Lectulandia

Miguel Izu

El rey de Andorra

ePub r1.0

Titivillus 31.01.2019

Miguel Izu, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com



Este libro contiene principalmente una historia de ficción. Cualquier parecido de sus protagonistas con personas reales es mera coincidencia. No obstante, las transcripciones y traducciones de artículos de prensa, así como las citas bibliográficas, se ajustan estrictamente a la realidad.

Agradezco al Dr. Gerhard Lang-Valchs que me proporcionara un ejemplar de su obra entonces inédita *Boris von Skossyreff. Rey de los andorranos, agente de los alemanes*. Igualmente he de agradecer la colaboración prestada por el Arxiu Nacional d'Andorra y por la Biblioteca Nacional d'Andorra para facilitar mis investigaciones.

PRIMERO
Ignacio ha muerto

1

No somos capaces de recordar la mayor parte de los momentos de nuestra vida, nuestra memoria es fugaz, pero hay algunos que se nos quedan grabados, como me sucede a mí con aquel miércoles de junio, aunque Ignacio me diría que, a menudo, los recuerdos son traidores. Recuerdo bien que eran más de las diez y media de la noche cuando sonó el teléfono. Yo estaba tumbado en el sofá leyendo una novela de John Le Carré, disfrutando de uno de los pocos momentos tranquilos de un día que había sido muy ajetreado. No me gusta que me llamen a esas horas. Yo jamás llamo a nadie más tarde de las nueve o las diez, salvo por una emergencia. Si me llaman tan tarde me pongo en lo peor, como mínimo pienso que alguien ha tenido un accidente o que alguien ha muerto. Me pasaba sobre todo si me llamaba alguno de mis hermanos en los últimos años de vida de mi madre. Cuando veía en la pantalla del teléfono que era uno de ellos me sobresaltaba, daba por hecho que se había producido lo que estábamos temiendo y esperando, el agravamiento de su enfermedad y, probablemente, su muerte. En realidad, cuando sucedió no hubo ninguna llamada. Estábamos reunidos todos, celebrábamos el cumpleaños de mi hermana Susana, y le dio un ataque repentino. Murió en la ambulancia.

Esa vez no llamaba nadie de mi familia. El número que aparecía en la pantalla me era desconocido, en todo caso no estaba memorizado en la agenda de mi teléfono. Contesté con bastante aprensión y molesto por ser interrumpido en mi descanso y tener que dejar la lectura.

—¿Diga? —me salió un tono demasiado malhumorado, pensé al mismo tiempo que lo decía.

—Hola, soy Maite —me respondió una voz muy conocida que me hizo mudar el malhumor por alarma. Además de no ser habitual que me llamara a aquellas horas y desde un número desconocido, sonaba muy desgarrada.

—¡Hola! Oye, ¿estás bien?

—No. Ignacio ha muerto.

—¿Cómo? —exclamé, tratando de dar sentido a aquella frase—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Parece que... quizás un accidente, me dicen. Me han llamado... estaba de viaje —hablaba de forma atropellada—. Me han llamado de Seo de Urgel. Ignacio estaba allí, pasando unos días, cuando ha sufrido... lo que sea. Tengo que ir...

—¿Dónde estás tú? —le interrumpí, deseando poner las ideas en orden.

—Aquí, en Pamplona. En casa de una amiga que vive en Mendebaldea. Me he enterado aquí, íbamos a cenar y me han llamado al móvil, hace un rato. Te llamo desde su teléfono porque el mío se ha quedado sin batería.

—¿Quién te llamó?

—Alguien de la policía catalana, de los Mozos de Escuadra —la voz de Maite iba sonando un poco más calmada.

—¿Y qué te dijo?

—Que si era la esposa de Ignacio Villanueva, y que tenía una mala noticia. Que había sufrido un accidente. Cuando le pregunté cómo estaba me dijo que había fallecido. Que estaban investigando los hechos pero que podía tratarse de un accidente, que había caído desde una altura, desde un cuarto piso, y que había sufrido lesiones muy graves.

—¿Y qué hacía Ignacio en...? ¿Dónde me has dicho que estaba? ¿Seo de Urgel? Eso es Lérida, ¿no?

—Sí. Bueno, ahora le dicen La Seu d'Urgell, o algo así, en catalán. —Maite y yo fuimos al colegio cuando los nombres geográficos todavía se estudiaban siempre en castellano—. Había ido a investigar para uno de sus libros, o uno de sus artículos, no sé. A la Seo de Urgel y también a Andorra, que está al lado. Iba a ver unos archivos, y alguna biblioteca de por allí.

—¿Y fue él solo?

—Sí, él había podido coger unos días de vacaciones en el instituto esta semana, se los debían y sus alumnos ya han hecho la Selectividad y los exámenes, en cambio yo tengo que trabajar, no tengo vacaciones hasta agosto. Así que fue solo.

—¿Y qué más te han dicho?

—Que está en el Instituto de Medicina Legal de Lérida, quiero decir Lérida capital, y que si puedo ir a reconocerle, a hacerme cargo de sus cosas y a hacer algunos trámites más. Necesito que me acompañes.

—Claro, claro —dije mecánicamente. Maite e Ignacio, por ese orden, eran dos de mis mejores amigos. No podía ni quería negarme—. ¿Cuándo?

—Cuanto antes. Mañana por la mañana.

—Por supuesto. ¿Cómo has pensado ir?

—En el coche de Ana. Se ha ofrecido a conducir. —Ana es la hermana mayor de Maite, yo la conozco también desde hace muchos años aunque mantenemos una relación más superficial—. Yo no tengo coche, se lo llevó Ignacio, y no estoy... mejor que no conduzca yo. En coche es lo más práctico, son poco más de tres horas, en cambio no hay buena combinación de tren para ir hasta allí.

Empecé a hacerme el mapa en la cabeza. Nunca había estado en Seo de Urgel, pero sabía más o menos por dónde estaba. Casi tan lejos como Barcelona, pensé. Aunque Lérida capital queda antes, más cerca de aquí.

—Si quieres puedo conducir yo...

—No, no hace falta, a Ana le gusta conducir. Y por si acaso mejor que tú llegues también descansado para que me echés una mano con los trámites que haya que hacer. No tengo ni idea de qué hay que hacer en estos casos, supongo que los abogados sí lo sabéis.

—Más o menos... Cuenta conmigo.

—Gracias, perdona que... ya sé que es tarde. No sé ni a quién llamar. No sé a quién más dar la noticia... —La calma se le había roto de nuevo y oí un sollozo. Esperé un momento antes de seguir hablando.

—¿Cómo está Pedro? ¿Lo sabe ya? —Pedro es el único hijo de Ignacio y Maite. Acababa de empezar sus estudios en la Universidad.

—Sí, le he llamado hace un rato... ahí me he quedado sin batería —Maite parecía recobrar el sosiego—. Está en Madrid, todavía tiene exámenes, hasta la semana que viene no le dan las vacaciones y vuelve a casa. Bueno, me ha dicho que volverá mañana, aunque le he dicho que espere a que yo vuelva de Lérida y le llame. Pero creo que estará aquí mañana.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—No lo sé. Bien, supongo, si es que esto se puede tomar bien... —su voz se volvía a romper.

—¿Quieres que vaya ahí? ¿O a tu casa?

—No, no, por favor. Me voy a ir a dormir. A intentar dormir. He quedado con Ana a las ocho. Menos mal que Nekane es médico, mi amiga Nekane, quiero decir, estoy en su casa, me ha dado unas pastillas... Dice que me ayudarán a dormir.

—Vale, entonces quedamos mañana a las ocho.

—Pasaremos a recogerte a casa, si te parece.

—Bien. ¿Cuándo volveremos?

—No lo sé. Vamos a llevar una maleta pequeña como para un par de noches, por si hace falta, pero la verdad es que no tengo ni idea. ¿Sabes tú si necesitaremos más de un día para hacer lo que haya que hacer?

—Tampoco lo sé, me parece prudente contar que quizás haya que pasar una o dos noches allá. Haré también mi maleta.

—¿Te importa avisar a la gente de la cuadrilla?

—No te preocupes, les pondré un mensaje.

Nos despedimos hasta la mañana siguiente y colgué el teléfono. Me quedé en el sofá, mirando el techo, intentando digerir los acontecimientos. Pobre Ignacio, me dije en voz alta. Un accidente. Él, que había sobrevivido a la explosión de una bomba colocada en el automóvil que conducía, muchos años atrás, siendo guardia civil. Siguió vivo aunque con media pierna menos. Pobre Maite, pobre Maite, lo dije también en voz alta. Viuda a los cuarenta y tantos. Cuando ya había olvidado aquellos tiempos de angustia en los que Ignacio salía de casa a trabajar de uniforme, cuando las noticias de atentados de ETA contra guardias civiles, o policías, o militares, eran cosa de cada pocas semanas, a veces de cada pocos días, cuando no recuperaba la tranquilidad hasta que volvía a casa sano y salvo, aunque al día siguiente volvería a sufrir el mismo miedo sordo. Así durante varios años hasta que un día lo que tanto había temido y le había producido más de una pesadilla se convirtió en realidad. Ignacio y su compañero habían sido víctimas de un atentado. Ignacio tuvo más suerte que su compañero y salió vivo, aunque condenado a andar con una pierna ortopédica.

Maite me confesó en una ocasión que, una vez pasado cierto tiempo, casi llegó a dar gracias a Dios por aquel atentado que le liberó de una vida que le resultaba demasiado angustiada. Las esposas de otros guardias civiles lo llevaban mejor, ella reconocía que no tenía tanto temple. Me comentó que antes de casarse no lo había pensado mucho, aquello de los atentados terroristas era algo lejano que veía en los periódicos, en la televisión, pero que poco después de su boda dos guardias civiles fueron ametrallados y murieron cuando subían a su coche en el aparcamiento de un hipermercado en un pueblo de Guipúzcoa. Uno de ellos había sido compañero de Ignacio y fueron a su funeral. Aquello la impresionó mucho y ya no fue capaz de quitarse la zozobra de encima.

Ignacio fue jubilado de la Guardia Civil por incapacidad y rehizo su vida acabando la carrera de Historia que había empezado a cursar en los ratos libres que le dejaba el servicio. Opositó para convertirse en profesor de Secundaria. Maite pudo descansar de sus anteriores temores y plantearse

incluso tener un hijo, algo que antes había deseado pero que había ido postergando, no se había atrevido a dar el paso. Pobre, pobre Maite, repetí para mis adentros, ya no se esperaba una muerte violenta. Ni ella ni nadie, todos pensamos en ser inmortales o en morir de viejos y de forma dulce e indolora.

2

Me levanté sin que sonara el despertador. Lo había puesto a las siete, pero ya antes estaba despierto y dando vueltas en la cama. Había dormido poco y mal, intranquilo, triste, agobiado. Empeñado en centrarme en pensar en cuestiones prácticas para no caer en pensamientos deprimentes, pero que me llevaban a preocupaciones que no me dejaban descansar. Estaba impaciente por empezar un día que, por otro lado, me daba una pereza infinita afrontar. Probablemente lo que realmente me apetecía es que pasara rápido, cuanto antes, ante la perspectiva de que iba a ser un día muy desagradable. Era jueves, afortunadamente solo tenía programada una cita no demasiado urgente con un cliente y era por la tarde. No pasaba nada por aplazarla. Me venía bien no tener que conducir, pasadas las ocho y media llamaría desde el móvil al despacho y le diría a Iratxe que hablara con el cliente y concertara otra cita para la semana siguiente. Iratxe es nuestra secretaria, aunque ella se autodenomina alternativamente la chica para todo o la jefa del departamento de administración, según el humor que tenga. Peor era lo del viernes, a primera hora tenía una reunión multitudinaria con una comunidad de vecinos en pleno, eran más de una docena. Teníamos que tratar de las acciones por estafa que íbamos a emprender contra el constructor que había desaparecido, sin hacer las obras, después de embolsarse los ahorros de la comunidad y la subvención municipal para la rehabilitación de su edificio. También había dejado a su empresa con la caja vacía y a sus trabajadores en la calle sin haber cobrado el sueldo de los últimos meses. Demasiada gente y demasiado cabreada como para aplazar la reunión. Le tendría que pasar el marrón a Jorge, mi socio, que tiene la suficiente cintura como para hacerse cargo del asunto solo con leerse el expediente que estaba sobre mi mesa. Llevamos ya muchos años juntos, nos conocemos desde que hicimos la carrera, y hay confianza. Montamos el despacho no mucho después de acabar los estudios, ya hace más de veinte años. Además, me tranquilicé pensando en que estaba en deuda conmigo, yo también me tuve que ocupar de forma apresurada de un juicio suyo cuando hacía seis meses él patinó en una placa de hielo al salir de

casa y acabó con un pie escayolado. Hablaré también con Jorge, pensé, a eso de las nueve cuando esté ya en el despacho, no le quiero molestar en casa y tan temprano.

Somnoliento, pese a los dos cafés con que inicié y acabé el desayuno, a las ocho bajé a la calle con un bolso de viaje no demasiado grande en el que había puesto lo mínimo imprescindible para estar una noche o dos fuera de casa. Prefería esperar a Maite y Ana allí, en la esquina de la calle Iturrama con la calle Esquíroz, tomando el aire fresco de la mañana, mirando hacia la sierra del Perdón que se veía despejada de nubes. Tuve que esperar menos de cinco minutos a que llegaran en un Volvo de color gris metalizado. Me abracé a Maite, que se echó a llorar y se quedó un buen rato con la cabeza pegada a mi hombro. Ana cargó mi bolso en el coche y esperó pacientemente a que su hermana se repusiera.

—Gracias por venir —me dijo al fin secando sus lágrimas con un pañuelo.

—Faltaría más —dije, mientras montábamos en el coche. Ocupé el asiento trasero sin dejarles opción a que me ofrecieran el del copiloto alegando mi mayor estatura. No me hubiera parecido apropiado que Maite fuera detrás y se sintiera sola.

Maite y yo nos conocemos de toda la vida. O de casi toda. Hemos sido amigos desde los quince años, más o menos, cuando coincidimos en la misma cuadrilla. Nos caímos bien desde el principio y encontramos que nos resultaba muy fácil hablar de cualquier cosa, en esa edad en que a menudo cuesta tanto expresarse, al menos sobre las cosas importantes. Bueno, en realidad, como a cualquier edad. En la cuadrilla cotillearon al principio sobre nosotros dos, daban por hecho que íbamos a acabar de novios. Nunca nos planteamos una relación así, solo éramos amigos aunque algunos siempre se negaran a creerlo. A mí, en aquella época, me gustaba su amiga Olga, que nunca me hizo mucho caso, y más de una vez Maite me hizo de confidente y de paño de lágrimas. Por su parte, Maite salió intermitentemente, durante algunos años, con un tipo de fuera de la cuadrilla, un tal Alfredo, o Alfonso, algo así, no me acuerdo. Un sujeto que no le convenía nada, se lo repetí muchas veces, un caradura. Luego conoció a Ignacio en la academia donde los dos estudiaban inglés. Algunos de la cuadrilla le criticaron a sus espaldas. Aunque ninguno era de esos abertzales que celebraban con champán los atentados de ETA, no sentían ninguna simpatía por las fuerzas de orden público. ¿Cómo podía salir con un guardia civil, un picoletto, un alienígena? Yo la defendí, aunque tampoco tenía muy claro que fuese una buena idea salir con alguien que no tenía apenas nada que ver con nosotros. En nuestro ambiente, como en el de

la mayoría de la gente de Pamplona, no había guardias civiles, ni policías, ni militares, ni nadie que tuviera parientes ni amigos en la Guardia Civil. Además, Ignacio tenía cinco años más que Maite. A esa edad, todos nosotros andábamos en torno a los veinte años y éramos estudiantes, nos parecía una gran diferencia. Yo hice alguna ligera insinuación a Maite sobre todo eso. Me importa un bledo, exclamó con cierta irritación, ya sé que hablan mal de mí y de Ignacio. Su relación prosperó y se casaron enseguida, incluso demasiado jóvenes en opinión de las familias de ambos. Aunque nos chocara asistir a una boda con tantos uniformes de gala y tantos tricornos, Maite finalmente consiguió una razonable aceptación de Ignacio por parte de nuestra cuadrilla. No hasta el punto de que se integrara como uno más, siempre hubo alguna distancia, algún recelo, a diferencia de lo que sucedía con otras parejas. En cambio, Maite sí fue aceptada entre los amigos de Ignacio, la mayoría también guardias civiles, la mayoría como él de fuera de Navarra. Logró mantener un complicado equilibrio entre los dos ambientes. Cuando con el paso del tiempo y el peso de la edad y de las responsabilidades la cuadrilla fue aflojando o disolviendo sus lazos, yo mantuve mi amistad con Maite y con Ignacio. A raíz del atentado que se llevó su pierna, y parte de lo que había sido su vida hasta entonces, yo había estrechado mi relación con él, me convertí en su abogado. Aunque apenas había empezado a ejercer, llevé todo el papeleo necesario para su jubilación, para que fuera reconocido como víctima del terrorismo y recibiera una indemnización; se confió a mí incluso para contarme cosas que no se atrevía a decir a Maite para evitarle mayores penas. También compartió mi amistad con Maite e Ignacio, durante un breve tiempo, Arantzazu, mi mujer. Solo hasta que decidió pedir el divorcio justo dos meses después de que naciera nuestro hijo, Mikel. Ahora los dos viven en Bilbao, nos vemos poco.

—¿Cómo estás? —pregunté a Maite una vez que estuvimos todos con el cinturón de seguridad abrochado y Ana arrancó el vehículo.

—Mal —dijo ella.

—Sí, yo también —fue todo lo que se me ocurrió decir. Acostumbramos a hacer preguntas tontas, pensé.

Salimos de Pamplona por la autopista en dirección a Zaragoza. Rodamos velozmente durante unos minutos sin decir nada. El coche era potente pero no resultaba ruidoso. Ana pisaba el acelerador con ganas, impaciente por llegar. Me tranquilizaba saber que es buena conductora y que está acostumbrada a hacer ese trayecto. Además de estar casada con un catalán, trabaja para una empresa con sede central en Barcelona y suele viajar a menudo hasta allí.

La mañana era agradable, soleada y tibia, se notaba el verano irrumpiendo y prometía calor al mediodía y a la tarde. Después de una primavera cálida y no muy lluviosa los campos alternaban el verde con el amarillo, algunas piezas de terreno ya habían pasado por la siega, y los árboles se veían frondosos.

—Ana, ¿sabes exactamente a dónde tenemos que ir? —pregunté para romper el silencio.

—Sí, sí, me conozco bien Lérida, Lleida que dicen los catalanes —respondió—. Es en el Instituto de Medicina Legal de Cataluña, Servicio de Patología Forense de Lleida. He mirado la dirección. En el Palacio de Justicia, sé dónde está, bastante céntrico, junto a la ciudad vieja.

—¿Por qué en Lérida y no en Seo de Urgel? —preguntó Maite. Me tranquilizó saber que estuviera ocupando sus pensamientos con cuestiones prácticas.

—Supongo que en Seo de Urgel no tendrán medios para hacer autopsias y lo tendrán centralizado todo en la capital —dije—. Aquí, en Navarra, pasa lo mismo, esas cosas se suelen hacer en Pamplona.

—Tenemos que ir también a Seo de Urgel —advirtió Maite.

—¿Para qué? —pregunté.

—Sus cosas están allí. En un hotel. Me dijo el policía que me llamó que tengo que pasar también por el juzgado de allí.

—Sí, claro —confirmé—, la instrucción la llevará un juzgado de Seo de Urgel, se me tenía que haber ocurrido.

—¿En qué consiste la instrucción? —quiso saber Ana. Había estudiado Químicas y la terminología jurídica, como a la mayor parte de la gente, le resultaba confusa.

—En averiguar qué ha pasado. Siempre que hay una muerte violenta, o en circunstancias no debidamente acreditadas con un certificado médico, el juzgado tiene que hacer una investigación.

—¿Aunque sea un accidente? —se extrañó Ana.

—Sí, precisamente para determinar si realmente ha sido un accidente o no.

—No sé si fue un accidente —manifestó gravemente Maite.

—¿No te dijeron eso los Mozos de Escuadra? —pregunté, sorprendido.

—En principio puede ser un accidente, me dijo el policía que me llamó. Exactamente eso. Le pregunté por qué decía «en principio» y me dijo que había que esperar al resultado de la investigación, de la autopsia, pero que había muerto al caer desde un cuarto piso a la calle. En principio, en

principio. No sé, me sonó raro. Como si él no estuviera muy convencido. Le he dado vueltas toda la noche.

—No te tortures, ya nos informarán allá de lo que sea —traté de tranquilizarla, aunque a mí también me había intranquilizado escuchar lo que le habían dicho.

—Los policías son como los médicos, se curan en salud —afirmó Ana—. No te quieren decir nunca nada definitivo, por si acaso. Bueno, los abogados sois parecidos, todo es según y depende y ya veremos.

—Es que todo es según y depende y ya veremos —repliqué, ligeramente molesto. Decidí cambiar de tema—. Maite, ¿por qué había ido Ignacio precisamente a Seo de Urgel?

—Por el rey de Andorra —respondió—. Quería escribir algo sobre el rey de Andorra.

—¿Cómo? —pregunté, sorprendido—. ¿Qué es eso del rey de Andorra? En Andorra no hay rey. Es un principado, un coprincipado, en realidad. Hay dos copríncipes, el presidente de Francia y el obispo de Seo de Urgel. El único coprincipado del mundo, recuerdo que así nos lo explicaban en el colegio.

—Sí, eso me sonaba a mí, y eso pensaba Ignacio hasta el año pasado. Pero resulta que parece que hubo un rey, por poco tiempo. Es una historia muy curiosa e Ignacio se había enganchado con ella y estaba investigando para publicar algo. Llevaba varios meses enfrascado en el tema y me dijo que necesitaba comprobar algunos datos sobre el terreno.

Ignacio era un apasionado de la historia que, además de su trabajo, era su principal afición. Aparte de dar clases en su instituto era también profesor de Historia Contemporánea de España en el centro asociado de Pamplona de la Universidad Nacional de Educación a Distancia y había publicado algunos trabajos de investigación. Empezó haciendo una tesis doctoral sobre la historia de la Guardia Civil en Navarra, que le publicaron en la propia institución, y luego se animó a seguir con otros temas y a publicar en revistas especializadas. A mí no me había comentado nada sobre el rey de Andorra, pero lo cierto es que en los últimos meses nos habíamos visto muy poco, cosa que siempre lamentaré, yo había estado muy agobiado con el trabajo y había hecho poca vida social. Creo que la última vez que habíamos cenado juntos había sido en los últimos sanfermines, hacía ya casi un año. Luego, unas pocas conversaciones casuales por teléfono o en persona, cuando nos habíamos tropezado por casualidad, siempre con prisa, siempre acabando con un «a ver cuándo quedamos». Ya no quedaríamos. Ya no me podría contar lo

del rey de Andorra, sobre el que yo no sabía nada, aunque a raíz de su muerte acabé sabiéndolo casi todo.

—¿Y de cuándo es ese rey de Andorra? —pregunté a Maite.

—De cuando la República, creo. De la República en España, quiero decir, años treinta. Un aristócrata ruso exiliado por la Revolución bolchevique que se fue a vivir a Andorra y quería convertirla en otro Mónaco, con casinos, turismo y pocos impuestos. Todo sonaba muy de opereta cuando me lo contó Ignacio.

—¿Y cómo acabó la cosa?

—Pues no sé, la verdad. A Ignacio no le gustaba contar demasiado sobre lo que escribía hasta que lo tenía terminado, y yo tampoco le solía pedir detalles. Me suena que el rey de Andorra no duró mucho, pero no te sé decir más.

—A mí me pidió hace unos meses que le ayudara —dijo Ana—. Para revisar la traducción de algunos textos de prensa en catalán, la había hecho él mismo pero no se fiaba y quería que le corrigiera. Algo de Andorra, sí, pero la verdad es que no recuerdo muy bien de qué iban.

3

Hicimos el viaje de un tirón. Sugerí hacer una parada técnica para tomar un café y descansar, pero tanto Ana como Maite estuvieron de acuerdo en que cuanto antes llegáramos, mejor. Parece que la velocidad las mantenía en calma, sobre todo a Maite, como si llegar pronto a nuestro destino fuera a remediar la desgracia que acababa de sufrir. Ana había llenado el depósito de gasolina y afirmó que podía conducir todo el trayecto sin necesidad de descansar. Hablamos poco, hicimos como que escuchábamos la radio. Solo necesité hacer una llamada al despacho para resolver los temas de mi agenda; Jorge se ocuparía de todo. Se mostró conmovido con las noticias que le di sobre mi súbito viaje, me dijo que diera el pésame de su parte a Maite. También contesté algunos mensajes en el móvil de amigos que me pedían más datos sobre la muerte de Ignacio, pero evité responder las llamadas, no me apetecía hablar.

Rodeamos Zaragoza, como siempre con un tráfico denso, dejamos atrás a toda velocidad los paisajes desérticos de los Monegros, pasamos bajo el arco de la autopista que marca el meridiano de Greenwich y entramos en las tierras más fértiles de la franja oriental de Aragón, con sus huertas y frutales, y enseguida nos plantamos en Lérida. No eran todavía las once de la mañana. Ana condujo con determinación entre el tráfico de las calles que llevaban al centro de la ciudad y nos llevó al interior de un aparcamiento subterráneo bajo la plaza Sant Joan.

—El Palacio de Justicia está aquí al lado —explicó.

Al salir a la plaza, el sol empezaba a calentar, sí aceptaron mi propuesta de entrar en una cafetería para tomar un café y visitar los aseos. Mientras acabábamos de tomar los cafés Maite llamó al número de teléfono que le habían indicado para avisar de nuestra llegada.

—Nos esperan dentro de diez minutos en la puerta de los juzgados —dijo cuando cortó la comunicación—. El sargento Francesc Roca, de los Mozos de Escuadra.

Tardamos menos de diez minutos en plantarnos en el edificio de los juzgados, solo tuvimos que subir desde la plaza por una escalera mecánica que no funcionaba. El Palacio de Justicia es una construcción moderna, blanca, grande e impersonal en la calle del Canyeret, al abrigo de la colina amurallada que domina la ciudad y donde se alza la catedral vieja y a la que se puede subir por un ascensor alojado en una torre cercana. Buscamos la entrada principal, una puerta acristalada en el extremo del edificio, y allí vimos a dos policías de uniforme en actitud de espera. Nos dirigimos directamente hacia ellos.

—¿El sargento Roca? —preguntó Maite.

El más bajo de los dos policías, un hombre moreno y fornido de unos cuarenta años, asintió y se adelantó un paso para ofrecerle la mano.

—Sí, soy yo. ¿Maite, verdad? Hemos hablado hace un momento por teléfono...

—Sí, eso es. Mi hermana y un amigo..., mi abogado —dijo señalándonos con un gesto de la cabeza.

—Encantado —el sargento Roca nos estrechó las manos y pasó a presentarnos al otro policía—. El *intendent* Martínez...

—Jordi Martínez, responsable de la *Divisió d'Investigació Criminal de los Mossos* —confirmó el aludido, un hombre alto, delgado, rubio y de piel clara, algo mayor de edad que su colega, dándonos también sendos apretones de mano—. Lamentablemente no les puedo acompañar, tengo otras obligaciones, pero quería saludarles y transmitirles mi más sentida condolencia. Estamos a su disposición para lo que necesiten. No duden que vamos a hacer todo lo posible para esclarecer los hechos... estos hechos tan trágicos. En fin, les dejo en buenas manos, el *sergent* Roca, de la comisaría de La Seu d'Urgell, les atenderá, les acompañará a las dependencias del Institut de Medicina Legal. Él es el responsable de la investigación de este caso.

El sargento Roca asentía a las palabras de su superior, aunque se traslucía en su cara que estaba impaciente por acabar con el protocolo y acompañarnos a donde fuera que tuviera que acompañarnos. El intendente Martínez volvió a estrecharnos las manos antes de irse.

—No duden en pedir cualquier cosa que necesiten. Roca, *ja em dirà. Bon dia.*

Martínez enfiló la salida apresuradamente y Roca nos indicó con la mano que le siguiéramos por el recibidor. Pasamos por un arco detector que pitó, pero el sargento hizo una seña al vigilante de seguridad para que no nos molestara.

—Nos espera el médico forense. Por favor, acompañenme —nos rogó.

Le seguimos por el pasillo, subimos unos escalones y, sin detenernos en el mostrador de información, bajamos luego por unas escaleras al sótano, hasta una puerta con un rótulo que identificaba al Institut de Medicina Legal de Catalunya. Durante el trayecto Roca trató de dirigir palabras amables a Maite.

—No sabe cuánto lamento que tenga que pasar por todos estos trámites. Vamos a intentar molestarles lo menos posible para que cuanto antes puedan volver a casa. Y siento mucho hacerles viajar hasta La Seu d’Urgell, pero es inevitable.

Nos hizo entrar en una sala de espera donde de inmediato nos vino a saludar un médico en pijama hospitalario verde y bata blanca, un hombre enjuto y canoso al que, pensé, no debía de quedar mucho tiempo para jubilarse. Roca hizo las presentaciones y le identificó como el doctor Albert Serra. Su rostro era serio pero hablaba con tono amable.

—Les acompaño en su sentimiento. Gracias por venir, por favor, vengan por aquí, al despacho.

Le seguimos por el pasillo hasta un despacho amplio, el doctor Serra nos indicó que nos sentáramos en torno a una mesa de reuniones.

—Debo decirle —dijo dirigiéndose a Maite— que su marido ha podido ser identificado gracias a las huellas dactilares. Por eso, en este caso, no es imprescindible que reconozca usted el cadáver. Suele ser una circunstancia muy dolorosa y, si lo prefiere, podemos evitarla.

—No, no, no —replicó Maite—, prefiero verlo. Quiero ver el cuerpo, por favor.

—Está bien, como desee. Enseguida pasaremos a la sala en la que está. No sé si el sargento Roca les ha informado ya del resultado de la autopsia...

—El médico miraba interrogativamente a Roca. Este hizo un ademán negativo.

—No, todavía no les he dicho nada, he esperado a estar contigo —explicó el sargento, así que Serra abrió una carpeta que tenía sobre la mesa y echó un vistazo, aunque enseguida levantó la vista.

—La causa de la muerte es un politraumatismo, una serie de lesiones graves, sufridas a consecuencia de la caída desde un cuarto piso. De eso no cabe la menor duda —hizo una pausa mirando a Roca, el cual miraba dubitativo a Maite.

—Perdón, ¿es que hay alguna duda sobre algo? —pregunté, escamado por la actitud de ambos, que parecían estar evitando decirnos algo. Fue Roca el que se decidió a contestarme.

—Hay serias dudas sobre que el hecho fuera accidental. Hay indicios de que la caída pudo ser provocada. De que puede tratarse de un homicidio. O de un asesinato.

—¿Qué indicios? —pregunté. Maite miraba al suelo y suspiraba. Ana también miraba al policía preocupada y expectante.

—Hay algunas lesiones que no se corresponden con el efecto del impacto sobre el suelo. Pero mejor que lo expliques tú... —dijo Roca mirando al médico.

—La mayor parte de las lesiones corresponden a la caída. Y el fallecimiento se debe a la caída, sin duda. Una caída desgraciada. Pero hay otra lesión que parece previa y que tiene un origen distinto. Es en la cabeza, en el parietal izquierdo; parece corresponder a un golpe con un objeto contundente, estrecho y redondeado, que no ha dejado restos, no sabemos de qué material. Y otra lesión similar en el antebrazo izquierdo, que ofrece aspecto de ser una herida defensiva, recibida al tratar de protegerse de la agresión. En ambos casos parece que el golpe se produce de arriba hacia abajo, es decir, probablemente el agresor levantara el objeto que utilizó para golpear por encima de su cabeza, un golpe con bastante fuerza —Serra concluyó su exposición y miró a Roca. Este tomó la palabra.

—Todo indica una agresión inmediatamente anterior a la caída desde la terraza del hotel; es decir, que esta fue provocada, no fue un accidente.

—¿Cayó desde la terraza de un hotel? —pregunté, ya que Maite seguía con la mirada baja y con aspecto de estar conteniendo el llanto.

—Sí, el hotel de La Seu d’Urgell donde estaba alojado —respondió Roca—. En la planta superior tiene una terraza, hay una pequeña barra de bar y sillas y mesas. Cuando hace buen tiempo parece que algunos huéspedes prefieren sentarse allí antes que en la cafetería de la planta baja, ya que tiene una buena vista. Pero en el momento de producirse el... suceso, en el momento de la caída, parece que no había nadie, salvo su marido. Nadie que sepamos, quiero decir. No hay testigos de la agresión y de la caída. Aunque ya ha llegado el verano, todavía hay poco movimiento de turistas entre semana y el hotel no tenía demasiados huéspedes ese día. Nadie vio nada allí arriba, los testigos que tenemos vieron el cuerpo ya en la calle, después de caer. Y es un hotel pequeño que no tiene cámaras de seguridad.

—Entonces, ¿fue un asesinato? —preguntó Ana, horrorizada.

—Un homicidio o un asesinato, sí, en todo caso parece que una muerte provocada por otra persona, u otras personas —precisó Roca.

—¿Qué diferencia hay entre homicidio y asesinato? —Ana me preguntaba a mí, mirándome directamente.

—El asesinato requiere, además de matar, intención, obrar a traición o con ensañamiento —dije, evitando hablar de alevosía, como si hablara con otro abogado, ya que quizás ella hubiera pedido otra aclaración sobre la palabra—. El homicidio puede ser sin querer, sin intención de matar.

—En todo caso, estamos al inicio de la investigación —dijo Roca—. La juez tendrá que decidir, pero esa es la hipótesis con la que estamos trabajando. Siento mucho tener que comunicárselo así —añadió mirando a Maite, que había levantado la vista después de enjuagarse algunas lágrimas que se le escurrían por las mejillas.

—¿Podemos verlo ya? —rogó Maite al médico.

—Por supuesto —contestó el forense levantándose—. ¿Quieren pasar todos?

—Yo no, gracias, les espero —contesté. Nunca me ha gustado ver muertos y menos si son personas conocidas. Prefiero recordarlas como eran en vida. Siempre rechazo en los tanatorios las invitaciones de ver al fallecido por mucho que me aseguren que tiene un aspecto sereno y apacible y que lo han arreglado de tal modo que parece dormido.

—Yo tampoco... Maite, ¿te importa? Te espero también aquí —pidió Ana, y su hermana asintió con la cabeza.

Así que Maite salió del despacho acompañada del forense y del policía y me quedé esperando con Ana.

—Qué horror —dijo ella—. ¿Quién podría querer matar a Ignacio?

—Ni idea. Y más aquí lejos. ¿Sabes si conocía a alguien en Seo de Urgel?

—Creo que no, a nadie, a nadie que Maite sepa.

Estuvimos en silencio los quince minutos largos que tardaron en regresar. Maite traía un semblante descompuesto, aunque hacía esfuerzos para intentar parecer impasible. Serra le puso delante algunos papeles para que firmara. Luego cerró la carpeta donde los guardaba y se dirigió a la puerta.

—Si son tan amables de esperar, el representante de la empresa funeraria vendrá a hablar con ustedes de los detalles del traslado a Pamplona. Espero que me disculpen, pero tengo que dejarles, tengo que atender otros asuntos pero, Francesc, ya te ocupas de ellos, ¿eh?

El médico salió dejándonos en el despacho. Roca tomó de nuevo el mando.

—En cuanto que hayan hablado con el de la funeraria habremos acabado aquí. Enseguida será la una. Si les parece, voy a hablar con el juzgado de La

Seu d'Urgell para que les reciban a eso de las seis de la tarde... Así tienen tiempo de comer aquí o, si prefieren, ir para La Seu y comer allí. Hay como hora y media de viaje en coche, son unos ciento treinta kilómetros.

—¿Qué prefieres hacer, Maite? —preguntó Ana.

—No sé... Es pronto para comer aquí, y tampoco tengo hambre. Mejor cogemos el coche y vamos para allí, ya comeremos en Seo de Urgel, o por el camino si nos apetece.

Enseguida apareció el de la funeraria, un señor bastante mayor impecablemente trajeado en oscuro y de aspecto grave, probablemente por exigencia de su profesión. Dio el pésame a Maite y luego, por si acaso, aunque todavía no nos habían presentado, a Ana y a mí. Con mucho tacto nos informó de las opciones. El cuerpo podía ser trasladado a última hora de la tarde y estar en el tanatorio de Pamplona al día siguiente. Podíamos elegir entre cremación o enterramiento, quizás la familia dispusiera de algún panteón familiar, Maite lo negó, y mientras me apretaba el brazo dijo que prefería la cremación. Luego explicó que necesitaba ir al aseo, salió conteniendo el llanto guiada por Roca y nos dejó a Ana y a mí encargados del resto de los detalles que necesitaba saber la empresa fúnebre. Con resignación elegimos el ataúd y el modelo estándar de esquila para los periódicos y los datos que habría que poner, a salvo de las horas de cremación y funeral que habría que concretar. El fúnebre empleado recogió sus papeles, reiteró sus condolencias y disculpándose por no esperar más a la viuda, ya que tardaba en regresar, nos dejó solos. Roca regresó con cara de circunstancias indicando a Ana que Maite no acababa de salir del aseo de señoras y que quizás fuera buena idea que acudiese ella a comprobar si estaba bien. Aproveché ese lapso para obtener más información del policía.

—¿Tienen alguna sospecha sobre el motivo y el autor del homicidio?

—La verdad es que no. Tenemos pocos datos. La víctima había llegado tres días antes a La Seu d'Urgell, donde parece que no le conocía nadie, y se alojaba en el hotel solo. El lunes, al parecer, fue a Andorra, el martes parece que anduvo por la ciudad, no sabemos si haciendo solamente turismo o alguna cosa más, el miércoles a primera hora de la tarde se cae, o lo arrojan, desde la terraza a la calle. En el hotel nos dicen que no hizo nada anormal, desayunó y cenó él solo todos los días, no recibió visitas ni llamadas. Bueno, ahora, con los teléfonos móviles, ya nadie utiliza los teléfonos de los hoteles. Nuestros técnicos tienen su móvil y están analizando las llamadas que pudo hacer o recibir, y los mensajes y el correo electrónico. En fin, de momento no tenemos sospechosos. Precisamente, por eso tenemos interés en que la viuda

comparezca en el juzgado y preste declaración. Necesitamos saber por qué estaba en La Seu d’Urgell, por qué estaba solo, si iba a encontrarse con alguien.

—Algo le puedo decir yo, lo que me ha comentado ella. Había venido solo porque tenía unos días libres y quería investigar para un libro que estaba escribiendo. Ya sabrán ustedes que era profesor de historia...

—Sí, sí, su currículum profesional lo conocemos.

—Pues eso, que quería documentarse sobre algunos datos de Andorra, parece que iba a visitar algún archivo, y también necesitaba recoger información en Seo de Urgel. No sé si en algún archivo, o en alguna biblioteca. Era un auténtico ratón de biblioteca, vivía dedicado a sus papeles. Pero que sepamos, ni conocía a nadie por aquí, ni había quedado con nadie, aunque es posible, sería razonable suponer que hubiera contactado con alguien que pudiera darle información.

—Bien, a ver si la viuda recuerda algún detalle más y nos permite afinar las líneas de investigación. Seguramente tengamos que investigar sobre su vida y sus relaciones en Pamplona. En fin, tendremos que solicitar la colaboración de la policía de allí, a ver si hay alguna pista que seguir sobre posibles móviles y posibles sospechosos.

Roca hizo la llamada anunciada, tras pedirme disculpas y alejarse unos pasos al otro lado del despacho. Habló en catalán, entendí solo que quedaba con alguien a las seis de la tarde, y nada más finalizar la llamada regresaron Maite y Ana. Se notaba que Maite había llorado pero parecía ya recompuesta y serena.

—¿Nos podemos ir ya? —preguntó Maite.

—Sí, aquí ya hemos acabado. Ya he confirmado que a las seis les esperan en el juzgado de La Seu d’Urgell. ¿Necesitan que les muestre el camino? Yo salgo ahora hacia allí en mi coche, si quieren seguirme... —dijo Roca.

—Gracias, no hace falta, no se preocupe que encontraremos el camino y el juzgado —Ana rechazó amable pero firmemente la oferta.

El sargento nos condujo de nuevo hasta la puerta de salida a la calle. Nos despedimos allí, tomamos las escaleras para bajar hacia la plaza Sant Joan y nos encaminamos hacia el aparcamiento donde habíamos dejado el coche.

—No me puedo creer que esté pasando todo esto —murmuró Maite mientras andábamos por la plaza, bastante animada y con las terrazas llenas. Brillaba el sol y cada vez hacía más calor. Un precioso día de verano que hace esta tragedia mucho más irreal, pensé—. ¿Quién ha podido matar a Ignacio?

Ni Ana ni yo pudimos responder nada. Las dos hermanas caminaban cogidas por el brazo, Ana trataba de consolar a Maite. En silencio bajamos al aparcamiento subterráneo y montamos en el coche.

—¿Sabrás llegar a Seo de Urgel? —pregunté a Ana.

—Sin problemas, he estado allí; además, solo tengo que programar el navegador y nos llevará —respondió.

En pocos minutos habíamos salido a la carretera, cruzado las zonas industriales de las afueras y nos alejábamos a toda velocidad de Lérida. Hicimos todo el camino sin apenas hablar, yo contemplaba cómo iba cambiando el paisaje, desde la llanura de la depresión del Ebro hacia los altos picos de los Pirineos que ya hacía semanas habían perdido la nieve. La carretera atravesaba parajes cada vez más accidentados y transcurría la mayor parte del tiempo embutida entre paredes de roca y el río Segre. Como nadie dijo nada de parar hicimos el viaje de un tirón y era poco más tarde de las tres cuando entrábamos en Seo de Urgel. Una ciudad pequeña, con aspecto agradable y tranquilo, en un valle muy verde rodeado de montañas.

Ana dio unas vueltas buscando dónde aparcar el coche por las calles del centro, fuera de la zona azul. Enseguida estábamos recorriendo a pie una de las vías céntricas, la avenida Pau Claris, a pocas manzanas del juzgado, mirando a nuestro alrededor en busca de algún sitio para comer. Entramos en el primer restaurante que vimos, desechamos la idea de comer en la terraza ya que en la calle hacía demasiado calor. La mayoría de las mesas estaban libres y la temperatura, gracias al aire acondicionado, era confortable. Pedimos el menú del día y Maite se animó a hablar. Estaba mucho más serena que en Lérida, sin duda empezando ya a reponerse de la impresión sufrida al ver el cadáver de su marido.

—No me lo explico. Ignacio no conocía a nadie aquí. No me imagino quién podía tener un motivo para matarle.

—¿No había quedado con nadie? —le pregunté.

—No mencionó a nadie en particular, aunque sé que aquí estuvo hablando con alguien. Me dijo que iba a visitar el Archivo Nacional de Andorra, o la Biblioteca Nacional, no sé, y también el archivo del obispado de Urgel. Aunque me pareció que confiaba más en encontrar algo en Andorra.

—¿Y qué estaba buscando?

—No lo sé exactamente, ni me daba tantos detalles de lo que estaba investigando ni yo se los pedía. Sé que tenía que ver con la historia del rey de Andorra. Llevaba muchos meses, casi desde hace un año, más o menos, con ese tema. Me contó que ya había consultado todos los datos disponibles por

internet o en las bibliotecas de Pamplona y que le faltaba únicamente buscar en los archivos de aquí para completar sus datos y poder ponerse a escribir.

—Quizás quien le haya matado no sea de aquí. Puede ser alguien que le hubiera seguido —apuntó Ana.

—¿Había alguien con motivos para matarle? —pregunté a Maite, aunque ya suponía la respuesta.

—No, claro que no. Desde que dejó la Guardia Civil, por lo menos. Y ahora ETA ya no mata. No tiene ningún sentido. No tenía enemigos.

—A veces se mata sin motivo alguno —dije—. A veces a alguien que ni siquiera se conoce.

—Tiene que haber una razón —alegó Ana.

—La casualidad, a veces, es la razón —observé—. Un atraco que se le va de las manos al delincuente, una pelea que acaba mal, un psicópata que mata al azar. Pasan tantas cosas...

—No sé qué es peor —suspiró Maite—. Una muerte con motivo o sin motivo alguno.

Cuando acabamos de comer y de tomar un café todavía era pronto, poco más de las cinco, para ir al juzgado. Dimos un paseo por la ciudad. Ni Maite ni yo habíamos estado nunca. Ignacio tampoco, hasta esa primera visita que se convirtió trágicamente en la última. Ana sí la conocía y nos condujo por las calles estrechas y umbrosas del casco histórico hacia la catedral. La única catedral románica de Cataluña, nos había anunciado orgullosamente un cartel a la entrada de la ciudad. La rodeamos buscando el lado de sombra de la calle, el sol apretaba. Nos sentamos en un banco en una pequeña plaza ajardinada desde la que contemplábamos los arcos románicos de la catedral. Se estaba bien a la sombra. Dejamos pasar el tiempo perezosamente. La causa por la que estábamos allí parecía inconcebible. Una muerte, un asesinato quizás.

Cerca de las seis nos pusimos otra vez en camino. Solo había unas pocas manzanas hasta el edificio de los juzgados, en la plaza Jacinto Verdaguer. Un edificio moderno, gris, funcional. En la entrada nos esperaba el sargento Roca, que nos saludó afablemente.

—Vamos a molestarles lo menos posible. Una declaración ante la juez y luego les acompañaré al hotel a recoger las cosas de... del fallecido.

—Gracias —dijimos Maite y yo al unísono.

Nos hicieron esperar apenas un minuto y enseguida pasamos a un amplio despacho donde nos aguardaban la juez y la secretaria judicial. Nos expresaron sus condolencias con la mayor amabilidad que pudieron, aunque se notaba que estaban fatigadas y con ganas de concluir el trámite y,

probablemente, de irse a casa. Tras de una pequeña vacilación por parte de la juez ante la muchedumbre que nos habíamos reunido, a la vista de las circunstancias optó por autorizarnos a todos asistir a la declaración, aunque era Maite la única que iba a declarar. A mí me había identificado como su abogado y no quiso hacer salir a Ana.

La juez era bastante joven, probablemente aquel era su primer destino, pensé. Un juzgado en una ciudad pequeña antes de tener opción a trasladarse a un destino más importante. La secretaria judicial, al contrario, era una mujer de más de cincuenta años, se la veía más segura y desenvuelta. Probablemente llevaba allí años y no tenía ya intención de moverse. La secretaria hablaba con acento catalán, la juez no. Al principio me pareció que su acento podía ser andaluz, luego me pareció latinoamericano y acabé concluyendo que debía de ser canario.

La juez decidió iniciar un interrogatorio informal.

—Le haré unas preguntas, si le parece, y luego ya las pondremos por escrito —le explicó a Maite, y esta asintió. Se la veía mucho más sosegada, haciendo un gran esfuerzo por mantenerse lo más entera posible.

—¿Su marido y usted viven... vivían en Pamplona, no es cierto?

—Sí, yo de toda la vida y él desde hace más de veinticinco años.

—¿Por qué había venido él a La Seu d’Urgell? ¿Solía viajar a menudo aquí?

—No, qué va, nunca antes había estado, y yo también es la primera vez que vengo. Creo que aparte de pasar por la autopista, yendo o viniendo de Barcelona, o de Salou, no habíamos visitado ninguno de los dos la provincia de Lérida —respondió Maite, y le hizo el relato de los motivos y detalles del viaje. La juez asentía seria pero comprensivamente.

—¿Y cuándo habló con él por última vez?

—El martes por la noche. Me solía llamar todos los días a eso de las nueve y media, cuando sabía que yo estaba ya en casa. Tengo un comercio, bueno, con otra socia, y durante todo el día suelo estar muy ocupada.

—¿Le contó algo que no fuera normal?

—No, nada. Había visitado un archivo y había estado hablando con una persona que tenía algunos datos sobre su investigación, y estaba contento, me dijo que el viaje le estaba resultado muy provechoso y que tenía casi toda la información que necesitaba para su trabajo.

—¿Sabe quién era esa persona con la que estuvo hablando?

—No. Solo que era un guardia civil jubilado. Como él.

—¿Y su marido le conocía ya de antes?

—No, creo que no, que cuando vino aquí no conocía a nadie. Debió de conocerle aquí. Su investigación tenía algo que ver con la Guardia Civil. Algo me dijo, que al rey de Andorra le había detenido la Guardia Civil, y por ahí estaba buscando algunos datos. Supongo que se pondría en contacto con el cuartel de la Guardia Civil de aquí.

—¿Y no mencionó a nadie más?

—No, que yo recuerde.

La juez miró a Roca.

—¿Trae usted la lista de los teléfonos...? —Roca asintió y dejó unas hojas de papel delante de la juez, aunque conservó otra copia en la mano.

—Por favor, léale los nombres.

—Luis Goma Fernández —leyó el sargento.

—¿Le suena ese nombre? —interrogó la juez a Maite.

—No, de nada. ¿Me debería sonar?

—Es una de las personas a las que su marido llamó por teléfono estando aquí.

—Pues no sé quién es.

—Alberto Goñi Irazusta —leyó Roca de su lista a un gesto de la juez.

—Sí, es un amigo de Pamplona —respondió Maite.

—¿Sabe por qué le llamó su marido desde aquí?

—No, no lo sé... Bueno, espere, sí. Cumplió años esta semana. Supongo que Ignacio le llamó por eso. Yo también le llamé para felicitarle.

Roca guardó los papeles, después de asentir con la cabeza.

—Esas eran las llamadas de estos días que no habíamos identificado. Las demás son a usted, a su casa, al hotel, al Arxiu Nacional d'Andorra... —dijo el sargento mirando alternativamente a Maite y a mí.

—¿Sabe si alguien tenía motivos para querer matar a su marido? —preguntó la juez.

—No, no, no tenía enemigos, que yo sepa. No me explico que nadie quisiera matarle.

—¿Quiere añadir algo más? ¿Se le ocurre algo que pueda ser relevante para aclarar la muerte de su marido? —insistió la juez.

Maite no sabía nada más, así que la juez se dio por satisfecha. Esperamos unos minutos en incómodo silencio a que la secretaria nos leyera los términos de la declaración antes de proceder a la firma de todos los papeles que puso sobre la mesa. La juez nos despidió amablemente reiterando sus condolencias y salimos a la calle con Roca.

—El hotel está aquí cerca —nos informó señalando con la mano la dirección que debíamos tomar.

En cinco minutos estábamos ante el hotel, un edificio de planta baja más cuatro pisos, los mismos que había recorrido Ignacio en su caída antes de estrellarse contra el suelo, pensé. No había rastro alguno en la calle de que se hubiera producido tal hecho. Entramos y Roca, tras identificarse, dio cuenta al encargado de la recepción del propósito de nuestra visita. Nos acompañó al primer piso y nos abrió la puerta de la habitación. Una habitación normal y corriente de un hotel de dos estrellas, bien ordenada aunque con algunas cosas de su último huésped todavía allí, a la vista. El empleado nos dejó con Roca.

—No nos hemos llevado nada. Hicimos una inspección completa de todo lo que hay en la habitación, pero no parece que nada tenga relevancia para la investigación —aclaró el policía dirigiéndose a mí, y luego miró a Maite—. Por favor, ¿quiere echar un vistazo y decirme si ve algo anormal entre las cosas de su marido?

Maite abrió la maleta que estaba depositada sobre un pequeño aparador. Se la veía muy compungida. Había aguantado bien la declaración en el juzgado, con mucha calma, pero ver las cosas de Ignacio de nuevo la alteraba. Repasó el contenido de la maleta. Luego abrió el armario e hizo lo mismo con la ropa que había guardada allí.

—No sé, todo parece normal... —dijo dubitativa.

—¿Quiere mirar en el baño, por favor? —le pidió Roca.

Maite entro al cuarto de baño y miró a su alrededor. Luego movió el neceser y algunos objetos de aseo que había junto al lavabo.

—Aquí tampoco hay nada anormal.

—¿Echa en falta alguna cosa? —preguntó Roca.

Maite salió del baño y recorrió con la vista toda la habitación. Se detuvo junto a una mesa, pasó la mano por dos libros que había allí y cogió un alimentador eléctrico que estaba junto a ellos.

—¿Dónde está el ordenador? —inquirió, sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Qué ordenador? —replicó el policía.

—El ordenador de Ignacio. Un ordenador portátil. No iba a ningún sitio sin él. Lo usaba mucho, lo llevaba en un maletín, a todas partes. Debería estar aquí, pero solo está el cargador.

—¿Está segura de que lo trajo aquí?

—Segurísima. Llevaba el maletín en la mano cuando salió de casa, en una mano el maletín del ordenador y en la otra la maleta. Me acuerdo

perfectamente.

—¿Ese alimentador no será el del teléfono móvil?

—No, el del móvil está en la maleta.

Roca pasó también la vista por toda la habitación. Abrió de nuevo el armario, abrió los cajones de las mesillas. Incluso miró debajo de la cama.

—No está aquí.

—¿No lo llevaría con él cuando... cayó desde la terraza? —pregunté.

—Es posible —dijo Roca—. Pero deberíamos haberlo encontrado, o en la terraza o en la calle. Estoy seguro de que no lo encontramos. Revisé personalmente el escenario..., el lugar.

—¿No estará en su coche? —sugirió Ana.

—No, tampoco. El coche está en el aparcamiento del hotel y también lo revisamos. No había nada anormal, y también estoy seguro de que no había ningún ordenador.

—¿Es posible que lo perdiera? —aventuré.

—Demasiada casualidad —opuso Roca.

—No creo que lo perdiera. Ignacio era muy cuidadoso con sus cosas y tomaba mucha precaución de no perder de vista el ordenador cuando estaba fuera de casa. Era su herramienta principal de trabajo —negó Maite—. Y me lo hubiera dicho cuando hablamos por teléfono si lo llega a perder.

—Bien, esto sí que resulta relevante. Tenemos que buscar ese ordenador desaparecido. ¿Qué guardaba su marido en el ordenador? —preguntó Roca a Maite.

—De todo. Guardaba mucha información de su trabajo en el instituto, y también todo lo que recogía para sus trabajos de investigación, sus escritos. Tomaba notas continuamente. Fotografías, también, billetes de tren o avión, facturas... un poco de todo. Todo acababa en el ordenador.

—Quizás la misma persona, o las mismas personas, que le empujaron desde la terraza se quedaron con el ordenador —dije.

—Es posible. Es muy posible —concedió Roca. Nos quedamos todos callados.

—¿Podemos recoger las cosas de Ignacio? —solicitó Maite.

—Sí, sí, por supuesto, perdone, se lo debería haber dicho —se disculpó Roca—. Con esto ya hemos acabado. Puede usted hacerse cargo de todas las cosas y llevárselas.

—¿También su coche? —preguntó Ana.

—Sí, también, ya que no tiene relación directa con los hechos. Las llaves que están sobre la mesa son las del coche... —Maite asintió—. Pueden

ustedes disponer de él. En fin, les dejo que recojan las cosas y les espero abajo.

Roca salió de la habitación. Maite se sentó en la cama, con un suspiro. Se veía que todo aquello le estaba resultando muy duro de sobrellevar. Ana decidió adoptar una actitud práctica.

—Ya voy metiendo todo en la maleta, tú no te preocupes.

—Gracias —le respondió Maite, y escondió la cara entre las manos, conteniendo un sollozo.

Ayudé a Ana a meter las pocas cosas de Ignacio en la maleta y a cerrarla. Guardé las llaves del coche en mi bolsillo. Ya hablaríamos sobre cómo nos organizábamos para la vuelta, pero lo más razonable era que yo llevara el coche a Pamplona. Ana se sentó en la cama junto a su hermana y le pasó el brazo por encima de los hombros. Yo me senté en una silla frente a ellas. Maite levantó la vista, aparentemente reconfortada.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunté a Maite mirando el reloj.

—¿Qué hora es?

—Más de las ocho y media. Un poco tarde para darnos otra vez la paliza de volver a Pamplona, me parece. Podemos preguntar a ver si tienen habitaciones libres en el hotel y nos volvemos mañana a primera hora —propuse.

—No, en este hotel no —manifestó Maite con semblante sombrío—. Vamos a otro.

—Mucho mejor —la apoyó Ana, dándole golpecitos en el hombro—. ¿Vamos?

—Sí, el sargento nos está esperando abajo, no sé si quedará alguna cosa más que hablar con él —dije.

Cargué con la maleta y bajamos a la recepción. Roca nos esperaba junto con otro policía de uniforme, mucho más joven y alto que él, al que nos presentó.

—El *caporal* Rovira, que trabaja también en la investigación.

Rovira nos estrechó las manos.

—Lamento su pérdida —dijo a Maite.

—Mientras les esperábamos hemos confirmado, por si acaso, que no hay rastro del ordenador, ni en el hotel ni entre los objetos personales del fallecido que recogimos y que están depositados en comisaría —nos comunicó Roca, y seguidamente se dirigió a Maite—. ¿Sabe de qué marca y modelo era?

—No... Me suena que era una marca japonesa, Toshiba, Fujitsu, no me acuerdo. Pero se lo podré decir cuando vuelva a casa, puedo mirarlo en el

manual, allí está el manual y el papel de la garantía, Ignacio guardaba los papeles de todos los aparatos.

—Se lo agradeceré. Por favor, llámeme para decírmelo. Aquí tienen mis teléfonos —Roca sacó unas tarjetas del bolsillo y nos las repartió a los tres—. Y no duden en llamarme para cualquier cosa.

Dado que aquello tenía tono de despedida le pregunté:

—¿Queda alguna cosa que debemos hacer?

—No, de momento nada más. Les agradezco mucho su colaboración. Estaremos en contacto, y si surge algo les tendré al tanto. ¿Van a volver ahora a Pamplona?

—No, vamos a buscar otro hotel, para dormir esta noche, y volveremos mañana.

—Muy bien. Miren, bajando esta misma calle, a dos manzanas, tienen uno; seguro que tendrán sitio y estarán cómodos.

Nos despedimos de los dos policías en la puerta del hotel. De pronto Maite exclamó:

—¡No hemos pagado el hotel!

—Es verdad —caí en la cuenta. Pese al golpe recibido, Maite seguía conservando su talante práctico que le hacía pensar en algo como aquello. Volvimos a entrar en la recepción. El encargado, muy amablemente, nos dijo que la factura estaba pagada, que se había pagado con la reserva. Insistí en si no quedaba pendiente de pagar el aparcamiento o alguna otra cosa, pero me respondió que no. Me quedé con la duda de si el hotel, a la vista de las circunstancias, nos perdonaba la deuda. En todo caso le dimos las gracias y acordamos que dejaríamos el coche en su aparcamiento hasta la mañana siguiente.

En el hotel que nos había recomendado Roca no nos pusieron ninguna pega para darnos dos habitaciones. Recogimos nuestro equipaje del coche de Ana, que no quedaba muy lejos, y nos instalamos para pasar la noche. Maite explicó que no le apetecía cenar y que quería acostarse pronto. Yo le sugerí a Ana que se quedara con ella y, si quería algo de cenar, lo pidiera en la habitación, que a mí no me importaba cenar solo. Quedamos a las ocho de la mañana para desayunar.

En realidad, yo tampoco tenía hambre, estaba cansado pero no tenía sueño y supuse que me iba a costar dormir, así que opté por salir a dar un paseo. Eran las nueve y media pero el atardecer se resistía todavía a dar paso a la noche. Después de un día caluroso la temperatura era agradable.

4

—¡Vaya, qué casualidad!

Levanté la vista. El sargento Roca, de paisano, estaba de pie junto a la mesa de la terraza donde yo estaba tomando una caña. Después de dar una vuelta por el centro de la ciudad y de rodear de nuevo la catedral, había decidido sentarme en una tranquila plaza para beber una cerveza antes de irme al hotel.

—¡Hola! Buenas noches —respondí.

—¿Le importa si me siento un momento con usted?

No estaba nada seguro de querer compañía, pero por sentido de la buena educación le invité a sentarse y le pregunté si quería otra caña. Aceptó y se la pedí al camarero que atendía la terraza.

—¿Qué tal están las señoras? —se interesó.

—Bien, han decidido acostarse pronto. Ha sido un día agitado. Y doloroso.

—Sí, claro, me hago cargo.

—Yo he preferido salir a dar una vuelta, a ver si me ayuda a dormir mejor.

—Sí, la verdad es que en estas noches de verano apetece salir a tomar el fresco, si lo hay. A mí me pasa lo mismo, duermo mejor después de un paseo.

Nos quedamos callados un momento. Yo tenía la impresión de que el policía estaba dándole vueltas a cómo decirme algo. Al final se decidió.

—¿Puedo hacerle una pregunta? Un poco delicada.

—Claro.

—Ya sé que, además de amigo, es usted el abogado de la viuda... Pero, en fin, extraoficialmente, quizás me quiera dar su opinión.

—Usted dirá.

—De momento, ya se lo he comentado, tenemos pocas pistas sobre el caso. En particular, no tenemos sospechosos y tampoco ningún móvil a la vista. Y aquí es donde me atrevo... me gustaría que me hablara sobre el matrimonio.

—¿El matrimonio?

—Sí, el de sus amigos, el fallecido y su mujer. ¿Iba todo bien? ¿Tenían algún problema?

Respiré antes de contestar.

—La verdad es que si hubiera problemas de por medio, no debería hablarle de ellos. Podría suceder que ustedes consideraran como sospechosa a la viuda.

Roca sonrió.

—Bueno, veo que no le puedo pillar. Tiene usted toda la razón. Deduzco que se dedica al derecho penal y que tiene experiencia en estos asuntos.

—Al derecho penal, sí, entre otras cosas. Para ganarse la vida conviene no ponerse demasiados límites. Pero es verdad que he llevado muchos asuntos penales y doy por sentado que en cualquier momento ustedes pueden sospechar de la viuda.

—Es así, en un homicidio las primeras sospechas recaen en las personas más próximas, la familia, la pareja, los socios... Pero, créame, en estos momentos no sospecho de su amiga. Aparte de que tiene buena coartada, estaba a más de cuatrocientos kilómetros de distancia, mi instinto me dice que es completamente inocente.

—Me alegro —le dije, sin creérmelo del todo. Roca parecía alguien digno de confianza, un profesional riguroso y una persona próxima y sincera. Pero, por si acaso, tiendo a no fiarme de mis impresiones, sobre todo en el curso de una investigación penal, y más de un policía. He conocido policías serios y competentes, otros perfectamente torpes e inútiles, y también me he tropezado con algunos corruptos y criminales. Como en cualquier profesión, hay de todo. Sea como sea, su obligación era sospechar de todo el mundo y su aspecto cordial y comprensivo podía ser parte de su tarea. Un medio práctico y eficaz de conseguir confidencias.

—En fin, entiendo sus recelos —dijo como si adivinara mis pensamientos.

—En todo caso, algo le puedo decir, porque no va a perjudicar a Maite. A la viuda —me resultaba extraño llamarla así, pero era la expresión más precisa y quería medir bien mis palabras ante el policía—. Mire, sinceramente se lo digo, no había ningún problema matrimonial. No he conocido a una pareja más unida, con una relación más sólida, que Maite e Ignacio. Una relación que sufrió una prueba muy dura. ¿Sabe usted que él fue víctima de un atentado?

—Sí, por supuesto, nos hemos informado. Un atentado que le apartó de la Guardia Civil porque perdió una pierna.

—Eso es. Ignacio pudo superarlo gracias al apoyo de su mujer. Una desgracia que los unió todavía más. Porque antes ya era una pareja muy enamorada. Los conozco... los conocía desde hace muchos años y sé lo que le digo.

—Entonces, podemos descartar cualquier relación extraconyugal...

—Por completo. Estoy completamente seguro. —De lo que no estaba nada seguro es de que Roca tuviera que creerme, pese a que lo fingiera—. Ni él, ni ella, desde que estaban juntos, han tenido ninguna otra relación sentimental, ni ningún lío, ni ningún conflicto, ni nada de nada. Entiendo que tendrán que comprobarlo, pero ya le digo que no encontrarán nada por ese lado.

—Le agradezco su comprensión. Ya sabe que tenemos que explorar todas las posibilidades. No he querido sacar este tema antes, delante de la viuda. Pero aprovechando que casualmente lo he encontrado solo...

—Pues gracias por no preguntarle a ella; le hubiera producido más dolor del que ya está soportando —dije, con la duda de que el encuentro hubiese sido casual.

—Lo sé, lo sé. Tenemos que evitar producir más daño a las víctimas de estos sucesos...

—No todos sus colegas de profesión saben hacerlo.

—Es verdad.

Habíamos acabado las cervezas y pensé en poner fin a la improvisada reunión e irme hacia el hotel, pero Roca seguía con ganas de conversación.

—Ya que nos hemos encontrado... ¿Hay alguna otra cosa que no haya querido comentar delante de la viuda?

—No, nada. Tanto ella como yo, y su hermana también, estamos perplejos, no nos explicamos que alguien haya podido matar a Ignacio. Tal como se lo hemos dicho. Era una persona de lo más normal, un profesor de instituto, un padre de familia con una vida corriente por completo, sin enemigos de ningún tipo.

—¿Tampoco ha tenido ningún conflicto como profesor? Ya sabe que en estos tiempos, a veces, surgen problemas con alumnos, padres...

—Que yo sepa, no. Nada tan grave como para que me lo contaran, al menos.

—O algún problema de su época de guardia civil...

—No lo creo. Hace ya veinte años de aquello, del atentado y de su jubilación por invalidez. Dudo que algo de aquella época pueda tener nada que ver con su muerte.

—No obstante, si recordara usted algo, algún motivo por el que alguien pudiera desear hacerle daño...

—Le llamaré, no se preocupe. Pero, la verdad, no creo que se me escape nada que sea importante.

—En fin, me alegro de que hayamos tropezado. Y le repito lo que les dije antes. No duden en llamarme si puedo ayudarles en cualquier cosa.

Nos pusimos en pie y nos estrechamos la mano. Roca me parecía un buen tipo, pero sabía que no debía fiarme sin más de él.

5

Maite tenía mucho mejor aspecto por la mañana, cuando nos reunimos para desayunar en el comedor del hotel. Había conseguido dormir bien con la ayuda de las pastillas de su amiga la médico. Ana confesó que también había tomado una y que le había ayudado a descansar.

—¿Quieres que lleve yo el coche de Ignacio a Pamplona? —pregunté a Maite.

—Puedo hacerlo yo.

—Mejor que no conduzcas, seguro que no estás en las mejores condiciones —le dijo Ana—. Mejor que llegues descansada a Pamplona.

—A mí no me importa, en serio —insistí—. Tiene razón Ana.

—Está bien —Maite accedió sin resistencia—. ¿Quieres que vaya contigo de copiloto?

—Como quieras... pero quizás sea mejor que vuelvas con Ana. Yo voy bien solo, estoy acostumbrado —le dije. Supuse que su hermana sería mejor compañía que yo.

—Sí, vente conmigo —me apoyó, para mi alivio, Ana.

—Bueno, vale —cedió, con muy poco entusiasmo, Maite. Estaba claro que no tenía fuerzas para discutir—. Pero antes de que nos vayamos, quiero que me expliques una cosa. ¿Qué era aquello que leyó la secretaria del juzgado? Lo del derecho que me asiste para ser parte en el proceso, o algo así.

Yo había pensado que era mejor dejar las cuestiones legales para más adelante, pero quizás fuera bueno para Maite ocuparse de ello, ocuparse de cualquier cosa que no fuera dolerse de su pérdida.

—Te ofrecen participar en el proceso penal, en la investigación. Es lo que se suele llamar la acusación particular. Las personas perjudicadas por un delito pueden comparecer, representadas por un abogado, desde que se inicia el proceso, tener conocimiento de todo lo que se actúa por el juzgado, solicitar la realización de diligencias, de pruebas, y cuando haya un inculpado o procesado presentar acusación y pedir la pena que considere apropiada —

intenté expresarme de forma clara y bien comprensible para legos en la materia.

—¿Cuándo se puede pedir ser parte? —preguntó Maite.

—En cualquier momento, desde el principio, ya mismo.

—Quiero comparecer como acusación. ¿Me harás el favor de llevar el caso?

—Claro que sí. Pero igual es pronto...

—Cuanto antes. Has dicho que eso nos permite tener toda la información sobre la investigación, ¿no?

—Sí, así es.

—Quiero saberlo todo. Necesito saberlo todo. Quiero que se descubra lo que ha pasado, y que quien ha matado a Ignacio responda ante la justicia — dijo gravemente Maite. Como la conocía bien, supe que había tomado una determinación de la que no se apartaría.

—Está bien, en cuanto volvamos a Pamplona me pondré a trabajar en ello. Tendremos que buscar un procurador aquí, en Seo de Urgel, que nos tramite los papeles. Y quizás unos abogados...

—Quiero que lo lleves tú.

—No te preocupes, queda en mis manos, yo me ocupo, pero llevar un tema de estos a distancia es complicado. Conviene que aunque yo sea el abogado principal tengamos también a alguien aquí, sobre el terreno.

—Bueno, lo que tú veas. Pero no quiero tener que tratar con otros abogados, solo contigo.

—Como tú digas.

Durante el desayuno les conté mi encuentro nocturno con el sargento Roca. No expliqué sus preguntas sobre posibles problemas matrimoniales, pensé que molestarían a Maite. Les dije que se había puesto a nuestra disposición.

—Me cae bien Roca —manifestó Maite—. Me alegra que se ocupe del asunto. A Ignacio también le hubiera caído bien.

6

Conduje de vuelta a Pamplona el coche de Ignacio. Era un Volkswagen con algunos años, no tan potente como el coche de Ana, ni a mí me gusta pisar tanto el acelerador como a ella. Resolví tomarlo con calma. Fui escuchando la radio; después de oír noticias sobre guerras, atentados terroristas y otras desgracias por todo el mundo, y las advertencias sobre una ola de calor que azotaría la Península durante varios días, busqué una emisora que solo diese música. Me detuve en un área de servicio cerca de Fraga para tomar un café y echar gasolina. Era más de la una y media cuando entré en Pamplona. Me fui directo al despacho, en la avenida de Roncesvalles, para comprobar que todo estaba en orden. Iratxe me pasó varias notas de llamadas de gente que quería hablar conmigo. Nada urgente que no pudiera esperar hasta el lunes. Encontré a Jorge detrás de su mesa.

—¿Qué tal por Lérida? —me saludó.

—Regular tirando a mal —respondí. Le resumí los sucesos y quedó bastante conmocionado al saber que Ignacio había podido ser asesinado. Aunque no era amigo íntimo de Maite y de Ignacio, conocía a los dos desde hacía muchos años.

—Lo he leído esta mañana, viene la noticia de la muerte en los dos diarios, pero no dice nada de un posible asesinato —me dijo—. Solo habla de una muerte accidental de un vecino de Pamplona en Seo de Urgel.

—Han sido discretos, entonces. Pero todo indica que la caída no fue accidental, sino provocada.

—Vaya palo. Oye, prioridad absoluta a ese tema. No te preocupes de otros asuntos, yo te cubro en lo que haga falta.

—Gracias. ¿Qué tal con los copropietarios?

—Bien, bien. Aunque más de tres horas de reunión, no hace tanto que he podido despedirlos. Han hablado mucho, hasta han gritado... Necesitaban una terapia de grupo y la han hecho aquí. Pero, en fin, creo que las cuestiones jurídicas están claras y que tenemos todos los datos necesarios. Hay que tirar para adelante con la querrela. He tomado nota de todo, lo tienes en tu mesa.

—Vale, gracias. Aunque ya lo veré el lunes. No estoy con ganas ni tengo la cabeza como para ponerme a pensar en nada.

—Por supuesto. Vete a casa y descansa.

Antes de irme llamé a Maite. Llevaba ya un rato en casa y se preparaba para afrontar otra prueba, acudir al tanatorio donde habían llevado el cuerpo de Ignacio. Me informó de que al día siguiente, sábado, a mediodía, sería la cremación en el cementerio municipal, y el funeral por la tarde en la parroquia Santa María de Ermitagaña, su barrio. Como iba a estar en casa todavía un rato, hasta después de comer, quedé en pasar a dejar el coche de Ignacio. Me indicó que lo aparcara en la calle, en la zona azul para la que tenía tarjeta de residente, y que luego subiera a su casa para dejar las llaves y para hablar con ella.

Maite estaba acompañada de su madre y de su hijo Pedro. Saludé a ambos y les di el pésame antes de que Maite me condujera al despacho que utilizaban para trabajar o estudiar en casa, donde tenían el ordenador y sus papeles.

—Toma, este es el manual del portátil de Ignacio —me lo entregó y eché un vistazo a la portada.

—Toshiba 50C —leí.

—Quedé en llamar al sargento Roca para darle el dato, pero, ¿te importa hacerlo tú? —me preguntó—. Estoy muy agobiada, preferiría que te ocupases tú de todo lo que tenga que ver con la policía o con el juzgado. ¿Me harás el favor?

—Por supuesto, no te preocupes. Luego le llamo. Pero vendría bien darle el número de serie del ordenador.

—¿Y eso dónde está?

—Además de en el ordenador, en la garantía, supongo... ¿No tienes más papeles?

—Espera, a ver... —Maite abrió un cajón y rebuscó en un motón de papeles cuidadosamente apilados que había allí. El orden impecable de Ignacio para guardar papeles, pensé—. Puede ser esto.

—Esto es —dije ojeando los papeles que me enseñaba—. Si te parece, me lo llevo todo.

—Sí, claro.

Rechacé la invitación de quedarme a comer con ellos, no tenía mucho humor para estar en compañía, me despedí y me fui a mi casa en un taxi. En otro momento hubiera ido dando un paseo ya que no hay tanta distancia, pero me daba pereza hacerlo con el calor del mediodía y cargando el bolso de

viaje. Después de comer y de hacer una breve siesta pensé que era una hora adecuada para llamar al sargento Roca.

—Déjeme adivinar —me dijo Roca cuando le anuncié que tenía el dato de la marca y el número de serie del ordenador portátil—. Toshiba 50C.

—Exactamente —le contesté sorprendido—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Lo hemos encontrado esta mañana. Para cerciorarnos, dígame el número de serie.

Se lo leí y confirmó que era el mismo.

—¿Dónde lo han encontrado? —le pregunté.

—En la basura. En un contenedor de basura, para ser más exactos. Ha sido una cuestión de suerte. Uno de los operarios de la recogida de residuos lo ha visto y le ha llamado la atención, así que lo ha separado de los demás residuos y ha evitado que fuera triturado en el camión de recogida. Luego ha tenido el buen criterio de avisarnos, por si acaso. Bueno, a la Policía Local, que nos ha avisado a nosotros.

—¿Y saben cómo ha podido llegar al contenedor?

—Tenemos alguna sospecha. Suponemos que alguien lo ha depositado allí con la intención de hacerlo desaparecer, aunque ha tenido mala fortuna. El contenedor está bastante lejos del hotel desde el que cayó su amigo, así que hay que eliminar la casualidad. Pero lo más importante es que han manipulado el ordenador. Le falta el disco duro.

—¿Se lo han quitado?

—Sí. Por lo demás, el ordenador está en perfecto estado, y dentro de su maletín. Pero sin disco duro. Lo hemos buscado por todas partes, hemos hecho revisar toda la basura de todos los contenedores de La Seu d’Urgell, por si acaso, pero ni el menor rastro del disco.

—Así que fue algo intencionado quitar el disco duro.

—Eso es. Alguien quería hacer desaparecer la información contenida en el ordenador. Y, casualmente, tampoco hay una sola huella digital en el aparato, ni en el maletín.

—O sea, que lo han limpiado.

—Obviamente. Alguien ha querido eliminar pruebas. Lo que nos hace suponer que ese alguien puede ser el autor del crimen, y que el móvil esté relacionado con la información que se contenía en el ordenador.

—¿Algún sospechoso?

—No, en eso estamos igual que ayer. Sin saber qué información podía haber dentro del ordenador, pocas suposiciones más podemos hacer. Solo podemos deducir que el asesino conocía a la víctima o, al menos, que sabía

quién era y que conocía el contenido del ordenador. Y que no estaba interesado en robar el ordenador, no ha sido un robo para vender el aparato, sino que tenía interés en eliminar la información contenida en el disco duro, o en apoderarse de ella.

—No me imagino qué podría haber en el ordenador para desencadenar un asesinato... Ignacio era un simple profesor de historia. Que yo sepa no guardaba secretos de Estado, ni secretos bancarios, ni datos fiscales, ni patentes comerciales, ni fotografías comprometedoras, en fin, nada que pudiera tener valor para alguien que no fuera él mismo.

—Pues alguna cosa había, al parecer. Que no serán mensajes de correo electrónico. Quien se llevó el disco duro algo debe de saber de informática, lo han sacado muy limpiamente, sin hacer daño al aparato y volviendo a colocar la tapa en su lugar, y sabrá que los mensajes de correo electrónico quedan copiados en el servidor, que no se pueden hacer desaparecer solamente borrándolos del ordenador. Así que debe ser otra cosa lo que le interesaba. Pero, sin el disco duro, no tenemos la menor pista de qué podría ser. ¿Me hace un favor?

—Claro, lo que quiera.

—Vuelva a hablar con la viuda sobre el ordenador. Prefiero no molestarla yo. A ver si su marido tenía una copia del disco duro. Hay quienes hacen copias de seguridad en un disco duro externo, en una memoria, en otro ordenador, en la nube. No es lo más habitual con un ordenador portátil y de uso personal, eso es más cosa de empresas e instituciones, pero conviene comprobarlo. Si existiera una copia podría darnos alguna pista, quizás.

—De acuerdo, hablaré con ella para comprobarlo. Le tendré informado.

—Y hay otra cosa.

—Usted dirá.

—Estamos convencidos de que el ordenador es el arma homicida.

—¿Cómo? —me sorprendí.

—El forense ha comparado la forma y las dimensiones del ordenador con las lesiones del fallecido. Los dos golpes que tenía, en la cabeza y en el brazo, que suponemos previos a la caída y que pudieron contribuir a esta, coinciden con la forma del ordenador. Parece que le golpearon con el canto del aparato, sin el maletín. Tiene el peso y la consistencia suficientes como para ser utilizado de forma contundente.

—No se me hubiera ocurrido nunca...

—Esto que le voy a decir es una suposición... El agresor, o los agresores, le querían quitar el ordenador y le abordaron en la terraza. Él se resistió,

forcejearon, le golpean con el propio ordenador y le empujan de la terraza al vacío. Luego, se llevan el ordenador, le sacan el disco duro y lo tiran al contenedor de basura confiando en que desaparezca. Se guardan el disco duro... para ocultar o para utilizar la información que contuviera, eso no lo sé.

—Parece plausible.

—En fin, ya me contará si la viuda le puede aportar alguna información sobre si existe una copia, también si se le ocurre algo sobre quién podía estar interesado en el contenido del ordenador...

Colgué el teléfono, tras despedirme de Roca, realmente intrigado. ¿Qué podía haber en el ordenador de Ignacio que pudiera explicar su asesinato? Si ya antes la idea de que alguien tuviera un motivo para matarle me parecía increíble, que el motivo fuera información contenida en el disco duro de su ordenador portátil resultaba propio de una película de espías. Demasiado irreal.

Calculé que Maite estaría en el tanatorio acompañada de su familia y recibiendo la visita y las condolencias de amigos y conocidos. Mal lugar y mal momento para hablarle del asunto, para agobiarla con los detalles de la investigación. No era algo tan urgente. Opté por enviarle un mensaje a su móvil: «Cuando puedas y estés tranquila, sin prisa, llámame, hay un asunto que necesito comentar». Yo me había disculpado de acudir al tanatorio. No me gustan los tanatorios, aunque supongo que tienen su utilidad. A Maite, que es más sociable que yo y disfruta de la compañía de la gente, le ayudaría estar con su familia, con sus amigos y con las personas que conocían y apreciaban a Ignacio, le gustaría recibir palabras de aliento. Yo en esas situaciones suelo estar abrumado por la gente.

Pasé la tarde tumbado perezosamente en el sofá e intentando mantener la casa fresca. Aunque me había propuesto no trabajar hasta el lunes fui adelantando algunas cuestiones. Llamé a Matías, mi primo notario. Afortunadamente trabajaba el viernes por la tarde. Aparte de por darle trabajo a menudo, gracias al parentesco me facilitaba atención urgente e inmediata siempre que la necesitaba. Le pedí que para el mismo lunes, a ser posible, tuviera listo para firmar un poder a favor de uno o varios procuradores de Seo de Urgel, y también de Lérida capital, de Pamplona y de Madrid, por si acaso. Y de paso también a mi favor, por si necesitaba actuar en nombre de Maite. Sus datos ya los tenían en la notaría de otras ocasiones anteriores en que ella e Ignacio habían firmado varias escrituras, como la de compraventa de su casa. La búsqueda de procuradores de confianza se la encomendaba también a él, que tenía buenos contactos por todas partes. Una vez que tomó nota de todo y

me aseguró que a partir de media mañana del lunes podía enviar a Maite a firmar cuando le resultara más cómodo, le conté lo de la muerte de Ignacio. Él había tenido poca relación con ambos, solo profesional, pero aun así se quedó impresionado por la posibilidad de que aquello pudiera ser un asesinato. Después de la llamada a Matías hice una lista de otras tareas que debería realizar el lunes. Entre otras cosas, redactar los documentos para la personación como acusación particular. Me tranquilizaría ocuparme de ello cuanto antes, me iba a costar concentrarme en otros asuntos.

Pensé que el martes o miércoles podía volver a Seo de Urgel, un viaje rápido, de nuevo no más de una noche fuera. Lo más práctico sería ir yo con los papeles y, además de contactar personalmente con los procuradores que me hubiese proporcionado Matías, buscar también allí mismo un despacho de abogados que me ayudara. Llevar yo solo el asunto a tanta distancia era muy poco práctico, es mejor tener a alguien sobre el terreno. Maite había insistido en meterme mucha prisa en hacer los trámites para presentar la acusación, pero la urgencia era más suya que del propio procedimiento judicial. Lo he visto en otros casos. Quien sufre un golpe como el que había sufrido Maite, una muerte inesperada, más si es violenta, necesita tener la sensación de que está haciendo algo para remediarlo en la medida en que pueda remediar algo. Y a veces tiene necesidad también de clamar venganza, de algún modo. Las víctimas exigen que el asesino, pero también el conductor del otro vehículo accidentado, o la compañía aérea del avión siniestrado, o el propietario de la discoteca incendiada, o el hospital donde falleció su familiar, asuman responsabilidades penales y civiles, quieren que alguien pague, quieren demandas, querellas, que alguien vaya a la cárcel enseguida. Según pasa el tiempo la indignación va cediendo el paso al dolor puro y duro por la pérdida y al convencimiento de que esta ya no tiene remedio. Las ansias de obtener reparación desaparecen y, a menudo, se desiste de las acciones judiciales apresuradamente emprendidas. Solo donde muy claramente hay un crimen, o una negligencia criminal, y una persona responsable, se suelen proseguir los procedimientos, largos y tortuosos procedimientos que muchas veces no proporcionan ningún alivio a las víctimas sino dolor añadido.

Muchos crímenes se resuelven en poco tiempo. En los dos o tres días siguientes a que se produzcan. Cuando pasado ese tiempo no se ha detenido o, al menos, identificado a los criminales, se convierten en casos pendientes de resolver que pueden quedarse en este estado durante semanas, meses, a veces para siempre. Decidí dar un margen a los Mozos de Escuadra antes de iniciar actuaciones ante el juzgado. Si encontraban pronto a los asesinos no tenía

sentido correr para figurar como acusación particular. Habría tiempo. Si la cosa se demoraba es cuando tenía sentido haberse personado para poder estar encima de toda la información que se pudiera producir y empujar de algún modo, si era posible, las actuaciones. Así que era más recomendable esperar unos pocos días, dejar pasar el fin de semana y no volver a Seo de Urgel, por lo menos, hasta el martes.

Maite me llamó pasadas las nueve y media de la noche. Parecía haber recobrado la entereza, pero me confesó que estaba rendida por la fatiga y el calor, con ganas únicamente de darse una ducha e irse a dormir. No quise molestarla más de lo necesario. Le dije que había hablado con el sargento Roca y que me había pedido algún dato más, pero que mejor ya se lo explicaría todo por la mañana, cuando hubiera descansado. No mostró ninguna curiosidad, señal de lo cansada que debía de estar, y quedamos en hablar al día siguiente. Intenté ver algún programa en la televisión, pero la cabeza se me iba dándole vueltas a la muerte de Ignacio y al misterio de la información de su ordenador. Opté por irme también pronto a la cama, aunque tardé en quedarme dormido.

—Supongo que Ignacio tenía copia de todo.

—¿Seguro?

Eran poco más de las nueve de la mañana. Después de desayunar había llamado a Maite, que parecía suficientemente descansada y tranquila, y le había hecho el relato de todo lo que me había explicado Roca la tarde anterior. Me había temido su reacción, no es nada agradable oír el relato de cómo pudo ser el asesinato de tu marido, aunque yo lo hiciera con todo el tacto que me era posible, pero lo escuchó con mucha calma. Me pareció que le satisfacía saber que la investigación avanzaba, y que ella podía ayudar, cuando le planteé la cuestión de si podía existir alguna copia del contenido del ordenador.

—Sí. Hacía copia de todo. Absolutamente de todo. En la nube, como se dice ahora. Había cogido la manía desde que le robaron el otro ordenador.

Me acordaba de la historia, el propio Ignacio me la había contado con todo detalle, todavía enfadado. Maite y él habían ido, un par de años antes, a Madrid a pasar un fin de semana, quizás un puente. Él, como de costumbre, llevaba el ordenador portátil en su maletín. Cuando llegaron a la recepción del hotel que habían reservado depositó el maletín junto a su maleta en el suelo, a pocos centímetros de sus pies. Enfrascado en los trámites de recepción, no advirtió cómo le robaban el maletín del ordenador. No se dio cuenta de que había desaparecido hasta que bajó la vista, una vez que tenía la llave de la habitación en la mano, dispuesto a recoger los bultos y encaminarse hacia el ascensor. Maite tampoco se había dado cuenta de nada. Llamaron al encargado de seguridad del hotel, les indicó dónde podían ir a poner una denuncia y les aseguró que todo lo que hubiera pasado habría quedado recogido en las cámaras de seguridad.

Más tarde, cuando volvieron de la comisaría de poner una denuncia que no sirvió para recuperar el ordenador robado, el mismo encargado les invitó a su despacho y les enseñó la grabación. Se veía cómo, mientras ellos estaban apoyados en el mostrador de la recepción firmando los documentos, un

hombre se acercaba por su espalda, cogía el maletín y se escurría velozmente hacia la salida. Iba vestido de oscuro, llevaba un gorro bien calado hasta los ojos y un cuello subido hasta la nariz, no se le veía apenas la cara. Ignacio quedó indignado con el incidente. Primero, porque en un hotel con cuatro estrellas hubiera tan poca seguridad. Segundo, porque además de perder el ordenador, perdió la información que contenía. Una parte pudo recuperarla porque había copias en otros ordenadores o en memorias USB, pero había otra parte, sobre todo de elaboración propia, irre recuperable. Tuvo que reelaborar algunos trabajos lamentando más la cantidad de tiempo perdido que el dinero que tuvo que gastar en comprar un ordenador nuevo.

—Siempre que iba a apagar el ordenador, primero subía a la nube cualquier documento que hubiera creado o modificado. Decía que así se aseguraba de que, si alguna vez le volvían a robar el ordenador, o si este sufría un accidente o una avería, no perdería ninguna información. Me insistía a mí en hacer lo mismo. Me enseñó cómo hacerlo. Aunque yo, la verdad, no soy tan organizada, y tampoco manejo tanta información. Me acuerdo de hacer copia de tarde en tarde, y más en el ordenador de la tienda que en el de casa. Pero Ignacio, ya sabes, era un obseso del orden y de la disciplina, así que estoy convencida de que hay copia de absolutamente todo lo que tenía en su ordenador.

—¿Y sabes cómo acceder a esa copia en la nube?

—No sé... Utilizaba un sitio que se llama Google Drive. Ahí se puede ir almacenando todo tipo de archivos. Pero hace falta acceder con una contraseña.

—¿Y no tienes la contraseña?

—No, la suya no. Cada uno trabajaba con su ordenador y con sus archivos, para no liarnos, así que yo no sé sus contraseñas. Aparte de que decía que había que cambiarla de vez en cuando... Pero puede que Ignacio la tuviera anotada en algún sitio. Ya sabes que siempre lo tenía todo anotado, a veces era un poco insufrible con el orden. Voy a mirar por aquí.

Quedamos en que me llamaría después, una vez que hubiera comprobado los papeles de Ignacio. Mientras tanto, llamé al sargento Roca. Que posiblemente hubiera una copia de todo el contenido del ordenador me parecía una noticia lo suficientemente importante como para contársela, aunque todavía no tuviéramos las claves de acceso. Y, mientras esperaba que respondiera a mi llamada, se me ocurrió que a lo mejor la policía tiene medios para acceder a una información como esa incluso sin tener las claves.

—No se crea que es tan fácil —observó Roca después de que le hablara de la posibilidad de acceder a la nube para recuperar la información del ordenador—. Esas grandes empresas informáticas multinacionales dan muchos problemas. Primero hace falta una orden judicial concretando qué datos pedimos, y luego hay que esperar a que la empresa haga las comprobaciones pertinentes y nos dé la información. Y esas empresas andan con pies de plomo, primero consultan con sus abogados, que a veces están en Ginebra, o en Nueva York, o en Londres, yo qué sé, muchas veces sus domicilios oficiales están en otro país. Y luego dicen que esa información está almacenada en un servidor que también está en cualquier parte del mundo, en cualquier país que no sea este, y que hay que formular una comisión rogatoria para que los tribunales de Singapur, o de Panamá, o de Corea del Sur, o que el Departamento de Justicia de los Estados Unidos, que debe de ser el hueso más duro de todos, autoricen que te proporcionen los datos que pides.

—Pero al final se podrá acceder...

—Sí, normalmente sí, pero a veces se tarda semanas, o meses, o años. Así que si ustedes pueden encontrar la contraseña y acceder a los archivos... nos ahorraría mucho tiempo y mucho trabajo. La juez puede limitarse a dictar una orden para que sea la propia viuda... ¿Tenían régimen de gananciales?

—Sí.

—Mejor, así los archivos son propiedad de los dos cónyuges. Y quizás la viuda también sea la heredera de su marido.

—Pues sí, tenían testamento de hermandad y se habían nombrado mutuamente herederos.

—Mucho mejor. Así no hay duda de que ella tiene derecho a entrar en esos archivos. Entonces, se trata de que la viuda reciba la orden judicial y nos entregue una copia de los archivos que se haya descargado legítimamente de la nube. Y nos ahorramos las gestiones con Singapur o con Washington.

—Pues a ver si hay suerte —dije. No soy especialista en esos temas judiciales internacionales, mi experiencia se limita a pequeños asuntos muy provincianos, pero lo que contaba Roca me sonaba muy razonable—. Le llamaré en cuanto sepa algo.

Me despedí de Roca y esperé a ver si me llamaba Maite. Pasaba el tiempo y empecé a suponer que no iba a encontrar la contraseña antes de que se hiciera la hora de ir al crematorio. Efectivamente, pasadas las once me llamó Maite, apurada, diciéndome que había revuelto todos los papeles de Ignacio y no encontraba nada, y que tenía que salir ya de casa para volver al tanatorio antes de la conducción del cadáver al cementerio.

—No te preocupes, déjalo para más tarde. Nos vemos en un rato —le tranquilicé.

8

La sala de despedidas del crematorio estaba llena, lo que hacía elevar todavía más la temperatura. Había acudido toda la familia de Maite, su hijo, su madre, su hermana y sus tres hermanos, su cuñado y sus dos cuñadas, unos cuantos sobrinos, más una parte de la familia de Ignacio que estaba desperdigada por toda España ya que era de tradición militar, yo solo fui capaz de identificar a sus dos hermanos con sus respectivas esposas e hijos, más los compañeros de trabajo de Ignacio en el instituto. No vi ningún uniforme de la Guardia Civil ni ninguna cara que me la recordara, sus compañeros o superiores de otros tiempos en el cuerpo probablemente ya no estarían en Pamplona. Habían pasado veinte años. Y, además de mucha otra gente desconocida, estábamos casi todos los de la cuadrilla de siempre, la cuadrilla de Maite y mía. A algunos hacía años que no los veía. No tuve más remedio que pasar revista de cómo les estaba tratando el paso del tiempo; cómo a algunas de las amigas, o de las esposas de los amigos, tan admiradas de jóvenes por su físico, les iban decayendo los encantos; cómo algunas que no habían sido especialmente guapas, por el contrario, mejoraban sensiblemente con la madurez; cómo la mayoría de los hombres perdía el pelo y echaba barriga.

Pronunció unas palabras y una oración el párroco de Ermitagaña. Maite e Ignacio eran católicos a ratos, como la mayor parte de la población de Pamplona. Habían contraído matrimonio canónico, habían bautizado a su hijo y lo habían enviado a un colegio religioso, pero frecuentaban poco su parroquia o cualquier otra iglesia. Sin embargo, tenían amistad con el párroco, más por haber colaborado Ignacio en actividades culturales de la parroquia y de la diócesis que en tareas litúrgicas o pastorales. A continuación fue Pedro, su hijo, quien leyó unas emotivas líneas recordando a su padre y agradeciendo en nombre de la familia a todos los presentes haber acudido al acto. Finalmente, tres profesores de su instituto cantaron *Gracias a la vida* acompañados de una guitarra, una canción que gustaba mucho a Ignacio y que, como explicó uno de sus compañeros, en una ocasión había comentado

que le gustaría oír en su funeral, «y seguro que nos estará oyendo», añadió. Lograron que todos saliéramos de allí con los ojos húmedos.

Nos fuimos reuniendo en corrillos a la salida, junto al aparcamiento, buscando la sombra para evitar el calor implacable del mediodía. No me acerqué en principio a Maite, rodeada de gente que le daba el pésame y la abrazaba, aunque quería hablar con ella del asunto del ordenador. Esperé con algunos de la cuadrilla. Todos impresionados, consternados, me preguntaban por los detalles. Me alegró ver que había venido Koldo. Siempre guardó distancias con Ignacio, aunque había sido buen amigo de Maite antes de su matrimonio. Un primo suyo había muerto, hacía muchos años, en extrañas circunstancias en un cuartel de la Guardia Civil después de ser detenido como sospechoso de colaborar con banda armada. Algo que siempre produjo mal ambiente en el grupo. En una ocasión Koldo me confesó que no le tenía antipatía a Ignacio, mucho menos le quería culpar personalmente de las torturas o de la muerte de su primo, y sabía que el atentado que había sufrido era igual de injusto que aquello, pero me dijo que le resultaba muy incómodo estar con él y con Maite. Era el primero en lamentar la situación pero no era capaz de resolverla. Cuando Koldo se acercó a Maite, ella respondió a sus dos besos en las mejillas con un fuerte abrazo, sin duda para expresarle su agradecimiento por estar allí pese a todo.

Se me acercó Pablo Urbiola, al que conozco muy superficialmente, el director del instituto donde trabajaba Ignacio. Me saludó con gesto de preocupación y enseguida me contó el motivo.

—Han venido a verme de la Policía Nacional y me han estado haciendo preguntas sobre Ignacio. Y también a varios profesores más.

—¿Y qué preguntaban?

—Pues un poco de todo, qué relación teníamos con él, cuál era su trabajo, si tenía problemas, si había tenido conflictos con alguien, algún alumno, algún padre, si tenía enemigos, si sabemos algo que pueda tener que ver con su muerte.

Pensé que los Mozos de Escuadra, o el juzgado de Seo de Urgel, habrían pedido la colaboración de la comisaría de Pamplona para sondear el entorno de Ignacio. Hasta ahí todo normal.

—No te preocupes, es lo habitual en estos casos. Hay una investigación y van preguntando a la gente cercana al fallecido.

—Pero, ¿crees que sospechan de alguien del instituto?

—No sé... ¿Tuvo Ignacio problemas con alguien? ¿Con algún alumno?

—No, no, en absoluto. La verdad es que hoy en día a veces hay alumnos, incluso algún padre, que se ponen violentos y llegan a amenazar a los profesores. Algún incidente hemos tenido. Pero, que yo sepa, Ignacio no estuvo nunca involucrado en ningún incidente de esos, no tuvo ningún conflicto con nadie. Ya sabes que tenía un carácter muy conciliador.

—Entonces supongo que es pura rutina que hagan esas preguntas. Por lo que sé, no tienen sospechosos de momento.

—¿Qué crees que ha pasado?

—Pues no tengo ni idea. No tiene ningún sentido. Y creo que la policía está igual que yo. La de aquí y la de Cataluña.

Se me vino a la cabeza que en las películas y en las series de televisión los policías acuden a los entierros o funerales y observan a los asistentes por si el asesino también está presente. No me consta por mi experiencia si es verdad o no. En todo caso, eché un vistazo, pero no había nadie con aspecto de ser un policía que estuviera vigilándonos. Tampoco había nadie con aspecto de asesino vigilado por los hipotéticos policías allí presentes. Aunque, en realidad, los asesinos no tienen un aspecto definido y los policías podían suponer que no era probable que pudiera estar allí, más probable que siguiera en Seo de Urgel o en sus proximidades, pensé. Aunque enseguida me reprendí a mí mismo por esa conclusión precipitada; en realidad nadie sabía quién podía ser el asesino, podía ser alguien con quien Ignacio se encontró en Seo de Urgel, alguien de Pamplona o alguien de cualquier otro lugar del mundo, alguien que estuviera en el cementerio o alguien que estuviera muy lejos.

Cuando la gente se fue marchando y Maite se quedó únicamente con sus familiares más próximos, con aspecto de estar a punto de irse también, me acerqué.

—¿Quieres que te ayude a buscar la contraseña del ordenador? —me ofrecí.

—No creo que esté en casa, he mirado por todas partes; pero después de despedirnos antes me he acordado de una cosa. ¿Te has fijado si había algo escrito a mano en el manual del ordenador que te llevaste ayer?

—No, no me he fijado, no me suena.

—Tengo la idea de que allí había apuntado algo, me suena lejanamente que podían ser contraseñas, como que Ignacio me comentó algo así.

—Pues ya lo miraré cuando llegue a casa.

Buena parte de la cuadrilla había quedado para tomar un aperitivo en un bar de San Juan, pero aunque me tentaba la idea de una cerveza bien fría decidí no unirme a ellos y volverme a casa directamente. Estaba intrigado con

el asunto de la contraseña y quería, cuanto antes, comprobar si había algo apuntado en el manual. En cuanto entré en casa corrí a examinarlo. Y, efectivamente, tras ir pasando cuidadosamente todas las páginas de instrucciones en varios idiomas, hallé que en la vuelta de la contraportada, que no llevaba nada impreso, había algo escrito a mano con bolígrafo. En la pulcra letra de Ignacio había anotadas dos direcciones de correo electrónico, una la que yo ya conocía y había utilizado muchas veces para enviarle mensajes, la otra desconocida para mí. Quizás la utilizaba como usuario para identificarse y acceder a determinadas páginas, pensé. Y debajo de esas dos direcciones, ordenadas en dos columnas, varias series compuestas cada una de ocho números y letras. Sin duda, contraseñas. Las conté. Había diecinueve. Lo examiné todo desanimado. A saber para qué podían servir todas aquellas contraseñas. No había ninguna indicación al respecto. Quizás Ignacio supiera de memoria para qué había apuntado cada una de ellas, pero a mí me era imposible saberlo.

Yo también uso un montón de contraseñas distintas. Hace años, cuando empezó a ser normal tener que identificarse para acceder a diversas aplicaciones informáticas, lo mismo para consultar la cuenta corriente que para leer un periódico al que te hubieras suscrito, yo tuve la ingenua idea de que podría utilizar siempre la misma. Inventé una sencilla, de seis números, que no fuera mi fecha de nacimiento o cualquier otra fácilmente adivinable por los delincuentes, como recomendaban los expertos. Pronto fui comprobando que no era suficiente. Algunas páginas te piden ocho caracteres, luego otras que alternen letras y números, otras que incluyas mayúsculas y minúsculas. Así que he ido inventando un montón de contraseñas que se me suelen olvidar y que tengo que pedir a menudo que me las recuerden. He leído que a todo el mundo le pasa lo mismo y que pronto los ordenadores nos identificarán por la cara, o por la pupila, como en las películas de ciencia ficción.

Pensé en probar al azar, pero desistí enseguida. Normalmente, cualquier página permite solo tres intentos fallidos y luego se bloquea el acceso. Tenía dos direcciones de correo que probar como usuario y diecinueve contraseñas. Eran treinta y ocho posibilidades. Demasiadas. No podía arriesgarme a bloquear el acceso. Decidí llamar a Maite a ver si a ella se le ocurría algo.

—¿Dices que hay diecinueve contraseñas? —me preguntó cuando le expuse la situación.

—Eso es. Ordenadas en columnas. Diez en una columna y nueve en otra.

—Entonces es la última.

—¿Estás segura?

—Eso creo. Ignacio cambiaba la contraseña una vez al mes. Ya sabes lo metódico que era. Y hará unos diecinueve meses que tenía este ordenador. Seguro que cada mes iba apuntando la nueva contraseña a continuación de la anterior.

—Es posible. Voy a probar. Luego te llamo.

Con una lata de cerveza en la mano, encendí el ordenador, entré en la página de Google donde piden la identificación y probé. Introduje la dirección de correo de Ignacio y tecleé a continuación la última de las contraseñas. Error. Tenía que ser la otra dirección de correo, la que yo no conocía, la que Ignacio utilizaba como identificación de usuario. Probé de nuevo y suspiré con alivio. Correcto, entré en la página de inicio de Ignacio. Incluso apareció su foto en la esquina de la pantalla. Se me hacía raro verle, vivo y sonriente, mientras yo hurgaba en sus cosas sabiendo que había muerto. Trasteé un poco por la página para situarme y luego fui a su nube, al lugar donde se almacenan los archivos. Me encontré con una buena cantidad de carpetas perfectamente identificadas con títulos, fechas y tipos de documento que contenían. Un orden típico de Ignacio. Carpetas con subcarpetas que contenían, a su vez, más subcarpetas. Fui repasando. Había un poco de todo. Algunos archivos con fotografías. De vacaciones, principalmente, cada carpeta con su mes, año y lugar. Me detuve, por curiosidad, en las de unas vacaciones que habíamos compartido hacía cinco años, en Viena, Maite, Ignacio, otra pareja y yo. Pensé que unas fotografías familiares difícilmente podían tener nada que ver como móvil para un asesinato. Dejé de lado las carpetas de fotos. Había otras tres carpetas identificadas con sendos cursos académicos. Abrí el curso 2012-2013. Horarios, programas, circulares, exámenes, listas de alumnos... Ignacio iba clasificando cuidadosamente todo lo que tenía que ver con su trabajo en el instituto. ¿Podía tener que ver su muerte con su trabajo como profesor? No me parecía probable, pero vete a saber... Había otra carpeta titulada UNED. Más de lo mismo en relación con las clases que impartía allí. Por si acaso, fui abriendo una a una todas las carpetas para asegurarme de que el contenido respondía a sus anodinos títulos. Todo aquello no parecía tampoco guardar relación alguna con su muerte. Al menos, eso me parecía a mí. Quizás la policía, o el juzgado, encontraran algo allí. Pero, de momento, seguí buscando. Llamaría a Roca cuando tuviera una idea más completa de todo lo que había almacenado allí.

Algunas carpetas tenían que ver con los trabajos de investigación a los que dedicaba Ignacio buena parte de su tiempo libre en los últimos años.

Había una carpeta titulada igual que su tesis doctoral. Reconocí el título de otra, era el de un trabajo que se había publicado hacía un par de años, Ignacio me envió la separata de la revista de historia que se lo había aceptado. Además del texto publicado, había varios borradores sucesivos con sus fechas, notas previas, bibliografía, materiales que había empleado en su trabajo. Otros títulos de carpetas no me sonaban pero parecían también trabajos de investigación histórica. Deduje que algunos también estaban finalizados y, probablemente, ya publicados o en proceso de publicación, y que otros estaban todavía apenas iniciados o sin finalizar.

Llevaba un buen rato metido en el ordenador. Me escocían los ojos y tenía hambre. Había dejado pasar la hora de comer sin enterarme. Eran más de las cuatro y media. Decidí parar un rato para comer y descansar. Pero antes de prepararme algo de comida decidí llamar al sargento Roca para ponerle al tanto de que ya había podido acceder a los archivos de Ignacio.

—Espero que no le moleste en pleno fin de semana... —me disculpé.

—No se preocupe, no tengo fin de semana, estoy trabajando. ¿Qué me cuenta de nuevo?

Le expliqué que había conseguido acceder a los archivos de Ignacio pero que, de momento, no veía nada que pareciera tener interés para explicar su muerte.

—¿Ha podido examinar todos los archivos?

—No, todos no, hay muchas carpetas. He ido abriendo unas cuantas, pero me quedan otras todavía.

—Yo voy a ir a tramitando la orden judicial, pero llevará un par de días, al menos, que se firme, que se notifique... Hágame un favor, mientras tanto usted siga examinando los archivos a ver si encuentra algo de interés.

—¿Quiere que le dé la contraseña y lo mira usted mismo?

—No, no, mejor que no. No nos arriesguemos a contaminar las pruebas. Nosotros no tenemos derecho a acceder a esa información mientras no se haya dictado la orden judicial y se nos haya entregado formalmente. Probablemente no pasaría nada, pero nunca se sabe, alguien en el futuro podría alegar que hemos accedido irregularmente y podría anularse como prueba. Y en este caso no solo hemos de pensar en tener en contra al culpable, o a los posibles culpables de la muerte, también a empresas informáticas muy celosas de quién, cuándo y cómo se accede a sus datos...

—Tiene razón —me fustigué mentalmente, tenía que haberlo previsto. No estaba pensando con la suficiente objetividad, aquello me implicaba demasiado personalmente.

—Usted puede acceder porque está autorizado por la viuda. Yo prefiero no acceder, ni con autorización suya, hasta que haya orden judicial, para que quede constancia y no quepa la menor duda de que lo hacemos con todas las de la ley.

—Muy bien, seguiré buscando.

—No hace falta que le diga que no ha de modificar ningún archivo, por las mismas razones que le he explicado —me advirtió—. Ha de limitarse a leer, para no comprometer las pruebas.

—Sí, por supuesto —respondí. Claro que hacía falta que me lo advirtiera, no había pensado en ello. Afortunadamente, no había alterado ningún archivo.

—Lo que sí puede hacer, también, es ir preparando la información para entregarla en el juzgado. Descargar los archivos en un disco, o en una memoria.

—Es una buena cantidad... quizás necesite varios discos o varias memorias —pensé que necesitaba la ayuda de Iratxe, que domina esas cuestiones informáticas. El lunes a primera hora me pondría a ello.

—Bien, eso ya lo verán ustedes. En todo caso, lo importante sería que una vez recibida la orden judicial nos entreguen aquí, en La Seu, la información. La juez quizás firme mañana domingo, hoy sé que ya no está disponible, ha tenido que salir. El lunes como tarde les podrían notificar la orden en Pamplona y a partir de entonces, cuanto antes, mejor. Podrían entregarlo al juzgado de allí, pero ya sabe que cuando las cosas han de enviarse de un juzgado a otro se genera un montón de papeleo y se demora unos cuantos días. Si pudiera usted venir aquí...

—Yo había pensado en ir por allí de nuevo el martes o el miércoles, para formalizar la personación como acusación particular, y al mismo tiempo podría llevar la memoria, o el disco.

—Quizás abuse un poco de su comprensión pero, ¿no podría ser el mismo lunes? Es importante que analicemos esos datos cuanto antes.

—Puede ser el lunes por la tarde —calculé—. Por la mañana tengo que resolver algunas cosas, pero una vez que nos hayan notificado la orden podría coger el coche y estar allí a la tarde.

—Estupendo, le agradezco mucho el esfuerzo. Y si encuentra algo en los archivos...

—No se preocupe, le llamo si veo algo interesante.

Me despedí de Roca y me metí en la cocina. Volví a salir enseguida, no me apetecía nada ponerme a cocinar, no soy buen cocinero y mi especialidad es abrir latas y calentarlas, pero en ese momento hasta eso me daba pereza, así

que salí de casa y fui a una cafetería cercana donde dan de comer a cualquier hora. Después de comer un plato combinado volví a casa y regresé al ordenador, aunque pronto empecé a sufrir la somnolencia propia de la digestión. Decidí descansar un poco. Quizás fuera más procedente dejar aquello para más tarde. A las siete y media era el funeral por Ignacio. Mejor hacer una siesta corta e ir al funeral sin prisas. A la noche podía continuar buscando. No tenía ningún compromiso, ni tampoco nada que me obligara a madrugar el domingo.

La iglesia estaba abarrotada, como siempre que muere alguien prematuramente, y a falta de la leve brisa que soplaba en la calle resultaba demasiado calurosa. Volví a ver a casi todas las personas que a la mañana habían acudido al crematorio y a algunas más que no habían estado. En las primeras filas había un par de uniformes de la Guardia Civil, sin duda en representación oficial del cuerpo al que había servido Ignacio. También algunos trajes oscuros con sus correspondientes corbatas que contrastaban con la ropa veraniega de la mayoría de los asistentes y que probablemente correspondían a responsables del Departamento de Educación o a políticos de alguna otra institución. No faltó algún fotógrafo de prensa, sin duda los diarios locales se harían eco del funeral y de la marcha de la investigación por el posible homicidio antes de olvidar el asunto, desplazado por otras noticias que ocuparían el interés de los periodistas y de los lectores. El sacerdote, en su homilía, glosó las virtudes del finado y se refirió un par de veces a su «trágica muerte», sin entrar en más detalles.

Después del funeral, congregados en la plaza que hay delante de la parroquia, algunos de la cuadrilla insistieron en ir a tomar algo. Como ya les había desairado al mediodía, al salir del cementerio, me dejé convencer. Con Maite, de nuevo, apenas pude intercambiar unas breves palabras ya que estaba rodeada de gente, sobre todo por alguna de la que no había estado en la cremación y que le quería dar el pésame. Quedé en llamarle por la mañana para ponerle al tanto de las últimas novedades.

SEGUNDO
El rey de Andorra

9

Eran casi las once de la noche, el calor había empezado a ceder un poco, cuando conseguí regresar a casa. Los amigos presentes en las honras fúnebres me habían tomado como referencia, sabiendo que yo había acompañado a Maite a Lérida, para interrogarme sobre aquella misteriosa muerte. Así que tuve que explicar muchas veces que, en realidad, no sabía casi nada y que tampoco me explicaba qué es lo que había pasado. Todos lamentaban mucho no haber tenido más contacto con el difunto Ignacio en los últimos años y todos formulaban buenos propósitos para que intentáramos vernos más a menudo. Algunos propusieron que fuésemos a cenar pero yo me disculpé, otro día me hubiera apetecido quedarme con ellos pero estaba impaciente por volver a entrar en los archivos de Ignacio y seguir buscando una pista que pudiera explicar su extraña muerte.

Abrí algunas carpetas de contenido anodino. Ignacio guardaba cuidadosamente y en formato digital las declaraciones de la renta de los últimos años, sus nóminas, justificantes de las retribuciones que le habían abonado por algunas publicaciones, gastos de viajes, facturas, programas de jornadas y cursos a los que había asistido. Nada me parecía significativo a los efectos de saber quién podía haber tenido tanto interés en esa información como para haber matado por ella, pero me empeñé en ir abriendo uno a uno todos los documentos.

De pronto apareció ante mis ojos una carpeta cuyo título llamó de inmediato mi curiosidad. *El rey de Andorra*. Contuve la excitación. Aquello podía ser lo que estaba buscando. Ignacio había viajado a Seo de Urgel buscando datos sobre la historia del rey de Andorra. Yo no tenía ni idea de en qué consistía esa historia, no había oído hablar del rey de Andorra hasta dos días antes y no podía imaginar qué información podía guardar aquella carpeta, pero sin duda aquello estaba relacionado con el último viaje de Ignacio y, quizás, allí podría haber alguna pista sobre su muerte.

Abrí la carpeta. Al igual que en casi todas las demás que había ido examinando a lo largo de la tarde y de la noche de aquel día, había un montón

de archivos de diversos formatos y varias subcarpetas. Como ya había visto que era habitual en la mayor parte de las carpetas, todo perfectamente clasificado por fecha, desde la más reciente descendiendo hacia la más lejana. El archivo más reciente era de pocos días antes, el más antiguo de hacía unos meses. Pensé en abrir de inmediato el más cercano en fecha, pero recapacité. Llevaba como título *Nota 20*. El inmediatamente anterior era *Nota 19*. Y alternándose con algunos otros archivos, destacaba toda la ordenada serie de documentos de texto que empezaba con la *Nota 1*. Los demás títulos de los archivos de la lista no parecían guardar entre sí una relación tan clara, así que decidí proceder ordenadamente, empezando por la primera nota y seguir por las siguientes, con la esperanza de que su lectura me iluminara sobre el asunto que había llevado a Ignacio a Seo de Urgel. Abrí la *Nota 1* y comencé a leer lo que Ignacio había redactado algunos meses antes.

NOTA 1. 22 de septiembre

He encontrado la referencia de una novela, *Boris I, Rey de Andorra*, publicada en 2007 por Antoni Morell, escritor andorrano. Basada en un personaje real, Boris de Skossyreff, ruso exiliado, aristócrata, que en 1934 se proclamó rey de Andorra. Tema curioso. El libro está en la Biblioteca de Navarra, he de pedirlo en préstamo.

No había oído hablar de este personaje. Hay información en la Wikipedia. Resumen.

Boris Mijáilovich Skósyrev Mavrusov, Vilna, Imperio ruso, 12 de enero de 1896-Boppard, Alemania Occidental, 27 de febrero de 1989.

Proclamado por el Consejo General de los Valles como rey de Andorra, cargo que ostentó del 8 al 21 de julio de 1934 con el nombre de Boris I.

Familia de la pequeña nobleza bielorrusa. Al estallar la Revolución rusa de 1917 buscó asilo político en el Reino Unido, donde se enroló durante dos años en la Armada británica. Posteriormente prestó sus servicios al *Foreign Office* en diversas misiones, más o menos secretas, que lo llevaron a Siberia, Japón y Estados Unidos. Su personalidad, empatía y facilidad de idiomas le hicieron ganar una gran simpatía entre las personas.

En Andorra: se estableció en la población de Santa Coloma, próxima a San Julián de Loria, en una casa que aún se conserva y es conocida como la «casa de los rusos», llamada así por este mismo personaje y por otro ruso que también estuvo y que, según dicen, introdujo el primer cultivo de tabaco en Andorra.

El 17 de mayo de 1934 Boris presentó un documento al Síndico y otros consejeros generales de Andorra donde justificaba sus intenciones, aunque la respuesta recibida fue muy adversa: «Que no se inmiscuya en asuntos políticos de los Valles, que en caso de reincidencia este se reserva el derecho de elevar quejas a la Autoridad competente para que le apliquen las sanciones que será merecedor el citado recurrente». El 22 de mayo recibió la orden fulminante de expulsión del territorio andorrano, decretada por el administrador de justicia francés y firmada también por su homólogo episcopal.

Boris se exilió en la Seo de Urgel, instalándose en el Hotel Mundial, donde comenzó a comportarse como un auténtico monarca e inició una fuerte campaña de *marketing* que atrajo el interés de la prensa. Concedió numerosas entrevistas a los medios que fueron a visitarle e, incluso, algunas entrevistas telefónicas a los diarios *The Times* y *The Daily Herald*. Skósyrev concedió visitas, hizo recepciones oficiales y organizó numerosos actos como una misa por el presidente de la Generalidad, Francesc Macià, muerto el invierno anterior, o sesiones fotográficas para hacer postales monárquicas y escribió en sus borradores para el Boletín Oficial del renovado Principado:

Se redacta una innovadora Carta Constitucional andorrana que modificaba sustancialmente el sistema político andorrano tradicional. El Coprincipado tendría libertades, modernización, inversiones extranjeras y el reconocimiento de paraíso fiscal. Boris I imprimió 10 000 ejemplares de su Constitución y los transmitió a personalidades españolas y francesas. Uno de estos, que fue a parar a las manos del obispo de Urgel, monseñor Justí Guitart I Vilardebó, desencadenó las hostilidades por parte del prelado, que desautorizó totalmente al pretendiente en unas declaraciones en la prensa leridana, donde decía que los únicos

copríncipes de Andorra eran él y el presidente de la República Francesa.

El domingo 7 de julio de 1934, el Síndico General de los Valles de Andorra convocó al Consejo General en la Casa de la Vall. El Síndico abrió la sesión y pasó a exponer el asunto. Boris Skósyrev, un ruso exiliado que visitaba con frecuencia el país andorrano y se proclamaba Conde de Orange se había entrevistado con él para proponerle un revolucionario cambio de las estructuras económicas del Principado. A semejanza de lo que había ocurrido en Mónaco, Liechtenstein o Luxemburgo—los restantes principados europeos, además de paraísos fiscales donde los impuestos eran casi inexistentes o sensiblemente reducidos— el forastero se comprometía a convertir Andorra en uno de los centros empresariales más importantes del mundo donde bancos, entidades financieras y compañías internacionales no tardarían en instalar su domicilio social, aprovechándose del régimen fiscal.

A cambio de asegurar la prosperidad y el bienestar del pueblo andorrano, Skósyrev pidió una recompensa: que el Consejo General lo proclamase príncipe de Andorra. La propuesta casi tuvo la totalidad de la adhesión excepto la del representante de Encamp. Con solo un consejero en contra de veinticuatro que formaban el Consejo, la monarquía quedó instituida.

Acompañado de un fiel grupo de colaboradores, entre los cuales estaban su joven amante inglesa, la millonaria norteamericana Florence Mazmon y el consejero Pere Torras Riba, el candidato al trono andorrano se estableció en la Fonda Calons de Sant Julià de Lòria.

Asimismo, el 8 de julio de 1934 el consejero contrario a este nombramiento comunicó al obispo de Urgel toda la trama con detalle. Paralelamente, ese mismo día, Francia comunicó oficialmente que no intervendría en Andorra, dejando todas las decisiones al Consejo General y considerando válida la monarquía de Boris I, si se aprobaba, y el Consejo de Ministros español debatió el tema para aclarar el asunto andorrano.

El 10 de julio, en una nueva votación del Consejo, la adhesión monárquica se repetía con idéntico resultado: 23 a 1, y

el 17 de julio se publicó en el Boletín del Gobierno Provisional de Andorra la Constitución del Estado Libre de Andorra, decretándose la absoluta libertad política, religiosa y de imprenta. Al mismo tiempo, mediante decreto, disolvió el Consell General, otorgó una amnistía y convocó elecciones para el 1 de agosto.

El 21 de julio de 1934 es un día negro en la historia de Andorra. Ese día, por primera y única vez en toda la historia, Andorra sufrió una invasión militar. Ese día, cinco militares españoles, siguiendo instrucciones del obispo de Urgel, que había denunciado el acuerdo del 8 de julio anterior ante el Gobierno de la República de España, penetraron en la capital del país. Allí, los cuatro guardias civiles y el sargento detuvieron al rey Boris I (violando la inmunidad diplomática y la integridad territorial andorrana) y lo trasladaron a la frontera hispano-andorrana. Sus súbditos no hicieron nada por impedirlo, viendo marchar a su jefe del Estado detenido hacia la Seo de Urgel y esposado. A la mañana siguiente fue trasladado a Barcelona y puesto a disposición del juez Bellón, encargado de los casos relacionados con la Ley de Vagos y Maleantes. Este mismo juez fue quien comprobó que Boris I era el mismo que había sido expulsado de Mallorca en 1932 cuando vivía con una millonaria inglesa.

El 23 de julio fue trasladado en tren hacia Madrid, acompañado de dos agentes que lo vigilaban en un vagón de tercera. Esto no impidió que su llegada a la capital española despertase una enorme expectación, haciendo que los periodistas congregados se peleasen literalmente para hablar con él y entrevistarle para sus rotativos. En Madrid ingresó en la Cárcel Modelo, pero continuó adoptando la actitud de monarca en el exilio. Poco después, sin haber cometido ningún delito en España, fue expulsado a Portugal, viajando durante cuatro años por Lisboa, Tánger y Gibraltar.

En 1938 las autoridades francesas le permitieron volver a Aix-en-Provence, donde se reunió con su primera esposa, y en febrero de 1939 Boris Skósyrev fue recluido en un campo de internamiento francés junto con antifranquistas españoles, antifascistas italianos y centroeuropeos de las regiones

ocupadas por el III Reich antes de la Segunda Guerra Mundial, aunque se desconoce la razón y cargos que se le imputan. En el campo de concentración de Rieucros se le pierde la pista y algunas fuentes indican que probablemente murió en 1944 a manos de los nazis.

¿Invasión de Andorra por la Guardia Civil? Nunca lo había oído. Un sargento y cuatro guardias internándose en Andorra con órdenes del obispo. Puede haber una buena historia. Aunque en la Wikipedia puede escribir cualquier memo, trae pocas referencias y algunas contradicciones.

Yo tampoco había oído hablar de este personaje. No me sorprende que a Ignacio le llamara la atención la imagen de cinco guardias civiles invadiendo Andorra para detener a su rey, aunque la expresión de invadir de la Wikipedia para un total de cinco guardias es un poco exagerada. Suena a película de Berlanga.

Buena parte de los trabajos de investigación de Ignacio tenían algo que ver, más o menos remotamente, con la Guardia Civil. Aunque me aseguró que era feliz en la profesión que había elegido después del atentado y que había sido muy afortunado al poder encontrar una segunda vocación, le seguía tirando mucho todo lo que tuviera que ver con la Benemérita. Su padre, y su abuelo, también habían sido guardias civiles. No había querido desvincularse del todo de la institución. Y también me dijo, en una de las muchas y largas conversaciones que mantuvimos delante de unas cervezas en una época en que nos veíamos mucho más a menudo que en los últimos tiempos previos a su muerte, que de algún modo su nueva profesión había sido continuación de la anterior. Desde que ingresó en la Guardia Civil había aspirado a dedicarse a la investigación criminal. Había planificado cuidadosamente la carrera que quería hacer, ingresó por la escala de suboficiales, le pareció la vía más accesible, pero se planteaba tanto ascender a oficial como acceder a las unidades de policía judicial en cuanto tuviera ocasión. Desde adolescente era ávido lector de novelas policíacas y aficionado a las películas y series de televisión de juicios y abogados. Estuvo tentado de iniciar la carrera de Derecho, aunque al final inició la de Historia. En todo caso, con el tiempo se veía a sí mismo investigando y resolviendo complejos casos criminales. El atentado del que fue víctima cortó sus aspiraciones, pero con el tiempo cambió la investigación criminal por otro tipo de investigación, la histórica.

—En el fondo, es lo mismo —me aseguró en más de una ocasión Ignacio—. Consiste en hacerse preguntas sobre qué ha pasado, en buscar las

respuestas y en averiguar la verdad.

—Nada menos que la verdad —le dije con sorna.

—Ya ves, la verdad, algo que no os preocupa a los abogados, que solo tenéis que buscar la mejor defensa de vuestro cliente —me respondió con no menor ironía. Era una cuestión sobre la que discutimos más de una vez. Al abogado le gusta saber la verdad, toda la verdad que pueda saber, pero su tarea no es averiguarla ni declararla, esa es la misión de los jueces. Me gusta pensar que los abogados también colaboramos en que se establezca la verdad, pero la prioridad es defender los intereses de los clientes. Uno se hace muy consciente de que la diversidad de intereses produce también diversidad de puntos de vista. La verdad suele ser demasiado poliédrica. Ignacio no hubiera servido para abogado, creía que la verdad solo puede ser una y confiaba en que investigando lo suficiente acabara siempre por resplandecer. Quizás por eso no estudió Derecho.

Según Ignacio, para cualquier tipo de investigación, sea policial, histórica, sociológica, química o astrofísica, hacían falta las mismas cualidades. Curiosidad y paciencia, decía. Mucha curiosidad. La mayoría de la gente tiene una curiosidad limitada. Se hace una pregunta y en cuanto tiene una respuesta, por simple que sea, se conforma. El investigador no se conforma con la primera respuesta, se hace de inmediato más preguntas. Y hacerse preguntas es tan importante como lograr respuestas. Hay que acertar con las preguntas. Una mala pregunta no lleva a ningún lado. El investigador no deja de hacerse preguntas. Siempre quiere saber más y quiere estar más seguro de lo que ya sabe, sabe que todavía sabe muy poco y no se conforma con ello. Pero en la investigación también hace falta mucha paciencia. Los impacientes no sirven para investigar nada. La verdad no suele estar a mano, hay que buscar, seleccionar, hay que descartar mucha ganga, mucha información poco precisa, engañosa, inútil, hay que confirmar y volver a confirmar lo que se sabe.

—Investigar es una pasión —decía muy serio Ignacio. Su pasión, puntualizaba. No había podido ser en la Guardia Civil, pero la había podido retomar con su carrera de historiador. En cualquiera de los dos casos la recompensa era la misma. El investigador disfruta con la búsqueda y con cada pequeño hallazgo. Cada dato que resulta relevante, que responde a una de las preguntas que uno se ha hecho, es un tesoro. Se siente la misma satisfacción que si se encontrara una pepita de oro entre un montón de guijarros sin valor.

—Y no sabes el placer que da completar el puzle —me repitió muchas veces Ignacio. El puzle era su ejemplo favorito de cómo se llega a una verdad

inicialmente oculta o fragmentada. Investigar es como hacer un puzle, decía, pero mucho más complicado que los puzles que se venden en las jugueterías. No se sabe de cuántas piezas se compone, no se sabe si se tienen todas o no, no se sabe si todas las piezas que uno va encontrando son del mismo puzle, y no se sabe qué imagen formarán todas las piezas cuando se consigan colocar en su sitio. Hay que ir examinando cada pieza, compararla con las demás, darle muchas vueltas, suponer cuál puede ser su sitio y poco a poco ir formando una imagen. Con cada pieza que se consigue colocar, la imagen final va quedando más clara y va teniendo más sentido. Pero a menudo hay piezas que se resisten, a veces hay que cambiar varias de lugar para que encajen, a veces una pieza que parecía estar bien colocada resulta que era de otro puzle distinto, que nos estaba distraendo o confundiendo.

—¿No has pasado alguna vez horas y horas tratando de hacer un puzle, sin que te importara ninguna otra cosa, ni comer, ni dormir? —me preguntaba Ignacio—. Pues es lo mismo.

No, a mí no me han atraído nunca los puzles ni los rompecabezas, pero entendía lo que me quería decir. He visto gente enfrascarse de ese modo, en un puzle o en otro juego, y me ha pasado a mí con otras cosas. Alguna vez me ha dado la madrugada escribiendo una demanda, o unas alegaciones, en un asunto complicado en el que me había embebido por completo intentando hilar bien todos los argumentos que tenía y que me había hecho perder la noción del tiempo. Así que me imagino perfectamente cómo, apenas Ignacio leyó que la Guardia Civil había invadido Andorra para detener a su rey, nada menos, se empezó a hacer preguntas y tuvo la necesidad irreprimible de saber más.

Era casi la una de la madrugada, pero yo también empezaba a estar enganchado por aquella historia del rey de Andorra. ¿Qué había podido averiguar Ignacio? Abrí la segunda de sus notas.

NOTA 2. 30 de septiembre

Una semana de búsqueda en internet. Muchos artículos de prensa, muchos blogs sobre Boris I. Casi nada con rigor histórico, repiten los mismos datos de la Wikipedia. Demasiados hechos dudosos. Versiones opuestas. No está claro que la detención de Boris I fuera en Andorra. Pudo ser en Seo de Urgel. Sigo buscando.

Historia de Andorra. Borrador de un posible prólogo

Hasta la década de 1930 Andorra había sido un lugar tranquilo y bucólico, unos valles aislados del mundo, perdidos en los Pirineos, una feliz Arcadia entre España y Francia, como tituló el *ABC* un artículo de la época. Allí vivían plácidamente unos pocos miles de campesinos dedicados a la agricultura y a la ganadería, y también al contrabando con los dos países vecinos. Un lugar que recibía pocas visitas, no existía todavía el turismo de masas, y al que nadie hacía mucho caso, incluidos sus dos copríncipes. El presidente de la República francesa era heredero de los derechos que de los antiguos condes de Foix habían pasado a los monarcas franceses, y lo poco que se ocupaba del Principado era a través del prefecto del departamento de Pirineos Orientales residente en Perpiñán, a más de ciento cincuenta kilómetros por carretera de Andorra, o del subprefecto de Prades, a más de cien kilómetros. El obispo

de la Seo de Urgel, mucho más cercano ya que vivía a solo veinte kilómetros de Andorra la Vella, mantenía el título de copríncipe como residuo de antiguos derechos feudales provenientes de la Edad Media. Los copríncipes nombraban cada uno un veguer con funciones judiciales y de orden público, y las pocas decisiones que requería la administración del Principado las adoptaba un Consejo General de los Valles compuesto por veinticuatro miembros que eran elegidos por los cabezas de familia, cuatro por cada una de las seis parroquias, más un síndico general y un subsíndico que eran elegidos por el propio Consejo y que se incorporaban con voz y voto. Se seguían rigiendo por un derecho de origen medieval.

En aquellos azarosos años treinta la agitación que vivía toda Europa se acabó comunicando también al vetusto principado. Andorra iba dando algunos pasos para salir del Medievo y modernizarse y cada uno de ellos resultaba enormemente problemático. La construcción de una carretera general, la creación de la policía andorrana, la apertura de nuevas escuelas con maestros franceses o españoles, los conflictos obreros en las fuerzas hidroeléctricas, una de las pocas industrias de Andorra, el establecimiento de líneas telefónicas o telegráficas, el servicio de correos, la concesión para abrir un casino. En cada caso nacía un enconado debate sobre el exacto alcance de las facultades del Consejo General, de los veguers y de los copríncipes, instituciones que chocaban con frecuencia (en 1886 los dos veguers se habían enfrentado entre sí a tiros, literalmente, por la custodia de un recluso), así como sobre la intervención de instituciones o de empresas francesas o españolas en los nuevos servicios. Los andorranos se dividían entre quienes se temían que Francia, donde no eran considerados extranjeros y podían hacer el servicio militar, estuviera pensando en anexionarse el territorio, y quienes se temían que fuese España, cuyo Gobierno en 1932 nombró un delegado para Andorra, quien tuviera esas pretensiones. No faltaban quienes desconfiaban de ambos países y también de los copríncipes. En la nueva República española, dado su carácter laico, muchos consideraban que el obispo de Seo de Urgel no debía continuar desempeñando funciones temporales como

copríncipe, las cuales deberían ser asumidas por las autoridades civiles españolas. El Gobierno español desconfiaba de lo que entendía que era una excesiva influencia de Francia en el Principado, mientras que el Gobierno francés recelaba de los propósitos de España de incrementar su influencia, y ambos gobiernos se escamaban ante la influencia y los propósitos de los nacionalistas catalanes que gobernaban la Generalidad de Cataluña y que mantenían que Andorra era parte de la nación catalana. Por otro lado, algunos nacionalistas denunciaban una política de descatalanización de Andorra por parte de España y Francia.



Boris Skossyreff vestido de campesino en 1934

En 1933 estallaron todas esas tensiones y tuvo lugar lo más parecido a una revolución que se ha producido en Andorra (había habido otra en 1880, provocada por el intento de

autorización de un casino, que quedó rápidamente frustrada). En diciembre de 1932 varios cientos de vecinos, la mayoría jóvenes e inquietos por el futuro del Principado, algunos residentes en Cataluña, firmaron una petición dirigida al Consejo General para que se cambiara la ley electoral y se estableciera el derecho de sufragio a favor de todos los mayores de edad (por aquel entonces los mayores de 25 años), así como el carácter público de las sesiones del Consejo que, hasta entonces, eran secretas. El Consejo así lo acordó en una tumultuosa reunión celebrada en abril de 1933, pero el Tribunal de la Corte, que integraba a los veguers nombrados por los copríncipes, destituyó a todos sus miembros alegando que carecía de facultades para una reforma constitucional de tal calado. El Consejo no se dio por aludido pero fue disuelto en julio por los copríncipes, que convocaron elecciones aceptando el sufragio universal masculino (las mujeres tuvieron que esperar a 1970 para votar) y transigieron también con el carácter público de las sesiones del Consejo que exigían los revolucionarios. El presidente francés, con la anuencia del obispo, envió el 18 de agosto un destacamento de la Gendarmería para mantener el orden (tuvieron la prudencia de asegurarse de que todos los gendarmes fueran oriundos del Rosellón y hablaran catalán). El 31 de agosto se celebraron las elecciones y en el nuevo Consejo General obtuvieron mayoría los conservadores que no ponían en cuestión la autoridad de los copríncipes. Los gendarmes se retiraron en octubre.

Fue en aquella inquieta coyuntura política cuando apareció un aspirante a convertirse en rey de Andorra. Un aventurero y aristócrata ruso llamado Boris Skossyreff (también se escribe a veces Skósyrev). Había nacido en 1896, 1898 o 1900 —hay fuentes contradictorias— en Vilna, hoy capital de Lituania pero, por aquel entonces, parte del Imperio ruso y, entre 1920 y 1939, parte de Polonia. En la prensa de la época con frecuencia se dice que Skossyreff era polaco, aunque otras veces lo consideraban como holandés, por el pasaporte que usaba, e incluso checo no se sabe bien por qué. Tras la Revolución rusa huyó y se estableció en Inglaterra. Aunque aseguraba que sirvió en la Armada británica y que participó en delicadas misiones

secretas, no parece que tal hecho esté confirmado, hay versiones contradictorias al respecto. Otros datos le sitúan como traductor en una unidad del ejército británico agregada al ejército ruso, o también como enlace con una misión militar japonesa. Lo que sí se sabe, porque se publicó en la prensa de la época, es que en 1919 fue detenido y juzgado por utilizar cheques sin fondos y, según algunas fuentes, fue expulsado del Reino Unido. Algún tiempo después se estableció en Holanda y con el tiempo adoptó el título de conde de Orange, asegurando que se lo había otorgado la reina Guillermina por los servicios prestados a ese país, lo que también resulta más que dudoso. Viajó por diversos países (hay quien dice que se estableció una temporada en Colombia donde aprendió castellano, otros afirman que montó una empresa de exportación pero que nunca viajó a América) y se dedicó a variados negocios gracias a su facilidad para las relaciones públicas y a su dominio de varios idiomas. En 1931 se casó con una francesa de Marsella diez años mayor que él, al parecer en buena posición económica, Marie Louise Parat de Gassier, de la que se separó a los pocos meses. En 1932, tras haber sido expulsado de Francia, se estableció en Mallorca, de donde también fue expulsado a causa de sus turbias actividades. En 1933 se instala en Andorra acompañado por una inglesa, Phyllis Peel Smith (o Phyllis Heard, o Phyllis Ewart-Smith, según la fuente que se consulte), alias Polly, según algunas versiones menor de edad que pronto fue reclamada por su familia y por la policía de su país, según otras versiones mayor de edad y divorciada que hacía las funciones de secretaria. Meses más tarde, o en la misma época según otras fuentes, aparece también acompañado por una millonaria norteamericana divorciada y varios años mayor que él, Florence Marmon, a la que había conocido en Mallorca. Skossyreff se encapricha del pequeño principado (según algunas fuentes en diciembre de 1933 adquiere la nacionalidad andorrana, según otras solo un permiso de residencia) y hace fabulosos planes que ofrece al Consejo General. A cambio de ser nombrado rey, él convertiría Andorra en un nuevo Mónaco y haría ricos a sus habitantes creando un paraíso del turismo y del juego que atraería inversores de todo el mundo gracias a

unas condiciones fiscales favorables. Hay quien dice que actuaba por cuenta de Alemania y que solo pretendía socavar la influencia francesa, otros le consideran como un agente de Francia, otros dicen que actúa de acuerdo con los legitimistas franceses, hay quien afirma que era agente británico, otras fuentes consideran que actuaba solo y por meros móviles económicos. En mayo de 1934 el Consejo rechaza la propuesta (parece que no fue la única en ese sentido que se hizo por esa época, la prensa menciona las ofertas de un millonario de Chicago y de otro checoslovaco que fueron igualmente rechazadas) y Skossyreff es expulsado de Andorra por los veguers. No les gustaba que los extranjeros interfirieran en cuestiones políticas.

Skossyreff se instala en Seo de Urgel desde donde sigue buscando apoyos para sus fantasiosos proyectos. Hace saber sus aspiraciones al trono a la prensa de diversos países y a principios de julio se proclama como rey de Andorra. Se cuenta que consiguió que se convocara una sesión extraordinaria del Consejo General el 7 o el 8 de julio, no se sabe con exactitud cómo pudo convencer al síndico y a sus demás miembros, y que en una votación de 23 votos a favor y uno en contra se aprobó el establecimiento de la monarquía y se reconoció a Boris I como rey de Andorra (en realidad había 26 miembros con derecho a voto, los 24 consejeros elegidos por las parroquias más el síndico general y el subsíndico). Según algunos la votación se repitió, con el mismo resultado, el 10 de julio. Otras fuentes dicen que simplemente se autoproclamó rey, sin pisar territorio andorrano y sin ninguna votación del Consejo General. En todo caso, publica un boletín con sus primeros decretos y una breve Constitución donde establece una monarquía parlamentaria de la que publicó 10 000 ejemplares para su distribución por toda Europa, o solo por toda Andorra, según unas u otras fuentes. Parece que los andorranos continuaron pacíficamente con su vida, sin inmutarse por el cambio de régimen y por los anuncios de una inminente invasión de los partidarios de Boris I para dar un golpe de Estado y tomar el poder. Se dice que la postura de los copríncipes no era unánime, que el presidente de la República

francesa no hace nada, parece que va a aceptar la nueva situación, pero que el obispo de Seo de Urgel, alertado por el único miembro del Consejo General que votó en contra (supuestamente, el de la parroquia de Encamp, al que algunos llaman Cinto) y que corre a visitar a su eminencia, no reconoce al nuevo monarca. Otras fuentes dicen que ambos copríncipes actúan de común acuerdo para acabar con el pretendiente y que tanto la Gendarmería como la Guardia Civil se preparan para intervenir. El día 11 de julio Boris I emite un edicto en el cual, además de adoptar los títulos de *Princeps Soberanus et Supremus Andorrae* y *Defensor de la Fe*, disuelve el Consejo General y nombra un Gobierno provisional encabezado por el que hasta entonces era síndico general, Pere o Pedro, Torras o Torres, según la fuente consultada, convoca elecciones para el 1 de agosto y declara la guerra al obispo de Seo de Urgel. Dado que ni el obispo, ni Andorra, ni Boris I disponían de fuerzas armadas, no hubo movilización ni se produjeron combates. El 20 de julio —otros dicen que el 14, otros que el 21 de julio— el rey de Andorra fue detenido. Según unas versiones, en Andorra por cuatro números y un sargento (o un capitán) de la Guardia Civil enviados por el obispo (alguna fuente menciona hasta cincuenta guardias, alguna otra asegura que también entraron tropas francesas al mismo tiempo). Según otras fuentes, fue detenido en Seo de Urgel por guardias civiles, y según otras por dos policías del Estado enviados desde Barcelona por el Gobierno español. Parece que los súbditos de Boris I tampoco se inmutaron con la detención de su nuevo soberano y el nuevo cambio de régimen. El detenido fue enviado a Barcelona y, de allí, a Madrid, donde se le aplicó la Ley de Vagos y Maleantes y, comprobado que ya había sido expulsado de España en 1933, tras unos meses de cárcel, en noviembre de 1934 se dictó de nuevo su expulsión.

El destronado rey fue a Portugal y de allí a otros países donde llevó una azarosa vida. Se cuenta que se reencontró con su esposa en Francia en 1935, que ese año se afilió a la sección parisina del Partido Nazi, hecho que otros niegan y que consideran imposible dado que no era alemán sino apátrida. Hay quien cuenta su trabajo como espía alemán en Francia, su

internamiento en 1939 en un campo de concentración francés del que fue liberado por los alemanes, aunque también existe la versión de que murió en el campo, su cargo de director de un campo de concentración para trabajadores franceses en Alemania y su presencia como oficial del ejército alemán en el frente ruso donde se dedicó al interrogatorio de prisioneros. Hay quien afirma que fue enviado por Hitler a la conferencia de Yalta en la que se infiltró haciéndose pasar por oficial francés; se cuenta su breve detención por los norteamericanos al acabar la guerra, su instalación en el sector francés de la Alemania ocupada y su extraño viaje a la zona soviética (hay quien dice que como espía, bien de los norteamericanos, bien de la Alemania occidental) donde fue detenido, su reclusión en una prisión en Siberia entre 1948 y 1956, su divorcio en 1957 o, según otras versiones, su viudedad tras la muerte de su esposa en 1962, o en 1965, y su nuevo matrimonio en 1969 con una alemana cuarenta años más joven, Roswitha, que al parecer se separó pronto de él (otras fuentes dicen que estuvieron juntos el resto de la vida de él), y que vivió sus últimos años en Boppard, Alemania, en un asilo, según algunos, en su casa según otros, donde murió en 1989. Pero, en realidad, poco se sabe a ciencia cierta, la mayoría de quienes han escrito su historia ofrecen más suposiciones que datos confirmados.

Tras la marcha de su breve monarca, el Principado de Andorra continuó su vida con normalidad aunque, con el paso de los años, algunos de los planes del malogrado Boris I — convertirlo en destino turístico y paraíso fiscal— se hicieron realidad.

Demasiadas contradicciones y hechos no confirmados que hay que contrastar.

La nota llevaba un anexo lleno de enlaces a páginas de internet, los artículos de prensa y blogs a los que se refería Ignacio. Ojeé algunas. Leí varias versiones distintas de la historia de Boris Skossyreff donde los hechos se iban alterando a gusto del redactor. Era también obvio que unas se limitaban a repetir lo que decían otras y que muchas de ellas copiaban directamente de la Wikipedia, o quizás la Wikipedia copiaba de ellas.

Ignacio se debió frotar las manos cuando se encontró con tal cantidad de versiones contradictorias y de datos no confirmados. Recordé otra ocasión en

la que me contaba una investigación que había emprendido, no recuerdo sobre qué tema, algo de la época de las guerras carlistas. Otro caso donde se podían encontrar varias versiones distintas sobre los mismos hechos dependiendo de qué autor se leyera.



Boris y su esposa Roswitha, 1969

—Nada menos fiable que los relatos de los testigos —me dijo—. Si tienes cuatro testigos presenciales, probablemente tengas cuatro versiones diferentes de los mismos hechos.

Según me decía, todos estamos convencidos de recordar perfectamente las cosas que hemos presenciado personalmente y podemos jurar sobre la Biblia que lo que contamos es cierto. Lo que cuentan los testigos que comparecen ante un juez y narran lo que han visto suele tomarse como la prueba más concluyente de los hechos que se están juzgando. Cuántos sospechosos han sido condenados solo por el testimonio de dos o tres personas que les identifican sin lugar a dudas, y cuántos condenados eran inocentes. Desde que se utilizan las pruebas de ADN, decía Ignacio, muchas veces se ha comprobado que los testigos se equivocaban. O mentían, pero más normalmente solo se equivocaban. Está más que comprobado científicamente

que la percepción, y mucho más la memoria, nos traicionan. A menudo dos testigos de los mismos hechos no perciben lo mismo y no dan la misma versión. Y una misma persona no cuenta lo mismo en el momento inmediato de producirse los hechos que una semana después, o que un año después. Todos vamos reelaborando los recuerdos y lo que creemos que es un recuerdo exacto de lo que vimos, grabado en nuestra memoria como en una fotografía, solo es la versión que hemos ido procesando en nuestro cerebro añadiendo datos nuevos y nuevas interpretaciones de lo que vimos o escuchamos y olvidando algunos de los elementos originales.

—Esto, los abogados lo sabéis perfectamente —decía Ignacio—, y lo saben los policías, y los jueces, y los fiscales. No lo saben siempre los jurados, que tienden a creer a los testigos pese a que, en realidad, son la prueba más débil que existe.

—Los abogados tenemos claro que no hay que fiarse de nadie —le decía yo medio en serio, medio en broma. Sabía que tenía razón, había asistido a muchos juicios donde los testigos se contradecían frontalmente unos de otros, pero también se contradecían a sí mismos a nada que se les apretara un poco en los interrogatorios. Saber utilizar esas contradicciones, saber confundir a los testigos, es una técnica básica para actuar ante un tribunal.

—Y con la historia sucede lo mismo —decía Ignacio—. Durante muchos siglos la historia consistía en repetir lo que contaban los que aseguraban que habían sido testigos de los hechos o, peor, lo que contaban los que decían que habían hablado con los testigos. Luego se repetía lo que habían escrito los que repetían lo que habían oído o leído, y así sucesivamente, de modo que era difícil separar la historia de la leyenda. En realidad, en el colegio todos hemos estudiado más fábulas que historia verdadera, desde Viriato, don Pelayo y el Cid hasta Agustina de Aragón.

Según me contaba, la moderna ciencia histórica desconfía del relato de los supuestos testigos igual que lo hacen los policías o jueces avisados. Lo que dice el testigo tiene que venir confirmado por otras pruebas materiales más sólidas: rastros de sangre, huellas digitales, análisis de ADN, pruebas balísticas, grabaciones de video, llamadas de teléfono, documentos, extractos bancarios, escrituras notariales, cartas, pericias grafológicas, todo eso a lo que se dedica la policía científica y que deja mucho menor espacio a la duda. De igual modo, la «historia científica», como decía Ignacio pidiendo perdón por la redundancia, busca pruebas que puedan contrastarse con el relato tradicional. El historiador de hoy huye del argumento de autoridad, no basta con que algo lo dijera Plinio el Viejo, hay que aportar más pruebas. Hay que

meterse en los archivos, examinar documentos originales cuando los haya, sean listas de la compra, facturas o capitulaciones matrimoniales de personas normales además de las crónicas, decretos o testamentos regios, para saber cómo vivía la gente de cada época, hay que hacer excavaciones, examinar ruinas, desenterrar muertos, hacer la autopsia de momias, descifrar las inscripciones de monedas y sellos, aplicar la prueba del carbono 14 a pinturas o papiros, medir los cambios climáticos, consultar con geólogos, biólogos, médicos, ingenieros, con expertos en otras ciencias para contrastar todo tipo de datos antes de dar un relato por bueno. Ignacio se apasionaba contando estas cosas.

—Comprobarlo todo una y otra vez, buscar más pruebas, esa es siempre la clave —decía.

Está claro que la historia del rey de Andorra le había ofrecido un montón de cosas que comprobar. Un reto que parecía estar hecho a su medida.

Me había entrado el sueño. El reloj se iba acercando a las dos de la madrugada. Aunque tenía ganas de seguir leyendo las notas de Ignacio, decidí que era preferible irme a dormir y seguir al día siguiente, más despejado.

11

No había puesto el despertador pero me levanté temprano, para ser domingo, y para haberme acostado tarde. No eran todavía las nueve pero el sol entraba con fuerza por las rendijas de la persiana y fuera se oía cantar a los pájaros. Decidí empezar el día saliendo a correr. Con el ajetreo de la última semana, llevaba varios días sin hacerlo y sentía la necesidad de estirar un poco los músculos. Había poca gente por la calle. Algún otro corredor, algún ciclista, unos pocos paseadores de perros a los que les gusta madrugar y quienes salen temprano a por el pan y el periódico. Brillaba el sol, habían anunciado temperaturas extremas pero la mañana era todavía fresca y agradable. Me dirigí hacia los campus de las universidades y fui recorriendo el curso del río Sadar. Mientras corría fui repasando los acontecimientos de los últimos días. Me entró la urgencia por volver a los archivos de Ignacio. Aquella era la única pista que, quizás, me pudiera ofrecer algo de luz sobre la causa de su asesinato, si es que efectivamente había sido un asesinato. Aunque no me podía imaginar cómo se podía relacionar aquella trivial historia del rey de Andorra con que alguien albergara propósitos homicidas hacia quien la investigara. Quizás en los archivos hubiera algo más. «Nunca se sabe hacia dónde te va a llevar una investigación», me había dicho más de una vez Ignacio. Se empezaba a estudiar el estanco de la sal en España a principios del siglo XIX y se podía acabar en la guerra de Cuba o en la colonización del Sahara español. Unos temas iban llevando a otros. Y lo mismo sucede en una investigación criminal, hubiera añadido él.

Después de unos cincuenta minutos de carrera hice el último kilómetro hasta mi casa a toda velocidad, impaciente por retomar la lectura. Primero me preparé el desayuno, dejé de sudar y me di una ducha con agua fría. Eran casi las once cuando me senté de nuevo ante el ordenador. Mientras arrancaba el sistema y el aparato me permitía volver a entrar en la nube, llamé a Maite por teléfono.

—¿Qué tal estás? —le pregunté, no como simple fórmula de cortesía sino para saber cómo llevaba todo aquello.

—Mejor. Triste, pero al menos he dormido bien y hoy no tengo ninguna obligación que atender. Ni ganas de hacer nada. Seguiría en la cama si hubiera estado sola, pero como Pedro está aquí me he levantado y le he preparado el desayuno.

Le puse al tanto de mi conversación con Roca de la tarde anterior y de mi búsqueda en los archivos de Ignacio.

—¿Has encontrado algo?

—Todavía nada... pero me queda bastante por leer. Voy a dedicar el domingo a examinar despacio todos los archivos de la nube, antes de llevárselos mañana al sargento Roca.

—¿Me contarás si encuentras algo?

—Por supuesto. En todo caso, necesito que mañana vayas al notario a firmar un poder. Al despacho de mi primo, ya lo conoces.

—Claro... ¿A qué hora quieres que vaya?

Acordamos que nos reuniríamos en la notaría a la una. Para esa hora esperaba haber hecho la copia de los archivos, haber ordenado los asuntos pendientes en el despacho y reorganizado la agenda de la semana. Pediría a Matías que me extendiese de inmediato copia del poder para llevármela a Seo de Urgel y de la notaría partiría en mi coche para estar a media tarde allí.

Una vez que colgué el teléfono, me volví a sumergir en los archivos de Ignacio.

NOTA 3. 12 de octubre

He acabado de leer la novela de Morell. Es estrictamente una novela, mezcla realidad con ficción. Difícil saber lo que es histórico y lo que se inventa, que tiene todo el aspecto de ser la mayor parte.

Sitúa la detención de Boris I en Andorra, en el hotel Valira de Les Escaldes, donde había instalado su corte y preparaba su coronación. Lo detienen un capitán de la Guardia Civil y tres números el día 14 de julio (fecha que contradice la que señalan la mayoría de las demás fuentes). A consecuencia de la llegada de la Guardia Civil escribe y firma el decreto declarando la guerra al obispo de Seo de Urgel (secuencia contraria a la que señalan las demás fuentes, que suponen que la detención es una réplica a la declaración de guerra). Cuenta Morell que la llegada de Skossyreff a Andorra se había producido tan solo unos pocos días antes (ninguna referencia a su expulsión en mayo de 1934), que el día 7 de julio propone su plan de convertirse en rey al

síndico general (al que cambia el nombre, el auténtico se llamaba Pere Torres Riba y el de la novela Valentí Puig I Argentí, un motivo más para suponer que no tiene la pretensión de hacer un relato histórico) y que el Consejo General es convocado el domingo 10 de julio (aunque en la realidad el 10 de julio de 1934 fue martes) y aprueba su nombramiento, en medio de un gran entusiasmo popular, por 23 votos a favor y solo uno en contra.

Años más tarde Boris Skossyreff, al que Morell presenta como un soñador, acaba ingresando como monje en el monasterio de Poblet donde le encuentra el narrador al finalizar la novela.

Pese a su carácter de obra de ficción, este libro es citado sistemáticamente como principal bibliografía en la materia. Probablemente mucha gente ha dado por real lo que no es sino invención del novelista.

Sobre esta novela hay una obra de teatro estrenada en 2006 en Barcelona con guion escrito por Antoni Morell y Beth Escudé. Se ha dicho más de una vez en España que se iba a rodar una película sobre la novela de Morell o sobre el guion teatral, en la prensa se ha publicado que había un proyecto firmado por Antoni Ribas, y luego se apuntó también como posible guionista y directora a Assumpta Serna, pero que yo sepa todo ha ido quedando en agua de borrajas. Existe incluso un cómic, *Las montañas voladoras*, de 2004, dentro de la serie de Superlópez, personaje creado por Jan (Juan López Fernández), que cuenta la historia de Boris II, supuesto hijo de Boris Skossyreff que también se hace con el trono de Andorra. No sé por qué hasta ahora no había oído hablar del personaje, de pronto me lo encuentro por todas partes. A lo peor estoy descubriendo el Mediterráneo.

NOTA 4. 13 de noviembre

Buscando en la prensa, la disponible en hemerotecas digitales. Hay muchas noticias que permiten reconstruir la historia. Son hechos que atrajeron la atención de los medios de comunicación de la época. Mucho texto en catalán, a ver si Ana

me echa una mano con la traducción para no meter mucho la pata. También la prensa francesa, inglesa y norteamericana se hizo eco de los intentos de varios pretendientes al trono de Andorra de convertirlo en un paraíso fiscal. Parece que la idea de Skossyreff no fue original, había sido rechazada anteriormente.

***La Vanguardia*, 23 de febrero de 1934**

VALLES DE ANDORRA

Proposición rechazada.

Perpignan, 22.— Según rumores que han circulado en Andorra, el Consejo de los Valles ha rechazado una proposición formulada por un rico catalán, en la cual proponía ser proclamado rey de Andorra, entregando en cambio anualmente al Consejo una suma de 800 000 pesetas. Se oculta el nombre de este millonario, cuyo ofrecimiento ha sido en efecto formulado y discutido por el Consejo de los Valles.

El Be Negre: setmanari satíric, en su número de 28 de febrero, relataba una ficticia lucha por la corona de Andorra entre los empresarios catalanes Joan Pich I Pon, Damià Matheu e Hilari Solsona que finalizaba con un acuerdo para repartirse el país entre ellos, el obispo de Seo de Urgel y el prefecto de los Pirineos Orientales, y la coronación de los cinco como reyes. El resto de la prensa tampoco se tomaba en serio el asunto.

***Lincoln Evening Journal*, 1 de marzo de 1934 (traducido del inglés)**

ANDORRA. (UP). Un anónimo americano ha ofrecido una gran suma por ser rey de esta pequeña y montañosa república entre España y Francia, según dijo su consejo de ministros. Los esfuerzos por conocer la identidad del americano en cuestión fracasaron. El rumor de que puede ser Samuel Insull, el fugitivo concesionario de servicios públicos de Chicago que ha debido encontrar refugio en alguna parte tras ser expulsado de Grecia, fue recibido con silencio por los responsables.

Samuel Insull, un magnate británico-americano de 73 años perseguido por la justicia acusado de fraude, fue detenido en Estambul el 2 de abril siguiente y extraditado a Estados Unidos, donde finalmente quedó absuelto.

La Vanguardia, 2 de marzo de 1934

Una proposición fantástica

Se nos ruega la publicación de la siguiente nota: «El Consejo General de Andorra desmiente oficialmente la noticia propalada por la Agencia Fabra, según la cual un rico catalán ofrecía 800 000 pesetas a este Consejo para ser proclamado Rey de Andorra. Si bien es cierto que existe tal proposición, no fue formulada por ningún catalán, sino por un señor residente en Chicago; la citada proposición no fue discutida por el Consejo, ni tan solo tomada en consideración, pues patentizaba un desconocimiento absoluto de la Constitución política de Andorra.

Andorra la Vieja, 28 febrero de 1934.— Por orden del Consejo,
Antonio Ricart.— B. Torres.»

Ahora, 3 de marzo de 1934

Un acaudalado checoslovaco quiere ser el primer rey de Andorra.

MARIUS I, EL REY A PRUEBA

Hace pocos días, y esto lo digo porque lo sé, se presentó al Consejo de la Vall una razonada instancia, pidiendo para el bien y progreso de Andorra, el que se estableciera una Monarquía Constitucional a base de un solo Parlamento.

El exponente entregaba, de aceptársele la oferta y cambiar radicalmente el régimen de un país, tres millones de pesetas a los dirigentes. Les prometía llevar a cabo grandes obras: canales, caminos, escuelas, etcétera. Este régimen sería a prueba —cinco años—, y pasado este tiempo, el Consejo actual volvería a reunirse y acordaría entonces si debía continuar la «Monarquía» o tendría que reinstaurarse la República (?).

Esta carta solicitud, que fue leída en el Consejo de la Vall, produjo vivas discusiones, y se acordó no darla por presentada.

Pero hoy, como ayer, cuando surgió el negocio de los millones entregados por un australiano para que el Consejo acordara la emisión de acciones con destino a jugadas deportivas, a lo cual no dieron su conformidad los coopríncipes de Francia y España, creemos que la petición cuenta con el apoyo de alguien del país, que solo ansía el que este adopte el régimen monárquico para lograr una recompensa...

El pretendiente

Averiguamos que a pocos kilómetros, en Encamp, residía en un hotel un elegante caballero extranjero que, con mucha frecuencia, pasaba largas temporadas en los Valles.

Al llegar al hotel, una mujer nos recibe amablemente; preguntamos por el extranjero.

—¡El señor, acompañado de la señora, ha salido a dar un paseo!

Con los detalles que teníamos averiguamos que el misterioso individuo que suscribió la petición es un acaudalado propietario, no de Barcelona, señores, sino de Checoslovaquia, monsieur Charles Wones, hombre de figura elegante, que usa monóculo y viste con distinción.

Aunque no pudimos lograr entrevistarnos con él, inquirimos detalles y supimos que la petición del «flamante» Trono de Andorra la hacía para Marius Wones, sobrino suyo, «millonario» que reside en Checoslovaquia. Interinamente, de aceptarse su petición, él se instituiría regente, se harían unas Constituyentes y seguidamente se elegiría el primer soberano de Andorra, Marius I.

***The Straits Times*, 20 de marzo de 1934 (traducido del inglés)**

CORONA DE ANDORRA

Millonario checo ofrece 120 000 libras

Otro competidor por la hipotética corona de Andorra, la pequeña República de los Pirineos, como informa el diario madrileño *Ahora*, citado por British United Press.

En primer lugar, un rico comerciante español ofreció 10 000 libras al año por el honor de convertirse en rey, pero fue rechazado. Después llegó la noticia de que un americano de Chicago había hecho una oferta similar.

Aunque esta segunda oferta fue negada por el Consejo de Andorra hay motivos para suponer que dicha oferta se hizo.

Ahora se dice que el señor Charles Wones, un checoslovaco, ha ofrecido 120 000 libras en nombre de su sobrino, el señor Marius Wones, un millonario checo que se conocerá como «Marius I, rey de Andorra», con una monarquía constitucional con un período a prueba de cinco años.

Esta oferta provocó una acalorada discusión en el Consejo de Andorra, aunque se decidió ignorarla.

Parece que había cola ante el Consejo General de Andorra para ofrecerse como rey...

La Rambla, nº 233, de 4 de junio de 1934 (traducido del catalán)

¿Quién era el Pretendiente a la Corona de Andorra?

La personalidad de Guy John di Parrillo, hijo de un tendero de Chicago. Por Joan Brugada

A principios de este año las agencias nos sirvieron la noticia de que una personalidad catalana pretendía ser coronada como rey de Andorra. No faltaron los maliciosos que identificaron al pretendiente con cierta personalidad de nuestra industria y decían que no tenía ninguna necesidad de comprar la corona, cuando de hecho mandaba en Andorra más de lo que pudiera mandar un rey.

El Consejo de los Valles no tardó en desmentir la noticia. El pretendiente existía, pero no se trataba de ningún catalán, sino de una persona residente en Chicago, sin dar más detalles para identificarlo. Esto dio campo libre a la fantasía y se habló de un millonario italiano de origen noble que quería darse el placer de hacerse coronar rey para desprenderse de los millones que su padre había acumulado fabricando embutidos en la ciudad americana.

Otros lo identificaron como un noble checo, también enriquecido en América, y hasta nos dieron el gusto de ver cómo un periódico ilustrado publicaba una extensa información con la fotografía del pretendiente y una conversación con este. ¡Realmente no se podía pedir más! Estaba demostrado que para la prensa no había secreto posible. Aparecía un pretendiente para crear una monarquía andorrana, y al cabo de pocos días nuestros compañeros ya sabían cómo se llamaba, dónde vivía, dónde compraba las camisas, la flor que más le gustaba y cuál era su caballo preferido en las carreras. ¡Lo que se llama realmente un éxito!

Con todo, el Consejo de los Valles, compuesto de hombres graves que no se inmutan y que están completamente compenetrados de la seriedad de su cargo, tras la noticia aludida no dijeron nada más. Aquellos montañeses una pizca ariscos no querían perder el tiempo en discusiones. Decían, con un tono entre burlón y despreciativo —eso son cosas de los periodistas, que no sabemos por qué hace tiempo que les ha dado por fijarse en nuestro país.

(...) Dice la carta, que la traducimos del francés, lengua en que está escrita, salvo la parte que dejamos en inglés, así estaba en esta lengua:

The Coucil of Andorra —The Capitol Building—. La Vieja Andorra.

Gentlemen: —5242 West Division Stret Chicago Illinois. U. S. A. October 5. 1933.

Como se puede ver, esta carta se mantuvo secreta durante mucho tiempo, a juzgar por su fecha y por la fecha en que fue hecha pública.

Cuando reciba esta carta los problemas que perturban su país habrán quedado resueltos. Primeramente quiero haceros conocer la posición de mi familia.

Mi primo, el conde Leopold Parrillo, me ha rogado que os escribamos para hablaros de la corona de Andorra.

Su país acaba de sufrir una revolución para defender la independencia de que goza desde hace más de mil años, hoy

amenazada por vuestros Príncipes, así nos lo dicen sus diarios.

Si V. EXC. y el pueblo de Andorra piensan ofrecer la corona a algún Príncipe distinto de los actuales, os quiero dar a conocer el nombre de mi primo como aspirante a esta corona. Estoy convencido de que una nueva dinastía en Andorra tendría como resultado la supresión de las influencias extranjeras en los asuntos de su país y aumentaría el prestigio del Principado.

Según las noticias que nos dan sus diarios, habéis tomado en consideración el ofrecimiento de un alemán para construir una estación de TSF [Transmission Sans Fil = radio] en vuestro país como compensación por la entrada de Andorra en la Sociedad de Naciones.

Si esto es cierto, estoy seguro de que apreciaréis mucho más los ofrecimientos de mi familia. He aquí las ventajas de esta oferta: Primero, mi primo, si obtiene la corona, está dispuesto a pagar todos los impuestos y gastos del Gobierno del Principado de Andorra, como el Príncipe de Lichtenstein hace en su país.

Segundo. Para atraer al obispo a vuestro favor mi familia está dispuesta a pagarle un total de 400 000 pesetas, o sea, el total de los impuestos de mil años debidos al obispo, teniendo en cuenta la tasa actual.

Tercero. Promete establecer relaciones diplomáticas con Estados Unidos, Italia, Inglaterra, etcétera, etc., lo que servirá para asegurar la independencia de Andorra.

Cuarto. Después de establecidas las relaciones diplomáticas, mi primo garantiza la entrada de su país en la Sociedad de Naciones pues son las grandes potencias las que deciden la aceptación de un miembro en la Sociedad. Así ha venido sucediendo hasta ahora.

Quinto. Mi primo hará aumentar la afluencia de turistas en Andorra, lo que enriquecerá el país.

Sexto. También aumentará las facilidades para la instrucción pública.

Séptimo. La cuestión de los monopolios será resuelta a satisfacción del país.

Para terminar, repito que el establecimiento de una nueva dinastía pondrá a la cabeza de Andorra un hombre que dirigirá los asuntos del país teniendo en cuenta, exclusivamente, el

interés de sus habitantes; no hago referencia a los problemas económicos de su país, de sus carreteras, de la instrucción por medio de la TSF, etc., tendré como gran honor el poder atenderlas para ustedes.

Sírvanse aceptar mis saludos más cordiales.

PRINCIPE GUY-JOHN DI PARRILLO-ROCCO

(...) Nuestras investigaciones nos han llevado a conclusiones que harán caer el alma a los pies a los románticos, pero que estamos seguros harán meditar un poco a los hombres modernos y prácticos.

El príncipe no resultaba ser otro que el muchacho Juan Rocco, hijo de un pequeño tendero de Chicago llamado Fortunato Rocco. El príncipe es dependiente de su padre, porque la tienda no da para más, y se dice primo del conde Leopoldo Parrillo, actualmente de viaje de estudios por los Estados Unidos. Según dice el Príncipe Plenipotenciario, Juan Rocco está convencido de que su familia pertenece a la más rancia nobleza italiana y de que ha tenido la desgracia, debido a la mala voluntad de los dirigentes de aquel país, de ver su nombre excluido del libro de la nobleza italiana. Este hecho de ser borrado de un libro, dice él, no es motivo suficiente para demostrar que no sea tan noble como si figurara, como los que sí aparecen escritos en el Atlas. En eso también le damos la razón.

Foment, 30 de marzo de 1934 (traducido del catalán)

El Consejo General de los Valles de Andorra ha rechazado una solicitud presentada por el señor Boris Skossyrev, conde de Orange, caballero de San Luis, de origen checo, residente actualmente en Andorra la Vella, demanda encaminada a ser nombrado delegado de Andorra en la Sociedad de Naciones.

En la misma carta de solicitud el señor Boris Skossyrev declara que los andorranos han de rechazar la soberanía de los copríncipes, afirmando que estos no tienen derecho sobre los valles.

El Consejo se ha mostrado indignado por este «paternal» consejo y declara que si este extranjero persiste en su actitud

será expulsado.

Foment, periódico editado en Reus por la Unió Federal Nacionalista Republicana. Parece que antes de tener la idea de ser rey de Andorra Skossyreff se conformaba con la de ser delegado en la Sociedad de Naciones. Hubiera estado en su salsa.

***La Vanguardia*, 27 de mayo de 1934**

Dicen de la Seo de Urgel que el Consejo general de los Valles de Andorra ha decretado la expulsión del polaco Boris Carón de Skossyreff, natural de Wilna. La expulsión se ha verificado hoy. Parece que había pretendido erigirse en rey de Andorra.

***La Independencia*, 16 de junio de 1934**

EN ANDORRA

Se expulsa a un súbdito checo

Lérida, 15.— Dicen de Andorra que los miembros del consejo de aquella han decretado la expulsión de la República del súbdito checo Sr. Baslow porque propuso el restablecimiento de la monarquía con la pretensión de proclamarse rey.

***The Nottingham Evening Post*, 20 de junio de 1934 (traducido del inglés)**

«TRONO» DE ANDORRA. RECLAMACIÓN EN NOMBRE DEL PRETENDIENTE FRANCÉS

Andorra, ese pacífico territorio independiente en los Pirineos, en la frontera franco-española, acaba de sufrir cierta conmoción política como resultado de la cual un sujeto llamado Boris de Skossyreff ha sido deportado.

Este emitió una reclamación sobre la soberanía de Andorra declarando que actuaba en nombre del duque de Guisa (el exiliado pretendiente al trono de Francia).

Expuso su caso ante el Consejo General de Andorra y presentó un extenso cuadro genealógico desde 1208 para fundamentar la pretensión del duque de Guisa a la soberanía.

En su reclamación (dice Central News) declaró que Napoleón fue el primer usurpador y que los presidentes de la República continuaron reteniendo ilegalmente los derechos y funciones de copríncipe de Andorra.

No parece probable que el mismo Consejo General que le expulsa en mayo le proclame rey en julio.

Hubiera dudado de que todo este sainete fuese real si no estuviera recogido por Ignacio, que pretendía ser un historiador riguroso y no un narrador de ficción, y no estuviera acompañado de los textos originales de las noticias de prensa de la época. Ignacio tenía perfectamente archivadas las páginas de los periódicos que citaba en sus notas, unas en castellano, otras en catalán, otras en inglés, todas con su fecha y el nombre del periódico, y otras que repetían las mismas noticias. No pude por menos que sonreír al leer algunos de esos textos. Supongo que Ignacio se divirtió todavía mucho más cuando los encontró, se deduce de sus comentarios. Ignacio aparentaba ser una persona muy seria, pero tenía mucho sentido del humor que solía expresar mediante comentarios irónicos que hacía sin mudar el semblante. Manejaba con facilidad lo que se suele llamar retranca gallega, no en vano había pasado parte de su infancia y adolescencia en Galicia.

Leer ahora sus apostillas a esas estrafalarias noticias de la prensa de 1934 me producía una extraña sensación, una mezcla de ganas de reír y de llorar. Aunque hace muchos años que no lloro, no paso de las ganas. Me gustaría llorar alguna que otra vez, como cuando estaba leyendo las notas de Ignacio e imaginando que él mismo me hablaba, para desahogar el nudo que se me hace en el pecho y el dolor que siento en los ojos. Pero no consigo derramar ni una lágrima.

Seguía sin ver a dónde podía llevarme todo aquello, pero seguí leyendo con curiosidad.

NOTA 5. 10 de diciembre

Hemeroteca. En 1934 no había periódicos en Andorra. Parece que se leían periódicos españoles y franceses. Más atención en España que en Francia. No apoyan la mayor parte de los datos de la leyenda de Boris I.

Llevo un mes metido en las hemerotecas digitales buscando sin parar. No sé por qué pierdo tanto tiempo comprobando todos estos detalles. No creo que a nadie le interese si la

Guardia Civil detuvo o no al presunto rey de Andorra, o si lo hizo en Andorra o en España, o en qué fecha exacta. Supongo que solo me interesa a mí. Pero estoy muy enganchado, tengo que corregir exámenes y hacer otras cosas y lo voy dejando todo para el último día. A ver si acabo con este tema y me voy centrando en cosas más útiles.

El Diario Palentino, 13 de julio de 1934

Boris I, rey de opereta

Declara la guerra en Andorra contra el Obispo de Seo de Urgel

Barcelona.— Al llegar a las lindes fronterizas de Andorra, dispuesto a que sean reconocidos sus derechos, ha publicado el pretendiente a la Corona de aquel principado el siguiente manifiesto:

El que suscribe, Boris, conde de Orange y barón de Skoffyress, después de haber escrito a nuestros augustos aliados, después de haber oído a nuestro consejo privado, después de haber tomado conocimiento de las declaraciones hechas por los fieles andorranos que requerían nuestra ayuda, considerando que su ilustrísima el obispo de la Seo de Urgel se niega a presentarnos sus excusas por las injurias a la nuestra dignidad, injurias que publica «El Correo de Lérida», por todo lo expuesto:

Primero. Declaramos la guerra al excelentísimo señor obispo de la Seo de Urgel.

Segundo. Nos proclamamos soberanos de Andorra y defensores de la fe.

Tercero. Mandamos a nuestro heraldo anunciar con el sonido de las trompetas la lectura en voz alta en las más concurridas de las seis parroquias de los valles de lo que sigue:

«Boris I, príncipe de los Valles de Andorra, lugarteniente de su majestad el rey de Francia decreta:

»Primero. Queda destituido el Consejo General de los Valles de Andorra.

»Segundo. Las elecciones generales tendrán lugar antes del día 1 de agosto de 1934, en la fecha que fijará nuestro Gobierno

provisional.

»Tercero. Don Pedro Torres Ribas es nombrado presidente del Gobierno provisional.

»Cuarto. Hasta la primera sesión del Consejo General de los Valles de Andorra, la administración de justicia será ejecutada por los Betlles.

»Quinto. Contra toda sentencia pronunciada por los Betlles después de las doce horas del día 11 del corriente, podrá apelarse ante la jurisdicción, que será constituida por decreto del Consejo general de los Betlles, nuevamente elegido.

»Sexto. Quedan amnistiados los delitos sociales, y como consecuencia sin efecto las expulsiones de extranjeros decretadas por Vegues solamente, y según uso y costumbre por el Tribunal de Cortes presidido por ellos.

»En el destierro, a 11 de julio de 1934.—*Boris I*».

Ninguna alusión a un acuerdo del Consejo General reconociéndole como rey, se proclama él mismo y destituye al Consejo. No está en Andorra sino en «el destierro», aprovecha para autoamnistiarse y tratar de volver al Principado del que fue expulsado. La prensa no le toma en serio.

***Nieuwe Tilburgsche Courant*, 14 de julio de 1934 (traducido del holandés)**

Hace un año el citado Boris, barón de Skossyreff, que dice haber nacido en los Países Bajos, residía en Palma de Mallorca donde trabajó para un noble. Como profesión dice ser profesor de inglés y de educación física, y afirma también que tiene el rango de capitán. En el curso de unos pocos meses el barón, capitán y profesor ha recorrido las heladas carreteras de toda Andorra. En diciembre de 1933 se le concedió el derecho a permanecer en Andorra «para que pudiera prestar servicios públicos». A continuación, presentó ante el Consejo General un plan para la reforma administrativa que incluía su nombramiento como administrador financiero, director de turismo y promoción, responsable de los hoteles y delegado de Andorra en la Sociedad de Naciones. Boris solicitó ser nombrado para este cargo añadiendo a sus títulos su doctorado

en ciencias políticas y morales obtenido, según él, en Oxford. Hace unos dos meses fue expulsado del país por los delegados que actúan en nombre de los dos copríncipes.

El Sol, 14 de julio de 1934

El duque de Guisa discute con el conde de Orange los derechos al Trono de Andorra

ANDORRA 13 (12 n.).— En tanto que Andorra no siente la menor preocupación por el hecho de que un holandés, que ostenta los títulos de conde de Orange y barón de Skofyress, se haya proclamado a sí mismo soberano de Andorra, el pretendiente del Trono de Francia, duque de Guisa, como representante del Rey de Francia, ha discutido acaloradamente hoy el derecho del título holandés para instituirse a sí mismo Soberano de Andorra. (United Press).

Jean de Orleans, duque de Guisa, nieto del rey Luis Felipe, era el pretendiente a la corona de Francia por la rama orleanista y de quien se pretendía lugarteniente Boris I. Pese a los rumores, no parece que ni estuvieran emparentados ni que actuaran de común acuerdo.

Diario de Navarra, 18 de julio de 1934

SU ALTEZA... ¿SERENA?

Barcelona.— El titulado Boris I, que se ha proclamado Rey de Andorra, es un aventurero holandés, emparentado con el Conde de Guisa, y desde hace bastante tiempo se le conoce en Andorra, donde se le considera como un perturbado. Después del escrito en que declaraba la guerra al Obispo de Seo de Urgel, ha publicado una Constitución que dice:

«El Gobierno provisional al pueblo andorrano: Su muy serena alteza, Boris I, Príncipe de los valles de Andorra y lugarteniente de Su Majestad el Rey de Francia, defensor de la fe, ha tomado, de acuerdo con nosotros, la siguiente disposición:

»Artículo único.— Hacer público en la Asamblea el Proyecto de Constitución del Principado, con los decretos leyes que serán presentados para la aprobación del Muy Ilustre

Consejo General de los Valles de Andorra, en su primera sesión constituyente,

»Constitución del Estado libre de Andorra.

- Artículo 1.— El Consejo general de los Valles se transforma en Parlamento.
- »Artículo 2.— Su Alteza el Príncipe representará al Gobierno en el Parlamento.
- »Artículo 3.— El Gobierno será compuesto de tres ministros.
- »Artículo 4.— Su Alteza el Príncipe se encargará de la formación del ejército nacional, y de la representación del Príncipe en el extranjero.
- »Artículo 5.— Su Alteza el Príncipe será el delegado permanente en la Sociedad de Naciones.
- »Artículo 6.— Las carteras de ministros del Principado, serán en orden de importancia:
 - »a) Presidencia y Justicia.
 - »b) Hacienda (Tesoro, Turismo y Obras Públicas).
 - »c) Interior (Policía, Instrucción Pública, Culto).
- »Artículo 7. Los ministros serán escogidos fuera del Parlamento y los diputados no podrán, sin Decreto especial y extraordinario, firmado por Su Alteza el Príncipe, ejercer cargos en el Gobierno.
- »Artículo 8. El presidente del Consejo de Ministros y ministro de Justicia del Príncipe, será andorrano.
- »Artículo 9. Los otros dos ministros, de Hacienda y del Interior, podrán ser técnicos extranjeros.
- »Artículo 10. El Gobierno será responsable delante del Parlamento, el cual votará su confianza en él.
- »Artículo 11. El Parlamento del Principado, para destituir al Gobierno, necesitará quince votos como mínimo.
- »Artículo 12.— Una vez destituido el Consejo de ministros del Principado, su alteza el príncipe nombrará otro Gobierno.
- »Artículo 13.— Los ministros presentarán al Parlamento los proyectos de ley.

- »Artículo 14.— Las leyes serán aprobadas o rehusadas por el Parlamento.
- Artículo 15.— Después de la debida aprobación de los proyectos de ley, corresponderá a su alteza el príncipe, el derecho absoluto de promulgación de la ley.
- »Artículo 16.— El veto de su alteza el príncipe, tendrá por efecto la modificación de la ley.
- »Artículo 17.— El proyecto de ley modificado, según el artículo 16, si nuevamente fuese rehusado por el Parlamento:
 - »A) Dará lugar al voto de confianza al Gobierno.
 - »B) Dejará a su alteza el príncipe el derecho a disolver el Parlamento».

The Nottingham Evening Post, 18 de julio de 1934
(traducido del inglés)

DICE QUE ES BRITÁNICO «PRETENDIENTE» AL TRONO DE ANDORRA

Según declaraciones hechas a la prensa de Madrid, el «pretendiente» al trono de Andorra, el pequeño y montañoso Estado en los Pirineos, que está causando algo de revuelo en la actualidad, es súbdito británico.

Dice que, aunque de origen holandés, sirvió durante muchos años en la Royal Navy en la cual alcanzó durante la guerra el grado de capitán. Asimismo, hace constar que sirvió en los Cuerpos Acorazados, de los que fue trasladado al Almirantazgo.

Este autodenominado «Boris I, Príncipe de Andorra y Regente de su Majestad el Rey de Francia», ha «declarado la guerra» al Copríncipe español de Andorra, que está bajo la soberanía conjunta del jefe del Estado francés y del obispo español de Urgel. Se presenta como conde de Orange y barón Skossyreff.

«Su Majestad Boris I», con su secretaria, la señorita Florence Marmon, está alojado en un hotel en Seo de Urgel donde se prepara para hacerse cargo de su «trono» en Andorra. Declara que tiene preparada la lista de los ministros que formarán un Gobierno provisional.

Se entiende que el asunto no ha sido objeto de información oficial por el *Foreign Office*.

La británica, una nacionalidad más que atribuirle. Y capitán de la Royal Navy con veinte años, después de servir «muchos años», realmente le echaba mucha imaginación al asunto.

Diari de Tarragona, 19 de julio de 1934 (traducido del catalán)

LA SITUACIÓN EN ANDORRA

Lérida, 18.— Según noticias de la Seo de Urgel recibidas a primeras horas de la tarde, la tranquilidad en Andorra es completa.

El titulado Príncipe Boris, que se decía que entraría hoy en ese territorio, continuaba en la Seo de Urgel. Ha pasado la mañana efectuando un paseo por el pueblo de Castellciutat.

A las dos de la tarde, el príncipe Boris ha lanzado el primer número del Boletín Oficial del Principado de Andorra, en el que da cuenta de lo que ya ha venido diciendo la prensa respecto a sus reivindicaciones legitimistas.

También inserta las «disposiciones oficiales» sobre la Constitución de Andorra. Al parecer, ha hecho de dicho Boletín una tirada de diez mil ejemplares que han sido enviados esta tarde para repartir por Andorra. Este primer Boletín se ha redactado en catalán por el propio Boris, quien domina a la perfección seis idiomas.

El anunciado golpe de Estado que se había anunciado para hoy no se ha llevado a término.

El barón ha permanecido en su residencia y, al parecer, piensa fundar un periódico en la Seo de Urgel que se titulará *El Diario de Andorra*.

Foment, 19 de julio de 1934 (traducido del catalán)

Situación grave en Andorra

Por Perpiñán circulan los más graves rumores referentes a inminentes acontecimientos en Andorra. Como es sabido, la vida política del principado de Andorra está pasando actualmente por una situación verdaderamente crítica debido a

las pretensiones del aventurero Boris de Skossirev de erigirse en príncipe soberano de los Valles de Andorra con el nombre de Boris I.

Noticias recibidas antesdeayer de la Seo de Urgell y de Andorra la Vella dan cuenta que Boris tiene el propósito de trasladarse a Andorra para dar un golpe de Estado encaminado a instaurar la monarquía en aquel pacífico territorio.

Skossirev se reunirá primeramente en Seo de Urgel con los ministros del Gobierno que va a formar y con algunos partidarios andorranos, y marchará enseguida a Andorra donde promulgará una constitución que tiene ya redactada y romperá las relaciones con los actuales copríncipes de los que dice que nada tienen que ver con Andorra.

La situación es grave para el pueblo de Andorra, que ve amenazadas sus seculares instituciones y que posiblemente, a consecuencia del intento de este extranjero, haya de sufrir una nueva invasión de fuerza armada francesa. En efecto, noticias particulares recibidas de Prades y las noticias que tenemos de Perpiñán permiten afirmar que las autoridades francesas competentes están al acecho de lo que ocurra en Andorra para repetir la operación realizada en 1933, en pocas horas fue invadido todo el territorio andorrano por la gendarmería francesa.

En Andorra el movimiento de Skossirev no ha despertado simpatías ya que se le considera desde sus inicios como una fuente de perturbaciones en la vida del país.

La Vanguardia, 19 de julio de 1934

La situación en Andorra

Ayer nos visitó una Comisión de representantes del Consejo general de Andorra para hacer constar que, en contra de cuanto viene afirmándose en determinada Prensa, la tranquilidad en aquellos Valles es absoluta, y que el «golpe de Estado» no es más que una fantasía periodística desprovista por entero de todo fundamento racional.

El Consejo General parece ajeno tanto a la proclamación monárquica que le atribuye la leyenda como al riesgo de que Boris I invada Andorra y conquiste el poder, que no se toma en serio.

ABC, 20 de julio de 1934

**La actuación del titulado príncipe Boris en Andorra
Lérida 19, 1 tarde.**

El titulado, príncipe Boris permaneció ayer tarde en Seo de Urgel. Durante las horas de la mañana estuvo visitando varios pueblos. A las dos de la tarde lanzó el primer número del Boletín Oficial del Principado de Andorra dando cuenta de las reivindicaciones legítimas y de las disposiciones sobre la Constitución de Andorra. La tirada, de diez mil ejemplares, fue inmediatamente remitida a Andorra, para repartirla. El príncipe Boris ha roto toda clase de relaciones con los copríncipes. Este titulado príncipe domina seis idiomas.

Hice una pausa en la lectura y fui a beber agua a la cocina, tenía sed y empezaba a hacer demasiado calor. De paso estiré un poco los músculos. Parece que Ignacio se había molestado en ir transcribiendo y traduciendo, en su caso, las noticias que de modo más claro iban relatando la historia del rey de Andorra. Supongo que para ir incluyéndolas o citándolas en el trabajo que se proponía redactar. Pero en la carpeta tenía archivadas muchas otras, de otros periódicos, de otras fechas, con similares contenidos.

—Una sola fuente no sirve para nada —me había dicho alguna vez—. A veces ni siquiera dos. Cuantas más mejor, y lo más diferentes posibles, para contrastar.

En su búsqueda por las hemerotecas Ignacio había encontrado muchas menciones al rey de Andorra, parece que en su tiempo atrajo mucha atención mediática, fue una auténtica serpiente de verano. Había noticias de periódicos españoles, franceses, británicos, norteamericanos, alemanes, holandeses... En ocasiones idénticas, se limitaban a reproducir lo que habían recibido de las agencias. La selección que había hecho Ignacio debía haberle llevado también su tiempo.

Seguí leyendo.

Luz. Diario de la República, 20 de julio de 1934

BARCELONA, 20.— El titulado príncipe Boris ha manifestado que no descende de los duques de Guisa, sino que solamente obra como lugarteniente del duque de Guisa, cuya familia reconoce como única con verdaderos derechos al principado de Andorra.

Hace unos días firmó un decreto nombrando guardasellos privado a D. José Félez, secretario del Juzgado municipal de Seo de Urgel, a quien encargó que realizara una inspección en Andorra.

Según manifestó, la bandera y el himno andorranos serán los mismos que hoy, y el «Boletín Oficial» se publicará cada quince días.

Acerca del golpe de Estado que se anunciaba para ayer, ha manifestado que no había tal cosa, y que se trataba de una noticia tendenciosa de la prensa de Perpiñán (Francia) para asustar a los andorranos.

Ha dicho también que ha consultado con el Cuerpo diplomático sobre si podían entrar en Andorra gendarmes, habiéndosele contestado negativamente. Añadió que si el Presidente de la República francesa ordenaba que entraran los gendarmes, él se pondría al habla con el obispo de la Seo de Urgel para que gestionara del Gobierno español la entrada en Andorra de la Guardia Civil.

«Antiguamente los copríncipes eran señores feudales. Nosotros —dijo— somos el país».

También afirmó que había celebrado conferencias telefónicas con el periódico conservador inglés «The Times» y con el de carácter laborista «The Daily Herald», y anunció que no concederá más entrevistas a los periodistas.

Interrogado sobre si en el caso de que llegase a ser rey de Andorra permitirá la entrada de tabaco español y si acatará las leyes existentes, dijo que no podía contestar, por corresponder la decisión sobre tales extremos al Parlamento.

La señora que acompaña al príncipe Boris ha marchado en automóvil a Andorra, regresando esta tarde, después de celebrar conferencias con determinados elementos.

En varias páginas de internet se puede encontrar la supuesta bandera monárquica de Andorra adoptada por Boris I, con los mismos colores (azul, amarillo y rojo) pero en disposición horizontal y con una corona real. Otra fantasía, a saber de quién, en todo caso de invención posterior.

ABC, 21 de julio de 1934

También se ocupó el Consejo de ministros de ayer del incidente ocurrido en la República andorrana, y dice la referencia oficiosa que se acordaron las medidas que en su caso proceda adoptar.

Tratamos de averiguar qué medidas había adoptado el Gobierno, y supimos que su primera determinación fue la de ordenar la detención del supuesto príncipe Boris, al que le serán aplicadas las medidas contenidas en la ley de Orden público. Se está averiguando si Boris es individuo de nacionalidad española o extranjera, y en este segundo caso será inmediatamente expulsado del territorio español. El Gobierno desea demostrar con estas medidas que España no se inhibe de las cuestiones de Andorra y que cumple y cumplirá todos los deberes que la cosoberanía le impone.

La Vanguardia, 21 de julio de 1934

SEO DE URGEL, 20

Esta tarde, cumpliendo órdenes superiores, la policía del Estado ha procedido a la detención del titulado Boris, de cuyas pretensiones al trono de Andorra ya hemos dado cuenta estos días.

Diario de Navarra, 21 de julio de 1934

Barcelona.— El titulado Boris I de Andorra, ha declarado que Mr. Albert Chawb, Secretario del millonario señor Wacileneall, entregó a los consejeros de Andorra la suma de medio millón de pesetas, para obtener la concesión del correo nacional y que después de esto, monsieur Chawb, ha sido expulsado del territorio andorrano.

El Príncipe Boris ha encargado a un fotógrafo de Seo de Urgel dos mil fotografías suyas, en las que aparece tocado con barretina, y las cuales serán repartidas por los andorranos.

De la Seo de Urgel comunican que cumpliendo órdenes recibidas de Madrid, a las cuatro y cuarto de la tarde la policía ha detenido al Príncipe Boris.

Se ha dado orden para que sea trasladado a Barcelona, donde quedará a disposición del Delegado del Estado en la

región autónoma, señor Cárdenas Pons.

Esa historia que cuenta Skossyreff a los periodistas sobre el millonario que quería la concesión del correo nacional, y de la cual los lectores de la época seguramente no entenderían nada, debe de aludir a Friedrich Weilenmann, un empresario suizo que hacía negocios en Andorra y que en los años 20 se propuso ayudar a su modernización, entre otras iniciativas, con la instalación de un servicio de correos hasta entonces inexistente, conforme a las normas de la Unión Postal Universal. Fue nombrado ciudadano honorario de Andorra en febrero de 1933 para agradecer sus servicios, pero no consiguió sus propósitos sino que entraron a funcionar las administraciones postales española y francesa. Se opuso a la intervención de la Gendarmería en agosto de 1933 ordenada por los copríncipes, trasladó una queja del Consejo General depuesto a la Sociedad de Naciones y, por si acaso, dejó de visitar Andorra aunque enviaba a su secretario, Albert Schaub, que fue expulsado en marzo de 1934. Gerhard Lang-Valchs, «Friedrich Weilenmann I el correu d'Andorra», *Papers de Recerca Històrica (Societat Andorrana de Ciències)* nº 5, 2008.

Le Journal, 21 de julio de 1934 (traducido del francés)

Detención de Boris I, Príncipe de Andorra

BARCELONA, 20 de julio.— A petición del Gobierno de Madrid, la policía catalana procedió hoy a la detención del holandés Skossyref.

Este, que hizo parte de sus estudios en Inglaterra y que había vivido mucho tiempo en Rusia, se había autoproclamado recientemente «Príncipe de los Valles de Andorra y Regente de S. M. el Rey de Francia» bajo el nombre de «Boris I».

La detención se produjo en Seo de Urgel, donde Boris I había lanzado a los andorranos una proclama anunciando su inminente llegada y la puesta en vigor de una nueva constitución.



Boris Skossyreff en Barcelona, después de ser detenido el 20 de julio de 1934 en La Seu d'Urgell. Fotografía publicada por el periódico *Ahora*.

***La Vanguardia*, 22 de julio de 1934**

Con referencia al detenido, nuestro corresponsal en Seo de Urgel nos comunicó ayer lo siguiente:

«Ayer tarde, a las dos, recibió el jefe de policía de esta frontera una comunicación de la Dirección general de Policía de Madrid ordenando la detención del llamado príncipe Boris Skossireff, pretendiente de Andorra. Acto seguido fue detenido y llevado a la Delegación de esta frontera. Estaba algo nervioso. Cenó y durmió en dicha Delegación. Esta mañana, a las cinco, llegó un coche del parque móvil, con dos policías, procedentes de Barcelona con orden del delegado del Gobierno en Cataluña para que les fuera entregado el detenido. Este desayunó en el hotel donde estaba hospedado y recogió un maletín, saliendo en unión de dichos policías para Barcelona a las nueve.

Seguramente será expulsado de España, a instancias, según parece, de los copríncipes de Andorra, por las campañas que viene haciendo. Con respecto a sus pretendidos derechos sobre Andorra, he hablado con la señora Florence Marmon, de nacionalidad norteamericana, la cual me ruega diga que ella ve con simpatía la campaña del barón a favor de los andorranos para librarles de su forma de gobierno actual, tan anacrónica en el siglo xx. Esta dama protesta enérgicamente de ciertas informaciones de Prensa que la hacen aparecer como secretaria del barón, siendo una dama que sigue a Boris por sentimentalismo. Al partir el barón dijo que si era expulsado pediría serlo por la frontera portuguesa».

Según esto la detención se hizo en Seo de Urgel, aunque no por los dos policías enviados desde Barcelona, que no llegaron hasta el día siguiente, sino atendiendo órdenes directas desde Madrid. ¿Participaría la Guardia Civil en la detención? A comprobar.

El Sol, 22 de julio de 1934

BARCELONA 21 (5,30 t.).— A la una de la tarde llegó en automóvil desde Seo de Urgel, acompañado del agente de la Comisaría del Estado Sr. Ureda, el pretendiente a la corona de Andorra, Boris I. La llegada se ha hecho con gran retraso porque el «chauffeur» dio un gran rodeo por Figueras.

Inmediatamente, Boris I subió al despacho del jefe de la brigada de Extranjeros de la Comisaría del Estado, que procedió a su interrogatorio. Parece que el pretendiente ha dicho que en virtud de unas investigaciones que había hecho en el archivo de Seo de Urgel averiguó la existencia de un documento del que se desprende que Francia no tiene ningún derecho sobre Andorra. Por ello ha querido erigirse en príncipe de Andorra, y sus propósitos eran declarar la independencia de aquel país y esperar a que el duque de Guisa ocupase el trono de Francia para hacerle entonces la cesión de los derechos sobre Andorra.

El pretendiente, que usa monóculo y camisa blanca con el cuello abierto, se dejó retratar por los fotógrafos.

Al salir del despacho después del interrogatorio se encontró en la galería con el inspector señor Degorgue, que había desempeñado el cargo de comisario en Palma de Mallorca, de donde expulsó hace dos años por su conducta irregular a Boris I, y este le saludó afectuosamente.

Al preguntársele si tenía poderes del duque de Guisa, contestó negativamente, y agregó que por su parte se abstenía de usar dicho nombre, aunque le merecía todas sus simpatías, por estar convencido de que si Francia sabía que había un trato entre él y el duque de Guisa, retiraría a este su pretensión.

Se le preguntó adónde pensaba dirigirse en el caso de ser expulsado de España, y contestó que regresaría a Andorra utilizando el avión que tiene en Barcelona.

—¿Y si el Gobierno de Madrid le señala algún otro punto?

—Iré siempre a Andorra —contestó—, y si no se me permite, haré una reclamación para que la tramite el ministerio de Negocios Extranjeros de Francia.

Preguntado si contaba en Andorra con algún partido que le ayudara a realizar sus pretensiones, contestó de una manera ambigua, diciendo que en Andorra, aunque todos están armados, por ser ignorantes necesitan de alguien que se ponga a su frente para llevar a cabo sus aspiraciones.

Acerca de sus proyectos en caso de triunfar, dijo que no autorizaría el juego, pero que una vez que haya sido reformada en Andorra la ley de propiedad, hará construir una gran pista y un gran casino al estilo español.

Después hizo fervientes protestas de españolismo, dedicando grandes elogios a España. Puso gran interés en que se le facilitaran los periódicos ingleses y americanos de estos días, por suponer que han publicado interesantes informaciones acerca de él.

El delegado del Estado tiene la impresión de que el pretendiente es un aventurero vulgar que ya fue expulsado de Seo de Urgel y de Andorra hace un año. El pretendiente se relaciona ahora con una inglesa rica llamada miss Mármol, que tiene delirio de grandeza y quisiera ceñir una corona de reina. El pretendiente explota esta debilidad de miss Mármol.

Se ha sabido que Boris I fue expulsado hace cosa de tres años de Sitges por su conducta irregular.

***Aberdeen Journal*, 23 de julio de 1934 (traducido del inglés)**

AMENAZA DEL «REY» DETENIDO

Marchará sobre Andorra con sus partidarios

BARCELONA, domingo.

«El rey Boris I» de Andorra declara que tiene seiscientos hombres preparados para invadir la pequeña y montañosa república para reivindicar sus derechos.

Si es expulsado de España, dice que va a marchar sobre Andorra con estos partidarios.

Esta amenaza no es tomada en serio por las autoridades que lo mantienen bajo arresto y en breve lo enviarán a Madrid.

El «rey Boris», alias conde Skossyreff, recientemente se autoproclamó «rey» de la pequeña y montañosa república de Andorra «en nombre del rey de Francia», presumiblemente el duque de Guisa.

Nada menos que seiscientos partidarios preparados para invadir Andorra. Evaporados tras la detención, por lo que parece, como su supuesto Gobierno provisional, todo fruto de su imaginación.

***La Vanguardia*, 24 de julio de 1934**

Ayer, en el rápido, y en tercera clase, fue conducido a Madrid el titulado barón de Skossyreff, aspirante al principado de Andorra. Fue acompañado de los agentes de la Policía del Estado, señores Ureta y Reguengo, quienes le habían detenido en Seo de Urgel. La conducción debió efectuarse el sábado, pero a petición del detenido, que dijo que deseaba hacer el viaje en primera clase, se demoró la partida hasta que recibiera dinero, del que carecía. Efectivamente, el mismo sábado y el domingo el «príncipe» Boris I celebró algunas conferencias y transmitió algunos telegramas pidiendo fondos, pero ni su protectora ni las demás personas a las que se lo pidió, le

enviaron cantidad alguna. Parece ser que la señora protectora del «príncipe» no es lo rica que se ha dicho.

El agente Reguengo, Vicente Reguengo González, hizo carrera durante el franquismo, fue comisario general de Investigación Social, de «la brigada político-social» en el decir popular, entre 1958 y 1974, se le otorgó la Medalla del Mérito Policial y la Gran Cruz de la Orden del Mérito Civil, y publicó un par de libros de propaganda anticomunista.

Heraldo de Madrid, 24 de julio de 1934

(...) —¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y ocho años. Nací en Vilna, el año 1896.

—¿Luego es usted ruso?

—De nacimiento, sí. De nacionalidad soy súbdito holandés.

—¿Es usted hombre de fortuna?

—Sí..., desde luego —contesta después de una advertida pausa. «Sí...» que yo he querido interpretar como expresivo de: «¿para qué te voy a decir que no tengo dinero?»

—Y después, ¿qué hizo usted?

—Viajar por Europa.

—¿Dónde aprendió el español?

—En Colombia, donde estuve tres años dedicado a negocios de banca. Más tarde volví a Europa. Recorrí las cortes europeas, y en agosto de 1923, vea usted mi pasaporte visado en San Sebastián —me dice enseñándomelo—, fui huésped del entonces rey de España en Miramar, y asistí a una corrida de toros con los reyes.

—Siga usted.

—Luego partí a los Estados Unidos, donde conocí al general Marmon y a su esposa. Esta se divorció y, apeteciendo viajar, vino conmigo a Europa. Pasamos a Palma de Mallorca y de allí fui expulsado yo, no ella, instalándonos en Les Escaldes de Andorra, donde permanecimos durante tres años en el hotel Mundial. Aquella preciosa región es un centro turístico de gran importancia. Pasado este tiempo, yo pulsé el sentimiento de los andorranos y he conquistado su afecto. Ellos no pueden soportar el régimen político que les ahoga, por la sumisión a la

política vaticanista, que interpreta a las mil maravillas su ilustrísima el señor obispo de Seo de Urgel.

(...) —No es un secreto para nadie mi disposición privilegiada para llegar a ser un monarca modelo: todo el mundo está enterado, por ejemplo, de que hablo corrientemente treinta y ocho idiomas.

—¡Treinta y ocho idiomas! ¿Pero hay tantos idiomas?

—¿Lo duda?

—De ninguna manera, alteza.

—¡Bien! El monarca que ha pasado a la posteridad como más sabio e inteligente del Mundo era, según escritos de la más remota antigüedad, Salomón. Yo he estudiado con toda meticulosidad el reinado de aquel gran soberano y puedo asegurarle a usted que Salomón conocía muchos menos idiomas que este humilde servidor de la Humanidad.

—O sea, majestad, que es usted más sabio que Salomón.

—Dejemos eso a un lado. Ya sabe usted que todas las comparaciones son enojosas. Mi intención al hacer esa ligera digresión histórica, es muy otra. Un monarca que hable treinta y ocho idiomas puede ahorrarse exactamente treinta y siete embajadores, o, dicho de otro modo, puede entenderse directamente con treinta y ocho Estados sin necesidad de esos intermediarios liosos que con tanta frecuencia colocan a los Gobiernos en verdaderos apuros, cuando no los arrastran a catástrofes irreparables.

—En resumen, alteza, que sería usted monarca de Andorra y treinta y siete veces embajador...

—Sí; pero mi pensamiento es mucho más amplio. Voy a levantar ante usted una punta del velo de mis proyectos. Una vez ascendido al trono de Andorra, pido el ingreso en la Sociedad de Naciones. Apenas sea admitido en este organismo internacional, tendrán forzosamente que convertirme en árbitro mediador entre todos los países del Mundo. Poco a poco mi personalidad se iría imponiendo, y no le extrañe a usted nada que llegara el momento en que los países más fuertes de la tierra vinieran a reclamarme para que me dignara ocupar sus respectivos tronos.

—Y usted aceptaría, claro está...

—¡No, no; por nada en el mundo! Mi vida estará siempre ligada al porvenir nacional e internacional de Andorra. Al hacerme usted esa pregunta se ve que desconoce mi teoría sobre los pequeños Estados. Se la voy a exponer: los pequeños Estados enclavados entre otros poderosos deben ser organizados mucho mejor que estos, de manera que constituyan una especie de «Estados de emulación permanente» (¡no «revolución permanente», como dice ese pobre de Trotski!). De ese modo los Estados más fuertes se sentirán avergonzados al verse superados en todos los órdenes por los Estados diminutos, y se comportarían mejor.

—¡Alteza, eso es sencillamente maravilloso!

—¿Comprende usted ahora? Le diré a usted más: yo soy el único hombre del Mundo que podría llevar a cabo la unificación de nuestro Continente y crear los Estados Unidos de Europa, bajo mi cetro. El Mundo, también por sentido de emulación, se articularía después en esta forma: Estados Unidos de Asia, Estados Unidos de América, Estados Unidos de África, Estados Unidos de Oceanía y Estados Unidos de Europa. O, lo que es igual: se acabarían los conflictos internos y externos de los diversos Estados del Mundo. Ni fascismo ni imperialismo: sincera colaboración, con su correspondiente desembocadura en los Estados Unidos del Mundo. Todo eso lo conseguiría Boris I de Andorra a los pocos años de su reinado...

—¡Formidable, majestad! —exclamo, dando escape a mi emoción, que se expansiona por todos mis sentidos en una corriente de regeneración.

Delirios de grandeza realmente delirantes recogidos con bastante sorna por los periodistas de este periódico republicano (Jesús Gurich le entrevista en el tren de Barcelona a Madrid y Lorenzo Carriba en la Dirección General de Seguridad). Y algunas mentiras de Skossyreff bastante burdas y fácilmente refutables. El rey Alfonso XIII pasó el mes de agosto de 1923 en Santander, en el Palacio de la Magdalena, como hizo habitualmente entre 1913 y 1930, y no en San Sebastián que es donde veraneaba su madre, la reina María Cristina de Habsburgo-Lorena. Marmon no era general, sino empresario, y

no se divorció de su esposa Florence en los años veinte sino en 1910.

La Vanguardia, 24 de julio de 1934

(...) Agregó que el día 17 de mayo de este año presentó al Consejo general de los Valles de Andorra un documento haciendo historia de su pretensión al trono del pequeño Estado. Este documento dice que fue bien acogido por el pueblo andorrano. No obstante esto, el día 22 de mayo recibió por toda contestación la orden de expulsión decretada por el veguer francés, orden que fue firmada por este en unión de su colega el veguer episcopal. Entonces —sigue diciendo— me trasladé a Seo de Urgel, hospedándose en el Hotel Mundial, y el 29 de este mismo mes me marché a Torredembarra hasta el día 5 de julio, que regresé de nuevo a Seo de Urgel. He permanecido en esta ciudad hasta el día 20, en que requerido por las autoridades catalanas marché a Barcelona para ser trasladado a Madrid. En el documento que presenté hago historia de la dinastía andorrana, que empieza por doña Hermesinda de Castellbó en 1208 y termina con la soberanía del duque de Guisa. Uno de los informadores le preguntó: «¿Pero usted tiene descendencia de estos personajes?» El supuesto Boris I, titubea un poco y dice categóricamente después: «No señor, no tengo derecho histórico alguno para mi pretensión. Lo hago únicamente como caballero, y por entender que mi conducta defendiendo los derechos de los españoles en Andorra, que son vejados por la preponderancia de Francia, es caballerosa, y buena prueba de ello es el hecho de que después de mi expulsión se ha decretado también la de varios comerciantes e industriales españoles que allí vivían. He tratado varias veces de exponer mis razonamientos al Obispo de la Seo de Urgel, quien por diferentes causas no se ha entrevistado conmigo. Para terminar, pues no quiero exponer a ustedes hechos sin importancia que debe conocer primero el Gobierno español, les diré que mi pretensión ha sido objeto de consultas con personas documentadas en Derecho Internacional. Todos reconocen la razón que me asiste, y hay quien se ha aventurado a afirmar que Francia no tiene derecho alguno a mezclarse en la vida política

de Andorra. A preguntas de los informadores, dijo que aunque es hombre de fortuna, esta se ve comprometida por la orden de expulsión, a la que va unida la de expropiación, según los usos y costumbres del país, que prohíben en absoluto a los ciudadanos de Andorra mezclarse en asuntos políticos. Todas estas razones son las que me han llevado a proclamarme soberano de Andorra y declarar la guerra al obispo de la Seo de Urgel. Creo que sin esto y sin una acción decidida por parte del Gobierno español, Andorra pasará a formar parte del Departamento francés de los Pirineos Orientales». Terminó insistiendo en que su actitud obedece a un rasgo caballeresco de su temperamento, basado en razonamientos que espera exponer al Gobierno español.

Nada de que el Consejo General de los Valles le proclamara rey. No se movió de Seo de Urgel. Ante los periodistas franceses actúa en nombre del pretendiente al trono de Francia, ante la prensa holandesa dice haber nacido en Holanda, ante los periodistas británicos se presenta como súbdito británico, ante los periodistas españoles se muestra como amigo del rey de España y defensor de los españoles residentes en Andorra. Un buen pájaro.

Estaba claro que Ignacio había invertido muchas horas buscando, comprobando y seleccionando las noticias. En alguna ocasión me había contado la bendición que suponía para los historiadores la existencia de internet y la disponibilidad cada vez mayor de documentos digitalizados en archivos, bibliotecas y hemerotecas.

—¿Sabes el tiempo que se ahorra? —me decía—. Todo a mano desde casa. Sin tener que salir ni viajar. Se puede acceder a documentación original que en el pasado hubiera sido imposible examinar, simplemente por una cuestión de tiempo y distancia. Uno no podía visitar todas las bibliotecas del mundo. Ahora sí, en la práctica es como si pudiera hacerlo. Accedes a los catálogos desde tu ordenador, sabes qué libros hay, puedes pedir préstamos o copias a distancia, a menudo puedes consultar directamente los libros en formato digital. Y cada vez más archivos van digitalizando sus fondos y permitiendo la consulta *on line*.

Yo asentía, también me he beneficiado de las herramientas informáticas que no existían cuando los de mi generación éramos estudiantes pero a las que

nos hemos habituado en el trabajo. Ya no manejamos gruesos y polvorientos volúmenes de legislación y jurisprudencia, como en otros tiempos, sino que lo consultamos todo en la pantalla del ordenador. Pero era obvio que investigadores como Ignacio le sacaban todavía mucho más partido a internet.

—Ahora puedes investigar aunque, como yo, no tengas dinero, ni una beca, ni una subvención, ni una canonjía en alguna universidad, aunque seas un francotirador. Antes solo quien tenía una institución detrás, o un buen mecenas, podía dedicarse a estas cosas —me comentaba Ignacio.

Pero en alguna oportunidad también me contó los riesgos que entrañaban tantas facilidades.

—Se me van las horas sin sentir —dijo. Podía pasar mucho tiempo a la búsqueda de un dato concreto, a veces de un dato nimio, un nombre, una fecha. Convencido de que tenía que estar allí, en alguna parte. Que solo era cuestión de seguir buscando hasta que apareciera. Y la mayoría de las veces así era. Todo está en la red, o todo puede estar, o todo debe estar y todo acabará estando, afirmaba Ignacio. Así que rendirse, desistir, renunciar a ese dato en particular y continuar la investigación prescindiendo de él se le hacía difícil. Uno sigue buscando sin rendirse, como escribía Ignacio en sus notas, aunque sea algo que no interesa a nadie. Pero por pequeña que sea la que falta, es una pieza del puzle, resulta desagradable dejar ese hueco, por más que se identifique suficientemente la imagen que estamos componiendo pese al hueco. A veces seguía buscando un dato después de que se hubiera publicado su trabajo, insatisfecho con una omisión que solo él advertía.

—Sí, soy un poco obsesivo —me reconoció Ignacio en una de nuestras charlas. Lo recuerdo diciendo esto con una cerveza en la mano en la terraza del bar próximo a la tienda de Maite. En cierta época, muchas tardes de buen tiempo, sobre todo viernes o sábados en que habíamos quedado para cenar, las pasamos allí, esperando a la hora de cierre de la tienda. Era un comercio con libros, periódicos, discos y películas, a veces acogía actividades culturales o presentaciones de libros, que cerraba tarde, casi a las nueve, y aguardábamos charlando a que Maite se reuniera con nosotros que hacía ya rato habíamos salido del trabajo o de casa.

—Todos tenemos alguna obsesión —le tranquilizaba yo.

—Me temo que yo más de una —bromeaba él.

Su obstinación por comprobar los datos exactos le había llevado a desmontar buena parte de la leyenda del rey de Andorra. Que había más de leyenda que de historia se deduce de la información y de las noticias de prensa de la época que había ido recopilando y que yo iba leyendo. El

supuesto rey no fue nunca proclamado como tal por el Consejo General de Andorra. Nunca fue coronado ni reconocido por nadie. Todo fue una comedia organizada por él mismo, desde fuera de Andorra, una opereta, un sainete, como se escribió reiteradamente por aquel entonces; una farsa que inevitablemente recuerda a la de los Hermanos Marx en aquel delirante país de Libertonía de *Sopa de Ganso*, película estrenada por aquella misma época. Cuesta no imaginarse a Margaret Dumont, que encarnaba a la millonaria americana que colocaba al personaje interpretado por Groucho Marx al frente del Gobierno de Libertonía, en el papel de Florence Marmon.

Parece que todo esto no fue apenas más que una anécdota, pero llamó la atención de la prensa de la época, ávida de historias curiosas al margen de su trascendencia. Todo indica que nunca se produjo la supuesta invasión de Andorra por parte de la Guardia Civil. Al autoproclamado como príncipe soberano de Andorra lo detuvieron en el hotel de la Seo de Urgel donde se alojaba y le aplicaron la ley de vagos y maleantes. Sus supuestos partidarios se esfumaron como por ensalmo, si es que existieron alguna vez; el dinero que supuestamente manejaba el pretendiente tampoco apareció por ninguna parte, ni para pagarle el pasaje en primera clase en el tren en el que iba detenido. Su protectora norteamericana enseguida desapareció de Andorra y al poco había regresado a los Estados Unidos.

Parece que Ignacio tenía los datos para desmentir la leyenda y contar la prosaica realidad sobre el supuesto rey de Andorra. Pero, ¿qué podía tener que ver eso con su muerte? No me puedo imaginar a ninguno de los escritores y periodistas que han repetido como papagayos la falsa historia de Boris I tramando la muerte de Ignacio para no verse desenmascarados.

12

Paré un rato para comer. Me propuse acelerar la lectura de las notas de Ignacio. Se me había ido la mitad del domingo, el lunes debía viajar a Seo de Urgel, todavía me quedaban muchos archivos por examinar y no había encontrado nada que pudiera darme una pista sobre su muerte. Yo también era presa de la obsesión por investigar, por saber, por seguir con aquella historia del rey de Andorra aunque no tuviera trascendencia alguna.

Me preparé una ensalada de tomate y cebolla y mientras se calentaban unas alubias de bote eché un vistazo a la prensa en el ordenador. Como suponía, en los periódicos locales venía una breve reseña del funeral por Ignacio y cautas noticias sobre que la investigación proseguía sin resultados. Por curiosidad hice una búsqueda a ver si en la prensa catalana había alguna noticia, pero no encontré nada. Después de comer me sumergí de nuevo en los archivos.

NOTA 6. 27 de diciembre

En la Enciclopedia Espasa, pese a que es muy completa, no hay la menor referencia a Boris Skossyreff ni a su supuesto reinado. Más datos de las hemerotecas digitales. *L'Esquella de la Torratxa*, 27 de julio de 1934. Era un popular semanario satírico, republicano y anticlerical, editado en catalán en Barcelona.

Supuesta entrevista con Boris I, que no se puede tomar en serio, pero que va acompañada de una viñeta sobre el arresto. ¿Será este el origen de la creencia de que la detención la hizo la Guardia Civil por orden del obispo? Todo puede ser.



Viñeta publicada por la revista catalana *L'Esquella de la Torratxa*, en la que se representa el prendimiento de Boris I, rey de Andorra.

***The Brooklyn Daily Eagle*, 22 de julio de 1934 (traducido del inglés)**

El rey Boris es un gran tipo, según dice él mismo.

Capitán sin ejército, barón sin castillo y patrón de yate sin barco, en todo caso tiene mucha imaginación

Cape May, Nueva Jersey, 21 de julio (AP).— La señora de Laurence C. Glass, de Filadelfia, conoce a Boris I, el aspirante a rey de Andorra, y dice que según él mismo se cataloga es un barón de Rusia, capitán de un misterioso ejército, acaudalado patrón de yate, lingüista y vendedor de zumos de fruta.

Boris fue detenido en Barcelona porque presentó sus pretensiones al trono con un poco de excesivo énfasis.

La señora Glass dice que conoció a Boris Skossyref en un té en la primavera de 1932, cuando ella vivía en Palma de Mallorca, en el Mediterráneo. Dice que el capitán —así es

como se lo presentaron— tiene seis pies y dos pulgadas de estatura. Tenía el pelo negro y rizado y un rostro atractivo en el cual luce permanentemente un monóculo.

«No es más capitán que yo, —relata la señora Glass—, aunque no me di cuenta de inmediato. Llevaba un elegante uniforme pardo y hablaba mucho de sí mismo, pero nunca nos mencionó dónde estaba su ejército».

«Nos dijo que era dueño de un yate, pero nunca conseguía ubicarlo, y hasta donde sabíamos se ganaba la vida como agente de zumos de fruta. Por supuesto, dijo ser muy rico, heredero de vastas propiedades, pero cuando me llevó a cenar apenas parecía tener suficiente dinero como para pagar la cuenta».

«Después de un tiempo empezó a hacerse pasar por barón ruso y entonces me dijo que iba a ser realmente rico cuando sacara adelante cierta operación que tenía en mente».

Bulletin of Spanish Studies, Spain week by week, 1934
(traducido del inglés)

Julio 25.— Se ha producido un ligero alivio en la política española tras los últimos diez días desde la aparición de un pretendiente al «trono de Andorra» que se hace llamar «Boris I, príncipe de los Valles de Andorra, conde de Orange y barón de Skossyreff». El pretendiente, que es un polaco de treinta y ocho años de edad y que vive desde hace algunos años en Cataluña y Mallorca, emitió una proclama el 11 de julio declarando la guerra al obispo de la Seo de Urgel, proclamándose a sí mismo como «soberano de Andorra y defensor de la fe», prestando su lealtad a «Su Majestad el Rey de Francia», deponiendo al Consejo General de los Valles de Andorra y nombrando un Gobierno provisional. Después de la promulgación de una «Constitución» y de la emisión de una «Circular de la Corte», fue arrestado y llevado primero a Barcelona y luego a Madrid, donde se le acusó de ser un extranjero indeseable. Se presume que va a ser expulsado y que no se sabrá nada más de él. Ha recibido más publicidad en España que en Andorra.

Parece que en Andorra no le hicieron el menor caso.

***Esplai. Il·lustració Catalana* n° 139, 29 de julio de 1934
(traducido del catalán)**

LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS RELACIONADOS CON ANDORRA

Mientras dentro del principado pirenaico todo es calma y la gente trabaja y vive con normalidad, muy cerca, en la Seo de Urgel, se está fraguando una tormenta política, bastante ridícula pero que no por ello puede dejar de dar dolores de cabeza a los andorranos. Se trata del aventurero Boris de Skossirev que se ha erigido pretendiente a un inexistente trono andorrano y que es apoyado directamente por el duque de Guisa, pretendiente al trono de Francia. Haremos un resumen de los más recientes acontecimientos y al final nos vamos a permitir algún comentario.

El duque de Guisa, el 12 de junio último, publicó un manifiesto redactado en catalán y dirigido a los ciudadanos de Andorra en el que reivindicaba derechos de soberanía sobre el principado. Este documento recuerda las líneas generales de la historia de Andorra a fin de demostrar que, después de haber tenido la casa real de Francia derechos de soberanía sobre Andorra, estos derechos no pueden pasar al presidente de la República francesa sino al pretendiente al trono de Francia. Así, pues, el duque de Guisa se dirigió al Tribunal civil del Sena (París) y pidió que le sean restituidos los derechos que, según él, tiene sobre Andorra. El manifiesto iba firmado por el barón Boris de Skossirev —una especie de representante «diplomático» del duque— fechado en Francia e impreso en Torredembarra.

Ya antes de la publicación de ningún manifiesto, Boris realizó activas gestiones cerca de los dos príncipes de los Valles y de las autoridades populares andorranas. Sin que nadie supiera con qué designios, el barón de Skossirev ofreció su ayuda (o sea, la del duque de Guisa) a los andorranos para proclamar la independencia del territorio mediante la instauración de la monarquía. El barón puso en juego todas sus habilidades diplomáticas; después ofreció dinero; finalmente, recurrió a las amenazas. Ni el Consejo General, ni los veguers ni, naturalmente, los príncipes, quisieron escuchar las

proposiciones del barón. Es más, el señor obispo de La Seo publicó un artículo documentadísimo en el diario católico «El Correo», de Lérida, en el que expresa cómo de disparatadas son las pretensiones de Boris y del duque de Guisa. Boris tuvo que refugiar su derrota en la Seo de Urgel, donde fue atacado vivamente por la prensa.

El Consejo General no hizo ni caso a Skossyreff. Esta revista católica editada en Barcelona (o, al menos, el reportero que firma, Lluís Jorda) considera que Boris no actúa solo, que es el agente de una conspiración más amplia en la que participan la extrema derecha francesa y el duque de Guisa. Algo que resulta bastante dudoso, no he encontrado constancia de que el duque de Guisa le ofreciera ningún apoyo.

(...) Boris está afiliado a la Acción Francesa —organismo político condenado por la Iglesia— y tiene íntima amistad con el duque de Guisa, pretendiente al trono de Francia, el cual es la razón de existencia de AF.

Quién sabe qué pensamientos tienen hechos Boris y el duque sobre el futuro de Andorra; el caso es que el duque de Guisa, que se considera soberano de Andorra, otorgó facultades a Boris para erigirse en príncipe de los Valles como lugarteniente del «rey de Francia».

Hay que saber que la Acción Francesa está, puede decirse, movilizadísima y dispuesta a intervenir en caso de que la gendarmería o las tropas francesas intentaran invadir el territorio andorrano. Esto viene a complicar mucho las cosas, aunque dudamos de la eficacia de cualquier intervención de AF contra la gendarmería.

Al menos, todo ello significa que se pretende convertir Andorra en un cuartel general de los «camelots del rey» con el fin de desarrollar en Francia una gran campaña de propaganda y de acción monárquica a favor, naturalmente, del duque de Guisa.

Los «camelots del rey» eran la milicia juvenil de Acción Francesa. Por su implicación en hechos violentos fueron

disueltos en 1936.

(...) Solo hay que saber que el día para el que Boris había anunciado el «golpe de Estado» fueron a Andorra docenas de periodistas de toda Europa, reporteros gráficos e incluso operadores cinematográficos.

Boris desistió de dar su golpe. Ese día toda la prensa le citaba y hasta se ocupaba de ello la prensa de Perpiñán. *El Indépendant* hablaba de las medidas que habían adoptado los copríncipes... Boris, al anochecer de ese día, declaró que había desistido de «dar el golpe» debido a las previsiones adoptadas y que lo dejaba para otra vez. Mientras tanto, publicaba el primer número del «Boletín del Gobierno Provisional de Andorra», hoja impresa a dos caras, dedicado todo él a hablar de Boris, redactado por él mismo, y en el que no hace más que nombrarse como «Alteza», «príncipe» y otras cosas por el estilo; también se reproducen fragmentos de un discurso del Sr. Canturri con el que Boris afianza su posición.

Por otra parte, la policía del Estado español, alarmada por todo lo que denunciaban los periódicos sobre las confusas actividades del aventurero polaco, realizaba una investigación que acabó con la detención de Boris, el cual fue trasladado a Barcelona y quedó a disposición del Comisario del Estado español en Cataluña.

Enric Canturri Ramonet, miembro de Esquerra Republicana de Catalunya, era concejal y exalcalde de Seo de Urgel y diputado en el Parlamento de Cataluña. En una sesión parlamentaria celebrada el 5 de julio de 1934 y en un ardoroso discurso se había referido a la situación de Andorra, «un trozo de tierra catalana», indicando que, aunque Cataluña no podía intervenir oficialmente, tenía el deber de ofrecer su apoyo moral a los andorranos, hermanos de raza y de lengua; defendió que el copríncipado debía recaer en la República española y no en el obispo de Seo de Urgel y criticó la intervención militar francesa que había desembocado en una «era de terror», con expulsiones, deportaciones, secuestros de periódicos, detenciones arbitrarias y elecciones sin garantías.

La Revue Diplomatique et le Moniteur des Consulats, 30 de agosto de 1934 (traducido del francés)

Lo más divertido de esta increíble historia es que Boris estaba listo para cruzar la frontera con algunos automóviles para transportar a sus ministros y algunos amigos fieles (no deben ser muchos). Una vez en la capital, Boris I se proclamaría soberano. De todos modos, este intento fracasó gracias a las medidas adoptadas por Francia, que colocó un buen número de gendarmes en Prades listos para intervenir a la menor alarma. El Gobierno español, por su parte, hizo lo mismo, ya que es imposible confiar en la policía del país, un total de seis carabineros pagados por una empresa privada. Boris I tuvo que abandonar temporalmente su tentativa, pero continuó su propaganda mediante la publicación de un boletín oficial: *El Principado de Andorra*, escrito por él mismo en catalán para ser entendido mejor por sus futuros súbditos y también para halagar su orgullo nacional al hablar en su lengua materna.

Pero España estaba ansiosa por terminar con aquello y detuvo al barón aventurero, lo trasladó en tercera clase —lo cual lo asoló— a Madrid donde, durante algún tiempo, quedará bajo custodia.

Sic transit gloria mundi.

Esta aventura no pasaría de ser algo cómico si no fuera porque un diario español, *ABC*, ha escrito que este intento fallido, posiblemente, podría ocultar «intenciones bien definidas de Francia sobre Andorra». ¡Esto resulta todavía más ridículo que toda esta hilarante historia!

Según esto, en Francia estaban también preparados para detener al pretendiente si ponía los pies en Andorra. Probablemente por eso no se movió de Seo de Urgel. Nada de aceptación por parte de los franceses de la monarquía andorrana como dice la leyenda.

Según lo leía, más ridículo me sonaba todo. ¿No estaría perdiendo miserablemente el tiempo? Quizás la hipótesis de que la muerte de Ignacio

estuviera relacionada con los archivos contenidos en su ordenador no fuera acertada. O quizás los archivos que yo estaba examinando no eran los mismos que había en el ordenador. En fin, un lío. Tuve tentaciones de desistir, pero había prometido al sargento Roca comprobar el contenido de los archivos, así que sería mejor que lo hiciese de todos modos. Seguí leyendo el curso de la investigación de Ignacio.

NOTA 7. 8 de enero

Más hemeroteca.

***The Niagara Falls Gazette*, 24 de agosto de 1934 (traducido del inglés)**

(...) Viaja con pasaporte holandés, ha hecho dos giras mundiales con largas escalas en los Estados Unidos y piensa que el pueblo estadounidense es «el más hospitalario del mundo».

Emulando a Byron

«Yo iba para párroco, —dijo—, pero me encontré con que estaba hecho para el trabajo social. Mi vida ha transcurrido en muchos países y he tenido muchas extrañas aventuras. No quiero ser melodramático pero creo que voy a terminar como Lord Byron.

»Lo que Lord Byron hizo por Grecia es lo que estoy tratando de hacer por Andorra, y no he recibido ni espero obtener ni un centavo por ello».

Sus recuerdos de América son bastante agradables, dijo. Hizo dos visitas, una en 1912 y otra en 1919.

«Llegué a conocer todas las playas de California y Florida, y he pasado momentos muy agradables en Nueva York, Chicago, San Francisco y Miami, —dijo—. Los americanos son sin lugar a dudas la gente más hospitalaria del mundo».

Me dijo que tenía muchos amigos americanos, entre ellos nombró a Howard C. Marmon, de Pineola, Carolina del Norte, fabricante de automóviles, y a su hija, la señora Florence Marmon quien, dijo Boris, ha sido una ferviente defensora de sus pretensiones.

Unas declaraciones donde Skossyreff quiere congraciarse con los lectores norteamericanos, fechadas en Madrid y recogidas para Associated Press por H. Edward Knoblauch (quien pocos años más tarde publicaría un libro, *Corresponsal en España*, con sus experiencias durante la Guerra Civil, siendo uno de los contados periodistas extranjeros que tomó partido por el bando franquista). Llenas de fantasía, contradictorias con otras de sus afirmaciones en otras entrevistas y con alguna mentira nueva y muy poco elaborada. Marmon no era el apellido del padre de Florence (de soltera, Florence Moore Myres) sino su apellido de casada, que siguió utilizando tras divorciarse en 1910 del magnate de la industria del automóvil Howard C. Marmon. Tuvieron una única hija llamada Caroline. Marmon volvió a casarse en 1911 con Martha Martindale Foster, con la que no tuvo hijos. Gerhard Lang-Valchs, «Florence Marmon —la dona al costat de Borís Skossyreff—», *Papers de Recerca Històrica (Societat Andorrana de Ciències)* n° 6, 2009.

«Tragicomédia andorrana», por Francisco Fernandes Lopes, en *O Diabo (Semánario de crítica literária e artística)*, es un largo reportaje en varios capítulos (n° 55, 14 de julio, n° 56, 21 de julio, n° 62, 1 de septiembre, n° 63, 8 de septiembre, y n° 64, 15 de septiembre de 1935), continuado en «Ha seguit la Seca, la Meca y la Vall d'Andorra...» (*Ibidem* n° 65, 22 de septiembre de 1935). Contiene conversaciones de este médico y escritor portugués con Boris I en el Algarve, donde está intentando que las autoridades le permitan viajar a Marruecos, y de allí esperaba poder volver a Francia. Trata sobre todo de sus vicisitudes en Portugal, habla poco de Andorra, salvo que Skossyreff sigue titulándose como príncipe y no renuncia a sus supuestos derechos. Traducido del portugués:

Ingresado en Portugal el 20 de noviembre por la tarde ¿De dónde trajeron a Boris? De Madrid. Y allí ¿de dónde había sido llevado? De Barcelona. Y de Barcelona ¿de dónde vino?

De Seo de Urgel, donde se proclamó príncipe soberano de Andorra el 11 de julio de 1934.

Se encontraba, pues, hospedado en el Hotel Mundial de Seo de Urgel, reinando desde allí sobre Andorra —como desde allí el obispo ejerce su soberanía— y su reinado se prolongó solamente una semana, cuando el 20 de julio de 1934...

Sobre las filonazis ideas políticas de Skossyreff escribe lo siguiente:

En lo que se refiere al socialismo, Boris no es, por supuesto, socialista —ni de cátedra, ni de... fábrica. Lo que me dice es que está decididamente en contra de cualquiera de los tres únicos poderes que, en su opinión, rigen el mundo: el judaísmo, la masonería y los jesuitas, explicándome que no es antisemita por sentimiento racista, sino solo porque los judíos controlan las finanzas (por ejemplo, el «Banco de la Reserva Federal», que presta dinero para hacer guerras y revoluciones en todas partes, pertenece a los judíos Kuhn y Loeb). Es antimasón y antijesuita solo porque está en contra de cualquier forma de sociedad secreta, necesariamente hipócrita y pescadora en aguas turbias. Políticamente entiende indispensable la existencia de oposición, que se resume en la frase «laissez dire», tal y como entre nosotros pensaba (tenga en cuenta) el gran Rodrigo de Fonseca Magallanes... Socialmente está absolutamente en contra del capitalismo, explicándome que la totalidad del capital de un país debe ser invertida en ese país —«nacionalismo integral»— y que todo capital emigrante, por implicar desconfianza en la actividad económica nacional, debería ser despiadadamente confiscado, forma segura de forzarlo a ser nacional. Así que no se trata de hacer una guerra «dulce» a la plutocracia abstracta, sino una guerra abierta contra el capitalismo concreto, única forma de dar trabajo y medios de vida a toda la gente. Boris no es comunista. Le recuerdo la conocida frase del padre del positivismo: «El comunismo no se deja refutar más que por la solución de los problemas que plantea». Y Boris me contesta: «Sí, Augusto Comte tiene razón».

Después de su expulsión a Portugal, y después de pasar por Francia, Skossyreff regresó a España, en particular a Madrid, donde pese a querer aparentar lo contrario seguía intentando atraer la atención de la prensa.

La Libertad, 9 de julio de 1936

Boris I, conde de Orange, barón de Skossyreff, pretendiente al trono de Andorra, nos ha visitado de incógnito, de riguroso incógnito. Don Boris —como le llama democráticamente su acompañante— es alto, fuerte, elegante. Viste, con personalidad, por cierto, chaquet; usa botines —con el calor de estos días, ¡qué horror!— y, como complemento, a su «regia» indumentaria, monóculo, un monóculo que es todo un poema.

Su acompañante, un madrileño cien por cien, albañil para más concretar, nos presenta al «monarca». Hay un apretón de manos. Don Boris I, siempre mundano, al saludar junta los pies con uniformidad militar e inclina levemente el busto. De verdad, damos nuestra palabra, que Boris parece un «rey» del celuloide, de esos que quitan el sueño a las niñas bien después de una tarde «cinematográfica». Pero dejémonos de divagaciones; oigamos a D. Boris.

—Nací en Vilma (antes Rusia, ahora Polonia). Firmado el Tratado de Versalles, no pude demostrar el origen de mi nacionalidad. En el curso de la gran guerra los alemanes ocuparon mi ciudad natal y los archivos de los Registros civiles pasaron a San Petersburgo. Cuando me dirigí a las autoridades polacas solicitando pasaporte se negaron a dármelo alegando que no existían antecedentes de mi nacimiento. Tras no pocos trabajos, infinitas gestiones, en 1922, por decreto de la reina Guillermina, se me extendió un pasaporte holandés. Mis ascendientes pertenecen a la familia de los Orange, como la reina Guillermina. Este pasaporte, que está renovado en Dijon por el cónsul holandés, es el pasaporte con que vine a España. Y de aquí parten mis disgustos, mi falta de documentación.

Don Boris se queda muy serio, tose ligeramente y nos cuenta la serie de desdichas que ha tenido que sufrir por carecer de pasaporte, ya que el suyo, cuando en 1934 estuvo en España

con el propósito de proclamarse «rey» de Andorra, lo dejó en manos de la Policía. Pero esto merece capítulo aparte.

En el verano de 1934 llegó a España Boris I. Su llegada fue algo sensacional; fue, en una palabra, «la serpiente de mar» que necesitaban los diarios en plena canícula, con su falta de noticias sensacionales. Y Boris I corrió por todas las columnas, se hizo una «personalidad»; tanta «personalidad», que el Gobierno llegó a temer complicaciones de orden internacional. Y de ese temor surgió «la medida preventiva»: Boris I, conde de Orange, barón de Skossyreff, fue a dar con sus «regios» huesos en la Cárcel Modelo. Después, para la Prensa, desapareció D. Boris.

(...) Hablamos del trono de Andorra, del Consejo de los Valles. El acompañante de D. Boris me muestra documentos, una serie interminable de documentos. Historia de Andorra que empieza con el feudo perteneciente a la casa catalana de Cabat; que pasa más tarde, por herencia, a ser propiedad de la casa Castelbó, siendo dicha familia quien concede la administración de los Valles al obispo de la Seo de Urgel. Vienen después los condes de Foix y otros personajes y personajillos, hasta llegar a 1934, año en el que D. Boris I, mostrando la historia, su árbol genealógico, exige el trono de los Valles de Andorra para, según él, hacer la felicidad de sus súbditos.

España lo expulsa de su suelo para evitarse complicaciones diplomáticas. Portugal hace lo propio. Francia imita a España y a Portugal, y aquí tenemos a don Boris que, de cárcel en cárcel y de país en país, pasa una vida absurda, poco envidiable.

Ninguna referencia a que hubiese sido designado rey por el Consejo General. Esta parece ser una versión de elaboración posterior a 1936.

Esta irónica noticia de agencia se difundió en diversos periódicos norteamericanos, junto con una fotografía de Skossyreff acompañado de su esposa y tomada «en la clandestinidad».

Associated Press, 18 de julio de 1936 (traducido del inglés)

Por H. E. KNOBLAUGH

MADRID, 18 de julio (AP).— Se busca: un puesto de trabajo de rey. Solicitante: «Boris I, conde de Orange-Baux y barón de Skossyreff, primo consanguíneo del duque de Guisa y único pretendiente legítimo al trono de Andorra».

Cualificación: Buenas maneras y agradable apariencia; un ramillete de idiomas, incluyendo inglés, francés, alemán, italiano, portugués, español y catalán; habilidad para llevar monóculo incluso al dormir, y amplia información de primera mano sobre la mayoría de las cárceles de Europa.

Tipo de trabajo deseado: nada demasiado exigente en cuanto a dignidad y salario; basta asegurar una regular manutención.

Durante 13 años el automoldeado «rey» ha vagado por la faz de la tierra buscando apoyos para su pretensión sobre un inexistente trono de la república más pequeña del mundo.

No tiene ninguna nacionalidad ni pasaporte, ni fondos, ni crédito. Ningún país le da refugio. Ha hecho casi todos sus viajes bajo custodia de la policía que le acompañaba hasta la frontera más cercana.

(...) «Necesidad obliga», el «príncipe» reconoce resignado.

MADRID (AP). Boris leyó el artículo y nos escribió:

Al mundo en general:

He leído la presentación de mi caso del señor Knoblauch y tiene mi aprobación.

Todo tiene un límite y, aunque no renuncio a mis pretensiones sobre Andorra, la necesidad me obliga a ser práctico.

BORIS, P.

NOTA 8. 15 de enero

He encontrado otro debate lateral. Había todavía más pretendientes a la corona de Andorra. Lo reflejan varios periódicos por las mismas fechas en que Boris I se proclama como rey. Parece que Skossyreff no era el único con mucha

imaginación y poco sentido del ridículo. No he conseguido localizar a ningún príncipe de Urgel ni tampoco a ningún conde de Urgel posterior al siglo xv, cuando el condado se añadió a la Corona de Aragón y el título se extinguió, pero hay quien trataba de sacar provecho de esos tratamientos.

El Pensamiento Alavés, 21 de julio de 1934

LAS PRETENSIONES DE BORIS I DE ANDORRA

Madrid.— El señor Cuadra de Salcedo, secretario político del Príncipe de Urgel, habla de la situación andorrana, ante las pretensiones del titulado Boris I, entregando a la prensa la siguiente nota que hoy recogemos:

«En la Prensa de estos días ha aparecido la relación de un manifiesto que una persona titulada Boris I dirige a sus pretendidos súbditos de los valles de Andorra. Sobre esta comunicación le interesa hacer constar a la secretaría política del conde de Urgel —ya que el señor conde se halla ausente de España— varios extremos que pasamos a consignar:

- »Primero.— Hubiéramos tenido en cuenta la proclama del pretendido aspirante si la hubiese apoyado en algún título histórico de legitimidad sucesoria, que no aparece por ninguna parte.
- »Segundo.— Las noticias oficiosas de que Boris no está dentro de los llamamientos a la soberanía de Andorra son claras y terminantes. Además carece de ascendencia occidental, pues se trata de un eslavo de confesión anglicana, según datos comprobados por nuestro corresponsal de Londres.
- »Tercero.— La declaración de Guerra que hace contra Su Alteza el señor Obispo de Seo de Urgel —que luego la Prensa confirma que no se ha realizado— y la afirmación, por otra parte, que se constituya en defensor de la fe, tratándose de un heterodoxo, nos parece todo una tonalidad muy cómica.
- »Cuarto.— Alegando representar a un rey de Francia, como lugarteniente y refiriéndose al descendiente de Felipe Igualdad, justo es indicar que queda sin derecho a

esta ni a ninguna soberanía por los nefastos crímenes con que manchó la suya en la execrable convención francesa.

- »Quinto.— Esta secretaría, después de haber examinado los hechos históricos y políticos que han presidido el desarrollo de los acontecimientos en los valles de Andorra, protesta de los anteriores hechos y manifiesta y proclama que en el día pertenece la cosoberanía, por el Príncipe Prelado de Urgel, a quien represente los derechos de la casa feudataria de Foix, y en su defecto, a quien ostente la legitimidad de origen y de ejercicio en los primeros donatarios de Andorra, según la concesión producida por el conde de Urgel, Borrell I, poseedor del dominio.
- »Sexto.— Examinados los precedentes de esta cuestión en las Casas de Aragón, del Bearn y de Navarra, se observa que han recaído los derechos de la posesión temporal del alodio de Andorra en la línea de Aragón-Sicilia, que arranca de Camon de Gascuña en el Bearn.
- »Séptimo.— Esta declaración anterior se hace por esta secretaría política, sin perjuicio de los derechos del Príncipe Mitrado y reconociendo su potestad espiritual y temporal con el carácter de infeudación que tuvo siempre lo que pudiéramos llamar el brazo civil y militar.
- »Octavo.— Reconoce esta secretaría política la necesidad que tienen los valles de Andorra de desenvolver su vida con la cordialidad de relaciones precisas con las naciones vecinas y especialmente con la Santa Sede, por el carácter especial de nuestro Principado».

***La Libertad*, 21 de julio de 1934**
MONARQUISMO PINTORESCO

El aventurero ruso Boris I es detenido por la Policía. Un «rey de armas» español saca a relucir los derechos del conde Urgel sobre Andorra.

La noble y patriarcal República de Andorra, adorable país pirenaico de vertiente española, está siendo objeto hace algún

tiempo, desde que advino la República española singularmente, de las miradas y de las sonrisas de Europa.

De un lado, los llamados revolucionarios ensayaron un golpe de mano el pasado año. De otro, el obispo de la Seo de Urgel, desvinculado de los intereses legítimos de España que él debiera defender y ataca, llama en su socorro a la gendarmería francesa y empieza a declinar, merced a su política, la estrella española. Finalmente un aventurero, que fue comandante del Ejército del zar de Rusia, un llamado a sí mismo Boris I, lanza un manifiesto declarándose soberano de Andorra como descendiente de los duques de Guisa.

Y hoy surge el magnífico humorista bilbaíno D. Fernando de la Quadra Salcedo declarando en nombre de la secretaría política de los condes de Urgel, que a estos corresponde el feudo de Andorra. El Sr. Quadra tiene ya una espléndida tradición en este menester de resucitar monarcas absurdos. Los amigos del Sr. Quadra están seguros de que no se trata de un chiflado, sino de un chungón que se divierte con estas resurrecciones pintorescas. El mismo Sr. Quadra se declaró en cierta ocasión rey de Navarra. Hace unos cinco años encontró que el legítimo monarca de Albania era un buen señor que analizaba muestras de leche pacíficamente en un laboratorio de Santander: el barón de Beorlegui, hijo del conde de Vadillo, que se encontró de pronto abrumado por las visitas de unos imponentes albaneses llenos de cartucheras, envigotados y pavorosos. El espectáculo del pobre barón, gordo y «gourmet», escoltado por su guardia albanesa, fue durante algunas semanas la delicia de la hermosa ciudad del Norte. Cuando Fernando de la Quadra hablaba de la situación de Albania decía moviendo la cabeza:

—¡Este pobre Ahmed Zogú! ¡Este pobre Ahmed Zogú!...

Nadie ha podido aún desentrañar el sentido de estas palabras sibilinas. Solamente los íntimos del simpático bilbaíno aseguran que por las noches, al regresar a su casa, Fernando de la Quadra lanzaba imponentes carcajadas.

Ahora ha «inventado» este maravilloso lío de los condes de Urgel. Suponemos que el «rey de armas» ha encontrado un nuevo motivo de regocijo propio y de emoción para la

pazguatería monárquica, que todavía se conmueve con todos estos chismes de familia, de sucesiones y legitimidades, anacronismos que todavía tienen su lugar en ciertas mentes acartonadas.

Lo único cierto es que la rústica República de pastores sufre con todas estas simplezas. El Gobierno de Madrid ha resuelto por de pronto «irradiar» al comandante del zar y darle el trato de maleante que merece. Según nuestras noticias se han tomado otras resoluciones encaminadas a que la vida de aquellos valles se desenvuelva en paz, con absoluta independencia y con la preponderancia económica de España que siempre ha existido y que siempre desean los andorranos.

No creemos que a estos designios del Gobierno pueda oponerse, ni aun de una manera pasiva, el obispo de la Seo de Urgel. Personas capacitadas, inteligentes y cautas se acercarán a su reverendísima alteza para hacerle comprender que su soberanía, por encima de todas las sutilezas del Derecho internacional, no es otra cosa que la influencia de España. Cosa seria y definitiva con la que no vale jugar.

Heraldo de Madrid, 1 de agosto de 1934

Boris, barón de Skossyreff, se batirá en Portugal con don Fernando de la Quadra Salcedo, marqués de los Castillejos, para castigar la ofensa vertida por el ilustre prócer español contra los ascendientes del duque de Guisa.

Recibimos la siguiente carta, que incluye otra que luego publicamos dirigida al marqués de los Castillejos:

«Muy señor mío: Ignorando el domicilio de D. Fernando de la Quadra Salcedo, ruego a usted que haga público el contenido de la adjunta carta, en la que reto y pido una reparación por las armas a dicho señor por haber ofendido la memoria de un ilustre antecesor de mi augusto primo el señor duque de Guisa, pretendiente al trono de Francia. Aprovecho esta ocasión para testimoniarle mi reconocimiento por la veraz información publicada en HERALDO DE MADRID con motivo de mi viaje a Madrid y rogarle tenga a bien enviar a un

informador de ese simpático periódico a esta prisión, pues preciso hacer algunas revelaciones interesantes.

»Con este motivo, quedo, señor director, reconocido, atento, s. s. q. e. s. m., Boris. P.»

La carta al marqués de los Castillejos, que reproducimos, es esta, que en letras de molde dice así:

«Celda 359. Prisión de Madrid, 31 de julio de 1934.—

»Señor don Fernando de la Quadra Salcedo, Arrieta-Mascama, marqués de los Castillejos, Madrid.

»Muy señor mío: Luego que yo, demuestre ante el digno señor juez que no soy ningún vago ni maleante, y sí un hombre de honor, que tiene sus estudios, sus rentas propias y que vive de su trabajo con tanta dignidad como el que más, habré de demostrar a usted donde y cuando le acomode que un caballero no puede manchar la dignidad de los antepasados de otro caballero sin dejar de serlo.

»Mi especial situación luego que salga de esta cárcel me obliga a pedir a usted una cita a cualquier hora del día o de la noche y donde usted guste.—
Boris. P.»

(...) —Hablemos ahora de su reto. ¿Ignora usted que es peligroso entrevistarse en la forma que usted pretende con el señor marqués de los Castillejos? ¿Ignora usted que dicho caballero —según es fama— es capaz de atravesarle a usted de parte a parte? ¿No sabe usted que es un formidable tirador de espada?

—Eso ya lo veremos, señor mío —me contesta—; porque yo no soy manco, y creo que mi juventud me faculta a tirar mucho mejor que él.

—¿Y dónde será el lance?

—En Portugal, desde luego.

—¿El sitio?

—En cualquier playa —termina—. Yo le demostraré a ese señor que no se puede ofender ni agraviar la memoria de ningún antepasado de mi ilustre primo, el duque de Guisa —repite.

Aparte de esas tonterías de duelos a espada para lavar el supuesto honor ultrajado, aquí surge otra historia, la del rey de Albania... quizás para más adelante. Ahmed Zogú fue presidente de la república de Albania, establecida tras su independencia del Imperio otomano, y en 1928 fue proclamado como su primer rey. Por aquel entonces Fernando de la Quadra-Salcedo y Arrieta-Mascarua, marqués de Castillejos, historiador vizcaíno y miembro de la Real Academia de la Historia (que murió asesinado en Bilbao al comienzo de la Guerra Civil), defendió en la prensa los mejores derechos sobre esa corona de los descendientes de Luis de Evreux, hermano del rey Carlos II de Navarra y duque consorte de Durazzo, conquistador de Albania en el siglo XIV. Sobre esta historia hay una película de 1983 dirigida por Alfonso Ungría, *La conquista de Albania*, que en parte se rodó en Navarra. En la prensa de 1928 aparece mencionado, como el pretendiente propuesto por De la Quadra-Salcedo, Manuel González de Castejón, barón de Beorlegui, ingeniero jefe de la Sección Agronómica de Santander, que no tuvo más remedio que salir a desmentir los rumores de que pretendiera el trono de Albania tras ser víctima de muchos comentarios satíricos.

Lo que faltaba. Otra historia de pretensiones monárquicas, en este caso sobre la corona de Albania. Si no hubiera muerto, quizás Ignacio hubiera investigado también sobre este otro argumento de opereta. Alguna vez me comentó que los temas de sus investigaciones solían aparecer solos, que él no los buscaba. En el curso de cualquier trabajo de investigación surgían multitud de temas relacionados con el objeto principal que no había más remedio que dejar aparcados, tras una breve mención.

—Por fortuna, las revistas científicas fijan un número máximo de páginas para los trabajos que publican —observó en una ocasión—. Te obligan a poner límites y a centrarte en un tema, si no seguirías ampliando y ampliando el objeto del estudio según fueras encontrando más información. Pero siempre te quedan un montón de otros temas pendientes para futuros trabajos.

Supongo que a eso obedecían muchas de las carpetas que Ignacio tenía abiertas en la nube. Temas laterales, como escribía él, que iba dejando pendientes de investigación. Aunque a veces, me comentó, el tema lateral resulta tan interesante que te zambulles en él y aparcas el que hasta entonces era el principal.

De momento, no había ninguna carpeta para el rey de Albania. Quizás no le pareció suficientemente serio tratar sobre la tropa de pretendientes a diversas coronas reales que parece que han pululado por toda Europa en el siglo xx. Todavía quedan algunos de ellos, figuras habituales de las revistas del corazón. Aún aparecen por ahí condes italianos, princesas alemanas o archiduques austríacos como si los títulos de nobleza no hubiesen sido abolidos en esos países hace décadas junto con sus monarquías.

NOTA 9. 25 de enero

He conseguido, en el mercado de segunda mano de internet, otro libro que a veces se suele citar al respecto de la historia de Boris I: *Llibre d'Andorra. Historia. Paisatge*, de Lluís Capdevila, publicado en 1958 en catalán. No hay edición en castellano, sí una traducción de 1959 al francés con el título de *Nouvelle découverte de l'Andorre*. Contiene un breve capítulo dedicado a Skossyreff titulado «Sa Majestat (La novela d'un home que volia ésser rei)». El libro se califica como «guía espiritual» de Andorra; es un libro de viajes, no tiene pretensiones académicas y no lleva referencias ni bibliografía. Capdevila fue periodista, dramaturgo y novelista, no historiador, no trata de escribir con rigor histórico sino, como sugiere, apuntar la trama de una novela que «tiene la ingenua y amable cursilería de un vals de opereta».

Copia el manifiesto de 11 de julio de 1934, dice que fue impreso en Torredembarra, afirma que no hizo la menor gracia ni al Consejo General ni al obispo y concluye contando que «el rey que no llegó a reinar» fue expulsado ignominiosamente y despedido con un chaparrón de escarnios y risas. No da fechas ni más detalles concretos.

Una tesis doctoral presentada en la Universidad de Málaga, *Evolución política en Andorra (1931-1939)*, de Jean Louis Hague Roma, 1998. Accesible en internet.

Nada nuevo sobre Boris I. Le dedica poca atención y no indica otras referencias que las de la prensa de la época.

En 1934 Andorra estuvo marcada por la aparición de una serie de personajes singulares extranjeros que marcaron una cierta inercia a la política andorrana. En relación a aquellos, cabe destacar especialmente a Boris d'Skossirev, que se quiso adjudicar el trono de Andorra, pero la cuestión no tuvo ninguna relevancia que no fuera la propia esperpéntica figura de este rocambolesco candidato al trono del Principado.

Menciona otro pretendiente al trono, en este caso el supuesto checoslovaco:

En relación a otro personaje que aspiró al trono de Andorra, sabemos que residía en un hotel a pocos kilómetros de Encamp y que, con mucha frecuencia, pasaba largas temporadas en los valles.

Este señor solicitaba el trono de Andorra para Marius Wones, sobrino suyo millonario, que residía en Checoslovaquia. Interinamente, de aceptarse su petición, él se instituiría regente, se harían unas constituyentes, y seguidamente, se elegiría como primer soberano de Andorra, a Marius I por un periodo de cinco años, al término de los cuales se llevaría a cabo un referéndum sobre la conveniencia o no de continuar con dicha monarquía. La propuesta de Wones formalizada por escrito dirigido al Consejo de los Valles llevaba consigo una oferta económica de entrega en concepto de donativo de tres millones de pesetas. Además Wones asumía el compromiso del fomento de las obras públicas y la potenciación y desarrollo de la enseñanza primaria en todo el territorio.

Como vemos, Andorra tuvo ahora y había tenido en tiempos, varios pretendientes a su trono, además de varias nacionalidades, por supuesto sin llegar a términos concretos en ningún caso.

Añade en nota: «Con la información de que se disponía, las autoridades andorranas averiguaron que el extraño individuo era un acaudalado

propietario, no de Barcelona, sino de Checoslovaquia, llamado Charles Wonne».

NOTA 10. 5 de febrero

Alexander Kaffka, «El rei rus d'Andorra: fantasies I fets»,
Papers de

Recerca Històrica (Societat Andorrana de Ciències) nº 6, 2009. Un periodista ruso que ha investigado el asunto, parece que con pretensiones de seriedad. Trata de deslindar los hechos comprobados de las leyendas.

La proclamación de la monarquía por el Consejo General no está comprobada. En los libros de actas que se hallan en el Archivo Nacional de Andorra no hay ninguna referencia a las supuestas sesiones de 8 y 10 de julio de 1934. Dice Kaffka que el episodio de Skossyreff es ignorado por la historia de Andorra.

Afirma que Skossyreff fue detenido en Seo de Urgel por guardias civiles catalanes. Cita fuentes según las cuales habría sido detenido por la Guardia Civil en Andorra, pero señala que la detención en territorio extranjero hubiera sido ilegal.

¿De dónde sale el falso dato de las sesiones del Consejo General que aprobaron la monarquía de Boris I? Nada en la prensa de la época. Parece de elaboración posterior. Centrar el trabajo en cómo pudo surgir esa leyenda.

Una posibilidad. *ABC*, 24 de marzo de 1974. Este periódico no se había vuelto a ocupar de Skossyreff desde los años treinta, pero ahora retoma su historia: «El hombre que quiso ser rey», de Juan Balansó. Cuenta en tono de novela y con todo lujo de detalles la supuesta sesión del Consejo General un domingo de julio de 1934. Nada dice de la anterior expulsión de Skossyreff en mayo, ni de otra sesión en que se repitiera la votación.

(...) Tras largo y apasionado debate los reunidos acordaron dejar las manos libres al Síndico para que obrara a su guisa y, finalmente, una mayoría decidió que, por el bien general de la nación, podía aceptarse que Boris se coronara a sí mismo, sin ceremonia oficial alguna. No hubo, ciertamente, proclamación ni declaración de ningún tipo, pero Boris, al recibir la noticia en

el hotel, empezó a comportarse como un verdadero monarca: se rodeó de consejeros privados, mandó publicar un boletín y apresurose a redactar una Constitución en 17 artículos, de cuyo texto ordenó imprimir 10 000 ejemplares que fueron repartidos por el país y enviados a personalidades españolas y galas. Seguidamente, al percatarse de que su rango real no cuadraba con la ancestral denominación de los Valles, resolvió trocar su título de Rey por otro más adecuado. Eligió: «Princeps Soberanus et Supremus Andorrae», y, a modo de augusta coetilla, «Defensor de la Fe». Luego decidió tomarse unas vacaciones y partió, siempre acompañado por la otoñal divorciada norteamericana, hacia la playa tarraconense de Torredembarra.

Dice que la detención fue en Andorra y por la Guardia Civil enviada por el obispo de Seo de Urgel. No proporciona ninguna fuente o referencia. Hay datos claramente erróneos, como el viaje a Torredembarra, que fue anterior a la proclamación. Nada de la votación 23 a 1 de otros relatos, dice que no estaban todos los miembros, solo docena y media de los 24 que formaban el Consejo General. No pone fecha ni a la reunión del Consejo General ni a la detención. Únicamente a la proclama del 11 de julio que sitúa en Torredembarra y, por tanto, días después de la reunión del Consejo General según su versión.

Balansó no era historiador profesional sino periodista, aunque escribió muchos libros sobre historia de las monarquías. ¿De dónde toma su relato sobre la sesión del Consejo General? Poco creíble. Tiene un libro, *Las coronas huecas*, publicado en 2003, con un capítulo dedicado a Boris Skossyreff. Está en la Biblioteca de Navarra. Comprobar si ofrece más datos.

NOTA 11. 17 de febrero

Leído el libro de Balansó. Nada nuevo. Repite en buena medida, con pequeñas adiciones, lo que contaba en 1974 en *ABC*, sin referencias. Sugiere que Skossyreff acudió a la reunión del Consejo General y presentó allí su proyecto de

Constitución. Añade que la sesión del Consejo General fue el 8 de julio y que la detención por la Guardia Civil en Andorra se produjo el 14 de julio, fecha obviamente errónea a la vista de la prensa de la época, aunque es la misma que propone Morell. La primera edición de la novela de Morell, en catalán, es de 1984, la traducción castellana es de 2007; la primera edición del libro de Balansó es de 2003. ¿Copió Balansó en 2003 a Morell la fecha de la detención, que en 1974 ni mencionaba? Y a saber la razón por la que Morell registra como fecha de la detención el 14 de julio; ninguna otra fuente, nadie más salvo Balansó, lo hace.

La proclamación de la monarquía por el Consejo General parece un dato inventado. ¿Es Balansó el inventor de la sesión del Consejo General, en 1974, y luego se la copió Morell en su novela? ¿Quién inventó que hubiera dos sesiones distintas? ¿Pudo ser alguien que acumuló la fecha del 8 de julio que da Balansó con la del 10 de julio que da Morell, sin darse cuenta de que ambos estaban refiriéndose a una única sesión supuestamente celebrada el mismo domingo? La mayoría de quienes escriben señalan que la sesión se celebró en domingo, pero unos dicen que era 7 de julio, otros que 8 y algunos que 10 de julio. En realidad, el día que cayó en domingo fue el 8 de julio de 1934. Parece que casi nadie se preocupa de comprobar el dato.

Habría que confirmar en Andorra que esas supuestas sesiones no están en el libro de actas. Visita al Archivo Nacional de Andorra. ¿Cuando acabe el curso?

Con todo lo que llevaba leído me costaba razonar con seriedad. Me asaltaba la sospecha de que fuera el tal Balansó el que pudo matar a Ignacio para evitar que se supiera que se inventó casi toda la leyenda de la proclamación de Boris I como rey de Andorra. Aunque me sonaba ridículo estar pensándolo, me molesté en comprobar que Juan Balansó está muerto desde hace muchos años, encontré varias necrológicas suyas de 2003 en internet. Antoni Morell está vivo, aunque jubilado. No, no tenía sentido pensar en él como sospechoso, su novela es de ficción, no pretende hacer historia; le hubiera dado lo mismo, si se llega a enterar, que un historiador le llevara la contraria en datos concretos. ¿Alguien más podría sentirse amenazado por la

investigación de todas las mentiras propagadas en torno al rey de Andorra?
Suena ridículo solo pensarlo.

13

Decidí dejar de leer un rato y metí la cabeza bajo el chorro del agua fría del lavabo para extirpar tanto el calor como las ideas absurdas que me sugerían mis lecturas. Me estaba montando yo solo otro sainete. No podía ser que nada de aquello, la falsa historia del rey de Andorra, tuviera relación con la muerte de Ignacio. Tenía que haber algo más, algo distinto en el ordenador. Tenía que seguir buscando.

Eran poco más de las seis de la tarde. Salí a la calle para dar un paseo. Una vuelta breve antes de retomar la lectura. Simplemente rodear un par de manzanas para que me diera el aire. Aunque la tarde era calurosa y el aire no se movía nada. Mientras caminaba me sonó el móvil. Era Roca.

—*Bona tarda*. ¿Cómo va todo? —me preguntó.

Le conté que llevaba todo el domingo enfrascado en la lectura de los archivos de Ignacio, aunque con poco resultado práctico. Expresé mi escepticismo respecto a que la investigación sobre el rey de Andorra que le había llevado a Seo de Urgel, llena de pretendientes de opereta, tuviera nada que ver con su muerte.

—No parece una pista muy sólida, desde luego —dijo—. Quizás haya alguna cosa más que todavía no ha visto.

—Eso espero, todavía me quedan muchos archivos que abrir y leer.

—En todo caso, en cuanto nos los traiga haremos también un análisis exhaustivo. Le llamaba para decirle que la juez ya ha firmado la orden requiriendo la entrega de la copia de los archivos y se la ha enviado con firma electrónica al juzgado de guardia en Pamplona. Para no demorar el trámite, ya sabe lo lentos que son los juzgados haciendo notificaciones a ritmo normal, si la viuda pudiera pasarse por el juzgado cuanto antes...

—Está bien, la llamaré y la acompañaré al juzgado mañana por la mañana, o incluso esta misma tarde si está dispuesta.

—Se lo agradezco. En el juzgado ya están avisados de la urgencia y de que pueden presentarse en cualquier momento sin necesidad de llamarles.

—Mañana a estas horas estaré ahí con los archivos.

—Estupendo.

—¿Alguna novedad en la investigación?

—Nada de momento. Estamos haciendo todas las comprobaciones de rutina, pero todavía no aparece nada relevante.

Nos despedimos hasta el día siguiente. En cuanto colgó llamé a Maite. Estaba en casa y no había nada que le impidiera acercarse al juzgado esa misma tarde. Al contrario, parecía deseosa de tener algo que hacer. Quedé en recogerla a la puerta de su casa en un cuarto de hora. Subí a casa para ponerme una ropa más formal y coger las llaves del coche. A los quince minutos justos estaba esperándola ante su portal. Bajó enseguida. La vi con mejor aspecto que el día anterior, en el funeral. Un poco más animada.

—¿Qué te cuenta Roca? —me preguntó mientras nos dirigíamos al Palacio de Justicia.

—Nada de particular. No tienen pistas sobre lo que ocurrió. Esperan sacar algo en claro con la copia del contenido del ordenador.

—¿Y tú has encontrado algo?

—No, de momento nada —respondí. No quise darle de momento detalles sobre la grotesca historia del rey de Andorra.

En el juzgado nos hicieron esperar solo cinco minutos antes de entregarnos la notificación del auto de la juez de Seo de Urgel. Maite firmó lo que le pusieron delante y dejó en mis manos el documento sin molestarse en leer nada.

—Tú te ocupas, ¿verdad?

Asentí. Salimos del juzgado.

—¿Tomamos algo? —propuso Maite.

Aunque había pensado en regresar cuanto antes a casa para proseguir con la tarea de revisar los archivos, me alegró ver que estaba con ganas de hablar. No lo habíamos hecho apenas desde la vuelta de Seo de Urgel. Supongo que ambos lo necesitábamos. Nos acercamos a una terraza que quedaba a la sombra. El sol de la tarde calentaba demasiado y apetecía refugiarse al fresco.

Pedimos unas cervezas. Maite se acomodó en su silla, cerró los ojos y suspiró.

—Se está bien a la sombra.

—Sí.

—Gracias por estar aquí. No quiero estar sola, aunque tampoco rodeada de demasiada gente. Viene bien que te acompañen en momentos así, pero me empieza a agobiar tanta gente alrededor, estos días, preguntándome qué tal estoy, y tantas llamadas... He desconectado el móvil.

—Se preocupan por ti.

—Ya lo sé. Sobre todo mi familia. Hoy hemos comido todos juntos. Tratan de animarme. Se lo agradezco, pero a ratos me agobian un poco.

—No es fácil reaccionar en estos casos.

—Nada fácil. Para nadie.

Nos quedamos un rato en silencio.

—Me da miedo no poder superarlo —dijo de pronto.

—Lo superarás. Todo el mundo lo hace.

—Ya sé que todo el mundo lo hace. Pero me da igual lo que haga el resto del mundo. Tengo miedo.

—Es normal. Pero pasará.

—Me da miedo estar sola.

—No vas a estar sola.

—Sí, ya sé lo que me vas a decir. Mi familia, mis amigos, me tengo que apoyar en la gente que me quiere. Pero no es eso. Necesitaba a Ignacio. Sin él estoy sola. Era una relación diferente. La que daba sentido a las cosas que hago, la que me hacía sentir que la vida merece la pena.

No supe qué decir. Guardamos silencio de nuevo.

—No sé si podré acostumbrarme a estar sola.

—Aprenderás. Yo lo hice.

—Sí, pero yo no soy tú, y a ti tampoco te ha sido fácil. No me das ninguna envidia.

Maite es la única persona que sabe por qué estoy solo. La mayoría de mis amigos, o mi familia, suponen que nunca he podido superar el divorcio, e incluso que quizás sigo guardando fidelidad a Arantzazu. Algo absurdo, es agua muy pasada; ella hasta se empeñó en tramitar la nulidad canónica para volver a casarse por la Iglesia. En realidad no me resultó tan traumático. Después de unos meses de atormentarme y de estar deprimido llegué a la conclusión de que debía hacer borrón y cuenta nueva. Que Arantzazu había tenido razón al tomar la decisión de cortar nuestra relación cuando lo hizo. No hubiera funcionado. Había empezado a no funcionar, aunque yo quisiera creer que tenía arreglo. Creo que nos precipitamos al casarnos. No te cases estando enamorado, recomiendan. Cometimos ese error. Cuando la pasión y la magia de los primeros tiempos desaparecen, a veces no hay suficientes elementos en común como para mantener un matrimonio. Arantzazu y yo, en realidad, éramos demasiado diferentes. Ella lo vio antes. Tuvo el valor de separarse de mí aunque acabábamos de tener un hijo. Si hubiera cedido a la tentación de

seguir juntos solo porque teníamos un hijo, probablemente hubiéramos arruinado nuestras vidas. Las de los tres.

Después del divorcio intenté iniciar otra relación. Un clavo saca otro clavo. Lo de Arantzazu había sido una mala elección, pensé, pero suponía que podría encontrar otra mujer con la que sí tuviera futuro. Hice todo lo que hacen los divorciados. Salí mucho de bares con mis amigos solteros o separados a consumir ingentes cantidades de alcohol suponiendo que así sería más fácil ligar. Era más fácil entablar relaciones superficiales y pasajeras, eso sí. Lo de encontrar la media naranja no era tan fácil como cuando tenía unos años menos y era menos desconfiado. Di marcha atrás en un par de posibles relaciones incluso antes de que se iniciaran realmente, no me convencían. Las segundas o terceras citas suelen ser demoledoras. Así hasta que conocí a María. Después de Arantzazu, es la única mujer con la que me he planteado una relación de verdad, una relación para siempre. La única a la que también le he dicho que la quería. Lo que sucede es que nunca llegamos a tener esa relación. No sé en realidad qué clase de relación tuvimos, ni si era una relación. Ni de novios, ni de amantes, ni de amigos, aunque algo, un poco, más bien poco, de todo eso. Yo le propuse varias veces una relación formal. Ella no dijo ni que sí que no. Ya veremos, ya hablaremos, decía siempre. Nuestra indescriptible relación era intermitente. Quedábamos muy de vez en cuando, cuando ella decidía que tenía un hueco para mí en su agenda después de que le llamara yo, ella casi nunca me llamaba. Nos despedíamos sin concretar cuándo nos veríamos de nuevo. Ya nos veremos, se despedía ella siempre. Ella decidía el plan que le apetecía cada vez: cine, cena, sexo, bares, paseo, excursión. Se mostraba encantada de estar conmigo cuando estábamos juntos, pero no parecía necesitar estar conmigo a menudo. No tardé mucho en saber que tenía una relación igualmente intermitente, y supongo que igual de indefinible, con otro. Le pregunté por él. Es un amigo, se limitó a decir. ¿Qué tipo de amigo?, cometí el error de preguntar. Un amigo como tú, dijo. ¿Solo somos amigos?, le pregunté. No me contestó. Hubo una temporada en que apareció un tercer amigo con el que sospeché que mantenía una relación similar, aunque opté por no preguntar. Para qué. Decidí varias veces romper aquella relación que me quemaba, no volver a llamarla nunca, o cantarle las cuarenta. La decisión la tomaba cuando no estaba con ella. Luego, cuando quedábamos, yo renunciaba a mi propósito y me guardaba el discurso que había preparado para otra ocasión. Cuando estaba con ella me sentía transportado a otro mundo y lo único que deseaba era seguir con ella indefinidamente. Incluso tenía la sensación de que ella también me quería, y

aunque sabía que era una falsa sensación no quería privarme de ella. Era mi droga. No podía renunciar a verla, aunque me doliera su egoísmo al no querer afrontar nunca seriamente mis proposiciones. La quería demasiado pese a todo, pese a lo desgraciado que me hacía sentir cuando no estaba con ella, que era casi todo el tiempo. Hubiese seguido atrapado en esa situación si ella no me hubiese hecho el favor de cortar por lo sano. Decidió casarse con mi rival. O con uno de mis rivales, no sé, en todo caso con alguien que no era yo. No se molestó en contármelo, me enteré por terceros y supuse que esperaba a mi próxima llamada para decírmelo. Así que no hice nunca la llamada. La siguiente vez que nos vimos, muchos meses más tarde y por casualidad, me saludó como si nada. Ninguno de los dos mencionó el tema de su inminente boda, a la que tuvo el detalle de no invitarme. Hablamos de banalidades y se despidió de mí como siempre. Ya nos veremos. Me dejó, como cantaba Joaquín Sabina, con el corazón en los huesos. Después de María no he tenido el menor deseo de iniciar otra relación con nadie. Al contrario, he salido huyendo con la mayor dignidad posible en cuanto he sentido que alguna mujer se estaba acercando demasiado.

Maite ha intentado buscarme novia varias veces. No me lo ha confesado ni yo se lo he echado en cara, pero ha sido evidente. Organizó demasiadas cenas donde todo eran matrimonios o parejas menos yo y una amiga o conocida suya, cada vez una distinta, que siempre tenían en común que eran solteras, o divorciadas, o viudas. Alguna de ellas me cayó bien, incluso me pareció atractiva y pensé que en otros tiempos hubiera entrado al trapo. Pero ahora no me apetecía nada. Así que me mostraba amable pero evitaba cualquier acercamiento. A partir de una larga conversación con Maite, en la que le expliqué lo mejor que pude mi situación de apatía sentimental y deseo de estar en paz y soledad, dejó de organizar más de esas cenas.

Me siento mejor solo. Por lo menos, me siento más seguro solo. No sé si para siempre, pero desde luego por ahora. Aunque ese por ahora dura ya varios años en que he ido limitando mis relaciones sociales, a veces los hombres me fatigan tanto como las mujeres, y me he refugiado en el trabajo o en cosas que puedo hacer prescindiendo de la compañía de otras personas. No pienso que me halle en una situación ideal, pero tampoco quiero que cambie por ahora. Supongo que me da mucha pereza que las cosas cambien o, quizás, me dé miedo que si las cosas cambian vaya a ser a peor.

A veces me pregunto si es que todavía estoy enamorado de María, aunque en realidad no quiero volver a verla nunca más y las pocas veces que me he encontrado con ella, por casualidad, me he sentido más bien molesto por tener

que recordar que existe y por tener que mantener una charla cortés e insustancial con ella. Pero tampoco es incompatible, pienso, querer olvidarla y todavía sentir algo por ella. No pasa nada pero hay algo, me dijo una vez una amiga para describir una situación, en una de esas expresiones que a los hombres nos parecen contradictorias pero a las que las mujeres les encuentran sentido. Pero puede que ya no sienta nada por ella, si la recuerdo a veces puede ser solo porque me gustaría volver a sentir lo mismo pero por otra. No sé, tampoco quiero nada con otra, aunque quizás me gustaría querer algo con otra. Otra que no fuera como María, que fuera más como Maite, aunque tampoco puede ser Maite que solo es mi amiga. Un lío, mejor no pensar en ello.

—No pienses en el futuro —dije a Maite—. Por malo que sea el presente, es más soportable vivir cada día.

—Ojalá pueda hacerlo, aunque sea solo por Pedro, ni siquiera por mí —respondió—. Pero de momento cada día me resulta muy deprimente.

Estuvimos otro largo período de tiempo sin hablar. No me parecía procedente decirle ninguna de las cosas que se me pasaban por la cabeza. Que quizás encontrara otra pareja que sustituyera a Ignacio, demasiado pronto para que ni se lo planteara. O que haría como yo y se acostumbraría a funcionar sin pareja, aunque ahora no le pareciera posible ni deseable. Tendría que pasar un tiempo, tendría que completar el duelo antes de poder pensar en esas cosas. De momento lo único saludable que podía hacer es aceptar el dolor, pero tampoco me apetecía decírselo así de crudamente. Por fin ella rompió el silencio.

—¿Nos vamos?

Había empezado a refrescar un poco y la tarde estaba más agradable. Caminamos hasta mi coche y la dejé de nuevo en su portal, nos despedimos hasta el día siguiente en la notaría. Regresé a mi casa, menos impaciente que antes por seguir con la lectura de los archivos de la nube, pero resignado a acabar con el trabajo. Arranqué de nuevo el ordenador y me puse a ello.

NOTA 12. 14 de marzo

Hoy me ha llegado por correo desde Francia una revista que localicé y compré por internet. Parece que la principal inspiración de Balansó (hay frases enteras que están copiadas o, mejor dicho, literalmente traducidas del francés) es un artículo de Roger Régis, «Royaumes éphémères: Boris, Roi des Montagnes», *Historia* nº 176, julio de 1961. Esta revista,

fundada en 1909 y que presume de ser la revista de historia más antigua y más leída del mundo, está dirigida más al gran público que a historiadores profesionales. No contiene referencias ni bibliografía. Origen dudoso de toda la historia.



Boris Skossyreff en el Hotel Mundial de La Seu d'Urgell en julio de 1934, poco antes de su detención.

Sitúa los hechos en julio de 1934, pero no da fechas concretas. La sesión del Consejo General donde Boris es designado rey se celebra en domingo, sin más precisión. No asistieron todos sus miembros, sino algo más de una docena («une bonne douzaine»). Cuenta que el representante de Encamp lanzó una soflama a favor de mantener la situación y no ofrecer la corona a un ambicioso y vulgar aventurero, pero que no convenció a la mayoría que decidió aceptar a Boris I.

En esas fechas sitúa a Skossyreff en Andorra la Vella, hospedado en lo que llama «Hôtel Valéria» en una ocasión y «auberge Valira» en otra, vecino de la Casa de la Vall donde se reunía el Consejo General. En realidad, el auténtico hotel Valira está en la colindante localidad de Les Escaldes, a un kilómetro y medio de distancia. En ese hotel es donde, sin precisar el día, sitúa la detención de Boris I, cuando se disponía a comer, por *quatre gendarmes espagnols, commandés par un officier* enviados por el Gobierno español a solicitud del obispo de Seo

de Urgel, el cual había sido alertado de lo que sucedía por el representante de Encamp (parece suponer que el obispo no leía la prensa). Dice que su reinado había durado exactamente nueve días; probablemente esta cuenta sale empezando con la autoproclamación del 11 de julio (miércoles, tres días después de la supuesta elección por el Consejo General), declaración de guerra incluida, y finalizando en la detención del 20 de julio.

Régis ofrece un retrato muy amable de Skossyreff, aunque plagado de inexactitudes y omisiones. Agente del *Foreign Office* después de la I Guerra Mundial (nada dice de su detención en el Reino Unido en 1919 por utilizar cheques sin fondos o de su expulsión), ennoblecido con el título de barón por la reina Guillermina de Holanda, casado con una joven francesa de excelente familia (en realidad, Marie Louise era más de diez años mayor que él y había cumplido ya los 45), expulsado injustamente de Francia, llega a Andorra buscando un lugar donde no le exijan una documentación de la que, como apátrida, carece. Nada se dice de su estancia en Mallorca, de su expulsión de España, ni de sus sucesivas amantes. Le atribuye ser el padre de la idea de convertir a Andorra en un paraíso fiscal donde sus vecinos no tendrían que pagar impuestos y se enriquecerían con las inversiones extranjeras y el turismo evitando una industrialización que destruyera sus idílicos paisajes, idea que el síndico general aceptó con entusiasmo. Su historia concluye en 1938 cuando, tras deambular por Portugal, Francia y España, es autorizado a residir legalmente en Francia. Nada sobre épocas posteriores ni sobre su colaboración con el nazismo.

Apenas hay datos sobre este autor que también firmaba a veces como Roger Régis-Lamotte (su verdadero nombre era Georges Joseph Roger Lamotte). En la web de la Biblioteca Nacional de Francia —por lo general muy completa y precisa— constan varios libros suyos publicados entre 1904 y 1958, pero los únicos datos personales que ofrece es que se trata de un escritor francés y como fechas de nacimiento y fallecimiento «18.. y 19..». En *Romans à lire et romans à proscrire* de L'abbé Bethléem, una clasificación de novelas desde el punto de vista moral que tuvo varias ediciones en las primeras

décadas del siglo xx, se afirma que Régis (aparte de ser un autor totalmente malsano) nació en 1883 en Mantes, antiguo departamento de Seine-et-Oise (actualmente Mantes-la-Jolie, en el departamento de Yvelines). En 1927 fue condecorado con la Legión de Honor en reconocimiento de sus 21 años de distinguida colaboración con la prensa y sus 4 años de servicios militares, probablemente durante la I Guerra Mundial (*Journal officiel de la République française*, 19 de agosto de 1927). Al parecer fue más periodista, novelista especializado en novela histórica y folletones y divulgador de la historia que propiamente historiador. Puede que su artículo publicado en 1961 sea anterior, incluso que sea póstumo. Imposible saber de dónde ha obtenido sus datos, pero no es descabellado suponer que Régis conociera personalmente a Skossyreff, ya que este vivió algunos años en Francia y su esposa era francesa, y tomara nota de su versión de los hechos. El encuentro pudo ser en el año 1938, cuando finaliza la crónica y Skossyreff reside en Francia, o poco después. Régis, al describir su aspecto, le adjudica un bigote que no aparece en las fotografías más conocidas de Skossyreff en su época andorrana, pero que sí lleva en las posteriores a su expulsión desde España a Portugal y que no llevaba ya cuando le fotografían hacia 1944 con uniforme de oficial de la Wehrmacht ni en sus últimos años en Boppard. Es posible que el edulcorado relato que recoge Régis sin mencionar la fuente responda a las fantasías del propio Skossyreff que, con los años, iría adornando con datos inventados su historia, y a los que Régis probablemente añadiría también alguna cosa. Parece probable que fuera el mismo Skossyreff el autor de la leyenda de que fue elegido rey de Andorra por el Consejo General de los Valles, leyenda difundida gracias a Régis, Balansó y Morell. Ya lo dijo Voltaire, «et voilà justement comme on écrit l’histoire», así se escribe la historia.

Balansó copia abundantemente de Régis pero añade de su cosecha algunos otros datos, como las fechas de la supuesta sesión del Consejo General (quizás comprobó en el calendario de julio de 1934 qué días cayeron en domingo y dedujo la más probable) y de la detención (quizás copiando a Morell), y

decidió traducir «gendarmes españoles» por guardias civiles (pudo haber traducido gendarmes —«gens d’armes»— igualmente por carabineros o por agentes del Cuerpo de Seguridad, cuerpos militares de la época también similares y que vestían uniformes parecidos). Imposible saber con certeza de dónde obtiene los datos o si se los inventa. Pero así va engordando la bola de nieve que acabará constituyendo la leyenda que se repite una y otra vez sin comprobar su origen.

Más de una vez Ignacio me puso en guardia contra las falsificaciones históricas.

—Está de moda decir que vivimos en la era de la posverdad, que es otra manera de decir que nos tragamos muchas mentiras porque la verdad no es importante, solo importa el partido que se pueda sacar de lo que crea la gente. Pero eso ha pasado siempre. La mentira ha sido siempre una mercancía mucho más valorada que la verdad. Multitud de historiadores, incluso algunos muy conocidos y reputados, se inventan buena parte de las historias que cuentan —me explicó en una ocasión—. Más de los que parece. Ha habido y hay historiadores a sueldo e historiadores al servicio de una causa política que retuercen los hechos hasta que coinciden con la tesis que quieren defender. Alguien dijo que la primera víctima de la guerra es la verdad, así que imagínate dónde queda la verdad cuando la historia se utiliza como arma, como instrumento bélico. Por eso siempre hay que comprobarlo todo, buscar una segunda o una tercera fuente que confirme el dato, sin fiarse de la autoridad de nadie, aunque presuma de ser miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

—O sea, que sucede como cuando todos los testigos de un crimen son sospechosos y de entrada no puedes creer a ninguno —bromeé yo, pero Ignacio tomó el comentario completamente en serio.

—Exactamente. Como en *Asesinato en el Orient Express*. A veces todos mienten y todos ocultan pruebas.

Parece que descubrir falsedades era uno de los temas que le apasionaban. Me habló de algunas de las falsificaciones históricas más conocidas y sobre las que estaba muy documentado.

—Seguro que, como todo el mundo, has visto esas películas donde los escoceses de hace siglos, Braveheart o Rob Roy, van vestidos con faldas de cuadros.

—Claro.

—La falda escocesa, el *kilt*, no se inventó hasta el siglo XVIII y, además, lo hizo un inglés.

—¿Sí?

—Sí, un tal Thomas Rawlinson, empresario metalúrgico inglés establecido en las Highlands, lo inventó para sus trabajadores porque anteriormente vestían un manto largo, más propio de pastores, muy poco práctico para cortar árboles y hacer leña para sus hornos o para trabajar en las fábricas. Luego el *kilt* se fue popularizando y empezó a ser identificado como vestido típico escocés, sobre todo cuando el ejército británico, a mediados del siglo XVIII, sofocadas las rebeliones jacobitas y consolidada la unión de Inglaterra y Escocia, formó regimientos de *highlanders* y les uniformó con él. En 1822 por primera vez un rey del Reino Unido, Jorge IV, visitó oficialmente Edimburgo y el escritor Walter Scott y otros promotores de la recuperación de las tradiciones escocesas animaron a los jefes de los clanes a acudir ataviados con *kilt*. Cada clan apareció con un tartán propio, con un tejido a cuadros de distinto diseño, y se creó la leyenda de que era el que desde tiempo inmemorial les había identificado. Ahí intervinieron los hermanos John y Charles Allen, que se cambiaron el apellido hasta tres veces para que sonara más escocés, sucesivamente fueron Allan, Hay y Stuart. Habían nacido en Gales pero se reclamaban descendientes de príncipes escoceses y estaban empeñados en la protección de las tradiciones escocesas. En realidad, en inventarlas y en falsificar antiguos poemas gaélicos. En 1829 dieron noticia del hallazgo de lo que hicieron pasar por un antiguo manuscrito del siglo XV, aunque lo habían escrito ellos mismos, titulado *Vestiarum Scoticum*, vestuario escocés, y que contenía el catálogo completo de los tartanes de los clanes. Su autenticidad fue puesta en duda por los expertos, pero su publicación con ilustraciones a color consagró la leyenda del tartán típico de los clanes escoceses que fue acogida muy favorablemente e impulsada por la industria textil británica. Y hasta hoy.

—Algo había oído decir...

—Sí, se sabe perfectamente desde hace muchos años que todo responde a una falsificación, pero da igual, la leyenda es muy bonita y ha triunfado. Los escoceses llevan ya casi dos siglos con sus faldas de tartán tradicional y no van a renunciar a ellas. Las tradiciones inventadas son igual de potentes que las tradiciones de verdad, suponiendo que se puedan distinguir unas de otras. Así que las películas de escoceses en la Edad Media se llenan de faldas a cuadros, que queda mucho más auténtico, como los cuernos en los cascos vikingos, un invento de Hollywood.

—Claro, en esos casos la verdad es lo de menos.

—Otra falsificación histórica conocida, no te aburriré más —siguió Ignacio—, fue la de un francés del siglo XIX, Denis Vrain-Lucas. Copista de manuscritos, trabajaba en una oficina de estudios genealógicos que facilitaba dudosos títulos de nobleza para burgueses ambiciosos, y comprobó que era más rentable fabricar documentos falsos que limitarse a copiar los auténticos. Le vendió a un ilustre pero crédulo miembro de la Academia de Ciencias francesa, el matemático Michel Chasles, una completa colección de cartas supuestamente escritas por el filósofo y físico francés Blas Pascal y dirigidas al químico irlandés Robert Boyle que demostraban que Pascal había descubierto las leyes de la gravedad años antes que Newton. La idea encantó a los franceses, pero al final se descubrió el engaño y Vrain-Lucas fue juzgado y condenado. No solo por esas cartas, sino también por vender varios miles de otros documentos históricos falsos, desde cartas de Alejandro Magno a Aristóteles, de Cleopatra a Julio César, hasta una carta de Judas Iscariote a María Magdalena confesando su traición, pasando por cartas de Mahoma, Sócrates o Carlomagno. Lo más tronchante es que todos esos documentos supuestamente históricos estaban en francés, y no sobre pergaminos o papiros sino en papel, que no se empezó a utilizar en Europa hasta el siglo XIV. El científico estafado alegó en su favor que el falsificador le había asegurado que eran traducciones de los originales que había hecho en el siglo XVI el famoso escritor François Rabelais. Pero a saber la de falsificaciones parecidas que andan por ahí pasando por documentos auténticos.

—Seguro que unas cuantas.

—Bueno, y ahora sí, te cuento la última. Esta un poco más cercana a nosotros, la tiene estudiada Caro Baroja porque contribuye a la leyenda de Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, el supuesto patriarca que repobló la península ibérica después del Diluvio y que fundó, entre otras ciudades, Tudela, Tafalla, Úbeda y Vélez-Málaga. A esta falsificación se le suele llamar el falso Beroso. Beroso era un sacerdote del Imperio seléucida, que tenía su capital en Seleucia del Tigris, cerca de Bagdad, en el actual Iraq, allá por el siglo tercero antes de Cristo. A este hombre se le atribuye una supuesta historia de Babilonia, conservada en griego, que en realidad fue falsificada por Annio de Viterbo, un dominico italiano al servicio de Alejandro VI, uno de los papas de la familia Borja o Borgia, padre de los famosos César y Lucrecia Borgia. En el siglo XV el tal Viterbo fingió haber descubierto, además de otros libros perdidos, el de Beroso. Entre otras muchas cosas, contiene una ficticia lista de reyes de España en la antigüedad que se remonta

hasta Túbal. Aprovechó algunas menciones legendarias sobre Túbal que ya estaban en san Isidoro de Sevilla o en el arzobispo Ximénez de Rada, y que sancionaban un error inducido por Flavio Josefo al confundir la Iberia caucásica, la actual Georgia, con la Iberia del otro extremo del Mediterráneo, la actual España.

Ignacio se animaba y tomaba carrerilla en su discurso.

—El caso es que bastantes historiadores españoles de los siglos siguientes se tomaron en serio el supuesto libro de Beroso. Esteban de Garibay, un historiador guipuzcoano del siglo XVI, es el que deduce que Túbal trajo el euskera a la península ibérica y de ahí vienen otras leyendas como la de que el euskera era la lengua del Paraíso Terrenal, o una de las de la Torre de Babel, o de que la antigua lengua ibera no era sino la lengua vasca que solo se ha conservado en un rincón de la Península. Todavía hay gente que se las cree.

—Por eso el restaurante más famoso de Tafalla se llama Túbal.

—Exactamente. Por cierto, se come muy bien, tuvo una estrella de la guía Michelin.

—Lo sé, he estado comiendo allí.

—También tienen en Tafalla una calle dedicada a Túbal —dijo Ignacio—. De todos modos, la leyenda de Túbal siempre tuvo sus detractores. En 1669 el virrey y el Consejo Real de Navarra ordenaron la aprehensión y quema en la plaza pública del mercado de Pamplona de un libro del sacerdote José Conchillos, vicario general del deanato de Tudela. Había escrito una obra titulada *Propugnáculo Histórico y Jurídico. Muro literario y tutelar. Tudela ilustrada y defendida*, en la que mantenía que Túbal había fundado la ciudad. Recibió respuesta por parte de José Moret, rector del colegio de los jesuitas en Pamplona y cronista oficial del Reino, que siempre fue contrario a las tesis tubalistas, en un opúsculo satírico titulado *El Bodoque contra el Propugnáculo histórico y jurídico del licenciado Conchillos*, firmado por Fabio, Sylvio y Marcelo, fingiendo un diálogo entre estos tres ficticios personajes. Conchillos replicó en *Desagravios del Propugnáculo de Tudela contra el Trifauque Cerbero, autor del Bodoque*, bajo el seudónimo de Jorge Alceo de Torres. Moret se sintió injuriado, movió sus influencias y la Diputación del Reino solicitó del virrey la prohibición de los *Desagravios*. Lógicamente, Conchillos salió perdiendo. Otra cosa divertida de estos debates bajo seudónimo es que ambos colocaban pies de imprenta falsos, parece que era algo habitual en la época para burlar a los censores y la exigencia de licencia para imprimir. Conchillos fingía publicar en Amberes, aunque lo

hacía en Zaragoza, y Moret hacía figurar un ficticio impresor de Colonia, no se sabe dónde imprimía en realidad, probablemente en Burdeos o Bayona.

A Ignacio le encantaba disertar sobre historia cuando tenía un público apropiado. Maite a veces le llamaba la atención, no seas Pitagorín, le decía, temiendo que llegara a ser demasiado pedante o pelma. Ella es menos intelectual y más práctica, es diplomada en Empresariales y lo que le gusta es que las cosas sumen dos y dos y que el balance cuadre. A mí me gustaba escuchar a Ignacio, que solía contar cosas bastantes curiosas y, en contra de lo que se temía Maite, en función del público que tuviera se solía dar cuenta de cuándo convenía cortar o abreviar para no aburrir. Imagino que Ignacio debía de estar disfrutando muchísimo con la posibilidad de desmontar la falsa historia del rey de Andorra. Lástima que no lo podrá hacer ya. Seguí con la lectura de sus notas.

NOTA 13. 28 de marzo

Casualidad. Anoche daban un programa en la televisión, en La Sexta, titulado *Banca de Andorra: La tentación vive arriba*, sobre la banca andorrana que está bajo sospecha de servir para ocultar y blanquear dinero de dudosa procedencia, en particular el de la familia del expresidente catalán Jordi Pujol. El presentador hablaba de ese «extraño principado» que en el siglo xx tuvo un rey ruso llamado Boris I de Andorra. Decía que un ruso consiguió ser rey durante casi dos semanas en 1934 prometiendo convertir el Principado en un paraíso fiscal como Mónaco o Luxemburgo. Contaban que la monarquía duró poco porque «por primera y única vez en toda su historia Andorra sufrió una invasión militar» ya que cuatro guardias civiles y un sargento violaron la inmunidad diplomática del país y encarcelaron a Boris I. Está claro que los investigadores de la cadena han investigado poco en la historia de Andorra, no más allá de la Wikipedia, cuyos errores copian literalmente. Entre ellos, no saber en qué consiste la inmunidad diplomática, que tiene poco que ver con invadir un país.

Ignacio tenía una pésima opinión sobre los periodistas y los medios de comunicación en general y, especialmente, sobre la televisión. Qué gran invento y qué mal aprovechado, solía decir. La veía poco, «los canales de la II Guerra Mundial», explicaba con ironía para referirse a los canales

temáticos que dan documentales sobre historia y en los que esa época tiene una presencia desproporcionada. «No sé si los americanos enviaron más soldados a filmar las batallas que a ganarlas», dijo alguna vez en broma. Pero su principal crítica contra la prensa era su falta de rigor, que denunciaba principalmente en todo lo que tuviera que ver con la historia, materia que según él resultaba especialmente maltratada.

—Les importa un bledo averiguar la verdad —se lamentaba Ignacio—. Les basta con obtener un titular llamativo, aunque sea falso, y llenar el espacio que les han dado. La primera fuente que encuentran les resulta suficiente. Contrastar lleva mucho tiempo. Así que copian la primera tontería que encuentran. Y con frecuencia, además, copian mal.

Ignacio guardaba sus dardos más afilados, en concreto, para una periodista local que lo entrevistó cuando publicó su libro, el que recogía su tesis doctoral.

—Es que no dio ni una —contaba. El duque de Ahumada pasaba a ser conde. Isabel II se convertía en uno de los párrafos en Isabel II la Católica. Los cristinos de la Primera Guerra Carlista se mencionaban como cristianos. La Guardia Civil en Navarra se sublevaba a favor de la II República. Y así una buena cantidad de errores de bulto que traslucían que la reportera no había dedicado mucho tiempo ni mucha atención a redactar, con poco entusiasmo, el artículo.

Me lo imagino sin ningún esfuerzo indignándose ante el programa de televisión que daba pábulo a la leyenda de la invasión de Andorra por fuerzas de la Guardia Civil. Aunque Ignacio era muy comedido cuando se indignaba; sin levantar apenas la voz fulminaba con algún comentario sarcástico al causante de su enfado. En este caso hay bastantes probabilidades de que apagara el aparato inmediatamente y se pusiera a escribir la cáustica nota que tenía yo delante para dejar constancia del disparate. Al menos así lo veo en mi imaginación.

NOTA 14. 15 de abril

Creo que he encontrado uno de los posibles orígenes de la leyenda de las supuestas sesiones del Consejo General de 7, 8 o 10 de julio de 1934 donde se habría proclamado rey de Andorra a Boris I.

***La Vanguardia*, 8 de junio de 1934**

(...) Esta mañana, a las diez, ha quedado constituido el Consejo General con asistencia de 24 consejeros presididos por el Síndico. Como se recordará el 5 de abril de 1933 además de conceder a los andorranos el derecho al sufragio universal, se acordó también el que las reuniones del Consejo serían públicas.

A pesar de ello ni se ha hecho convocatoria para que el pueblo se enterase y pudiese asistir ni se ha permitido la entrada al público ni a la Prensa en la casi totalidad del Consejo, alegando que la reunión era secreta.

Se habló someramente de asuntos relacionado con la enseñanza. Se da cuenta de una comunicación de la Sociedad Limitada importadora Andorrana en la que se manifiesta que se habían recibido expediciones de tabaco después del decreto prohibitivo por estar ya este en camino.

El señor Picart manifiesta que de este asunto ya se hablará luego. Se lee otra comunicación de la misma entidad solicitando la venta de tabaco francés y español comprometiéndose a vender simultáneamente tabaco andorrano en un 50 por ciento.

Se leyó luego una comunicación del señor Skossireff protestando de su expulsión y con palabras de censura muy fuerte para el Veguer francés.

Después de la lectura de esta comunicación, y sin mediar explicación alguna, se declara secreta la reunión, haciendo salir de la sala al público y periodistas, manifestándoles que al final se les facilitaría una nota oficiosa.

Al cabo de unas dos horas y con unos gritos que se oían desde fuera de la sala, a pesar de estar la puerta cerrada, se reanuda nuevamente la sesión pública entrando nuevamente la Prensa.

(...) A la 1'17 se levanta la sesión. El consejero señor Picart facilitó la nota oficiosa a la Prensa de la reunión secreta, manifestando que en ella se había dado cuenta del viaje del señor Bohigas y de la compenetración de las autoridades y del Consejo en todo, deseando vivir en buena armonía con Francia y España.

Es muy posible que por algunos se haya confundido el mes de junio con el mes de julio. Esta del 7 de junio es la reunión donde estaban presentes los 24 síndicos y donde se habló de Skossyreff, aunque no precisamente para proclamarle rey sino para tratar de su expulsión. No se sabe si en la parte secreta de la reunión, donde hubo sonora división de opiniones, se trató de algo relacionado con él o, si como parece más probable, ya habían dicho todo lo que tenían que decir al respecto y hablaron de los posibles conflictos con los países vecinos en un momento en que existía cierta tensión. Según *La Vanguardia* del día anterior, el mencionado señor Bohigas era delegado del Ministro de Estado español y su visita tenía como objeto tratar sobre supuestos atropellos a los españoles residentes en Andorra y sobre el aumento de la influencia francesa. El mismo periódico el día 5 de junio informaba que, previamente, había visitado al obispo de Seo de Urgel y que pocas fechas antes el prefecto francés de Perpiñán también había estado reunido con el Consejo General. Bohigas sería sustituido poco después, el 11 de julio, y José Tarongi fue nombrado «Delegado del Gobierno de la República en Andorra, cerca del Obispo de la Seo de Urgel, Príncipe Co-Soberano».

El 7 de junio, cuando se reúne el Consejo General, era jueves. El 10 de junio fue domingo, y también lo fue el 8 de julio. Probablemente algunos de quienes han supuesto una sesión del Consejo General donde se proclamara a Boris I como rey han dudado sobre la fecha porque daban por supuesto que tenía que ser domingo y por eso han intentado corregir el numeral o el mes de la fecha para llevarla a un domingo y que todo encajara. Ahí se ha generado la confusión de fechas y reuniones, luego propagada entre quienes van copiando sin molestarse en hacer comprobaciones.

NOTA 15. 20 de abril

Por fin he conseguido un ejemplar de *El copríncep mons. Justí Guitart I el seu temps (1920-1940)*, de Francesc Badia I Batalla. Difícil de encontrar, editado por la abadía de

Montserrat en 2007, en catalán, por alguna extraña razón no está en la Biblioteca Nacional de España ni en casi ninguna biblioteca. Un libro riguroso y bien documentado, el autor fue durante muchos años veguer episcopal de Andorra, sobre la historia de Andorra y de la diócesis de Urgel y sobre las relaciones de España y Andorra en las décadas de los veinte y los treinta. Dedicó un breve apartado a lo que llama «un rey de opereta», la «estrafalaria aventura del autodenominado Boris I». Dice que se trata de un incidente banal que apenas trasciende la mera anécdota, si hubiera sucedido en otro país no hubiera superado los límites de la información de sucesos. Relata los hechos principales, entre ellos no aparece ningún acuerdo del Consejo General proclamando a Boris I como rey de Andorra, y describe sus actividades en Seo de Urgel hasta ser detenido allí.

También me han llegado desde la Biblioteca Nacional de España copia de varios artículos de revista que había solicitado. «Boris I de Andorra», de Juan Pedro Yáñez, en *Historia y Vida* nº 350, mayo de 1997, respuesta breve a una consulta, poco documentada (cita como bibliografía la novela de Antoni Morell), afirma que Skossyreff se proclamó rey dentro de Andorra con el apoyo del Consejo General, que el 11 de julio asistió al levantamiento judicial de un cadáver y que el mando de la Guardia Civil que le detuvo en Andorra se llamaba capitán González. «El rey ruso de Andorra», de Xavier Valls, en *Historia y Vida* nº 545, agosto de 2013, cita como bibliografía a Balansó, Morell y Kaffka, mezcla realidad con leyenda y da por buenas las dos votaciones del Consejo General para elegir a Skossyreff como soberano así como su detención dentro de Andorra por un sargento y cuatro números de la Guardia Civil. «Boris I, rei d'Andorra: reconstruïm la gran farsa del baró Skossyreff», de Joan Morales y Arnau González, *Sàpiens* nº 11, septiembre de 2003, más riguroso y ajustado a los hechos comprobables, sitúa la detención en la Seo de Urgel aunque la atribuye también a la Guardia Civil.

He encontrado otra leyenda sobre Skossyreff con todo el aspecto de haber sido inventada por él mismo. En una revista alemana, *7 Tage vereinigt mit Hausfreund*, de junio a agosto de 1963 se publicó una serie de siete artículos sobre «el hombre

que salvó a Alemania de la bomba atómica» (*Der Mann, der Deutschland vor der Atombombe rettete*). Se presenta a Skossyreff como un agente secreto alemán ya durante la I Guerra Mundial y, emulando de forma anticipada la vida de Forrest Gump, a partir de entonces estará presente en muchos momentos culminantes de la historia europea. Se codea con los zares de Rusia, con Lenin o con Stalin en la época de la Revolución rusa, más tarde con Churchill en Inglaterra y con Hitler o Goebbels durante la II Guerra Mundial. En particular, se entrevista con el Führer en su búnker en marzo de 1945, a su vuelta de la conferencia de Yalta donde se había infiltrado haciéndose pasar por un oficial francés (hubiera tenido mérito en la realidad pasar desapercibido con esa identidad ya que los franceses no participaron en la conferencia), y le comunica que los aliados piensan lanzar la bomba atómica contra Alemania. Ello convence a Hitler de que todo está perdido y, antes de suicidarse, ordena a sus generales que negocien la rendición. La misma leyenda, más extensa, en forma de novela de espías, se contiene en un libro de 1982 que he comprado por internet, *Der Mann in Jalta: Hitlers geheimer Auftrag an Boris v. Skossyreff*, firmado por Eberhardt v. Zwehl, supuesto periodista y muy sospechoso autor de un solo libro, de quien no hay forma de obtener más datos. Publicado en alemán (me ha ayudado con él un compañero del instituto que lo entiende) en una editorial de extrema derecha situada cerca de Munich. Sobre Andorra, Skossyreff cuenta que había logrado convencer de sus planes para librarse de la subordinación de los valles a los intereses franceses al duque de Guisa, que le había cedido sus derechos, al síndico y al Consejo General, incluso el obispo de Urgel no se oponía, y que por ello fue elegido como príncipe soberano y coronado en la idea de que los franceses tendrían que aceptar los hechos consumados. Sin embargo, reinó solo nueve días porque las intrigas del Gobierno francés lograron que los españoles le detuvieran y deportaran a Portugal.

He visto que hay un documental de televisión sobre Skossyreff, *The Fake King of Andorra*, dirigido en 2012 por Daniel Resnich, un guionista y director argentino afincado en Cataluña, para una pequeña productora de Barcelona. En

internet solo está disponible un trailer de poco más de dos minutos y medio donde aparecen Antoni Morell y un historiador llamado David Más, este parece dar crédito a la versión de que Skossyreff fue elegido rey por el Consejo General. Intentaré encontrar una copia.

En algún sitio he encontrado la referencia de un tal Hipólito Suárez Baños, autor de un libro que obtuvo un premio de novela histórica y que mencionaría a Boris I, pero ni el autor ni la novela aparecen en la base de datos del ISBN ni en ninguna biblioteca, ni siquiera hay datos suyos en Google. Debe de ser un autor fantasma inventado para uno de esos concursos literarios fantasmas que algunas editoriales utilizan para timar a incautos escritores aficionados.

Creo que no me queda más bibliografía que revisar. Aparcaré el tema hasta que pueda viajar a Andorra. Estoy demasiado enganchado y desatendiendo otras obligaciones.

Pese a enunciar ese propósito de dejar de lado, por el momento, el tema del rey de Andorra, Ignacio debía de seguir enganchado a él y de vez en cuando volvía a buscar información. En sus notas deja constancia de algún hallazgo curioso.

NOTA 16. 28 de abril

La versión más delirante de la historia del rey de Andorra que he encontrado la he visto hoy en una web en inglés y ¡en ruso!, *All about Andorra*, que pretende promover el turismo y los negocios en el Principado. Al parecer, la mantiene una empresa interesada en atraer inversores rusos. No sé qué sustancia pudo haber tomado el autor que escribe la sección sobre la historia andorrana, pero cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Cuenta que en junio de 1934 Boris Skossyreff entró subrepticamente en Andorra desde Francia acompañado de un nutrido grupo de rusos, entre ellos varios antiguos oficiales zaristas, que se establecieron en su capital y tomaron el poder con el completo apoyo de la población local. Boris I se proclamó como rey y prometió la modernización del país, asumiendo el liderazgo de la revolución iniciada el año anterior.

Su reinado llevó consigo un cúmulo de iniciativas y peticiones a Madrid, París y la Sociedad de Naciones para que fuera reconocida la independencia de Andorra. Nacionalizó todos los recursos naturales y prohibió la propiedad privada de la tierra, que todavía hoy es estatal o comunal y que puede ser cedida en concesión a nacionales y extranjeros. En 1935 estableció Radio Andorra. Todas estas reformas irritaron en España y Francia.

Al estallar la guerra civil española Boris I se mantuvo oficialmente neutral, pero de hecho apoyó a los republicanos. Facilitó el paso de los refugiados españoles hacia Francia y rechazó la presencia de observadores internacionales de la comisión de no intervención. El primer ministro británico, Neville Chamberlain, dijo de él que, si no era un agente de Moscú, al menos lo era de los republicanos y comunistas españoles. Las fuerzas franquistas entraron en Andorra para derribar a Boris I, pero Francia intervino en su apoyo ya que no le interesaba un régimen hostil en su frontera sur.

Tras la conquista de Francia en 1940, los alemanes deciden acabar con el rey ruso temiendo que Andorra sirva de base a la resistencia liderada por De Gaulle. En el otoño de 1941 agentes del régimen de Vichy, apoyados por los servicios secretos de Franco, apresan a Boris I en Andorra y lo envían al campo de concentración francés de «Verne» (probablemente se quiere referir al de Vernet d'Ariège) donde murió en 1944. La intervención del papa evitó la invasión de Andorra en un primer momento, pero en 1944 las tropas alemanas y un destacamento de la Guardia Civil española entraron en el territorio y no se retiraron hasta 1945.

En fin, todo esto ya no es ficción sino género fantástico.

NOTA 17. 29 de abril

Por lo que veo, *All about Andorra* copia literalmente de un tal Alexey Alexeev, que publica esa sarta de tonterías en un artículo que titula «Cetro ruso en los Pirineos» (Русский скипетр в Пиренейских горах) el 10 de julio de 1999 en un periódico, *Rossiyskaya Gazeta*, editado nada menos que por el

Gobierno ruso. Se puede encontrar en internet, en ruso, lo he podido leer gracias al traductor automático de Google.

A saber cómo se generó esta leyenda de un grupo de rusos invadiendo Andorra y tomando el poder. A Skossyreff, cuando estuvo prisionero en Rusia, le habría interesado presentarse a sí mismo como enemigo de los nazis y de los franquistas, pero obviamente no pudo contar que había muerto en 1944 en un campo de concentración francés.

Puesto a investigar en páginas en ruso, he encontrado también un documental de media hora producido en 2013 por un canal de televisión bielorruso, *Boris I, el rey de Bielorrusia* (Борис I-Король из Беларуси), está en YouTube, en ruso pero se le pueden añadir subtítulos traducidos a otros idiomas y, mal que bien, comprender el contenido. Escaso presupuesto y escaso rigor histórico. Afirma que Boris Skossyreff nació en la ciudad de Lida, que en la época imperial formaba parte de la gobernación de Vilna y se halla a unos cien kilómetros de esa capital, luego pasó a Polonia y hoy forma parte de Bielorrusia. Asume la leyenda sobre su elección como rey de Andorra por el Consejo General, incluso la del cambio de bandera. Contiene escenas que reconstruyen su vida y en las que es representado por un actor, incluyendo una donde es detenido por dos individuos vestidos con uniformes que más parecen del ejército soviético que de guardias civiles. Sobre sus andanzas en la Segunda Guerra Mundial siembra un manto de silencio indicando que no hay datos de dicha época y que reapareció en Boppard en los años cincuenta.

Aunque Ignacio consideraba que internet es un gran invento, también lamentaba el abuso y el mal uso que se hace de sus infinitas posibilidades.

—El problema de la democracia es que dejan votar a cualquiera y el de internet que cualquier indocumentado puede publicar —me dijo en una ocasión, medio en serio, medio en broma—. Ojo, que estoy a favor de las dos cosas, son males menores comparados con sus alternativas, pero no nos extrañemos luego de los resultados, de los gobiernos que padecemos y de la basura que llena las páginas web.

Las últimas notas de Ignacio eran muy recientes y se referían a su viaje a Seo de Urgel. Las repasé cuidadosamente con la esperanza de que allí se

encontrara alguna clave de lo que había sucedido.

NOTA 18. 2 de junio

La cuarta semana de junio voy a Andorra y Seo de Urgel. Comprobar *in situ* los datos antes de ponerme a escribir.

- Archivo Nacional de Andorra. C/ Prada Casadet, 8-12. De 8,30 a 14,30, acceso público con DNI. Actas del Consejo General.
- Biblioteca Nacional de Andorra. Placeta de Sant Esteve, s/n Casa Bauró. De 8,15 a 15 en verano. *Boris von Skossyreff: rey de los andorranos agente de los alemanes: una aproximación biográfica*, de Gerhard Lang-Valchs, un historiador alemán que vive en Bilbao. Inédito y ejemplar único. Con permiso del autor; solicité permiso por correo electrónico y me pusieron en contacto con él; por teléfono me ha dado todas las facilidades.
- Archivos de la Iglesia de Urgel. C/ Parc del Cadí, s/n. De 10,30 a 13,30 y 16,30 a 19,00. Cita previa por teléfono. 973350054. Quizás haya algo.

NOTA 19. 22 de junio

Andorra. En el Archivo. Me han dado copias de las actas del Consejo General de los años 1933 y 1934. Lo tienen todo digitalizado. Me dicen que podía haberlas pedido por correo electrónico, sin tener que viajar aquí. Como suponía, ni la menor referencia a Boris Skossyreff. Las actas son sucintas, solo recogen los acuerdos adoptados, ni siquiera las votaciones. En la sesión de 7 de junio de 1934, aunque se hablara sobre él, ni se le menciona ni se recoge ningún acuerdo relacionado con su persona. En la sesión de 7 de julio de 1934 tampoco, es una sesión ordinaria donde se tratan diversos temas administrativos: prohibición de envío de tabaco por correo, provisión de una plaza de policía y de otra de secretario del Consejo, subasta de tabaco, etc. En contra de lo que dice la leyenda, el Consejo

General no se solía reunir los domingos después de misa. No aparece ninguna reunión en domingo durante los años 1933 y 1934. Tampoco es cierto lo que escriben Régis y Balansó, que se celebraban solo cuatro reuniones al año. El Consejo se reunía casi todos los meses y, a veces, celebraba dos sesiones en el mismo mes. No existía ningún consejero llamado Cinto, ni Jacinto, como dice la leyenda.

En la Biblioteca Nacional. Me han proporcionado una copia de *Boris von Skossyreff: rey de los andorranos agente de los alemanes: una aproximación biográfica*, de Gerhard Lang-Valchs. Un libro no publicado de un estudioso alemán que, por lo que parece, es el único que se ha preocupado de elaborar una biografía con mínimo rigor y bien documentada de Boris Skossyreff que evite caer en la leyenda. Es una ampliación de un apartado de su tesis doctoral, publicada en 2011 como *Die Bischöfe von Seo de Urgel als Kofürsten von Andorra (1901-1940)*. Ha reunido documentos en diversos lugares de Europa, Alemania, Rusia, Portugal, también de Estados Unidos. Sitúa la fecha de nacimiento de Skossyreff en 1900. Rastrea el pasado de su familia, su madre procedía de la pequeña nobleza rusa, ligada al ambiente cosmopolita de San Petersburgo, y su padre era militar, un suboficial sin ascendencia nobiliaria. Se divorciaron cuando Boris era muy joven y él quedó al cuidado de su madre. Durante la I Guerra Mundial fue expulsado como cadete de la academia naval y, luego, sirvió como intérprete a las unidades británicas desplegadas en Rusia para ayudar a las tropas zaristas. Fingió ser cuatro años mayor para hacerse pasar por capitán y en 1918 logró ser evacuado con los británicos. Tras ser expulsado de Inglaterra por utilizar cheques sin fondos, en 1920 viaja a Polonia, donde reside su madre.

Con el dinero que ella le proporciona va a Alemania donde lo derrocha en una vida fácil entre casinos y lugares turísticos. Luego vuelve a falsificar cheques, es detenido y pasa casi tres años en prisión. Él contará luego que fue enviado como agente de los servicios secretos británicos a Alemania y que, tras ser descubierto, fue a la cárcel por alta traición. Tras ser liberado y expulsado consigue que le admitan en Holanda, donde le

proporcionan un pasaporte Nansen (el que se expedía a los apátridas). Sigue utilizando cheques falsos y tiene que huir para evitar que le detengan. Viaja por Suiza, Francia, Andorra y España. Se reúne en el sur de Francia con su madre, que se había establecido allí. En 1924 le detienen y condenan por varios delitos de estafa y, seguidamente, le extraditan a Suiza donde también es juzgado y condenado. Tiene suerte ya que pronto le excarcelan y expulsan de Suiza y consigue que le permitan residir provisionalmente en Francia. Va a París con su amante, Marie Louise Parat, una marsellesa de buena familia. A principios de 1926 le entregan una orden de expulsión y ambos se trasladan a Italia. En 1930 vuelven a Francia y de nuevo Boris es detenido y condenado por diversas falsificaciones y estafas. En 1931 sale de la cárcel y se casa con Marie Louise. Pese a sus muchos intentos, Skossyreff no consigue que le otorguen ni la nacionalidad francesa ni un permiso de residencia, así que se va a España, primero a Cataluña, se establece en Sitges y Vilanova I la Geltrú, y luego a Mallorca. Intenta introducirse en la alta sociedad de Palma de Mallorca, trapichea con droga y conoce a Florence Marmon. Es reclutado por los servicios secretos alemanes (los nazis acababan de tomar el poder) y enviado a Andorra con la misión de actuar contra los intereses franceses. Viaja con sus dos amantes, la inglesa Phyllis Peel Heard que hace de secretaria y la norteamericana Florence Marmon que sueña con ser la futura reina de Andorra. Lanza una propuesta inspirada en la anterior del pretendiente de Chicago, aunque es atribuida erróneamente al supuesto checoslovaco Charles Wones (apellido que es una inexacta transcripción de «von S.», por von Skossyreff), con el propósito de fomentar las inclinaciones independentistas y desestabilizar el país. La propuesta es rechazada por el Consejo General y una segunda propuesta en mayo de 1934 provoca su expulsión y su instalación en Seo de Urgel. De allí viaja a Torredembarra, fingiendo que lo hace a Francia, ante el temor de ser expulsado. Vuelve a Seo de Urgel, se autoproclama príncipe soberano, publica su Constitución para Andorra y es detenido. Aunque debía de tener algunos apoyos en Andorra, su propia conducta impidió que sus planes salieran adelante.

Deportado en un primer momento a Portugal, su situación de apátrida y carencia de documentos le acabará llevando en 1939 a un campo de concentración para extranjeros en Francia. En 1942 los alemanes le reclutan en ese campo como trabajador voluntario y le envían a Berlín, donde se reúne con él su mujer, y trabaja como traductor. Gracias a los contactos de una prima suya que se había nacionalizado alemana entra como oficial (*Sonderführer*) en la policía militar y es enviado al frente ruso donde actúa como intérprete en interrogatorios de prisioneros. Al finalizar la guerra es hecho prisionero por los americanos, que lo liberan enseguida, se instala con su mujer en Boppard, zona de ocupación francesa, y trata de que le reconozcan la nacionalidad alemana afirmando que la tiene en el cuestionario de desnazificación que le hacen cumplimentar; afirma también haber estado afiliado al Partido Nazi y tener un doctorado en Derecho por la Universidad de Jena obtenido en 1923. No le conceden documentación y es hostigado por la policía militar francesa; se traslada a la zona soviética, quizás actuando como agente del nuevo servicio de inteligencia alemán que están organizando los americanos, donde es detenido y juzgado. Se hace pasar por un nazi alemán como mal menor para evitar que le fusilen de inmediato como espía o como ruso traidor. Le condenan a veinticinco años en un campo de reeducación y le envían a Siberia. Es liberado en 1956 tras la normalización de relaciones entre la Unión Soviética y Alemania Occidental. Vivirá sus últimos años en Boppard con su esposa, la cual muere en 1965, relatando su vida adornada de muchas fantasías a algunos periodistas e intentando la publicación de una autobiografía. Finalmente logró que se publicara en 1982 *Der Mann in Jalta: Hitlers geheimer Auftrag an Boris v. Skossyreff*. Contrajo matrimonio en 1969 con una alemana mucho más joven que él, Roswitha, aunque se divorciaron un año después. Fallece en 1989 en una residencia de ancianos.

Por la tarde. Casa-cuartel de la Guardia Civil de la Seo de Urgel. Edificio nuevo, enorme, construido por los años setenta, en las afueras. Hablo con un teniente. No guardan archivos de épocas anteriores. Coincidencia: un guardia civil jubilado que ha cumplido los cien años, es la memoria histórica de la ciudad,

mantiene buenas facultades mentales, quizás me pueda hablar sobre los años treinta.

Luis Goma Fernández, teléfono 973351619, Carrer Dr. Robert 79, Castellciutat. He llamado por teléfono y he hablado con su nuera. Me dice que le gusta recibir visitas, que está inmovilizado en silla de ruedas pero que tiene buena memoria. Nació en 1913. Me recibirán mañana a las 11.

NOTA 20. 23 de junio

Luis Goma. Un personaje. Más de una hora con él. He grabado la conversación en el ordenador. Muy interesante.

Definitivamente, la Guardia Civil no tuvo que ver con la detención de Boris I y mucho menos invadió Andorra.

La conversación me sugiere otros posibles temas a investigar, frontera, guerra civil.

Esta era la última nota, el día anterior a su muerte. Todo aquello sonaba de lo más normal. Ignacio había comprobado una vez más los datos de la historia del rey de Andorra o, mejor, de la leyenda del rey de Andorra. No parece que hiciera ningún hallazgo sorprendente, confirmó lo que ya venían anunciando sus notas. Lo único novedoso era esa conversación con el guardia civil centenario, Luis Goma. Me sonaba el nombre. Sí, era el que había mencionado Roca en el juzgado a cuenta de las llamadas de teléfono que había hecho Ignacio en Seo de Urgel. Todo concordaba, pues.

Había grabado la conversación, escribía Ignacio. La grabación tenía que estar en la carpeta, conociendo su meticulosidad. Efectivamente, en la carpeta de *El rey de Andorra* había un archivo de video, al menos eso me parecía, con fecha del martes anterior. Me dispuse a verlo, mirando el reloj. Eran más de las diez de la noche. Si había más de una hora de grabación se me iba a ir haciendo tarde para acabar de ver los demás archivos. Pero junto con la última nota de Ignacio aquello era lo más reciente y procedía de Seo de Urgel, era posible que ofreciera alguna pista. Decidí empezar a verlo. Pulsé sobre el archivo para abrirlo. En lugar de iniciarse el video me apareció una ventana que me informaba de que no era posible abrir el archivo. Para abrir debería indicar con qué programa deseaba hacerlo y me daba a elegir entre conectarme a internet para encontrar el programa apropiado o elegirlo manualmente de una lista. En internet no reconocían el tipo de archivo; probé

manualmente a abrirlo con todos los programas que tenía en el ordenador, pero fue inútil. A saber qué formato empleaba el ordenador de Ignacio para grabar videos. Uno que mi ordenador, que ya iba teniendo unos años, no conocía, o para el que no estaba adecuadamente actualizado. Sabía que el ordenador de casa se me iba quedando obsoleto, pero me había resistido a cambiarlo por otro nuevo porque solía utilizar mucho más el del despacho, y aquel sí que era un último modelo atendido por una empresa a la que pagábamos cada mes para estar seguros de que todos los equipos informáticos funcionaban correctamente.

Me resigné, pues, a no poder ver el video. Ya lo harían Roca y su gente, a los que suponía en posesión de toda la tecnología precisa para abrir cualquier archivo, fuera del formato que fuera. Acabé de repasar el contenido de la carpeta, nada que no estuviera mencionado en las notas. Ignacio había ido acumulando muchos artículos de prensa, supongo que todos los que encontraba, completos y en su idioma original, más un montón de páginas web. Ojeé el resto de carpetas. Ninguna otra parecía tener relación directa con el viaje a Seo de Urgel, todas eran de fechas muy anteriores. Abrí algunas al azar. Documentación sobre varios temas históricos, la Semana Trágica de Barcelona, el Somatén durante la Dictadura de Primo de Rivera, la sublevación republicana de Jaca de 1930. Nada de aquello me decía nada. Quizás la muerte de Ignacio no tenía nada que ver con las carpetas de su ordenador ni mucho menos con el rey de Andorra al que había dedicado, quizás, demasiado tiempo.

Era tarde y empezaba a tener sueño. Al día siguiente me esperaba mucha faena. Apagué el ordenador y me fui a la cama.

TERCERO

Temas laterales

Sin dar las nueve de la mañana ya estaba en el despacho, impaciente por abordar todas las tareas que me esperaban antes de viajar a Seo de Urgel. Después de desayunar había hecho la maleta para un par de días, por si acaso, y la había metido en el coche, que dejé en el estacionamiento que teníamos alquilado bajo la avenida Carlos III. Al mediodía, una vez saliera de la notaría de mi primo Matías, que estaba a tiro de piedra, en la calle Arrieta, montaría en el coche y emprendería el viaje. Ya comería algo por el camino. Anunciaban treinta y tres grados de temperatura máxima, pero con el aire acondicionado del coche me libraría de sufrir las horas más calurosas del día.

Iratxe estaba tan puntual como siempre y le expliqué que necesitaba que descargara los archivos de Ignacio de la nube a un disco o a una memoria USB.

—En disco no van a caber, son unos cuantos gigas —me dijo, comprobando el contenido de la nube—. Buscaré una memoria grande.

Lo dejé en sus manos, Iratxe se maneja muy bien con la informática y es la que nos resuelve todos los problemas prácticos que nos surgen al respecto, y me encerré en mi despacho. Repasé la agenda de la semana. Sería mejor quitarme de encima todos los compromisos y dejarla libre por lo que pudiera pasar con el tema de Ignacio. Hice la lista de las reuniones que podían aplazarse y se la llevé a Iratxe para que hiciera las llamadas correspondientes pidiendo disculpas y fijando otras fechas.

—Ya se están descargando los archivos, llevará un rato —me comentó.

—No te preocupes, hasta las doce y media no me voy.

Había dos comparencias en los juzgados que no podían aplazarse. Tendría que asumirlas Jorge, quizás la más sencilla podía encomendársela a Aitor, el joven pasante al que desde hacía unos meses teníamos aprendiendo la profesión con un acuerdo de que pasado un año hablaríamos sobre si se incorporaba al despacho. De momento parecía bastante espabilado y con ganas de aprender, todo lo contrario de dos antecesores que tuvo y con los que tuvimos malas experiencias. Encontré a Jorge en su despacho y le puse al

tanto de mi viaje y de los asuntos de los que tendría que hacerse cargo. Aceptó con la mejor disposición, abrió su voluminosa agenda y empezó a mover algunos *post-it*. Tenía la costumbre de, en lugar de apuntar las cosas directamente en la agenda, hacerlo en esos papelitos de colores que iba pegando en la fecha correspondiente. Decía que así era más fácil hacer cambios. También era más fácil que alguno de los *post-it* se despegara y se perdiera, lo que ya le había pasado más de una vez, pero aunque yo le advertía de que su sistema era poco práctico él se aferraba a sus manías.

—¡Listo! —exclamó cerrando la agenda de golpe—. No te preocupes. Me encargo de todo.

Ordené los papeles que tenía sobre la mesa, devolví algunas llamadas, reservé habitación en el mismo hotel de Seo de Urgel en el que habíamos estado hacía pocos días, hice desde el ordenador la preceptiva comunicación al Colegio de Abogados de Lleida de que iba a intervenir profesionalmente en su territorio. Llamé a Matías para confirmar la firma del poder a la una y le pedí los datos de los procuradores de Seo de Urgel. Eran dos, parece que hermano y hermana, que compartían despacho. Les telefoneé también para ponerles en antecedentes de mi viaje y quedé con ellos a la mañana siguiente para tramitar los papeles de personación como acusación particular. Entró Iratxe y me entregó dos memorias de distinta marca.

—Toma, lo he hecho por duplicado, tienes todos los archivos en cada una de las memorias. Por si acaso, no vaya a ser que alguna falle —me dijo. Siempre tan eficaz. Vales más de lo que te pagamos, le solía decir yo en broma, y ella me respondía automáticamente que le subiéramos el sueldo, aunque un poco menos en broma. Si Jorge lo oía le decía siempre que el convenio es el convenio y que no se quejara.

—Gracias —le respondí.

Mientras preparaba los papeles que me iba a llevar se me ocurrió una idea. Introduje una de las memorias en mi ordenador y traté de ver el archivo de video que se me había negado a abrir la noche anterior en mi casa. El video se abrió sin ningún problema. Ofrecía una imagen bastante buena. Se había grabado al aire libre, en una terraza o en un jardín. Sentados a una mesa aparecían Ignacio, de perfil y en el lado derecho de la pantalla, y un anciano muy arrugado y encorvado, pero de mirada viva, al que se veía de frente. Sin duda, el guardia civil centenario. Sobre la mesa había un par de tazas de café y el bloc de notas de Ignacio. Estaban hablando, el volumen estaba bajo y no entendí qué decían, pero no regulé el sonido porque estaba claro que no tenía tiempo de ver toda la grabación antes de marcharme. Eran ya más de las doce

y media. Se me ocurrió otra cosa. Llamé a Iratxe y le pedí que me trajera el ordenador portátil que tenemos en el despacho y que, a veces, nos llevamos a alguna reunión fuera o a algún viaje, Jorge más a menudo que yo. Probé también a abrir el video en el portátil y se inició sin ningún problema. Había pensado que con el teléfono móvil era suficiente para conectarme a internet y recibir el correo electrónico, pero decidí llevarme también el portátil para poder ver el video esa misma tarde en el hotel de Seo de Urgel. Aunque para entonces Roca y los suyos tendrían su copia, me picaba la curiosidad.

A la una estaba en la notaría. Me esperaba ya Maite y Matías nos recibió de inmediato. En un cuarto de hora habíamos resuelto todo, el poder estaba firmado y yo me llevaba una copia para entregar a los procuradores de Seo de Urgel. Me despedí de Maite en la puerta del aparcamiento.

—Lláname para tenerme al corriente de todo —me pidió.

—Claro, no te preocupes. En cuanto haya alguna novedad te llamo.

Antes de la una y media estaba ya saliendo de Pamplona. El tiempo seguía siendo caluroso, brillaba el sol y la temperatura no hacía más que subir. Mientras conducía, con la radio puesta pero sin hacerle mucho caso, seguía dándole vueltas a la muerte de Ignacio tratando de ordenar un poco las ideas. Desconfiaba de que los archivos bajados de la nube que llevaba a Roca ofrecieran alguna pista. Salvo que en el video que todavía no había tenido ocasión de ver apareciera algún dato novedoso, que no se me ocurría cuál podría ser. Toda la historia del rey de Andorra que había llevado a Ignacio a Seo de Urgel no ofrecía aspecto de poder tener nada que ver con la causa de su homicidio, me repetía. Todo aquello estaba publicado, no era ningún secreto, ni nadie podía tener interés en obtener violentamente el ordenador en donde estaba almacenado. Lo mismo sucedía con el resto de los archivos que había visto, tanto los relativos a su actividad docente como a sus investigaciones históricas. Tenía que haber algo más. Quizás Ignacio, el día de su muerte, había encontrado algo que guardó en el ordenador pero que no le dio tiempo a subir a la nube. Puede que el asesino, o los asesinos, le interrumpieran cuando estaba trabajando con el ordenador. Maite me había dicho que siempre subía a la nube los archivos antes de apagar el ordenador. Pero en esa ocasión no tuvo oportunidad de apagarlo. Le arrebataron el aparato, y también la vida, sin que pudiera hacer copia de lo último que había introducido. En ese caso, los archivos no nos servían para nada y seguíamos sin la menor pista de lo que pudo suceder. Sonaba razonable, se lo comentaría al sargento Roca, pensé, y de inmediato cambié de idea. Que Ignacio encontrara algo, ¿qué?, y, lo hubiese o no guardado, el mismo día ya hubiera

alguien que lo supiera y tuviera motivos para atacarle y arrebatarle el ordenador tampoco sonaba muy probable. Ni parecía verosímil que quien se apoderara del ordenador hubiera tenido oportunidad de borrar archivos de la nube. ¿O sí? ¿Podía ser alguien tan próximo que tuviera acceso a las claves de Ignacio? Cuantas más vueltas le daba menos claro lo veía todo.

Igual que en mi viaje anterior en dirección contraria, paré cerca de Fraga, puse gasolina al coche y me comí rápidamente un bocadillo. No me gusta correr demasiado, pero estaba impaciente por llegar y en los últimos kilómetros de autopista traté de ir lo más rápido posible. Rodeé Lérida capital sin entrar en la ciudad y me resigné a que el resto del camino transcurriera por una carretera nacional donde tuve que marchar detrás de varios camiones y de algún vehículo agrícola antes de poder adelantarles. Eran algo más de las seis cuando aparcaba cerca de los juzgados de Seo de Urgel y echaba a andar bajo el sofocante sol de la tarde.

El sargento Roca, al que había alertado con el móvil de mi llegada, me esperaba vestido de paisano en la entrada de los juzgados acompañado por otros dos policías uniformados a los que me presentó.

—Creo que ya conoce al *caporal* Rovira. La agente Rosell.

Saludé a ambos con la incomodidad de que ella era no solo tan alta como su compañero sino también más que yo, tenía aspecto de campeona de culturismo o de boxeo, con una planta bien proporcionada, y estaba muy fuerte a la vista de cómo me estrujaba la mano. Era también guapa y rubia. Una buena moza, hubiera dicho mi padre. Me asaltó el frívolo pensamiento de si a las mujeres en los Mozos de Escuadra se les llama mozas. Entramos. La secretaria del juzgado también me estaba esperando. Acabó de cumplimentar un acta de comparecencia que ya tenía preparada a la espera de indicar la fecha y hora y algún detalle más.

—¿Qué nos trae? ¿Un disco, una memoria?

—Una memoria —le dije, mientras la sacaba del bolsillo.

Acabó de teclear en el ordenador, mandó imprimir y me puso el acta delante para que la firmara.

—De la memoria se hace cargo el *sergent* —me indicó. Roca cogió la memoria que le entregué y la metió cuidadosamente en una bolsa de plástico con una etiqueta que, a su vez, entregó al cabo Rovira. Los dos policías de uniforme se despidieron y marcharon con prisa.

—Van a comenzar a analizar de inmediato el contenido de los archivos —me explicó.

Después de que Roca firmara a su vez algunos documentos que le entregó la secretaria salimos a la calle. El sargento no parecía tener prisa sino intención de acompañarme.

—¿Qué plan tiene ahora? —me preguntó.

—Solamente ir al hotel, por hoy no tengo mucho más que hacer. Mañana por la mañana he quedado con los procuradores para tramitar la personación en las actuaciones ante el juzgado.

—Si le parece, le acompaño. ¿Le gustaría ver la terraza desde la que cayó, o tiraron, a su amigo? —La oferta me tomó desprevenido. Aunque en la vez anterior habíamos estado en ese hotel, no se nos ocurrió subir a la terraza. Con Maite delante me hubiera parecido demasiado morboso proponerlo, y ella tampoco dijo nada al respecto, pero ahora me picó la curiosidad. Al fin y al cabo, tampoco tenía ninguna prisa por llegar a mi hotel.

Acepté y echamos a andar hacia mi coche para recoger mi maleta. Todo estaba cerca así que no lo iba a mover de donde lo había dejado aparcado. Mientras tanto fui dando vueltas a si el propósito de Roca, al no irse con sus subordinados sino empeñarse en acompañarme, era proporcionarme información u obtenerla él mismo. ¿Me consideraba sospechoso y su amabilidad no era sino una táctica para observarme? Me vinieron a la mente las preguntas que me había hecho, a solas, tomando una cerveza cuatro noches atrás. Si Maite e Ignacio tenían problemas matrimoniales. Claro, esa es una de las primeras líneas de investigación que aborda la policía en estos casos. Si la víctima era infiel a su cónyuge y por eso había motivos para sospechar una muerte por venganza. O si el infiel era el cónyuge y tenía motivos para querer deshacerse de la víctima eliminando obstáculos a su nueva relación. Y si había dinero de por medio, qué pasaba en caso de divorcio, y qué pasaba con la herencia si uno de los dos cónyuges moría, si podía haber un móvil económico para un asesinato dentro del matrimonio. Y si había terceros, si había amantes, o examantes, quiénes y cómo eran, qué interés podían tener estos, si cabía considerarles sospechosos de ser cómplices o autores del homicidio.

Me di cuenta de que Roca, habilidosamente, ya había obtenido de mí mucha información. Sabía que Maite e Ignacio tenían régimen de gananciales y un testamento de hermandad por el que se nombraban mutuamente herederos. Probablemente ya habría obtenido información sobre su situación económica, bienes, ingresos, cuentas bancarias. Bueno, por ahí poco había que rascar. Yo les había ayudado alguna vez con papeleos de Hacienda y sabía que no tenían problemas económicos, pero que tampoco poseían un

patrimonio que pudiera constituir el móvil de ningún crimen. Un sueldo de profesor y un pequeño negocio, una vivienda, unos modestos ahorros, era todo lo que el sargento Roca habría podido encontrar.

Aunque si Roca había barajado todas las posibilidades, como era su obligación, habría tomado nota de que Maite había acudido al depósito de cadáveres y a prestar declaración en el juzgado en mi compañía. En estos casos muchas otras personas no habrían acudido con un abogado, realmente no es necesario. ¿Para qué necesitaba Maite un abogado? ¿Tenía algo que ocultar? Y me había presentado no solo como abogado sino también como un amigo. ¿Un amigo, o algo más que un amigo? Muchos hombres no tienen amigas, y algunos niegan que sea posible la amistad entre hombres y mujeres. Siempre sospechan que tiene que haber algo más, tiene que haber amor, o sexo, o las dos cosas. He tenido este debate muchas veces con algunos amigos. Si Roca estaba pensando en un triángulo amoroso, habría tenido que colocarme enseguida un interrogante. ¿Era yo el amante de la viuda? ¿Estaba ella haciendo una comedia? ¿Nos habíamos deshecho de Ignacio entre los dos? En fin, me di cuenta de que si yo fuera el sargento Roca también sospecharía de mí y querría tenerme vigilado.

Me da igual, pensé, tengo coartada. El día y a la hora en que empujaron a Ignacio desde la terraza del hotel al vacío yo estaba en Pamplona, en mi despacho, reunido con unos clientes. Y probablemente Maite estaba también trabajando en su tienda, así que ambos teníamos coartada. Sí, pero... el sargento Roca que iba hablando en mi interior, incluso con un poco de su acento catalán, no cejaba en su empeño de analizar todas las posibilidades. Bien podíamos haber contratado un sicario que ejecutara el asesinato en Seo de Urgel, lejos de Pamplona, para darnos una coartada y alejar sospechas. Por supuesto.

—¿Perdón? —interrogué a Roca. Me había dicho algo que yo, distraído con mis pensamientos, no había escuchado.

—Le decía que pueden guardarle la maleta en recepción, mientras subimos a la terraza. Así no tiene que acarrear peso —me contestó. Estábamos ya llegando ante la puerta del hotel donde había muerto Ignacio. Roca explicó al recepcionista nuestro propósito y le pidió que guardara mi equipaje.

Liberado del peso, que no era excesivo porque llevaba solo lo imprescindible para pasar un par de días fuera de casa, tomamos el ascensor y subimos al cuarto piso. Un corto pasillo, con las puertas de unas pocas habitaciones, daba salida a una terraza que ocupaba una buena parte de la

planta. En un extremo había una pequeña barra de bar, pero en lugar de camarero había un timbre en la pared y un cartel avisando a los clientes que lo pulsaran si querían pedir algo. Ocupando la mayor parte de la terraza había varias mesas con sus sillas, todas vacías excepto una. En un rincón, a la sombra, estaba sentado leyendo un periódico un hombre con aspecto de jubilado alemán, o quizás inglés, que levantó la vista cuando entramos pero que enseguida volvió a enfrascarse en su lectura.

Roca cruzó la terraza y se acercó a la barandilla que había en el extremo opuesto de la entrada. Yo le seguí. Desde allí teníamos una buena vista de los tejados de toda la ciudad, apenas había edificios de altura superior a los cuatro o cinco pisos. Se veían también las torres de la catedral y de algunas iglesias, una torre de telecomunicaciones, un castillo sobre un alto y una atalaya sobre otra colina en la que ondeaba una bandera independentista. Al fondo de todo ello se recortaban los Pirineos.

—Parece que cayó más o menos desde aquí —Roca señalaba un lugar a mitad de la longitud de la barandilla que cerraba uno de los cuatro lados de la terraza—. La barandilla tiene poco más de noventa centímetros de altura. Un poco escasa con las normas de edificación vigentes ahora, debería tener un metro con diez, pero en todo caso suficientemente segura para descartar una caída accidental. Precipitarse al vacío pese a la altura de esta barandilla exige hacerlo voluntariamente o, como parecer ser en este caso, que le empujen a uno.

Me apoyé en la barandilla para asomarme a la calle, con cuidado, no solo por la altura sino porque el metal estaba caliente. Delante del hotel había una acera no muy ancha con unos árboles jóvenes y de poco porte y un espacio reservado para aparcar vehículos, en ese momento vacío.

—Cayó ahí mismo, sobre el bordillo de la acera. Como puede ver, la fachada está completamente limpia de cualquier elemento que pudiera frenar o interrumpir la caída —me explicó Roca.

—Entonces, la agresión, o el forcejeo con quien fuera que provocó la caída, se tuvo que producir aquí mismo.

—Eso es. Pero, desgraciadamente, no dejó ninguna huella.

—¿Tampoco huellas digitales?

—Tampoco. Por supuesto, tomamos todas las huellas que encontramos en las puertas, en las mesas, en las sillas, en la barandilla... Pero no nos dicen nada relevante. La mayoría no nos da ninguna identificación y las que sí hemos identificado son de su amigo Ignacio o del personal del hotel.

Tampoco hemos encontrado huellas de pisadas o rastros de sangre. En fin, nada de nada que sea aprovechable.

—Y, según me dijo, tampoco hubo testigos.

—Eso es. Ya ve que la terraza no está muy concurrida. El día de autos tampoco lo estaba.

—¿Y ninguno de los empleados del hotel vio quién subía o bajaba de la terraza?

—Tampoco. No sé si se ha fijado en la cafetería del hotel. Aunque tiene su entrada oficial por la calle trasera, por lo visto es normal que pase por la recepción gente que no esté alojada en el hotel pero que se dirige a la cafetería, sobre todo a las horas de las comidas, ya que la entrada principal del hotel está en una calle más concurrida. Así que debe ser bastante fácil entrar y tomar el ascensor, o las escaleras, sin que lo advierta el personal, sobre todo si en ese momento está atendiendo a otros clientes.

—En fin, que del escenario del crimen, como dicen en las series de televisión, no han obtenido ninguna pista que conduzca hacia algún sospechoso.

—Así es. ¿Se le ocurre a usted alguna idea, viendo el lugar?

De nuevo tuve la incómoda sensación de que Roca jugaba conmigo como el teniente Colombo con sus sospechosos. A falta de otras pruebas, me observaba a ver si yo cometía un error que me delatase. O quizás no, quizás todo eran imaginaciones mías y Roca simplemente trataba de ser amable.

—Lo siento, no le puedo ayudar —dije cautamente.

Bajamos de nuevo a la recepción. Allí estaba la atlética e inquietante agente Rosell esperando al sargento Roca. Otra sospecha me invadió. ¿Habría registrado mi maleta mientras estábamos en la terraza? No seas paranoico, me reprendí.

—Bueno, le dejo, me esperan en comisaría, tenemos mucha faena por delante —se despidió Roca—. ¿Hasta cuándo se queda usted?

—De momento, mañana a la mañana he quedado con los procuradores para formalizar la personación en la causa. No sé si me volveré a Pamplona por la tarde o quizás pasado mañana.

—Si le parece bien, podíamos quedar mañana al mediodía, cuando haya acabado usted sus gestiones, para comentar las novedades que pueda haber después de analizar la memoria que nos ha traído.

—De acuerdo.

—¿Me llama cuando quede libre? Seguramente yo estaré en la comisaría, si no surge algún imprevisto.

Nos despedimos con un apretón de manos, la agente Rosell de nuevo más que apretar me estrujó la mano y casi me hizo daño. Roca montó en el coche policial que ella tenía aparcado en la puerta de hotel y se fueron. Yo recuperé mi maleta y me dirigí al hotel que tenía reservado, el mismo de la vez anterior, a pocos pasos en la misma calle. Aunque me sentía molesto con la idea de ser sospechoso del crimen, Roca me seguía cayendo bien. Parecía una persona competente en la que se podía confiar y, en todo caso, estaba haciendo su trabajo. Si lo hacía bien no tendría más remedio que exculparme y centrarse en buscar otros sospechosos.

Me instalé en la habitación del hotel. Puse el aire acondicionado a toda potencia ya que estaba demasiado caliente. Una vez que acomodé mis escasas pertenencias, encendí el ordenador portátil y me dispuse a ver el archivo de video que se me había resistido el día anterior. Introduje la segunda de las memorias que me había entregado Iratxe, busqué el archivo y lo abrí.

La pantalla del ordenador me mostró de nuevo la escena inicial del video. En realidad, en toda la hora que duraba la grabación la escena cambiaba muy poco. A la derecha, de perfil, aparecía Ignacio. En los primeros segundos, tenía el brazo izquierdo alargado hacia la cámara y el cuerpo y la cabeza girados en la misma dirección. Rápidamente recogía el brazo y se volvía hacia su derecha. Obviamente, estaba poniendo en marcha la grabación pulsando el ratón o alguna de las teclas del ordenador. A la derecha de Ignacio, y de frente a la cámara, estaba sentado el que debía ser Luis Goma, el guardia civil jubilado que ya había sobrepasado el siglo de edad. Ciertamente, el paso del tiempo había dejado huella en él y le había dado un aspecto venerable y patriarcal. Su rostro estaba surcado de arrugas y el poco pelo que le quedaba en la cabeza era completamente blanco. Estaba sentado encorvado hacia delante, hacia la mesa, en lo que parecía una silla de ruedas. Al lado de Ignacio parecía muy pequeño, muy encogido bajo el peso de los años. Miraba a Ignacio con atención con unos ojos brillantes y achinados. Deduje que debía de haber perdido algo de vista porque en un momento de la conversación en que cogió la taza de café que tenía delante para beber un sorbo primero se la acercó mucho a los ojos, comprobando su contenido. Y también debía de haber perdido oído porque Ignacio le hablaba en un tono bastante alto. Lo que le funcionaba perfectamente, según se deducía de la grabación, era la memoria.

—Así que me decía usted que en 1934 estaba destinado aquí, en Seo de Urgel —decía Ignacio.

—Sí, yo era un crío entonces, estaba recién salido de la academia y fue mi primer destino. Yo soy nacido en Navas del Madroño, provincia de Cáceres,

¿sabe usted? —respondía Luis Goma—. Una tierra muy pobre. No he querido volver, no tengo nada allí, ni familia ni nada. Mis padres se fueron a trabajar a Madrid cuando yo era niño. Allí me crie.

—Pero cuando usted ingresó en la Guardia Civil se vino destinado aquí, a la Seo de Urgel —decía Ignacio, probablemente deseando evitar que el otro quisiera contarle toda su infancia.

—Sí, aquí, aquí, es donde he vivido más tiempo. Y donde me voy a morir —decía el anciano con una sonrisa pícaro—. Me ha dicho usted que viene de Pamplona, ¿verdad?

—Sí, vivo en Pamplona —respondía cautelosamente Ignacio.

—Yo también viví en Pamplona, ¿sabe? Cuando la guerra. Aunque no desde el principio. Al principio de la guerra yo estaba aquí, en la Seo. Pero luego me pasé al otro lado.

—Sí, pero eso ya es en 1936, yo le preguntaba por un poco antes, en 1934 —Ignacio trataba de reconducir la conversación al tema que le interesaba.

—Sí, sí, en 1936, entonces empezó la guerra. En julio —respondía el anciano, enfrascado en sus recuerdos y sin darse por enterado de la insinuación de Ignacio—. Cuando el alzamiento del Ejército en Marruecos. Hacía mucho calor, como ahora. Aquí en Seo de Urgel estábamos con la República, ¿sabe usted? Algunos mandos del cuartel de montaña se quisieron unir al alzamiento, pero no les siguieron y acabaron depuestos enseguida. Nosotros, la Guardia Civil quiero decir, nos quedamos en el cuartel, esperando órdenes del Gobierno. Pero, sabe, no llegaron órdenes concretas, solo que esperáramos.

Ignacio, resignado, se acomodaba en su silla, dispuesto a dejar que Luis Goma continuara con su relato, sin duda a la espera de tener una oportunidad de regresar a la época que le interesaba más.

—A los pocos días llegaron los anarquistas, los de la FAI, de Barcelona. En un montón de camiones, ¿sabe usted?, les habían dado armas y se hicieron los dueños de todo. Empezaron a detener gente por su cuenta. Y a fusilar también. A mí eso no me gustó nada. Nosotros estábamos para mantener el orden, y aquello era todo desorden. Allí nadie cumplía la ley. Lo peor de todo es que llegaron órdenes, de Lérida, o de Barcelona, no me acuerdo, de no poner pegos a los anarquistas, de no enfrentarnos a ellos y de colaborar en lo posible. Con el Comité de Milicias Antifascistas, que es como se llamaban. Resulta que mandaban ellos. Bueno, en realidad, no mandaba nadie, cada uno hacía lo que quería, las milicias no tenían disciplina. Y a nosotros no nos dejaban intervenir para poner orden.

—¿Y qué hizo usted? —preguntaba Ignacio, posiblemente picado por la curiosidad aunque el relato se estuviera alejando del tema que le había llevado allí. Había comenzado a tomar algunas notas en su cuaderno.

—Yo aguanté unas semanas, esperando que aquello se arreglara de algún modo. Pero fue a peor. Los anarquistas fueron deteniendo a la gente que tenían apuntada en unas listas. A los que no escaparon, porque mucha gente escapó a Andorra. Y muchas veces nos dieron orden de acompañar a los milicianos a detener gente. Los mandos nos decían que para asegurarnos de que llegaban vivos a la cárcel. A alguna de las cárceles, porque además de la oficial montaron otra en un convento. Y cuando íbamos nosotros, sí llegaban vivos. Pero muchas veces iban los milicianos solos, y entonces a los detenidos no los llevaban a la cárcel, los llevaban a la tapia del cementerio, o los llevaban al campo, y los fusilaban. Sin juicio ni nada. A mí no me gustó nada aquello. Pero los mandos nos decían que no podíamos intervenir contra las milicias, que eran órdenes.

El anciano se quedaba callado de vez en cuando, como ordenando sus recuerdos. Ignacio esperaba pacientemente a que continuara.

—Mataron a todos los curas que encontraron. Aquí siempre ha habido muchos curas, ¿sabe?, en la catedral, en el seminario. La mayoría desapareció en cuanto empezó la guerra, empezando por el obispo, se fueron a Andorra o se escondieron, pero los milicianos detuvieron a unos cuantos que no habían podido escapar. Los tuvieron pocos días detenidos. Los sacaron de la cárcel, los llevaron al campo y los fusilaron. Luego obligaron a unos payeses a enterrar los cuerpos, que fueron los que nos dieron la noticia. ¿Sabe usted?, yo no he sido nunca muy religioso, pero no me gustó que mataran a los curas. Solo por ser curas, ya ve usted. Y nosotros sin hacer nada.

Otro silencio. Como se prolongaba, Ignacio le animó a continuar.

—Y usted decidió pasar al otro lado...

—Lo peor, para mí, fue con un falangista —Luis Goma retomó su relato, aunque haciendo caso omiso de lo que le sugería Ignacio—. Yo creo que era el único falangista de la Seo. Nos enviaron a detenerlo a otro compañero y a mí, junto con unos milicianos. Lo llevamos a la cárcel y allí se quedó. Pero unos días más tarde los milicianos lo sacaron de la cárcel. El sargento me ordenó a mí y a otro compañero que le acompañáramos. Estaban subiendo al falangista y a otros detenidos a un camión. El sargento les preguntó que a dónde los llevaban, que aquellos detenidos eran nuestros y que había que esperar a que se tramitaran los procedimientos correspondientes. Los milicianos le dijeron al sargento que no se metiera en aquello, que se llevaban

a aquellos fascistas a darles su merecido. El sargento dijo que no se podía ejecutar a nadie sin juicio, pero los milicianos nos apuntaron con sus armas. Eran muchos más que nosotros. Nos amenazaron, nos preguntaron si es que también éramos fascistas, y se fueron con los detenidos. No pudimos hacer nada. Los fusilaron a todos, ¿sabe usted? Creo que el sargento presentó alguna queja, no sé a quién, pero allí nadie hacía caso de nada, y otros mandos veían bien lo que hacían los milicianos.

El anciano hizo otra pausa, tosió un poco, y retomó su historia.

—Yo conocía al falangista. Estaba casado y tenía dos hijos. No había hecho nada. Entonces los falangistas estaban prohibidos, había entre ellos muchos pistoleros que habían matado a mucha gente antes de empezar la guerra. Primo de Rivera estaba en la cárcel. Pero aquel no había podido hacer nada, era el único falangista aquí y llevaba una vida de lo más normal. Yo entiendo que hubiera que detenerlo, los falangistas habían conspirado contra la República, habían tomado las armas contra la República. Pero aquel falangista no había hecho nada, bastaba con detenerlo, no hacía falta matarlo, no era peligroso. Aquí hubo muchos abusos como ese.

—Usted no estaba de acuerdo... —le animaba a seguir Ignacio.

—Yo no estuve nunca de acuerdo, nosotros estábamos para mantener el orden, ¿sabe usted?, la Guardia Civil se fundó para mantener el orden. Para eso estábamos. Y no había ningún orden, cada uno hacía lo que quería. Los anarquistas tenían sometido a todo el mundo pero no tenían ninguna disciplina. Los milicianos se atrevieron a entrar en Andorra para perseguir a gente que había huido allí para ponerse a salvo, e incluso fusilaron a un cura francés. Hasta que llegaron los gendarmes, ¿sabe usted? Los franceses mandaron a los gendarmes a Andorra para que no entrara nadie desde este lado. Para poner orden. Es lo que teníamos que haber hecho nosotros. Poner orden. Como los gendarmes. Se quedaron toda la guerra, porque los andorranos apenas tenían policía.

Otra pausa en la que el anciano se sumía en sus recuerdos. Ignacio tosió pero antes de que pudiera hacer nada el otro retomó su historia.

—Yo tenía un amigo en los carabineros, ¿sabe usted? Ahora ya nadie se acuerda de los carabineros. Antes de la guerra guardaban la frontera, perseguían el contrabando y dependían de Hacienda. Después de la guerra los integraron en la Guardia Civil, ¿sabe usted? Como castigo, creo yo, durante la guerra les llamaban los Cien Mil Hijos de Negrín, cuando Negrín era ministro de Hacienda, la mayoría luchó a favor de la República. He tenido algunos compañeros que antes fueron carabineros. Mi amigo... Gregorio, se llamaba.

A veces me cuesta recordar los nombres de aquellos tiempos. Gregorio, sí, carabinero. Creo que era de Cuenca. Me dijo si me quería pasar al otro lado. Él tampoco estaba contento allí y, además, les habían dicho que les enviaban a luchar en el frente de Aragón. Él no quería ir al frente, aunque tampoco quería seguir allí sin hacer nada, viendo las barbaridades que hacían los anarquistas.

—Y se pasó usted... —Ignacio rompió otra de las pausas de Luis Goma.

—Yo no tenía nada contra la República, ¿sabe usted? Yo había jurado la bandera tricolor. No me gustó que los militares se alzaran contra la República, y que hubiera también guardias civiles que se alzaran. Nosotros estábamos para cumplir la ley y obedecer al Gobierno. Eso es lo que nos habían enseñado. Para eso me hice guardia civil. Pero aquí ya no había República, ni ley, ni orden, ni Gobierno. Aquí, mandaban los anarquistas a sus anchas. Antes de la guerra perseguíamos a los anarquistas y ahora mandaban ellos y ponían su bandera en lugar de la bandera de la República.

—Así que se fue con su amigo el carabinero —insistió Ignacio ante otra pensativa pausa del anciano.

—Así que le dije a Gregorio que me iba con él. Al otro lado. Al menos parece que allí había orden. Además, decían que faltaba poco para que cayera Madrid y acabara la guerra. No lo decían los periódicos españoles que nos llegaban, no, decían que los fascistas estaban siendo derrotados, pero también llegaban a veces periódicos franceses, y llegaban rumores desde Andorra. Decían que Madrid estaba a punto de caer y que el Gobierno de la República estaba pensando en irse a Valencia. Pensé que si acababa la guerra era mejor estar en el otro lado. Luego resultó que la guerra duró más tiempo de lo que esperaba nadie y, por lo que me contaron, a los anarquistas catalanes les dieron su merecido unos meses más tarde dentro del propio bando republicano.

—Así que se fueron al otro lado —intervenía Ignacio ante otro pensativo silencio de su interlocutor.

—Sí, nos fuimos. Gregorio, otro carabinero... no me acuerdo cómo se llamaba, y yo. Aprovechamos un momento que no estábamos de servicio, aunque entonces estábamos casi siempre de servicio, y cruzamos la frontera de Andorra.

—¿Les dejaron pasar? —preguntó, curioso, Ignacio.

—No cruzamos por el paso fronterizo, allí estaban los milicianos. Por si acaso, fuimos por otro camino, por el monte, era al principio del otoño y no había las dificultades del invierno todavía. En aquellos tiempos, en invierno,

la nieve cortaba las carreteras y no se podía pasar a Francia, ¿sabe usted? Entonces había muchos caminos para cruzar la frontera. Todo el mundo iba y venía, había muchos contrabandistas. Los carabineros se conocían a todos los contrabandistas y todos los caminos. Algunos carabineros también hacían contrabando, tenían negocio con los contrabandistas. —El anciano se reía—. Yo creo que Gregorio también era contrabandista. Y después de la guerra también, aquí ha habido contrabando siempre.

—Así que llegaron a Andorra sin problemas.

—Llegamos a Andorra, pero no nos quedamos más que un día. Gregorio conocía a gente que nos podía entrar en España pero en el otro lado. Llevamos todo el dinero que pudimos sacar para pagarles. Eran franceses. Debieron de hacer mucho negocio con la guerra, porque también pasaban gente del otro lado al nuestro. Cobrando siempre, claro.

—Y les llevaron al otro lado...

—Nos llevaron en un camión atravesando Francia, íbamos una docena, o más, a la frontera de Navarra, entramos por la frontera de... ¿El Carlos? —Goma dudó.

—Valcarlos.

—Eso, Valcarlos. Luego se sube hacia Roncesvalles, lo recuerdo. En la frontera nos presentamos a la Guardia Civil. Allí se seguía llamando Guardia Civil, ¿sabe?, en el otro lado, aquí, nos habían dicho que nos cambiaban el nombre por el de Guardia Nacional Republicana. Íbamos de paisano, pero yo llevaba la documentación para probar que era guardia civil, y lo mismo los carabineros. Nos hicieron esperar allí dos días, mientras recibían órdenes. Nos trataron bien y nos hacían muchas preguntas sobre lo que pasaba en el lado rojo. Así lo llamaban, ¿sabe usted?, el bando rojo en lugar del bando leal como decía la prensa que leíamos en la Seo de Urgel. Y allí, en Navarra, nos decían que estábamos en el bando nacional, en lugar de en el bando rebelde o fascista, como decíamos hasta entonces.

—Y de ahí fueron a Pamplona... —animaba Ignacio.

—Sí, nos llevaron a Pamplona. A mí me destinaron a la comandancia de Pamplona y allí pasé toda la guerra. A los carabineros los perdí de vista, no sé qué fue de ellos, de Gregorio, no lo volví a ver. Pamplona me gustaba, se vivía bien. Tuve suerte y no me tocó ir al frente. Pero no me gustaron tampoco algunas cosas que pasaban allí.

—¿Qué cosas?

—Allí también sacaban presos de la cárcel y los fusilaban sin juicio ni nada. Me tocó un par de veces ir a la cárcel y acompañar a los presos. Íbamos

de noche, en camiones, fuera de Pamplona hacia una sierra... ¿Cómo se llamaba? —dudaba el anciano—. Muy cerca de Pamplona. Hacia el sur.

—¿La sierra del Perdón? —le apuntaba Ignacio.

—Eso, eso, del Perdón. Vaya nombre, ¿eh? Entonces nadie perdonaba nada. Fuera de Pamplona entregábamos los detenidos a los falangistas y nosotros nos volvíamos a la ciudad. Allí se quedaban, en el monte. No nos decían qué pasaba con ellos, pero todos sabíamos que los fusilaban en el monte y que los enterraban.

—Y usted tampoco estaba de acuerdo.

—No, aquello tampoco era conforme a la ley, fusilar sin juicio. Las cosas hay que hacerlas bien. Si alguien se merece una pena de muerte, tiene que haber un juicio primero y una sentencia. Pero yo solo era un guardia y no podía hacer otra cosa que obedecer las órdenes. Y nada de rechistar ni criticar. Allí había mucha disciplina. No se podía hablar de esas cosas. Ahora se puede hablar, pero entonces no. No se podía hablar de los abusos que hubo durante la guerra, y también luego, cuando acabó la guerra, siguió habiendo fusilamientos. Ahora me da igual hablar, ya no queda nadie de aquellos tiempos.

16

Detuve el video y fui al cuarto de baño a beber un poco de agua. Me pareció que la del grifo era suficientemente potable y que no necesitaba abrir el minibar para beber agua mineral. La última parte de la historia que contaba Luis Goma me había sonado familiar. Y seguramente a Ignacio también cuando la oyó. Casualidades del destino, le había oído contar otra versión de los mismos hechos a Maite o, al menos, me sonaba a que eran los mismos hechos. Su abuelo materno había sido encerrado en la cárcel de Pamplona en el verano de 1936 por sus ideas republicanas. De allí lo sacaron un tiempo después sin procedimiento judicial alguno para llevarlo a algún lugar de la sierra del Perdón y ser fusilado. A saber si no fue en uno de esos siniestros viajes en los que participó, a su pesar pero disciplinadamente, Luis Goma.

Maite me lo contó cuando llevábamos ya muchos años siendo amigos. Era algo de lo que nunca hablaba, hasta tal punto que me dijo que, aparte de Ignacio, era la primera persona a la que se lo contaba. Simplemente, era algo sobre lo que se había acostumbrado desde niña a no hablar. Un tema que en su familia no se mencionaba, un tema tan tabú como el sexo o el dinero. Maite suponía que lo mismo pasaba en muchas familias alguno de cuyos miembros había sido asesinado durante la Guerra Civil por motivos políticos. Los supervivientes, las viudas, los huérfanos, habían aprendido que era mejor no hablar de aquello mientras duraba la guerra, y luego mientras duró el franquismo, y luego ya se había vuelto costumbre, una costumbre que se transmitió a los nietos que, de algún modo, eran herederos del mismo trauma. Solo alguna vez, como confidencia, la abuela de Maite le había relatado su historia, cómo la habían dejado viuda con cuatro hijos pequeños a los que tuvo que sacar adelante. Solo de pasada, con circunloquios, había oído a sus padres o a sus tíos a veces referirse a la guerra y a la trágica muerte del abuelo. En el álbum familiar solo había una fotografía del abuelo, la del día de su boda, sonriente, junto a la abuela, él de traje y corbata y ella con vestido negro y mantilla, los dos increíblemente jóvenes, solo el color sepia de la fotografía les daba aspecto de poder ser abuelos de alguien.

Posiblemente era muy incómodo hablar de los asesinados en una sociedad tan pequeña como la navarra, donde tenían que convivir todos, los que habían ganado la guerra y los que la habían perdido, los que habían matado y a los que les habían matado a alguno de los suyos. A menudo, unos y otros eran vecinos, o eran amigos, o habían sido amigos, o trabajaban juntos, o incluso eran parientes. Entre los vencedores sería igualmente incómodo hablar de los asesinatos, nadie querría hacerse responsable de ellos, siempre habrían sido otros. Cosas de la guerra, era preferible decir. Y olvidar, o hacer como que se olvidaba, porque había que seguir conviviendo y viéndose todos los días. En la propia familia de Maite, como en tantas otras, había habido de todo, aunque mucho más de un lado que del otro. Su abuelo paterno había sido requeté y había combatido en la guerra, igual que varios de sus tíos abuelos. Un tío abuelo había ido al frente como voluntario con los falangistas para purgar su culpa de haber simpatizado con los nacionalistas vascos y, luego, para seguir haciendo más méritos, se fue con la División Azul a Rusia, pero otro, la oveja negra de la familia, había sido comunista y había pasado por la cárcel, aunque tuvo suerte y vivió para contarlo. De todo eso Maite tenía noticias vagas e incompletas. Apenas se hablaba de aquello.

Sí le habían contado a Maite que muchos años después de la guerra se mantenía una división soterrada entre los que habían ganado y los que habían perdido. Cuando sus padres se prometieron en matrimonio hubo quienes hicieron prudentes advertencias en contra de aquel enlace a la familia de él. Ella era hija de un fusilado, alguien poco deseable para emparentar. Aunque fuera buena persona, sí, pero ya se sabe, podía haber comentarios, las autoridades tomaban nota de todo, él era funcionario... Con buen criterio, ni su padre ni el resto de la familia hicieron caso de tales advertencias.

A raíz de que Maite me contara aquellas noticias sobre su familia, caí en la cuenta de que, en realidad, en mi propia familia tampoco se solía hablar de todo aquello y yo también sabía muy poco sobre cómo habían vivido la época de la guerra. Mis padres no la conocieron, pero sí mis abuelos. Creo que en mi familia no resultó nadie muerto. Por lo que sé, todos mis abuelos y tíos abuelos murieron de muerte natural, pacíficamente, en la cama, años después de que acabara la guerra, a algunos les llegué a conocer. Como la mayoría de la población en Navarra, eran más los que simpatizaban con el bando vencedor. Un tío abuelo mío había sido voluntario requeté y él sí que alguna vez contaba alguna de sus aventuras bélicas en la sierra de Guadarrama. A los niños, no a los mayores. Aunque me queda la idea lejana, de aquellos tiempos infantiles, de que no hablaba bien de Franco ni de su régimen, era uno de los

muchos carlistas que pese a haber ganado teóricamente la guerra quedó decepcionado de su desenlace político. Pero también tuve otro tío abuelo que cuando la guerra se fue a Francia, y luego pasó muchos años en México, regresó a Pamplona cuando era muy mayor y entonces es cuando yo le conocí, ya pocos años antes de su muerte. Nunca nos dieron muchos detalles de las causas por las que se fue, pero deduzco que debió de ser para salvarse de acabar en la cárcel o en el cementerio, a diferencia del resto de la familia debía de ser republicano o socialista y por eso no volvió hasta después de que muriese Franco.

Hablé alguna vez de todo esto con Ignacio. No me dio detalles del todo precisos sobre su familia, me dio la impresión de que le pasaba lo mismo, que era un tema del que no se hablaba mucho y de que tenía una información incompleta. En su caso, parece que la familia le quedó partida en dos con la guerra, unos en un bando y otros en otro. Como había en su familia muchos militares y muchos guardias civiles, estaban destinados en diversos lugares de España y, en general, obedecieron a los mandos y a las autoridades que les tocaron en suerte. Unos se mantuvieron leales a la República, otros apoyaron el alzamiento militar. Por lo que he leído, hubo mucha gente, sobre todo militares y funcionarios, a la que no le quedó otro remedio que hacer lo propio. Quienes estaban muy politizados o militaban en algún partido eligieron bando al margen de cuál triunfaba en el lugar donde vivían, y muchas veces ello les llevó a la cárcel, a la muerte, o a tener que salir huyendo, pero muchos otros se acomodaron como pudieron a la situación que les tocó vivir. En la familia de Ignacio hubo de todo; mártires por Dios y por España muertos en combate; supervivientes en el bando vencedor que hicieron buena carrera después de la guerra; algún muerto en combate en el bando republicano que no recibió honores ni tuvo tumba conocida, algunos detenidos y depurados después de la guerra que tuvieron que buscarse otra profesión; también algún exiliado que pasó por los campos de concentración en Francia y ya no volvió nunca. Me recalaba que la Guardia Civil no estuvo con ninguno de los dos bandos, que hubo guardias civiles en los dos y en parecida proporción, y que por ello en ambos se sospechó de su lealtad. Decía que la imagen de una Guardia Civil franquista es posterior, de cuando fue depurada y se sustituyeron a todos sus mandos por militares fieles al régimen. Y que pese a lo que cree mucha gente, no todos los guardias civiles del presente son de derechas ni nostálgicos del franquismo. Él, desde luego, no, decía con énfasis.

Aunque no fuera un tema del que se hablara, Ignacio tampoco lo rehuía, y de hecho había publicado algún trabajo histórico referido a la Guerra Civil. No hay que olvidar, decía, una cosa es perdonar y reconciliarse y otra olvidar. Hay que conocer la historia para no repetirla, me comentó más de una vez.

—Quienes hablan despectivamente de «otro libro sobre la Guerra Civil» —me dijo en una ocasión— suele ser porque quieren que los demás olviden. Algunos, quizás, porque tienen cosas que ocultar, que se beneficiaron y que se siguen beneficiando de aquella tragedia, ellos, su familia, su partido, o quieren justificar con el silencio lo que no se atreven a justificar expresamente. Pero para poder convivir tenemos que tener la honradez de conocer el pasado, también las épocas más negras. Y no pretender justificar unas barbaridades con otras, como si dieran igual y todo quedara compensado.

Alguna de aquellas conversaciones con Ignacio sobre guerra y reconciliación nos llevó al tema de su atentado. Le pregunté si también creía en la reconciliación con quienes le habían puesto la bomba y con quienes les justificaban o jaleaban. Guardó un largo silencio antes de responderme.

—No quiero venganza y no quiero guardar rencor. Sentí mucho odio al principio, los primeros meses después del atentado. Me habían jodido la vida. Si entonces me los ponen delante, los mato. Pero luego me di cuenta de que seguía teniendo una vida por delante y de que, si seguía odiando y sintiéndome indignado por la injusticia, sintiéndome una víctima, entonces me iba a joder yo mismo la vida. Y se la iba a joder a Maite. Iba a dejar que ellos ganaran. Así que decidí no odiar, decidí superarlo. Me costó, no creas. No es fácil. Pero creo que lo conseguí.

—¿Has perdonado a los terroristas que te pusieron la bomba? —le pregunté.

—No sé muy bien qué es eso de perdonar. ¿Renunciar a la venganza? No pienso en la venganza, no me aportaría nada. Además, nunca fueron identificados los etarras que pusieron la bomba. Me cuesta dirigir deseos de venganza contra nadie en particular, o contra el mundo en general. Pero perdonar... borrar las culpas, no sé, a lo mejor Dios puede perdonar, no sé si los humanos tenemos ese poder.

Me dijo también que envidiaba a las víctimas del terrorismo que eran capaces de acudir a una cárcel y entrevistarse con miembros de ETA arrepentidos. Eso era señal de que habían superado el odio. Pero él no se sentía tan capaz de hacerlo.

—Prefiero no tener que sentarme a hablar con un terrorista. No sé cómo reaccionaría. A lo mejor se me venía abajo todo el esfuerzo que he hecho, no para olvidar, nunca hay que olvidar, para renunciar a la venganza personal. Me basta pensar con que se aplica la ley y que ellos han perdido. Porque han perdido, aunque salgan de la cárcel, van saliendo cuando les toca conforme a la ley, tras pagar sus culpas.

En una ocasión hablamos de estos temas los tres, Maite, Ignacio y yo. Maite era más partidaria de olvidar. Se notaba que le incomodaba el tema.

—Sí, ya sé que mucha gente no quiere olvidar, y quiere que se recuerde a los muertos. Lo mismo los de la Guerra Civil que los de ETA. Yo les entiendo, tienen derecho, me parece bien que lo puedan hacer si lo necesitan. Pero a mí no me gustan esos actos de recuerdo. Prefiero no ir. No digo olvidar pero... no se puede estar siempre lamentándose del pasado.

Un hermano de Maite militaba activamente en una asociación de fusilados en la Guerra Civil. Ella prefería estar apartada de aquello. Como única excepción, había acudido con su familia cuando se inauguró un monumento en Sartaguda con los nombres de todos los muertos en Navarra, incluyendo el de su abuelo.

—Sí, ya entiendo a la gente que necesita buscar los restos de sus familiares que aún están por ahí, en el monte, en las cunetas —decía—. Me parece bien que lo puedan hacer, que se les reconozca el derecho a hacerlo. Pero yo, la verdad, no tengo ninguna necesidad de que busquen a mi abuelo. Y mi madre tampoco, y si viviera mi abuela yo creo que tampoco. Nunca habló de buscarlo.

A Maite no le gustaban nada los cementerios. Decía que la agobiaban mucho todas aquellas lápidas con los nombres de los muertos, todas las esculturas de piedra, todo aquel mármol, tan frío. No tenía ningún deseo de ir a un entierro ochenta años después de la muerte de su abuelo.

—Alguna vez que hemos subido al Perdón, arriba, donde los molinos de viento, donde se ve toda la cuenca de Pamplona hacia un lado y toda la Zona Media hacia el otro, en días claros hay muy buena vista, me he acordado de mi abuelo, que probablemente está en una fosa por ahí, en el monte, con otros fusilados como él. Y, la verdad, me parece mejor sitio para estar enterrado que un cementerio. Allí, entre los árboles, entre las flores silvestres, hay más paz que en los cementerios.

Ignacio le daba la razón en lo de no mover a los muertos, pero insistía en que no había que olvidar.

—Hay que recordar toda nuestra historia, lo bueno y lo malo. Lo malo para no repetirlo. Y sobre todo, recordarlo todo, a todos los muertos. No entiendo a esa gente que se acuerda tanto de los muertos en la Guerra Civil, a los de un bando, claro, pero dice que es mejor olvidar lo de ETA. Y los que hacen al revés, prefieren olvidar la Guerra Civil pero exigen que se recuerde permanentemente los asesinatos de ETA. No, hay que recordar a todas las víctimas. Aunque no sean iguales, y a cada una haya que recordarla en su momento y del modo que proceda en cada caso, pero hay recordarlas a todas. Mejor recordar víctimas que recordar supuestos héroes, como se hacía antes.

Me acordé de estas conversaciones al ver a Ignacio hablando con Luis Goma en la Seo de Urgel. Sin duda que, pese a que iba inicialmente con otra historia, enseguida le atraería aquel tema lateral, como hubiera dicho él. Le interesaría mucho lo que tuviera que contarle aquel testigo superviviente de la guerra y, además, guardia civil como él. Una vez me comentó que en su tesis, en su libro sobre la Guardia Civil en Navarra, la parte que le había quedado más floja era precisamente la referente a la guerra.

—Parece mentira —me dijo—, pero todavía hay muchos archivos sobre la época cerrados. Y en los que están abiertos, muchas veces falta casi toda la documentación de esos años. Hubo voluntad de impedir que se investigara, que se supiera, y parece que en algunos lugares todavía hay gente con la misma intención. Empeñados en el olvido por decreto.

¿Podía tener que ver su muerte más con los recuerdos sobre la Guerra Civil de Luis Goma que con la ridícula historia del rey de Andorra? ¿Podría tener algo que ver con su encuentro con Luis Goma? Me volví a sentar ante el ordenador y presioné el mando para seguir viendo la grabación. Justo en aquel momento sonó mi móvil. Volví a detener el video y miré la pantalla del teléfono. Era Alberto, un amigo de los de siempre.

—Hola, ¿qué tal? —saludó.

—Bien. ¿Qué me cuentas?

—Hoy ha venido a interrogarme la policía. Dos policías nacionales.

—¿Y sobre qué?

—Pues sobre Ignacio, sobre la muerte de Ignacio. Me han tenido un buen rato. Que si de qué le conocía, qué relación tenía con él, si sé algo sobre su muerte, si tenía enemigos, si hay alguien que pudiera tener motivos para matarle... En fin, yo a todo que no, que no tengo ni idea, claro.

—Es lo normal, supongo que irán preguntando a toda la gente que le conocía...

—Sí, sí, yo he pensado lo mismo. De hecho, he hablado con Patxi y también han ido a verle a él. Pero mira, lo que me ha mosqueado, por eso te llamo, es que me han preguntado mucho sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Sí, casi tanto como sobre Ignacio. Que si te conozco, de qué, qué relación tenías con Ignacio, y con Maite, si habías tenido algún problema con ellos... En fin, me sonó raro. Como si fueras sospechoso.

—Hazte a la idea de que todos somos sospechosos, todos los que conocíamos a Ignacio, mientras no tengan pruebas contra nadie. Y de momento, parece que no tienen nada.

—Sí, ya me imagino que tienen que sospechar de todo el mundo, pero, oye, si lo mataron en Seo de Urgel, es raro que vayan a sospechar de gente de Pamplona, que estábamos en Pamplona cuando lo mataron.

—Por si acaso, preguntan de todo. Es lo normal.

—Entonces, tú que estás enterado, ¿no hay nada nuevo?

—Nada de nada. Precisamente estoy en Seo de Urgel, Maite me ha pedido que siga el asunto, nos vamos a personar en la causa, y por lo que sé la investigación avanza poco.

Me despedí de Alberto con la preocupación de ver confirmadas mis suposiciones. Me habían puesto en la lista de sospechosos y en lugar preferente. Pero poco iban a encontrar interrogando a mis amigos.

Volví a situarme frente a la pantalla del ordenador para continuar viendo la grabación.

—Así que vio usted muchos abusos en los dos lados... —interpelaba Ignacio.

—Sí, sí, en los dos lados. Y también después de la guerra, cuando volví —contestaba Goma.

—¿A Seo de Urgel? —le animaba a seguir Ignacio.

—Sí. Cuando acabó la guerra, un poco más tarde, me destinaron de nuevo aquí. Hacía falta gente, ¿sabe usted?, habían desaparecido casi todos los guardias. Unos huyeron a Francia por Andorra cuando se retiró el ejército republicano. Otros acabaron en la cárcel, otros fueron depurados y expulsados de la Guardia Civil. Como yo conocía esta zona me trajeron de vuelta. Y luego ya me quedé, ¿sabe? Me casé aquí, con una chica de Seo de Urgel. Mi mujer, Elena, ya murió. Y aquí nacieron mis hijos.

El anciano se sumergió en otro de sus silencios. Debía de estar recordando a su esposa. Ignacio respetó su silencio y esperó pacientemente a que retomara su relato.

—Fue un destino duro, aquí, en la frontera, aquellos años. Mucho peor que antes de la guerra. Teníamos que vigilar la frontera, ya no estaban los carabineros, y por aquí pasaba todo el mundo. No solo los contrabandistas, como antes de la guerra. Primero, los fugitivos que huían de España porque habían sido republicanos, rojos, decíamos. Los perseguíamos y los metíamos en la cárcel. Pero muchas veces nos ordenaron tirar a matar. Ahí, entre los montes, quedaron algunos muertos. Algunos sin enterrar. Tampoco me gustaba eso. Pero tenía que cumplir las órdenes y si nos ordenaban disparar había que disparar. Luego desaparecieron los fugitivos que iban a Andorra pero aparecieron los maquis. Aquí entraron poco, pero alguna vez tuvimos un tiroteo con ellos. Lo que hubo mucho fueron fugitivos que venían de Francia y querían entrar en España. Eso cuando la Guerra Mundial, cuando estaban los alemanes en Francia, ¿sabe usted? Unas veces nos decían que había que cerrar la frontera, que no pasara nadie, y otras veces teníamos que hacer la vista gorda. Nunca sabíamos qué órdenes nos iban a dar.

—¿Qué gente pasaba por la frontera? —preguntaba Ignacio.

—De todo. Franceses que huían de los alemanes. Bastantes judíos. Desertores. Y también algunos ingleses, aviadores que habían caído en Francia. Y al final de la guerra también americanos, y también luego soldados alemanes que habían desertado o que habían caído prisioneros y conseguían escapar. Y nazis que huían de los juicios que hicieron los aliados. Sabe, esta frontera ha sido siempre como una autopista.

Goma se rio de su broma y continuó.

—Yo siempre he dicho que no se podían poner puertas al campo, que es imposible cerrar toda la frontera, todos los Pirineos. Pero da igual, teníamos que patrullar por los montes, teníamos que vigilar, teníamos que apresar a los que querían pasar sin papeles. Así estuvimos muchos años. Aunque yo siempre preferí estar en la frontera, sobre todo después de la guerra. Otros compañeros tuvieron que vigilar la cárcel, a los prisioneros. Alguna vez aplicar la ley de fugas. Alguna vez tuvieron que fusilar también.

Otro silencio. Ignacio tomaba notas en su cuaderno. Se oyó una voz femenina, de alguien que quedaba fuera de la pantalla, y los dos dirigieron su mirada hacia la propietaria de la voz.

—¿Están bien? ¿Otro café?

—No, gracias —contestaba cortésmente Ignacio.

—Un poco de agua, que se me queda la boca seca de hablar —pedía Luis Goma.

De pronto irrumpía en la pantalla una mujer mayor, con el pelo gris, podría tener unos setenta años, aunque al lado del centenario parecía joven, se la veía muy ágil. Se inclinaba sobre él, le recolocaba la chaqueta de lana que llevaba puesta, le pasaba cariñosamente la mano por la frente.

—Ahora mismo. ¿No tienes frío? —le preguntaba.

—No, no, estoy bien —contestaba él.

Su hija, pensé. O su nuera, mejor, había leído en las notas de Ignacio que había hablado por teléfono con su nuera para concertar la entrevista. Su nuera que sería quien, según parecía, le cuidaba. Y probablemente también hubiera un hijo, el marido de ella, de momento no aparecía en la pantalla pero posiblemente Ignacio también hubiera hablado con él.

Ella desaparecía de la pantalla y, tras la interrupción, Ignacio trataba de retomar la conversación.

—Así que prestó servicio aquí, en la frontera, muchos años...

—Toda la vida, ahora me parece toda la vida. Bueno, no, muchos años, pero los últimos años antes de jubilarme ya no, estuve aquí en el cuartel de la Seo.

—¿No tuvo otros destinos?

—No, no quise pedir otro destino. Aquí estaba bien, y me permitieron quedarme. A lo mejor porque hablaba un poco de francés, que siempre venía bien. Y así hasta la jubilación. Hace ya muchos años que me jubilé, ya casi llevo tantos años jubilado como los que estuve de servicio. —El anciano se reía—. Estarán deseando ya que me muera y dejar de pagarme la pensión. Les estoy saliendo muy caro.

Ignacio sonreía, un poco incómodo, sin saber qué decir.

—Pero usted quería preguntarme por algo de antes de la guerra —recordó súbitamente el centenario.

Otra breve interrupción, la nuera entraba en la pantalla y dejaba dos vasos con agua y una jarra llena sobre la mesa.

—Aquí tienen. He pensado que igual usted quiera un poco luego —le decía a Ignacio.

—Gracias —contestaba él, y ella desaparecía. Luis Goma daba unos sorbos de su vaso.

—Qué rica, tan fresquita. Me gusta hablar, pero se me seca la boca... ¿Qué estábamos diciendo?

—Me iba a hablar usted de antes de la guerra —aprovechaba la ocasión Ignacio—. De cuando el rey de Andorra. En 1934.

—¡Ah, sí! El ruso. Sí, eso fue un poco antes de la guerra, cuando yo acababa de llegar aquí.

—¿Le conoció usted?

—Nunca hablé con él, no, pero le vi muchas veces, como todo el mundo por aquí. Un hombre alto, con pinta de extranjero. Llamaba la atención, llevaba monóculo. Se alojaba en el hotel Mundial. Entonces era el mejor hotel de la Seo, lo cerraron ya hace unos años, estaba en la calle Sant Ot, junto a la plaza de Cataluña, ahora allí hay una caja de ahorros. El ruso, así le decíamos, aunque no sé si era ruso de verdad, otros decían que era polaco, entraba y salía del hotel y andaba por la calle con mucha gente, sobre todo con la americana, una mujer mayor, a mí me parecía muy mayor entonces, que decían que era millonaria. Bueno, toda la gente que se alojaba en el hotel me parecía a mí millonaria.

—Así que dio que hablar en la ciudad...

—Sí, claro, vinieron muchos periodistas, de Barcelona, y de Madrid, y también de Francia. Siempre había gente alrededor del hotel. Hizo mucho negocio con todo aquello.

—¿Y qué recuerda de aquel ruso? —insistía Ignacio ante una nueva pausa.

—Había muchos rumores. Unos decían que iba a ser rey de Andorra, otros decían que no era más que un chalado, o un estafador. Por si acaso, los mandos nos dieron órdenes de observar bien todo lo que pasara alrededor del ruso y del hotel.

—¿Sabe si llegó a pasar a Andorra para que le nombraran rey?

—No, le habían expulsado de Andorra, yo creo que por eso estaba en la Seo, porque no le dejaban entrar.

—¿Le detuvieron ustedes? Quiero decir, la Guardia Civil.

—No, no, nosotros simplemente teníamos bien vigilado el hotel y toda la aglomeración de periodistas que había allá. Entonces el cuartel, el viejo, ¿sabe usted?, lo teníamos en la calle del Carmen, muy cerca del hotel, así que no le perdíamos de vista, pero en realidad no pasó nada.

—Así que no tuvieron que intervenir...

—No. Un día nos dijeron que lo habían detenido los de Vigilancia, ¿sabe usted?, la Policía Gubernativa que se decía entonces, que luego se convirtieron en la Policía Armada, después de la guerra, ¿sabe? Y luego vinieron unos policías de Barcelona, de paisano, para llevárselo.

—Entonces, la Guardia Civil no participó en la detención.

—No, no, fue la Policía Gubernativa, ya le digo. Yo vi el coche salir del hotel, cuando se lo llevaban detenido, pero nada más. Se lo llevaron a Barcelona y no volvió nunca. Leímos en la prensa que se había proclamado rey de Andorra, hicimos muchas bromas de aquello. Los andorranos también se reían, cuando hablé con alguno de los que venían por la Seo. ¿Para qué queremos un rey?, decían. Ya tenemos a los príncipes. Decían que el ruso era un loco y que por eso le habían expulsado de Andorra. Y luego leímos en los periódicos que también le expulsaron de España.

Ignacio tomaba notas en su cuaderno. El anciano volvió a quedarse en silencio y tomó otro sorbo de agua.

—En cuanto se lo llevaron, desapareció todo el mundo. Los periodistas, y la americana.

—¿Y dice que no volvió más? —insistía Ignacio.

Goma se rascaba la cabeza, haciendo memoria.

—Al tiempo, esto debía ser un poco antes de la guerra, en la prensa contaron que había vuelto a España, que estaba en Madrid. Se rumoreó que podía volver por aquí, hacer otro intento de convertirse en rey de Andorra. Pero empezó la guerra y no sé qué fue de él, supongo que debió de salir

pitando de España. Y no nos volvimos a acordar de él durante muchos años. Aunque, de vez en cuando, viene alguien y pregunta por aquella historia, como usted. Ya casi nadie se acuerda, yo soy el único que queda de aquella época. —El anciano se reía otra vez.

—Pero ya sabe usted que se ha escrito mucho sobre aquel ruso.

—Eso dicen, eso dicen, yo no he leído nada. No leo más que el periódico, y ahora poco porque ya no veo bien. Me lo lee Marisa.

—No le quiero molestar más —decía Ignacio—. Ha sido usted muy amable.

—No es ninguna molestia. Tampoco tengo otra cosa que hacer. Los viejos nos dedicamos a recordar otros tiempos...

—¿Le importaría si vuelvo otro día y seguimos hablando de aquellos tiempos? —preguntaba Ignacio.

—Venga cuando quiera. Si no me he muerto todavía... —bromeaba Luis Goma—. Llámeme cuando quiera, aunque yo nunca me pongo al teléfono, no oigo bien. Pero hablará con mi hijo, o con mi nuera. Con mi nuera, seguramente, mi hijo no está nunca, está siempre en el bar, tampoco tiene otra cosa que hacer. Está también jubilado, ¿sabe usted?, también de la Guardia Civil. Mi hijo mayor, digo, el pequeño vive en Barcelona.

—Gracias, le llamaré.

En la pantalla se veía cómo Ignacio se giraba hacia la cámara y alargaba el brazo. La grabación finalizaba allí.

Salí del hotel para dar un paseo y buscar dónde cenar. Eran cerca de las nueve y empezaba a anochecer, pero todavía había bastante luz y apenas había aflojado la temperatura. Mientras caminaba sin prisa iba repasando lo que acababa de ver. Me sentía un poco decepcionado. No me parecía que aquella entrevista grabada entre Ignacio y el antiguo guardia civil fuera a ayudar a aclarar nada. Se confirmaba la información que Ignacio ya había ido recopilando. La supuesta invasión de Andorra por la Guardia Civil para detener al rey Boris I que le había llamado tanto la atención y que le había animado a emprender la investigación no era más que una leyenda. Ignacio había tenido la suerte de encontrar un testigo todavía vivo de lo sucedido en aquella lejana época. Pero aquella información ni era secreta ni podía constituir el móvil para ninguna muerte. El agresor de Ignacio, o los agresores, no podían estar buscando aquello en su ordenador. Y luego estaban todos aquellos recuerdos sobre la Guerra Civil. Ignacio había ido buscando una historia curiosa, un sainete, una opereta, un vodevil, como repetían las crónicas de la época, y acabó encontrando otra historia mucho más trágica. Aunque, pensándolo bien, me dije, la historia del rey de Andorra también tenía su reverso siniestro. La mayoría de quienes escriben sobre ella suelen tomarlo por el lado frívolo. Incluso tienden a simpatizar con Skossyreff, con Boris I de Andorra, a presentarlo como un personaje divertido, un encantador y atractivo farsante que protagoniza una entretenida comedia de enredo. Pero no se trataba solamente de un estafador y falsificador que vivía del cuento y que se aprovechaba de las mujeres que se cruzaban en su camino, de un simpático canalla. Simpático para quien no hubiera sido engañado por él, claro, a sus víctimas seguro que no les parecía nada simpático. Además de ser un sujeto sin escrúpulos y un mentiroso sistemático, colaboró con los nazis voluntariamente, se integró en la Wehrmacht y muy posiblemente pudo ser cómplice de torturas a prisioneros y de otros crímenes de guerra. Un lado tenebroso que suele ser pasado por alto.

Sin duda, todos los datos sobre la Guerra Civil con que se halló Ignacio eran también interesantes, muy valiosos para cualquier historiador que se ocupe de la época ya que la generación que la conoció va desapareciendo y pronto no quedarán testigos. Y un testigo que fue guardia civil durante muchos años, doblemente interesante para Ignacio. Probablemente cuando le preguntaba a Luis Goma si podía volver a hablar con él otro día estaría pensando en obtener más información sobre la guerra, o las guerras, porque la II Guerra Mundial también debió de ser un tiempo muy movido en aquella frontera. Lo del rey de Andorra no daría para más. Así lo sugería la última de sus notas. Otros temas laterales, frontera, guerra civil. Sí, seguro que hay muchas anécdotas todavía no contadas, las fronteras son siempre lugares que dan mucho juego y esta frontera de Andorra tiene pinta de albergar muchas historias. Pero todo aquello tampoco ofrecía ninguna pista que ayudara a saber quién pudo matar a Ignacio. No podía considerar como sospechoso a Luis Goma, inmovilizado en su silla de ruedas, ni a su familia con la que no parecía haber tenido mucho más contacto que el que se veía en la grabación. Muy dudoso que alguien quisiera ocultar el relato del anciano sobre la Guerra Civil, después de tantos años.

Tenía que haber algo más. Y quizás estuviera fuera del ordenador, quizás el contenido del ordenador nos estuviera distrayendo. Maldita sea, me dije. Eso mismo pensaría el sargento Roca y volvería a centrar sus sospechas en mí. En mí y en Maite. Roca podía sospechar, era lógico, yo también lo haría en su lugar, que todo el asunto del ordenador portátil de Ignacio no fuera sino una maniobra para despistar. Podía pensar que habíamos dado instrucciones al sicario que contratamos para que, una vez muerto Ignacio, se llevara el ordenador. Y luego, también para confundir a los Mozos de Escuadra, le habríamos sacado el disco duro y lo habríamos tirado a la basura. Lo podíamos haber hecho nosotros mismos cuando estuvimos la semana anterior en Seo de Urgel. Y lo de venir corriendo yo con los archivos copiados en una memoria... pues podría ser parte de la misma farsa. Para fingir que estábamos ayudando a la investigación, pero en realidad para intentar distraer a los policías. Con unos archivos que Maite y yo decíamos que eran los que Ignacio tenía en el ordenador portátil, pero aparte de nuestra palabra no había ninguna prueba que acreditara que no hubiese otros. Y ni siquiera yo podía tener la certeza de que los archivos que descargué de la nube coincidieran exactamente con los que había en el ordenador portátil; esa era una presunción que había hecho Maite. Solo Ignacio lo podía haber confirmado, pero estaba muerto. O lo podría confirmar quien tuviera el disco duro que,

quizás, pensaría Roca, se hubiese hecho con él también por el único motivo de desviar las sospechas y despistar a los investigadores. Estas reflexiones me llevaban a otra vía muerta.

En mi distraído paseo había llegado a la plaza de Cataluña. Me acordé de que el antiguo hotel Mundial debía de estar allí mismo. Y, efectivamente, tal como había dicho Luis Goma en su conversación con Ignacio, haciendo esquina había un edificio de cinco pisos con una sucursal de Caixa Catalunya en la planta baja. Un edificio con cierto aspecto señorial, pintado en un tono pastel, probablemente construido a principios del siglo XX, que debió de ser el antiguo hotel. El lugar donde el falso Boris I había instalado su ficticia corte y donde había sido detenido.

Me senté en la terraza de un bar donde servían comidas con la intención de cenar allí mismo. En fin, decidí mientras me tomaba una caña, la cosa no tiene remedio. Si Roca, a falta de otros sospechosos, quiere sospechar de nosotros, todo lo que hagamos le parecerá sospechoso. Yo mismo voy inventándome motivos de sospecha. Pero no tengo que ponerme paranoico, no tengo nada que temer. Roca habrá comprobado nuestras coartadas, habrá pedido toda la información posible sobre nosotros y no podrá encontrar la menor prueba en nuestra contra. Y como buen policía tendrá que contemplar varias posibles líneas alternativas de investigación e ir siguiendo todas, sin prejuzgar nada mientras no tenga pruebas. Que no las tiene.

Me tranquilicé mientras me comía una ensalada al estilo catalán, con embutidos, y me premiaba con un helado de postre. No me debía preocupar por ser o no sospechoso. Me debía preocupar por saber qué le había sucedido a Ignacio. Sobre todo por Maite, la pobre no superaría bien aquello si no tenía una respuesta. No le sería fácil olvidar. Y de momento no era capaz de vislumbrar ninguna respuesta.

CUARTO
Malditas coincidencias

Al día siguiente me di el lujo de no madrugar y de desayunar sin ninguna prisa. Había quedado a las once en el despacho de los procuradores. Estaba cerca del hotel, como casi todo en el centro de Seo de Urgel, en la calle Portal de Andorra. Me acerqué andando y disfrutando de otra mañana soleada y, todavía, de agradable temperatura. De los dos hermanos que llevaban el despacho me recibió la hermana, Carme Casadet, una mujer bajita y regordeta de unos cuarenta años y de trato muy agradable. Le puse en antecedentes de la causa que se tramitaba por la muerte de Ignacio y el interés de su viuda por seguirla de cerca. Se mostró muy comprensiva. Le entregué los documentos que había preparado a falta de su firma para personarnos y para solicitar copia de las actuaciones. Le comenté también que quizás, según fuera la marcha del asunto, nos podía interesar buscar algún abogado en la Seo de Urgel.

—Nosotros trabajamos con el despacho de abogados que está en esta misma planta. Si te interesa podemos hablar con ellos... —me dijo, habíamos adoptado enseguida el tuteo propio de colegas.

—Bueno, de momento me voy a ocupar yo, ya tendremos tiempo de concretar —respondí. No me quería comprometer sin tener referencias de los abogados de Seo de Urgel. Pensaba pedir ayuda a Jorge que, a diferencia de mí que me he movido poco fuera de Pamplona, parece tener contactos en todas partes, en particular, en todos los colegios de abogados.

—Muy bien, te voy a dejar una tarjeta suya y ya me dirás algo.

—Estupendo.

—Si te viene bien, nos vamos ahora mismo al juzgado y lo presentamos todo. Y si hay suerte te puedes llevar la copia.

—Perfecto, por mí, cuanto antes mejor.

Así que nos acercamos andando hacia el juzgado, que también quedaba a pocas manzanas de distancia. Nos atendió un oficial que registró los documentos y nos devolvió las copias con los correspondientes sellos de entrada. Sobre la copia del procedimiento que solicitábamos nos indicó que tenía que hablar con la secretaria del juzgado. Fue a su despacho y esta

enseguida se acercó a nosotros. Tras saludarme amablemente, se acordaba perfectamente de mí, nos comunicó que nos podría entregar copia de las actuaciones a última hora de la mañana. Estaban muy atareadas, alegó, tanto ella como la juez en pocos minutos tenían un juicio que les mantendría ocupadas casi toda la mañana y hasta que no acabara no podrían firmar las providencias correspondientes.

Me despedí de la procuradora, que se quedó en el juzgado ya que tenía más papeleo que hacer, y me prometió que me avisaría al móvil en cuanto supiera que estaban las copias. Mientras dirigía mis pasos instintivamente en dirección al hotel, aunque en realidad no tenía nada que me reclamara allá, llamé al sargento Roca, tal como habíamos quedado.

—¿Podría acercarse hasta aquí, a la comisaría? —me preguntó.

—Sí, ningún problema. ¿Dónde está?

—Es al final de la avenida Guillém Graell, si sale usted de los juzgados está cerca de la avenida, no tiene más que seguirla.

—La encontraré, no se preocupe. Enseguida estoy allí.

Recorrí la avenida en poco más de diez minutos, el calor empezaba a apretar, y enseguida llegué a la comisaría, ya saliendo del casco urbano en dirección este, un edificio moderno con una llamativa cubierta metálica que le daba más aspecto de nave industrial que de edificio institucional. A la entrada de la comisaría pregunté por el sargento Roca y me condujeron de inmediato a su despacho. Se levantó para saludarme con un apretón de manos, me invitó a sentarme y se sentó él también tras de su mesa que, además de un ordenador, tenía llena de montones de papeles cuidadosamente organizados.

—¿Qué tal le ha ido?

—Bien, ya he completado el papeleo en el juzgado, aunque he de esperar al final de la mañana para que me entreguen copia del sumario. Y poco más tengo que hacer aquí después de eso.

—Bien, bien —me respondió, y quedó en silencio. Me pareció que estaba más serio y menos comunicativo que en las anteriores ocasiones en que nos habíamos encontrado.

—¿Han analizado ya los archivos que les traje? —pregunté.

—Sí, sí, está ya prácticamente todo hecho. Bueno, yo personalmente no me he ocupado de ellos, pero me han ido comentando algo y estoy a la espera de que me pasen el informe que están elaborando con el detalle de todos los documentos y de su contenido.

—¿Y cómo lo ve? —insistí, ya que no me daba más aclaraciones.

—Bueno, pues parece que nos ofrecen poca luz. No hay información que pueda constituir, en principio, motivo para que nadie quisiera apoderarse violentamente del ordenador, y menos para cometer un homicidio.

—Sí, eso mismo he pensado yo.

—Aunque vamos a esperar a un análisis más detallado de todo. No queremos sacar conclusiones precipitadas.

—¿Le han comentado la entrevista que grabó con un guardia civil retirado, con más de cien años?

—Sí, sí, claro. En realidad, antes de conocer la existencia de la grabación ya habíamos comprobado que se había producido esa entrevista. Estuvimos con Luis Goma para conocer el motivo de las llamadas de teléfono que le había hecho su amigo. Nos contó que tenía interés en la época de la guerra...

Roca volvió a quedarse callado. Yo empecé a sentirme intranquilo, con la sensación de que algo no iba bien, de que Roca tenía algo que decir pero que no se decidía a hacerlo, y mientras tanto se mostraba menos expresivo de lo habitual. Guardé silencio también, a la espera de lo que me pudiera decir. Tras unos segundos de tenso silencio por fin se decidió.

—Mire, tengo algo que comunicarle, que no espero que le guste pero que confío en que entienda.

—Usted dirá.

—La juez quiere que le detengamos y le tomemos declaración como imputado por el homicidio de Ignacio Villanueva.

—¿Cómo? —exclamé. Nunca hubiera supuesto que las meras sospechas que se hubiera hecho Roca sobre mí pudieran llevar a una detención y, mucho menos, a una acusación formal.

—Sí, cree que usted puede estar implicado. Yo no creo que usted tenga nada que ver y he conseguido que, de momento, no se dicte orden de detención.

—Por supuesto que soy inocente, pero es que no hay la menor prueba que me acuse.

—En eso puedo estar de acuerdo... pero la juez cree ver algunos indicios y una conducta sospechosa por su parte.

—¿Sospechosa? ¿Qué le parece sospechoso?

—Me temo que no puedo decirle mucho más. Mire, a mí no me gusta esta situación, pero quien dirige la investigación es la juez, no yo. He convencido a la juez para que no le detengamos, pero con una condición, la de que usted preste declaración voluntariamente sobre los hechos.

Guardé silencio, pensando. Aquello me sonaba a la típica historia del poli bueno y del poli malo. Salvo que no había poli malo, sino juez mala. Igual que en algunas series de televisión norteamericanas donde el malo es el fiscal y de bueno hace el policía que se disculpa ante el sospechoso alegando que es aquel quien le acusa. Puede que fuera cierto que Roca no me creyera culpable, o puede que no, que en realidad fuera él quien me consideraba sospechoso y estaba haciendo ante mí la comedia correspondiente. En todo caso, mal asunto. Cuando a uno le toman por sospechoso, la presunción de inocencia suena muy bonita pero no se puede alegar para que no le molesten, eso queda para el juicio, si hay juicio. De momento el sospechoso se ve forzado a tener que convencer a los policías, y a la juez en mi caso, de que es inocente, a dar todo tipo de explicaciones.

—Declaración como testigo, supongo —dije.

—Eso es. He podido convencer a la juez de que, de momento, le tratemos como testigo a ver si podemos aclarar las sospechas que tiene.

—Sin abogado, claro.

—¿Lo necesita?

Me arrepentí de haber hecho la sugerencia. Los testigos no necesitan abogado, los detenidos o imputados tienen derecho a declarar en presencia de abogado. Pero necesitar abogado ya ofrece una apariencia de tener algo que ocultar.

—No, claro que no —respondí. Hay un dicho según el cual el abogado que se defiende a sí mismo tiene un tonto como cliente. Pero en aquel caso no tenía más remedio que ser mi propio abogado, aceptar la oferta de Roca y prestar declaración voluntariamente como testigo. Negarme me haría más sospechoso, para Roca o para la juez, o para quien fuera que había lanzado las sospechas sobre mí. Preferir ser detenido para poder exigir un abogado me haría mucho más sospechoso, no solo para Roca y la juez, sino para todo el mundo. Si te detienen y lo cuenta la prensa estás perdido. Ya te han condenado sin esperar a juicio. Si tienes suerte y un juicio justo que te absuelva, de todos modos ya se ha creado un poso de desconfianza hacia ti. Sobre todo si los periodistas dicen que te han absuelto por falta de pruebas. En realidad, siempre que absuelven a alguien es por falta de pruebas, si no las hay procede la absolución, si hay pruebas se condena, ese es el sistema. Pero la expresión impresa en un periódico, «falta de pruebas», sugiere otra cosa, sugiere que eres culpable pero que por una minucia procesal, porque no se han encontrado todas las pruebas necesarias, o porque tú mismo las has escondido, has salido de rositas. Tampoco era buena idea alegar que mi

condición de abogado de Maite me obligaba a guardar silencio. Eso me haría sospechoso de saber algo sobre el caso, algo que no podía contar por obligación de guardar secreto profesional, luego algo que me había contado Maite por lo que automáticamente la hacía sospechosa también a ella. Y eso sin dejar de ser sospechoso yo porque pensarían que habíamos actuado de común acuerdo. Así que la única decisión razonable era aceptar lo que me proponía Roca y prestar declaración «voluntariamente» como testigo.

—¿En el juzgado o aquí? —pregunté.

—Aquí, aquí, ante nosotros. Como comparecencia voluntaria para aclarar extremos de la investigación. Sin citación ante el juzgado y sin que tenga que trascender. Le aseguro que estoy tan interesado como usted en resolver esta situación de la forma más rápida y sencilla posible.

Quizás Roca fuese sincero y era la juez la que se había empeñado en sospechar de mí. Es posible que el no querer darme copia de las actuaciones, y darme largas hasta última hora de la mañana, fuera porque me veían como un sospechoso al que quizás hubiera que detener unas horas más tarde. Que no lo hicieran de inmediato al llegar yo al juzgado podía ser consecuencia de que todo aquello estaba pactado. La juez iba a esperar a que yo prestara declaración ante Roca y, luego, vería si efectivamente había razones para acusarme y detenerme. Sí, quizás era la juez la que estaba cometiendo el error de considerarme tan sospechoso como para detenerme. Una juez novata, con poca experiencia, deseando resolver cuanto antes un homicidio, el asunto más grande que le habría caído en su corta carrera, ansiosa por tener un detenido cuanto antes aunque fuera agarrándose a indicios endebles. Una juez que casi todo lo poco que sabe sobre una investigación criminal lo ha aprendido en la televisión porque en la oposición a judicaturas, y en la Escuela Judicial, ha aprendido de memoria mucho derecho, muchas leyes, mucha jurisprudencia y quizás unas pequeñas dosis mal digeridas de criminología, pero muy poco sobre la vida real y nada sobre por qué la gente mata. Sí, puede ser que Roca dijera la verdad en cuanto a que él no era partidario de detenerme. Su experiencia le diría que, aunque debían sospechar de mí como de cualquier otra persona del círculo próximo a Ignacio, no había ningún indicio sólido en mi contra. Pero la juez...

Una juez canaria, pensé, y me acordé de mi prima Adela. Había vivido un tiempo en Canarias, en la isla de la Gomera creo recordar. Su marido es inspector de trabajo y fue destinado allí. Estuvieron pocos años, ella no se terminaba de acostumar, en cuanto pudieron volvieron a la Península. Entre otras muchas cosas que no le gustaban nada, le oí contar a ella en una reunión

familiar, estaba la relajada moral sexual que reinaba allí. Según mi prima, todo el mundo vivía en concubinato, o estaba divorciado y vuelto a casar en segundas o terceras nupcias, y pasaban de un amante a otro con pasmosa frecuencia. Era de lo más normal tener hijos ilegítimos, contó, o varios hijos de distintos padres o de distintas madres. Aquello es como un culebrón venezolano, se lamentaba. Mi prima era un poco exagerada, pero lo cierto es que debió de sentirse afectada por la diferencia de costumbres. Ella se crio en Zubiri, un pueblo pequeño y de costumbres tradicionales, en una familia muy conservadora. Lo normal en Navarra, al menos hasta hace pocos años. Matrimonio para toda la vida y nada de infidelidades. Incluso ahora, aunque exista el divorcio, la tasa de divorcios y separaciones en Navarra es mucho más baja que en otros lugares, es una de las estadísticas que se publican cada año y que suelo mirar por motivos profesionales. En general, la tasa es más baja en el norte que en el sur de España, más baja hacia el oeste que hacia el Mediterráneo, y la más alta suele ser precisamente la de Canarias. Pero supongo que la juez, más joven que mi prima Adela y viniendo de aquellas islas, tendrá otra visión de las cosas. Estará más predispuesta a sospechar de un lío de cuernos. «La gente no quiere la verdad, quiere datos que le confirmen en sus prejuicios», me dijo alguna vez Ignacio hablando de las falsedades históricas. Esa juez no conocerá nuestros hábitos sexuales ni ese dicho según el cual en Navarra follar no es pecado sino milagro. En Navarra también solemos estar entre las comunidades con tasa de criminalidad inferior a la media, no sé si una cosa tiene relación con la otra.

—De acuerdo. Pueden preguntarme todo lo que quieran, no tengo nada que ocultar —dije. A mí mismo me sonó falso, eso dicen los delincuentes que sí tienen algo que ocultar.

—Gracias. Si es tan amable, vamos a pasar a otra sala, es donde solemos tomar las declaraciones.

Me condujo a otro despacho donde, sentada a una mesa y delante de un ordenador, ya estaba preparada la agente Rosell. Esta vez no hubo saludos tan cordiales y me libré de que me estrujara la mano. Roca me indicó dónde sentarme y él también tomó asiento.

—Ya conoce a la agente Rosell. Tomará la declaración. ¿Está listo?

—Dispare cuando quiera —contesté, arrepintiéndome de inmediato por utilizar aquella expresión coloquial en una comisaría de policía. Guárdate las bromas, me dije. Hay que hablar lo justo y con precisión.

—Por favor, primero el DNI —me contestó él.

Saqué el carnet de la cartera y se lo entregué. Roca lo pasó a la agente Rosell y esta tecleó de forma veloz los datos.

—¿Vive usted en Pamplona capital? —me preguntó ella. Dudé sobre qué responder.

—Claro. No hay otra. Pamplona, provincia de Navarra.

—¡Ah, es verdad! Perdón, es la fuerza de la costumbre al preguntar por las capitales de provincia.

Me devolvió el carnet. Sin más preámbulos, el sargento comenzó a leer las preguntas de lo que me pareció una larga lista que tenía colocada sobre la mesa, delante de él.

—¿De qué conocía usted al fallecido Ignacio Villanueva?

—Le conocía desde hace muchos años. Más de veinte. Me lo presentó su mujer. Aunque cuando todavía no era su mujer, sino que eran novios.

—¿Qué relación tenía con él?

—Éramos amigos. Buenos amigos.

—¿Y de qué conocía usted a su mujer, a... —Roca hizo una breve pausa para asegurarse de que leía bien el nombre y el apellido— Maite Esteríbar?

—Somos amigos también desde hace muchos años. Le conozco desde los quince años, más o menos. Coincidimos en la misma cuadrilla, en aquella época.

—¿Iban al mismo colegio, o al mismo instituto?

—No, pero sí a colegios que estaban muy cerca uno de otro, y coincidíamos en los mismos lugares del barrio.

—¿Y no tiene usted otra relación con la citada Maite Esteríbar que la de amistad?

Aquella era la clave, pensé, tal y como me lo había temido. La juez se había montado en su imaginación la película del triángulo amoroso. Maite y yo poníamos los cuernos a Ignacio y habíamos decidido matarle.

—No —dije manteniendo la calma. No te enfades, no te rías, no digas nada más. No des explicaciones que no te están pidiendo. *Excusatio non petita accusatio manifesta*. Calma total. Que Roca no saque ninguna otra conclusión que la de que he dicho que no—. Salvo la de asesorarles, en ocasiones, a ambos, como abogado pero como consecuencia de nuestra relación de amistad.

—¿Tampoco la ha tenido en el pasado? ¿Antes de que conociera a su marido?

—No —«Vas bien», pensé—. Simplemente no. Con tranquilidad.

—¿Nunca ha iniciado usted, o tratado de iniciar, una relación sentimental con ella?

Mira, Roca, pensé, sería mejor que habláramos claro. Claro que tengo una relación con ella, y tengo sentimientos hacia ella, y ella hacia mí. Pero no se trata de eso. Relación sentimental es un eufemismo, quieres decir relación sexual. De eso quieres que hablemos. De si tenía relaciones sexuales con ella, o de si quería tenerlas. No, no y no. Aunque no te lo creas. Aunque seas de esos que no creen que pueda existir solo amistad entre un hombre y una mujer. O aunque sea la juez la que no lo cree, la que piensa que todos los hombres únicamente buscamos una cosa en las mujeres, y no precisamente amistad. Aunque sea la juez quien no tiene amigos y no quiere tenerlos, la que ha sospechado de Maite y de mí desde que entramos en su juzgado y Maite dijo que éramos amigos, aparte de que yo sea su abogado. Dile a la juez que peor para ella, pero que hay hombres que tienen amigas y no se las quieren tirar, y que hay mujeres que tienen amigos y no están deseando que se las follen. Bueno, no le digas nada. Vamos a tranquilizarnos y nada de lenguaje soez. Dile solo que he dicho que no, que lo he dicho con calma, que lo he dicho con naturalidad, que lo he dicho de forma creíble. Respira y contesta.

—No —repetí.

—¿No se ha sentido usted atraído alguna vez por la citada Maite Esteríbar?

La citada Maite Esteríbar. Sí, Roca, ya lo sé, el lenguaje judicial es así. Maite no puede ser simplemente Maite sino la citada. Y no puedes hablar de sexo. Me preguntas si siento atracción sexual por Maite, porque una atracción sexual puede conducir al crimen. Pues mira, no. ¿Cómo, me dirás, aunque sea con la mirada, no crees que sea una mujer atractiva? Sí, claro que es atractiva. Tú ya la has visto. También la juez la ha visto. Ha visto que Maite es mucho más atractiva que ella. Si Maite hubiera sido fea y deforme seguro que no se hubiese montado este folletín de infidelidad y crimen pasional, hubiera dado por supuesto que yo no me podía sentir atraído sexualmente por ella y que solo éramos amigos. Pero la vio demasiado atractiva y ha decidido seguir la trama sentimental, la trama sexual, quiero decir, yo también caigo en el eufemismo. Sí, sé que es atractiva, o sea, que posee las cualidades físicas adecuadas para atraer a un hombre, a cualquier hombre, a muchos hombres. Pero no quiere decir necesariamente que los atraiga a todos. A mí nunca me ha atraído de ese modo. Exactamente por qué no lo sé. Solo sé que hay mujeres que me atraen así desde el mismo momento en que las veo y hay otras que no. Y eso pasa en el primer minuto. Si una mujer no me entra por

los ojos desde el principio no hay nada que hacer. Y aunque me entre, a lo mejor tampoco hay nada que hacer, en el segundo o en el tercer minuto, o más tarde, me deja de interesar. Pero la que no me ha entrado por los ojos en el primer minuto ya no tiene la menor oportunidad. Cosa juzgada, que decimos los abogados y los jueces. Por ejemplo, la agente Rosell, aquí presente, que no niego que sea atractiva, pero a mí no me atrae, así, tan alta, tan fuerte, me recuerda a Brigitte Nielsen y me la veo en una película de acción con Sylvester Stallone o Arnold Schwarzenegger dando patadas de kung fu a diestro y siniestro. Y desde el primer momento en que la vi la descarté para cualquier tipo de relación sexual conmigo, para cualquier tipo de relación sentimental pondríamos oficialmente si tuviéramos que ponerlo en la declaración. Aunque sí que tengo sentimientos hacia ella, principalmente siento desconfianza e incomodidad, por no decir miedo. Sí, una mujer tan alta y tan fuerte me da miedo, qué se le va a hacer. Bueno, hay muchas otras mujeres que aunque sean pequeñitas también me dan miedo, pero de otra forma. Pero no nos despistemos, Roca.

—No —dije.

En todo caso, Maite no me entró de esa manera, por los ojos, al corazón, o a las glándulas, o a donde sea que tenga que entrar, la primera vez que la vi. Lo recuerdo perfectamente. Pero no te lo voy a decir, Roca, ni a ti ni a la juez, porque pensaréis que me acuerdo perfectamente de la primera vez que la vi después de treinta años porque he estado morbosamente enamorado de ella desde entonces. No me conviene daros más argumentos para vuestra trama de ficción. Me acuerdo perfectamente de aquel día porque conocí al mismo tiempo a Maite y a Olga. A su amiga Olga, que es la que me entró por los ojos en el primer minuto. Mejor que no lo hubiera hecho, porque solo me sirvió para pasar un par de años babeando detrás de ella y sufriendo porque no me hacía caso. Mejor que hubiera sido Maite la que me hubiera atraído ese día, a lo mejor si hubiera sido como os lo estáis imaginando, tú y la jueza, me hubiera ido mejor en la vida, y también a ella, y quizás no hubiéramos necesitado matar a Ignacio como hemos hecho en vuestra sucia y lujuriosa imaginación. Vale, Roca, en la sucia imaginación de la juez, que a lo mejor tú eres el poli bueno de verdad. Pero el caso es que la que me gustó fue Olga. No sé, Roca, si a ti te pasa, pero yo, toda la vida, cuando he visto a dos mujeres atractivas juntas me he sentido impulsado a comparar y a elegir una. Y si una es atractiva y la otra no, pues más fácil, pero siempre elijo una. La que más me gusta, con la que me quedaría si hubiera posibilidad de quedarme con alguna de ellas, de la que me pudiera enamorar si estuviera en edad o en

circunstancias de enamorarme, si tuviera todavía la facultad de enamorarme. Da igual que a las dos las vea en una pantalla de cine o de la televisión y sepa que nunca va a pasar nada de nada. Aunque sepa que es solo un juego de la imaginación. Yo elijo y me quedo con una. Siempre. Y aquella tarde de primavera, después de salir de clase, en aquella plaza, cuando vi a las dos que venían con el uniforme azul del colegio y me las presentaron porque conocían a Koldo, me quedé con Olga. A saber por qué. Probablemente porque era rubia y Maite es morena, y como era joven y memo, entonces me gustaban las rubias. Ahora ya no sé si me gustan más las rubias porque casi todas las mujeres antes o después son rubias, no hay manera de saber desde cuándo son rubias y si lo seguirán siendo después de la próxima vez que vayan a la peluquería. El caso es que a partir de entonces, como me gustaba Olga, me cortaba hablar con ella y hablaba más con Maite, y pensaba que haciéndome amigo suyo iba a ser más fácil en algún momento llegar a Olga, pero con el tiempo descubrí que en realidad Maite era mucho más interesante, mucho mejor persona, y que merecía la pena ser amigo suyo aunque no me fuese a comer nada con Olga, que es lo que sucedió y a estas alturas ya me da lo mismo. Nos hicimos amigos, Maite y yo, y hasta hoy, y eso no va a cambiar porque ese primer minuto, ese momento en que nos conocimos, no tiene vuelta de hoja. Aunque seguramente la juez lo verá de otro modo porque es mujer, y a las mujeres los hombres no les entran por los ojos en el primer minuto en que los conocen y no toman en ese momento ninguna decisión irrevocable sino que hay que conquistarlas poco a poco y se toman su tiempo para decidir, y hasta acaban gustándoles hombres que en un primer instante no les gustaron nada. Por eso las mujeres piensan que un par de amigos, él y ella, pueden con el tiempo llegar a ser algo más, y con ese argumento hay un montón de tontas comedias románticas de las que tanto les gustan para perder un par de horas en el cine. Sí, yo también he visto unas cuantas. Incluso dentro y fuera del cine hay hombres a los que acaba por gustar una mujer que no les gustó al principio, no sé si muchos o pocos, en todo caso yo no soy uno de ellos. Pero, en fin, Roca, ni aunque te dijera todo esto que no pienso decirte serviría de nada porque a quien hay que convencer no es a ti, que a lo mejor lo entenderías porque además de poli bueno eres hombre, sino a la juez, que no lo va a entender porque es mujer. Bueno, ahora que lo pienso, a lo mejor también habría que convencer a la agente Rosell que también es mujer, no sé si su opinión cuenta o se limita a cumplir órdenes y a transcribir la declaración. Y una, o la otra, o las dos, a lo mejor no son fáciles de convencer porque se rigen por su intuición femenina que se piensan que los hombres no

tenemos. Y claro que la tenemos, y la usamos, y nos lleva a equivocarnos lo mismo que a ellas, más o menos en la misma proporción que si tomáramos las decisiones a cara o cruz.

—No —repetí de nuevo, sintiéndome cada vez más relajado porque estaba manteniendo la calma, estaba respondiendo con seguridad, no mostraba ningún enfado ni con Roca ni con la juez que estaba detrás de aquella lista de preguntas, no me estaba yendo de la lengua y daba respuestas claras y breves.

La agente Rosell tecleaba a toda velocidad. Supuse que no recogía mis breves y contundentes respuestas de una sílaba sino que las unía a las preguntas de Roca para obtener ese estereotipado estilo que tienen las declaraciones forenses que estoy más que aburrido de leer: «Que el declarante no se ha sentido nunca atraído por la citada Maite Esteríbar...».

—¿Ha hecho usted algún viaje de vacaciones con Maite Esteríbar?

—Sí, con ella y con su marido, y con otros amigos.

—¿Nunca los dos solos?

¿Qué buscas, Roca? Nunca hemos ido de viaje los dos solos.

—Nunca.

—En los archivos de Ignacio Villanueva que entregó usted al juzgado hay muchas fotografías donde aparecen usted y Maite Esteríbar solos, aparentemente en lugares turísticos.

Ignacio, la culpa es tuya. Tu manía de hacer fotos y no querer salir en ellas. Mira que te lo decíamos. Ponte tú. Ponte tú con Maite, te insistía yo. Pero pocas veces accedías. A mí lo que me gusta es hacer la foto, decías. Así que nos tenías a Maite y a mí haciendo de figurantes en la mayoría de tus fotos. Y ahora, Roca, ves las fotos y te extrañas. Hasta puede que haya algún viaje en donde Ignacio ni aparezca, no esté en una sola de las fotos. Que solo haya fotos en las que aparecemos Maite y yo en una playa o delante de una catedral, o comiendo en un restaurante, y parezca que estuvimos los dos solos de vacaciones. En cualquiera de esos viajes que solo fuimos los tres. No será Praga, me acuerdo de que allí había más gente, estábamos siete u ocho, ni Bruselas, ni tampoco Roma, había más cuadrilla. Pero aquella vez en París, hace ya años, estábamos solo los tres. Y aquella otra en Lisboa también. Fueron en puentes, viajes de pocos días y a ciudades donde ya habíamos estado antes, habrá pocas fotos. Y a la juez y a ti, Roca, o solo a la juez, le han parecido la prueba de que teníamos una aventura.

—No estábamos solos, su marido estaba detrás de la cámara, haciendo la fotografía.

—¿Y por qué él no salía en las fotografías?

—Prefería hacer las fotos a salir en ellas.

Roca se quedó un momento callado. Vale, si no queréis creerlo no lo creeréis, pero necesitáis encontrar al fotógrafo, a otro fotógrafo que no sea Ignacio y que testifique que estábamos los dos solos. Y no lo vais a encontrar, las fotos sirven para despertar la imaginación de la juez pero no son prueba de nada. Las sospechas son absurdas. Si las fotografías las tenía Ignacio en su ordenador, o en su nube, es porque las había hecho él, no eran fotos de un viaje que hubiéramos hecho Maite y yo a sus espaldas. Y si no las tenía, si las teníamos nosotros, es absurdo que las hayamos entregado al juzgado como si fueran archivos de Ignacio. Aunque si la juez quiere sospechar, o alguien quiere sospechar, retorcerá los argumentos. Las fotografías en poder de Ignacio quieren decir que él se había enterado de que nos habíamos ido de viaje los dos juntos, estaba enterado de que le poníamos los cuernos. Un motivo para tener una pelea, un motivo para discutir en la terraza y que la cosa se complicara tanto y se fuera de las manos como para que Ignacio acabara cayendo a la calle y muriendo. Pero yo no estaba en aquella terraza, ni Maite tampoco. Estábamos a cientos de kilómetros. La historia se cae sola.

—¿Sabe usted si había algún problema entre los citados Ignacio Villanueva y Maite Esteríbar?

No, Roca, no, ya lo sabes porque ya te lo dije el otro día tomando una cerveza, pero si necesitas que te lo diga otra vez para que conste por escrito y para que lo lea la juez, si es verdad que ella es la que sospecha y tú solo quieres ayudar, pues ahí va. Ahora sí que no basta un monosílabo, voy a adornar un poco la respuesta para la juez y espero que la agente Rosell lo recoja fielmente.

—No, no tenían ningún problema. Era un matrimonio muy unido y eran muy felices juntos.

—¿Conoce usted la situación económica del fallecido Ignacio Villanueva y de Maite Esteríbar?

Vale, Roca, ahora viene el móvil económico. La juez quiere saber si de la muerte de Ignacio se puede beneficiar económicamente Maite. La respuesta exacta que no te voy a dar es que sí, que sí se va a beneficiar económicamente si por ello entendemos solo si va a recibir algún dinero. Sí, lo va a recibir. Igual que reciben algún dinero casi todas las viudas o la familia más próxima de un muerto. Sí, probablemente cobrará algún seguro de vida, de esos que tenemos todos porque van con el puesto de trabajo, o con un colegio o una organización profesional, o hasta con una tarjeta de crédito, y quizás reciba una pensión de viudedad, no lo sé, tendría que mirar la normativa tanto de la

Guardia Civil como la de la Seguridad Social, en particular la de los funcionarios docentes, pero probablemente tendrá una pensión, y heredará también todos los bienes de Ignacio, eso ya te lo dije, hicieron testamento de hermandad para hacerse herederos recíprocos. Así que sí, si la juez quiere pensar que Maite tenía un móvil para matar a Ignacio, ganar algún dinero, pues sí, ahí lo tiene, como sucede con la mayoría de las esposas, que si se quedan viudas algo de dinero reciben. Pero que no les suele compensar en absoluto de la pérdida de su marido, sobre todo cuando es poco dinero que es lo que sucede la mayor parte de las veces y lo que sucede esta vez, y por eso muy pocas mujeres matan a sus maridos por ese motivo y Maite no es una de ellas.

—Sí, la conozco en líneas generales porque les he asesorado en ocasiones como abogado.

Roca esperó a ver si yo añadía algo más, pero como no lo hice improvisó alguna pregunta que no tenía en la lista.

—¿Tenían problemas económicos?

—No, ninguno. Los dos tenían trabajo e ingresos regulares. Habían pagado ya la hipoteca de su vivienda y no debían dinero a nadie. Vivían sin grandes lujos pero razonablemente bien, a nivel de clase media, con todas sus necesidades cubiertas.

—¿Quién es el heredero de Ignacio Villanueva?

—Su viuda.

Que la juez lea su viuda, no su mujer. Que se dé cuenta de que se ha quedado viuda, que ha perdido a su marido aunque vaya a recibir un poco de dinero.

—¿Sabe usted con qué patrimonio contaba Ignacio Villanueva?

Sí, Roca, lo sé perfectamente, pero no te voy a dar detalles para que la juez piense que he estado haciendo cuentas con Maite para saber cuánto iba a ganar ella con su muerte. Claro que he estado haciendo cuentas, pero ha sido hace pocas semanas para que presentaran la declaración de la renta, nunca la de patrimonio porque no tenían tanto como para estar obligados a hacerla. Y seguramente todos esos datos ya los tengáis, ya los habréis pedido a Hacienda, y preguntarme solo es cuestión de rutina, de incordiar, de darme una oportunidad para que me contradiga, o me traicione, o diga algo que no deba decir.

—Solamente con su vivienda y algunos pocos ahorros, que yo sepa. Y un coche.

—¿Nada más?

—Nada más.

Que se entere la juez, si es que no lo sabe todavía, de que el móvil económico para sospechar de Maite en este caso está fuera de lugar.

—¿Conocía usted el viaje que iba a realizar el citado Ignacio Villanueva a La Seu d’Urgell?

—No. No supe nada de ese viaje hasta que me llamó su mujer para decirme que había muerto aquí.

—Ha dicho usted que eran muy amigos. ¿No le comentó él nada sobre el viaje?

—No, últimamente, en los últimos meses, nos habíamos visto muy poco por motivos de trabajo y no hubo ocasión de que me comentara nada.

No era solo por cuestiones de trabajo, últimamente he estado poco sociable y no me ha apetecido salir mucho de casa. Y, por lo que sé ahora, Ignacio estaba muy enganchado investigando al supuesto rey de Andorra. Pero esto ahora no importa. En todo caso, pinchas en hueso, Roca, díselo a la juez, yo no sabía nada del viaje así que poca oportunidad tuve de tramar su muerte aquí, no pude contratar un sicario que le esperara con instrucciones de acabar con él. Aunque podéis no creerme, pero no tenéis ninguna prueba de lo que estáis sospechando.

—¿Había estado usted anteriormente en La Seu d’Urgell? Quiero decir, anteriormente a la semana pasada, cuando vino con la viuda del fallecido a comparecer ante el juzgado.

—No, nunca.

—¿Y en Lleida capital?

—Sí, en Lleida capital había estado un par de veces, aunque hace muchos años.

Roca tomó una de las hojas de papel que tenía delante, sobre la mesa, y me la acercó. La miré. Era una fotografía en blanco y negro de un coche detenido en lo que parecía la cabina de peaje de una autopista. Una de esas fotos de no mucha calidad que hacen las cámaras automáticas colocadas en las carreteras.

—¿Es este su coche?

Miré con más atención. Sí, era mi coche, se leía perfectamente la matrícula. ¿A qué venía aquello?

—Sí.

—¿Lee usted la fecha que lleva la fotografía?

—Sí. El 24 de abril de este año.

—Esta fotografía está tomada en la salida de la autopista de Lleida. ¿Sigue diciendo que no había estado en Lleida desde hace años? ¿No estuvo hace dos meses?

Vale, Roca, me queréis pillar en una mentira. He dicho que no he estado en Lleida y tenéis una prueba de que estuve hace solo dos meses. Pensáis que es entonces cuando vine por aquí a preparar el asesinato, a contratar al sicario, a explicarle que tenía que matar a Ignacio en Seo de Urgel, cuando viniera por aquí un par de meses después, porque creéis que yo estaba al tanto de su viaje. Vaya si me habéis investigado rápido y a fondo. Como me temía, he sido sospechoso desde el principio. Os habéis informado sobre mi coche en la base de datos de Tráfico, habéis metido la matrícula en la base de datos de la autopista, o a lo mejor de todas las autopistas del mundo para saber con exactitud mis movimientos de los últimos meses, tenéis el dato de todos los peajes por los que he pasado, tendréis hasta el dato de cuánto dinero he pagado en peajes y con qué tarjeta, que no lo sé ni yo, y tenéis las fotos de las cámaras automáticas de los peajes. A lo mejor incluso tenéis fotos de radares, sabéis si en algún momento me han fotografiado superando el límite de velocidad; os habréis enterado vosotros antes que yo de si me van a denunciar porque todavía ni tiempo ha habido de que me llegue la notificación. Mucho trabajo os habéis tomado, bueno, en realidad no, no tanto trabajo. Mandas que pulsen unas pocas teclas en un ordenador y salen todos los datos si tienes autoridad suficiente para pedirlos. Me imagino que también tenéis mis saldos bancarios y los lugares donde he utilizado mis tarjetas para pagar y cualquier otro dato mío almacenado en algún ordenador al que se pueda acceder con una orden judicial. Quizás los tengas en ese montón de papeles. Pero no sé si me los vas a sacar, porque no habréis encontrado nada, ningún pago suficientemente sustancioso y sospechoso como para corresponder al sicario al que he contratado, solo os salen pagos en gasolineras, y en supermercados, y en restaurantes, y en otros lugares igual de inocentes. Pero eso tampoco os sorprende porque habéis pensado, vale Roca, lo ha pensado la juez, tú solo cumples órdenes, eres el poli bueno, que habré pagado, o habremos pagado si Maite y yo actuamos de común acuerdo, con dinero negro, en billetes de quinientos euros que seguramente traje personalmente en ese coche que habéis descubierto pasando el peaje en Lleida hace dos meses y que entregué en un maletín al sicario, en un maletín tan negro como el dinero. En Lleida, o aquí, en Seo de Urgel, o en La Seu d’Urgell como hay que decir oficialmente para que conste en la declaración, o a lo mejor para darle más emoción fue en

Andorra, aquí cerca, al otro lado de la frontera, donde al parecer se hacen muchos negocios con dinero negro en maletines también muy negros.

—No, no estuve yo. Aunque sí estuvo mi coche.

Malditas coincidencias. Tenía que ser aquí, por Lérida. El coche me lo pidió prestado Jorge. Tenía el suyo en el taller, con una avería que iba a tardar unos días en ser reparada porque tenían que traer una pieza de recambio de Alemania o de no sé dónde. Esas cosas que pasan por empeñarse en tener un BMW tan pretencioso. Necesitaba un coche para el fin de semana, tampoco tenía disponible el de su mujer porque se lo había llevado su hijo mayor. Yo no iba a utilizar el mío, no me iba a mover de Pamplona, así que se lo dejé. Jorge, aunque ha vivido siempre en Pamplona, tiene a la mayor parte de la familia repartida por Aragón y Cataluña, algunos en su familia le llaman Jordi. Su apellido es muy catalán, Bosch, que en Pamplona nunca nos aclaramos si hay que pronunciarlo acabado en che o en ce. Una vez al año se reúnen todos los Bosch en alguno de los lugares donde vive alguna rama de la familia y pasan el fin de semana comiendo y bebiendo y sacándose fotos juntos. Este año tocaba en un pueblo de por aquí, en la provincia de Lérida, no me acuerdo del nombre. Así que mi coche vino a pasar el fin de semana conducido por Jorge y al cruzar por el peaje le sacaron esta foto que me enseñas, Roca, pero yo no iba dentro. Si te fijas bien, no se distingue la cara del conductor. Parece un hombre, sí, que puede ser más o menos de mi tamaño y de mi edad. Que podría ser yo, pero que resulta que es Jorge. Y a su lado parece que viaja una mujer a la que tampoco se ve bien en esa foto borrosa y que no es Maite, como habéis pensado la juez y tú, o solo la juez, o la juez y la agente Rosell, que ha dejado de teclear y escucha atentamente, sino la mujer de Jorge.

—¿Qué quiere decir? —Mi respuesta había sorprendido a Roca, que hasta ese momento iba leyendo las preguntas sin inmutarse.

—Le presté mi coche a mi compañero de despacho, Jorge Bosch, porque él tenía el suyo reparando y lo necesitaba para venir a Lérida por un compromiso familiar un fin de semana. Era él quien conducía cuando le hicieron esta fotografía, aunque no se distingue bien al conductor.

Roca recogió la fotografía y la miró detenidamente. Sin decir nada la volvió a dejar a un lado. Has visto que tengo razón, pensé, que no me podéis identificar como el conductor. Y ahora estás leyendo en la lista de preguntas que has preparado con la juez cuántas te vas a saltar, cuáles no me vas a hacer, todas las que tenían que ver con mi viaje a Lérida de hace dos meses que ahora ya sabes que no existió, o que ahora dudas de que haya existido.

Dile a la juez que igual de gratuitamente que de mí podía sospechar de Jorge. Él también conoce a Maite, conocía a Ignacio. ¿Por qué no sospecháis de él? Puede ser el amante secreto de Maite, el que contrató a los sicarios para que mataran a Ignacio, o puede que actuara por cuenta mía si soy el inductor del asesinato. Pero no, no vais a sospechar de él porque es ridículo y gratuito. Igual de ridículo que sospechar de mí con tan pocas pruebas, pero he tenido la suerte de caer mal a la juez, y Jorge la suerte de que la juez no le haya visto nunca. O quizás sí vais a sospechar de él, y a comprobar sus movimientos, escudriñar en su vida, intervenir su teléfono... Quizás ya tengáis intervenidos mis teléfonos, incluido el de nuestro despacho. Pero poco habréis podido sacar en claro. Y poco vais a sacar. Incluir a Jorge entre los sospechosos únicamente os servirá para perder aún más tiempo.

—¿Conocía usted el trabajo de investigación histórica que estaba realizando el citado Ignacio Villanueva y que motivó su viaje a La Seu d’Urgell?

—No lo he conocido hasta después de su muerte.

—¿Cómo tuvo conocimiento usted del trabajo de investigación histórica que estaba realizando el citado Ignacio Villanueva? —Roca leía las reiterativas preguntas con poco entusiasmo.

—Me lo dijo su viuda.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Al día siguiente de su muerte, cuando me explicó las circunstancias en que había muerto y la razón de su viaje a Seo... a La Seu d’Urgell.

—¿Conocía usted los archivos informáticos que el citado Ignacio Villanueva iba almacenando en un servidor, como copias de seguridad de los que contenía su ordenador portátil?

—No, no las conocía antes de su muerte.

—¿Cuándo accedió por primera vez a esos archivos?

Qué más dará cuándo, Roca, pero déjame pensar... eso fue el sábado. Cuando logré encontrar la contraseña con ayuda de Maite, siguiendo tus indicaciones de que intentáramos encontrar una copia del contenido del ordenador.

—El sábado pasado.

—¿Conocía las claves de acceso?

—Las conocí ese mismo día.

—¿Cómo las obtuvo?

—Estaban apuntadas en el manual del ordenador que me proporcionó su viuda.

—¿Por qué accedió usted a esos archivos?

Vale, Roca, no me voy a enfadar porque me lo preguntes aunque lo sepas perfectamente. Todo sea para que conste por escrito en la declaración que está redactando la agente Rosell para que la lea enseguida la juez y la puedas convencer de que perdéis el tiempo sospechando de mí y de Maite y que mejor haríais en buscar al verdadero culpable.

—Porque había hablado con usted por teléfono sobre la conveniencia de obtener una copia para facilitársela al juzgado, y porque su viuda me pidió que lo hiciera yo.

Seguro que a la juez le ha parecido sospechoso que apareciera yo con los archivos. Piensa que los utilizamos para despistar. Le habéis informado sobre su contenido y ha decidido que no tiene ningún sentido pensar que el asesinato esté relacionado con el contenido del ordenador portátil de Ignacio. Un contenido intrascendente, todas esas tonterías sobre el rey de Andorra, y las listas de alumnos y las notas del instituto, y un montón más de información personal sin ningún interés. Bueno, si ha pensado que la historia del rey de Andorra es totalmente surrealista, ridícula, una broma, que no puede justificar siquiera que un historiador serio pierda el tiempo con ella, que tiene que haber truco, no tengo más remedio que darle la razón. A mí también me cuesta tomármela en serio. Otra maldita coincidencia, que haya tenido que venir yo trayendo un contenido tan tonto. Así que, Roca, aunque tú le hayas dicho que me pediste que entrara en la nube para copiar los archivos, ella piensa que te estás dejando distraer, que fuimos nosotros los que tuvimos la idea de hacer desaparecer el ordenador para atraer la atención de los investigadores, y luego la de ponerlo en el contenedor de basura sin el disco duro para que lo encontrarais y convencersos de que en él había algo relevante. Y tú has picado y pierdes el tiempo con los archivos, pierde el tiempo tu gente y pierde el tiempo la juez, que además se enfada porque está convencida de que somos culpables y estamos jugando con vosotros y os estamos tomando el pelo con la falsa historia del falso rey de Andorra.

—¿Por qué trajo personalmente la memoria con los archivos al juzgado?

Porque así quedamos tú y yo, porque de todos modos pensaba venir a Seo de Urgel. Porque quería tramitar cuanto antes la personación como acusación particular de Maite. Sí, ya sé que no había ninguna prisa a efectos procesales, que lo podía haber dejado para dentro de unos días, que lo podía haber hecho sin necesidad de desplazarme yo en persona, que estas cosas se pueden hacer por correo, por mensajero, por correo electrónico. Sí, a la juez le parece sospechosa tanta premura. Cree que las prisas son para poder seguir

manipulando la investigación, para estar al tanto de todo y ofrecer más elementos de distracción como el del ordenador y los archivos, más pistas falsas que impidan que se descubra la verdad, que fuimos nosotros los que tramamos todo. Y si le contara la verdad encontraría motivos para reafirmarse todavía más en sus sospechas. Si he tenido tanta prisa ha sido para complacer a Maite, para poder decirle que está todo en marcha, para que se tranquilice, para que piense que está haciendo algo, que está reaccionando a la tragedia que sufre, para que se distraiga. Para que se distraiga ella, no los Mozos ni la juez, del dolor que va a seguir sufriendo mucho tiempo. Por que es mi amiga y la quiero, no del modo sucio que supone la juez, y quiero ayudar a aliviarle del sufrimiento de haber perdido a su marido aunque solo sea con informaciones sobre cómo va la investigación. Pero a la juez no le vamos a decir esto, porque pensará que confirma su tesis de que hay algo más que amistad, que mi comportamiento va más allá de lo normal en un amigo o en un abogado.

—Porque así lo acordé con usted ya que iba a viajar de todos modos a la Seo de Urgel, para ahorrar tiempo.

—¿Por qué ha venido de nuevo a La Seu d’Urgell?

El criminal siempre vuelve al lugar del crimen, Roca, debes saberlo, aparece en las novelas baratas. Y si no tú, al menos la juez seguro que lo cree, y piensa que es el caso, que he venido a destruir pruebas, a vigilar la investigación del asesinato, a torpedearla si puedo. No sería el primer caso en que los delincuentes se hacen pasar por acusación particular para intentar influir en la instrucción del proceso de manera que no avance. Es sospechoso que haya vuelto tan pronto porque yo ya era sospechoso de antes, vete a saber por qué, pero el que haya venido tan rápido ratifica las sospechas de la juez. El que quiere sospechar siempre encontrará motivo, siempre habrá cosas que suceden por casualidad pero que serán sospechosas para el que no cree en las casualidades, habrá cosas que parecen demasiado inocentes como para serlas, cosas que tienen que ser sospechosas precisamente porque no lo parecen. Pero tengo que dar motivos para que las sospechas se desvanezcan.

—Para tramitar la personación como acusación particular de la viuda. — Sí, viuda, señoría, léalo bien, la viuda, no la sospechosa—. Ella está muy conmovida por la muerte de su esposo y quería que la tramitara cuanto antes. A mí me venía mejor viajar esta semana que dejarlo para más adelante, porque tengo otros compromisos profesionales.

Ahora sí que estoy mintiendo, pero solo un poquito, y se puede mentir si es para que resplandezca la verdad. A mí me daba igual viajar esta semana

que la próxima. Y la próxima semana en realidad no tengo grandes compromisos, en Pamplona empiezan los sanfermines y la ciudad se paraliza, mucha gente inicia las vacaciones y hasta septiembre ya no se retoma el ritmo normal. Pero todo esto no se lo voy a decir a la juez porque seguramente no lo va a entender, y si hay algo que no entiende pensará que necesariamente está ocultando algo sospechoso.

Roca guardó silencio unos instantes, como si estuviera pensando cuál de las preguntas que tenía en la lista me iba a hacer. Por fin se decidió.

—¿Sabe usted si Maite Esteribar tenía algún motivo para desear la muerte de su esposo?

Se te han acabado las preguntas sobre mi participación en el crimen, Roca, y pasas a la segunda parte. Ni siquiera me has preguntado dónde estaba yo el miércoles pasado a la hora del asesinato porque tanto tú como la juez lo sabéis perfectamente, ya habéis hecho las oportunas comprobaciones y sabéis que tengo coartada. Pero ahora se trata de incitarme a la delación. De que yo afirme mi inocencia pero deje que sospechen de Maite. Puede que Maite haya preparado el asesinato sin contar conmigo, has pensado, o ha pensado la juez sola, Roca, y por si acaso me lo tenéis que preguntar. Creéis que a lo mejor yo ahora me voy a dar cuenta de que ella me está manipulando, de que en realidad no sé si ella ha matado o no a su marido, podría ser, y me envía con los archivos de la nube para despistar. O peor, para hacerme sospechoso a mí. Esperáis que empiece a sospechar de ella y os cuente alguna cosa que antes yo había pasado por alto pero, ahora, de pronto, me parezca sospechosa. Algún incidente entre Maite e Ignacio que podría haber desembocado en la conspiración para cometer un crimen. Alguna incongruencia en lo que me ha contado Maite para hacerme su cómplice sin que yo me diera cuenta de nada hasta ahora. Pero no, no voy a sospechar de Maite. La conozco bien y sé que es inocente. No os voy a contar nada de lo que esperáis. En realidad, no voy a contar nada, solo la verdad, que en este caso es nada. O quizás, Roca, de verdad eres el poli bueno y me preguntas con la mejor de las intenciones para que yo desmienta que Maite tuviera cualquier motivo para matar y así lo lea la juez y deje de incordiarnos. Pues ahí lo tienes.

—No, ninguno.

Otro silencio. No he picado, no puedes seguir por ahí, me dije. Roca dejó los papeles y levantó la vista.

—¿Tiene algo más que declarar?

Vale, ya estamos acabando. No tienes más preguntas. Y yo no tengo más respuestas. Cuanto menos diga, mejor. Vamos a acabar con este enojoso

trámite y a ver si os ponéis a buscar al verdadero culpable del asesinato.

—No.

Con inusual rapidez, la agente Rosell acabó de teclear e hizo imprimir la declaración. Se la pasó a Roca, el mando es el mando, y este me la pasó a mí. Me tomé la pequeña venganza de leerla muy despacio dos veces. Reprimí la tentación de obligarles a cambiar alguna expresión imprecisa solo por molestar. La agente Rosell había transcrito fielmente todo lo que yo había dicho. En realidad, había transcrito sobre todo lo que había preguntado Roca, ya que como yo esperaba lo había recogido todo en forma de respuestas mucho más largas de las que yo había dado: «Que conocía al fallecido Ignacio Villanueva desde hace más de veinte años y que se lo presentó su mujer...».

Firmé todas las copias y el sargento Roca y la agente Rosell hicieron lo propio. Ella recogió todos los papeles y salió del despacho. Nos quedamos Roca y yo. El parecía un poco más relajado y amistoso.

—¿Cuándo tiene pensado volver a Pamplona? —me preguntó.

—Había pensado irme esta tarde, si no tengo alguna otra cosa que hacer aquí. Aunque por si acaso tengo la reserva del hotel hasta mañana.

—Le voy a pedir un favor.

—Usted dirá.

—Quédese hasta mañana. Quédese en el hotel, donde lo tengamos localizado en todo momento.

—¿Por qué?

—Mire, tengo que convencer a la juez de que sus sospechas sobre usted no tienen fundamento. Esta tarde he quedado con ella, le llevaré su declaración y el resultado de otras comprobaciones que hemos hecho. Ya le he dicho que yo no creo que usted esté implicado, y tampoco creo que lo esté su viuda. La juez ha insistido en que sigamos esta línea de investigación. Espero que quede convencida de que no nos lleva a ninguna parte, y de que podemos seguir otras líneas distintas. Me ayudará mucho poder decirle que usted ha prestado la declaración voluntariamente, que ha colaborado y que ha accedido de buen grado a estar a nuestra disposición en La Seu. El principal motivo que alegaba ella para detenerle de inmediato era evitar una posible fuga.

Vale, Roca, me pides que en lugar de ser detenido me detenga yo mismo y me quede en el hotel para que me tengáis vigilado en una especie de arresto domiciliario. Y que me fíe de lo que me dices, que de verdad eres el poli bueno. Y me lo pides por favor, pero en realidad sabes que no tengo otra opción. No tengo más remedio que fiarme, porque si no me fío me detienes y

paso a alojarme en un lugar mucho más incómodo que mi hotel y no hago méritos de buena conducta para que la juez deje de considerarme, con Maite, como el principal sospechoso.

—De acuerdo. Me someteré a arresto domiciliario esta tarde. Pero mañana o me detienen o me voy.

—Por supuesto. Y me comprometo a llamarle esta misma tarde, o esta noche, para informarle de lo que haya.

Ya que íbamos a buenas, me decidí a tratar de obtener algo de información.

—Me ha dicho usted que quiere centrarse en otras líneas de investigación. ¿Tienen alguna hipótesis, algún sospechoso? Algún otro sospechoso, quiero decir, con más fundamento.

—Me va a perdonar que, de momento, no le diga nada. Lo siento, pero tengo instrucciones muy precisas de la juez.

Se puso en pie, así que le imité.

—Espero, más adelante, poder informarle. Pero de momento no puedo decirle nada. Lo dicho, esta tarde le llamaré. ¿Quiere que le lleven a su hotel?

—No, gracias, iré andando.

Me acompañó a la puerta de la comisaría.

Me fui paseando hacia mi hotel, intentando tomar el lado de la sombra de las calles, allí donde había sombra. La temperatura a la sombra era tolerable, pero al sol se sentía demasiado calor. Aunque durante la declaración había hecho todos los esfuerzos posibles por mantener la calma, y lo había conseguido, me sentía muy enfadado. La juez y los Mozos de Escuadra perdían miserablemente el tiempo con suposiciones sin fundamento mientras el verdadero culpable, o los verdaderos culpables, andaban sueltos y libres de sospecha. Bueno, quizás no tan libres de sospecha, quizás fuera cierto que el sargento Roca estuviera realmente contemplando otras hipótesis y que también tenía interés en convencer a la juez de que nos tachara a Maite y a mí de la lista de sospechosos para poder dedicarse a seguirlas. En un momento de inseguridad me pregunté si había hecho bien en meterme en aquel asunto. Lo había hecho por amistad con Maite, pero recordé una frase de Jesús Lacunza, don Jesús le llamábamos en reconocimiento a su autoridad, uno de sus muchos consejos. Fue el abogado que nos ayudó muy generosamente a Jorge y a mí en nuestros inicios, era compañero de colegio de mi padre. «No tengáis por clientes a vuestros amigos, suele ser un mal negocio», decía. Aunque más de una vez me reconoció que él era el primero en hacer excepciones, y también en lamentarse por haberlas hecho. Pobre don Jesús, le echo de menos, un cáncer se lo llevó sin haber cumplido los sesenta. ¿Hubieran sido las cosas distintas si Maite comparece con otro abogado, o con ninguno? Imposible saberlo ya.

Me sonó el móvil. Era Carne, la procuradora. Se disculpaba porque eran cerca de las dos de la tarde pero no tenía la copia de la causa que nos habían prometido. En el juzgado le habían alegado que el juicio que tenía ocupadas a la juez y a la secretaria judicial se estaba alargando. Por la tarde le llamarían y ella también me llamaría a mí. Le agradecí su información, pero me sentí más encolerizado. Aquello eran meras excusas. Estaban retrasando deliberadamente el darnos por personados y el proporcionarnos la copia de las

actuaciones. Supongo que hasta el momento en que la juez decidiera si nos detenía o nos dejaba de incordiar.

Como había prometido a Roca recluírme en mi hotel, pese a que me hubiera apetecido dar un paseo más largo para calmarme, decidí sentarme en la terraza que su cafetería tenía instalada en una calle lateral, a la sombra y con una ligerísima corriente de aire que hacía soportable la ola de calor. Supuse que aquello cumplía con las condiciones de Roca, allí me podían tener perfectamente vigilado. Miré alrededor por si localizaba algún coche camuflado de los Mozos, pero no fui capaz de encontrar ninguno, ni había alrededor nadie con aspecto de estar vigilándome. En realidad, me daba lo mismo. Me pedí una cerveza y mientras esperaba a que me la sirvieran pensé en que tenía que llamar a Maite. Le había prometido tenerla informada de todo y había unas cuantas cosas que contar. Pero primero la cerveza, pensé, voy a tranquilizarme un poco. Me acababan de poner el vaso delante, acompañado de unas aceitunas, cuando sonó otra vez mi móvil y, casualidad, era Maite la que llamaba.

—Hola —le saludé—. ¿Qué tal?

—Ha venido a verme la Policía Nacional.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Han venido esta mañana, a la tienda, dos policías, un hombre y una mujer. Me han dicho que si les podía acompañar a la comisaría a responder unas preguntas relacionadas con la muerte de Ignacio. Me ha extrañado, porque ya declaré en el juzgado de Seo de Urgel, y se lo he dicho, pero me han insistido. He preguntado si necesitaba un abogado y me han dicho que no, que no estaba acusada de nada y que no estaba detenida, que se trataba de prestar declaración voluntariamente como testigo para aclarar algunas cosas de la investigación. Les he hecho esperar un momento mientras iba a buscar mi bolso y te he llamado, pero tenías el móvil apagado.

—Sí, es que yo también he tenido que declarar —le dije. Había apagado el móvil durante la declaración en la comisaría de los Mozos y al encenderlo no me había fijado en la llamada perdida de Maite.

—¿Tú también? ¿Por qué?

—Por lo mismo que tú. Somos sospechosos.

—¿Nosotros? —La voz de Maite denotaba incredulidad e ira.

—Sí, tú y yo. Pero, primero, cuéntame qué te han preguntado y qué has dicho. Y luego te cuento yo.

Maite me pasó a relatar el interrogatorio al que la habían sometido. Muy parecido al mío. Instado desde el juzgado de Seo de Urgel, concluí. Que si

había tenido algún problema con su marido. Que cuál era su situación económica. Que si iba a recibir alguna cantidad de dinero tras de su muerte y si era su heredera. Que a ver dónde estaba el miércoles anterior. Que de qué me conocía a mí. Que qué relación tenía conmigo. Que si había tenido alguna otra relación que no fuera la de simple amistad. Que si había estado en Lérida con anterioridad a la visita de la semana anterior. Que si no había viajado allí hacía un par de meses. Que si conocía la investigación que hacía su marido y que le había llevado a Seo de Urgel. Que si tenía acceso a los archivos en la nube y desde hacía cuánto tiempo. Que si me había autorizado a descargarlos para entregarlos en el juzgado. Que por qué había ido yo en persona a entregar la copia al juzgado de Seo de Urgel.

—Yo a todo que no, que no sabía nada. Me insistían en todas las preguntas. He salido muy mosqueada de allí, no entendía a qué venían todas estas preguntas.

—A mí me han preguntado prácticamente lo mismo. El problema es que la juez sospecha que hemos sido nosotros, tú y yo, los que hemos ordenado que mataran a Ignacio mientras estaba aquí, en la Seo.

—Pero, ¿cómo? ¿Por qué? —se la oía todavía más indignada.

—Creen que tú y yo somos amantes y que queríamos deshacernos de él. La juez ha visto demasiadas películas y se ha montado otra en la cabeza.

—No me jodas. —Maite debía de estar realmente encolerizada para utilizar palabras malsonantes. Casi nunca lo hacía.

—Como no tiene otra explicación mejor, piensa que un triángulo y unos cuernos pueden estar detrás de todo esto. Que contratamos a un sicario que matara a Ignacio mientras estaba aquí para tener una coartada, y que todo lo del ordenador y la copia de los archivos de la nube lo hacemos para despistarles.

—Pero eso es ridículo. ¿Hemos vuelto a los quince años? ¿Tenemos que dar otra vez explicaciones de que solo somos amigos?

—Pues parece que sí.

Le conté lo de mi coche y el viaje de Jorge a Lérida, y que había sido interpretado como una prueba de que teníamos algo que ocultar, una premeditada conspiración para acabar con Ignacio cuando se presentase en Seo de Urgel.

—Pero Jorge desmentirá todo eso, ¿no? —dijo Maite.

—Claro. O eso espero. Supongo que hablarán también con él. Y aparte de eso, no tienen ningún indicio que respalde su teoría.

—No me lo puedo creer. Que tengamos que aguantar esto, y que mientras tanto no sean capaces de encontrar a quien mató a Ignacio. —La indignación daba paso a un sollozo.

—Mira, vamos a estar tranquilos. El sargento Roca me ha asegurado que espera que hoy mismo la juez quede convencida de que estas sospechas son infundadas.

—¡Claro que son infundadas!

—Me tengo que quedar aquí, y me ha prometido llamarme esta tarde. En cuanto lo haga te llamo.

Nos despedimos. Probablemente ella seguiría llorando después de colgar. Respiré hondo, calma, me dije, y atacé la cerveza y las aceitunas para ayudarme en la operación de recuperar el equilibrio anímico. Luego pedí otra cerveza y decidí que ya estaba suficientemente calmado como para hacer otra llamada a Jorge.

—Justo te iba a llamar ahora —me dijo por saludo—. Hace poco rato me ha llamado la policía.

—¿La Policía Nacional?

—No, no, los Mozos de Escuadra. Me han llamado desde allí, de La Seu d'Urgell. Era un *caporal*, un cabo, me ha dicho. Oliva, o algo así.

—Rovira.

—Eso, eso, el *caporal* Rovira.

—¿Y qué quería?

—Quería saber si tú me habías prestado tu coche hace un par de meses. Le he dicho que sí, por supuesto. Y que a dónde había ido con él. Le he dicho que fui a pasar un fin de semana a Balaguer. El puente de Sant Jordi, para más señas, bueno, solo era puente en Aragón. Que tengo familia allí. Y ya está. Me ha agradecido la información, no me ha querido decir nada cuando le he preguntado si había algún problema con ese viaje, o con el coche, solo que era una comprobación de rutina, y me ha colgado. Oye, ¿de qué va todo esto?

—Están comprobando si yo soy el asesino de Ignacio.

—¿Tú? —Jorge estaba estupefacto.

—Bueno, Maite y yo.

Le conté las sospechas de la juez y los interrogatorios a que nos habían sometido. Se indignó.

—Esto es el colmo. Que acosen a un abogado personado en la causa sin tener la más mínima prueba. Esto hay que denunciarlo al colegio.

Tuve que calmar su indignación.

—De momento, déjate de denuncias al colegio. Lo importante es que dejen de perder el tiempo en el juzgado con nosotros y se dediquen a lo que se tienen que dedicar.

—Bueno, bueno, tú verás, pero yo que tú me lo pensarías. ¿Qué planes tienes ahora?

—Tengo que esperar aquí a ver si esta tarde el sargento Roca, que lleva la investigación, me da buenas noticias. Y, en ese caso, mañana me vuelvo a Pamplona. Si no vuelvo, será que me han detenido...

—Como te detengan, me voy allí y la armo.

—Bueno, si me detienen estaré de acuerdo contigo en apelar a los dos colegios de abogados, el nuestro y el de aquí, y si hace falta al Consejo General de la Abogacía. Pero vamos a esperar un poco.

Me despedí también de Jorge prometiendo que le llamaría cuando supiera algo. Me tranquilizaba saber que estaban comprobando mi versión y la de Maite. Quizás esa tarde Roca podría acudir al despacho de la juez con evidencias claras de que su teoría sobre el triángulo sentimental carecía del menor sustento.

Me comí el menú del día sin moverme de la terraza, se estaba bien allí. Luego subí a mi habitación y eché una siesta. No tenía otra cosa que hacer que esperar. Cuando desperté eran más de las seis y media de la tarde. Tenía que ocupar la espera de algún modo. Conecté el ordenador y estuve dando un repaso a las noticias y al correo electrónico. Eran más de las siete cuando me llamó la procuradora. Le acababan de notificar las providencias donde se nos tenía por personados en el procedimiento y se nos proporcionaba copia de las actuaciones. ¿Cuándo y dónde quería que me las entregara? Le pedí que me las trajera al hotel. No podía moverme de allí, aunque no se lo dije, no me apetecía dar explicaciones no imprescindibles. Ella no me puso ninguna pega, me dijo que en un momento se acercaba, que solo era cuestión de dar un pequeño rodeo de cinco minutos camino de su despacho. Bajé de nuevo a la terraza para esperarla. Se estaba más cómodo allí, a la sombra y con ligera brisa, que en la habitación con aire acondicionado. Me llevé el ordenador, con la idea de entretener el resto de la tarde allí, y comprobé que llegaba bien la señal de wifi del hotel. Apenas lo había hecho, ya estaba sentándose Carme, la procuradora, a mi lado.

—Aquí tienes. Me lo acaban de dar todo. No sé por qué no me lo han dado a la mañana, en realidad el juicio no ha durado tanto.

—No hay modo de entender cómo tramitan las cosas —comenté, no tenía ganas de contarle la larga historia de por qué suponía yo que habían retrasado

varias horas el trámite. En todo caso, era buena señal. Probablemente Roca ya había hablado con la juez. Que esta diera luz verde a que se tramitara la personación quería decir que había quedado convencida. Carme me dejó un abultado fajo de fotocopias y se fue.

Apagué el ordenador y comencé la lectura del expediente judicial. Fui pasando rápidamente los folios, que eran los habituales en estos casos y parecidos a los que había tenido que leer muchas otras veces. La mayoría pura paja, papeles donde se ordena que se pidan otros papeles, o que informan que han llegado otros papeles y qué hay que hacer con ellos, o que acreditan que se han notificado otros papeles a quien hubiera que notificar. Me centré en los pocos que tenían sustancia. En el atestado policial que describía el hallazgo del cuerpo de Ignacio sobre la acera después de haber caído desde el último piso de un hotel, en el informe de la autopsia, en las declaraciones de los testigos que solo habían visto un cuerpo estrellarse sobre el suelo. Nada nuevo que no me hubiese contado días atrás el sargento Roca.

Me interrumpió la lectura una llamada al móvil, vi que era precisamente Roca el que me llamaba. La llamada que me había prometido.

—Tengo buenas noticias —me dijo después de que nos saludáramos.

—Usted dirá —contesté esperanzado.

—He hablado con la juez esta tarde y le he aportado las últimas diligencias de la investigación, incluyendo la declaración que ha prestado usted esta mañana.

—Y supongo que también la que ha prestado Maite, la viuda, en Pamplona —le interrumpí.

—Sí, efectivamente, veo que está bien informado. También las diligencias que se han realizado en Pamplona a solicitud nuestra. Y con todo ello le he explicado a la juez que no hay ningún indicio sólido que pueda inculparles a ustedes.

—O sea, que la juez sospechaba que a Ignacio le habíamos matado Maite y yo —dije, esperando que Roca pudiera darme más información que a la mañana.

—Pues sí, así es. Desde el otro día, el jueves, cuando comparecieron ustedes en el juzgado. Algo le resultó sospechoso. Que ella viniera con abogado, quizás. O que no la viera lo suficientemente destrozada por la muerte de su marido como ella esperaba. No sé. Pero el caso es que inmediatamente nos ordenó que realizáramos una serie de comprobaciones para verificar la hipótesis de que ustedes dos estuviesen detrás de un asesinato premeditado.

—Y no han podido demostrar nada.

—No, pero encontramos esa fotografía de su coche saliendo de la autopista en Lleida hace dos meses. A la juez le pareció un indicio muy sólido de que algo tenían que ocultar ya que nos habían dicho que no habían estado aquí con anterioridad.

—Un indicio muy endeble —opiné.

—Sí, quizás. Pero lo unió al informe preliminar que le presentamos sobre el contenido del ordenador. Sobre los archivos copiados de la nube, quiero decir. Le pareció que todo aquello estaba preparado, que no tenía sentido la desaparición del ordenador y del disco duro si lo único que había dentro eran los archivos que usted trajo. Sobre todo le pareció que todo lo del rey de Andorra tenía aspecto de una tomadura de pelo. Ni siquiera le parecía normal que fuese motivo de la investigación de su amigo y de un viaje hasta aquí desde Pamplona. Una tontería para historiadores y periodistas ociosos, dijo.

—En lo de tontería le doy la razón.

Sí, también Ignacio había insinuado que se obsesionaba demasiado con investigaciones de temas nimios que no interesaban a nadie más, como el del rey de Andorra.

—En fin, que le dio por pensar que los archivos que traía usted con tanta premura no podían tener nada que ver con el asesinato, y que si los traía era para hacernos perder el tiempo.

—Quizás no tengan nada que ver, pero yo solo hice lo que usted me sugirió.

—Sí, ya lo sé, y créame que siento mucho haber contribuido involuntariamente a que la juez se formara esas sospechas. En cualquier caso, con esas bases dispuso que los detuviéramos a ambos como imputados para tomarles declaración. Afortunadamente, suele oír los consejos, sabe que tiene poca experiencia y que se puede equivocar, y accedió a lo que le he explicado a usted esta mañana. A no proceder de momento a las detenciones y a tomarles declaración de forma voluntaria. Le hice ver lo arriesgado de detener a una viuda, en principio parte perjudicada por la muerte que investigábamos, y a un abogado. Si nos equivocábamos —«Vaya, Roca, eres un caballero, deberías decir si se equivocaba ella, la juez», pensé—, podía haber consecuencias muy negativas.

Y tanto, pensé, no conoce a Jorge y la que hubiera montado. Hubiera habido unos cuantos titulares en la prensa en los que la juez y los Mozos no hubieran quedado muy bien.

—Entonces, ¿estoy libre? Quiero decir, libre de sospechas y libre de volverme a mi casa.

—Sí, sí, por supuesto. La juez ahora comparte mi criterio, y yo nunca he sospechado seriamente de ustedes. Hemos hecho las comprobaciones pertinentes sobre ustedes porque es lo que procedía, pero mi instinto me dice que tenemos que buscar en otro lado.

—¿Y tiene ya algún lado donde buscar? ¿Hay algún otro sospechoso?

—No tenemos nada sólido todavía. Lo único que puedo decirle es que estamos comprobando sistemáticamente todo su entorno en Pamplona y a todas las personas con las que tuvo o pudo tener contacto aquí, en La Seu d'Urgell.

—¿Y qué me dice de los archivos del ordenador? Aparte de las tonterías del rey de Andorra, ¿han dado alguna pista?

—Me temo que no. Al menos de momento. Tengo a un agente dedicado a releer absolutamente todo, por si se nos ha escapado algo en el primer examen, pero dudo que encuentre algo relevante.

—Seguimos a oscuras de momento, pues.

—Puede decirse así. No obstante, a la vista de toda la información que hemos ido obteniendo, pienso que debemos investigar principalmente aquí, en La Seu. No creo que la muerte tenga nada que ver con la vida de su amigo Ignacio Villanueva en Pamplona. No veo el menor indicio. Creo que la agresión debió de tener un motivo que surge aquí. Y probablemente no hay premeditación. Utilizar un ordenador portátil como arma más bien indica improvisación, un arrebato en el cual se utiliza para golpear lo primero que se encuentra a mano.

—Sí, eso parece.

—Y la terraza del hotel, un lugar público, en el que en cualquier momento puede llegar alguien, no es un lugar adecuado para ejecutar un asesinato premeditado. Que su amigo estuviera solo, que no hubiera testigos, fue una casualidad, pero alguien que prepara un asesinato no se hubiera arriesgado eligiendo un sitio así. Creo que algo pasó en esa terraza inmediatamente antes de la agresión con el ordenador y la caída al vacío de su amigo. En eso creo que debemos centrarnos, en la gente con la que pudo establecer contacto su amigo en La Seu d'Urgell, aunque fuera por pura casualidad, y si pudo surgir algún motivo de enfrentamiento.

—Sí, parece razonable —dije. Por fortuna, Roca demostraba ser el policía competente que me había dado la impresión que era. No se había dejado distraer por las fútiles sospechas de la juez y, mientras realizaba las

comprobaciones que ella le pedía, seguía pensando por su cuenta y analizando fríamente los hechos. Aunque, de momento, los hechos nos decían poco. Poco que contar a Maite y que le sirviera de ayuda.

—Hemos hablado con todas las personas con las que tuvo contacto en La Seu, pero de momento no aparece nada relevante. No fue mucha gente, los empleados del hotel, los del archivo de la diócesis, donde estuvo la mañana del día en que murió, un mando de la Guardia Civil del cuartel de La Seu, Luis Goma, su familia... También hemos contactado con la policía andorrana, que tampoco nos ha podido ofrecer mucho. Su amigo Ignacio, en Andorra, visitó el Arxiu Nacional y la Biblioteca Nacional. En ambos lugares solicitó copias de algunos documentos y se marchó sin que hubiera nada anormal.

—Quizás contactó con alguna persona más.

—Es posible, vamos a seguir indagando a ver si aparece alguien más. Bueno, le tengo que dejar. Gracias por su comprensión y su paciencia. Ya sé que lo de hoy no ha sido plato de buen gusto.

—No, en absoluto.

—Seguimos en contacto. No dude en llamarme para lo que necesite. ¿Se vuelve hoy a Pamplona?

—Es un poco tarde y no me gusta conducir de noche. Creo que prefiero dormir aquí y marcharme mañana por la mañana.

—Pues buen viaje. Y lo dicho, estoy a su disposición para lo que necesite.

Llamé a Maite y a Jorge. Les di la buena noticia de que dejábamos de ser oficialmente sospechosos y volvíamos a ser los perjudicados que pedían justicia. Pero, por otro lado, les trasladé la opinión de Roca que no anunciaba una pronta resolución del caso. Malo, pensé, aunque no se lo dije a ninguno de ellos, va a hacer una semana de la muerte de Ignacio y no se ha identificado a su responsable, ni siquiera hay un sospechoso claro. Este puede ser uno de esos casos que se quedan sin resolver durante mucho tiempo, o quizás para siempre.

Atardecía. Seguía estando muy a gusto en la terraza del hotel así que decidí quedarme allí, pedir otra cerveza —la última, me prometí— y seguir con la lectura del tocho de folios que me había dejado la procuradora. Fui seleccionando, entre toda la hojarasca judicial, algunos documentos que tenían sustancia. La lista de llamadas de teléfono desde el móvil de Ignacio, con un informe aclaratorio de qué personas estaban detrás de cada número. Maite, la biblioteca y el archivo de Andorra, el hotel, Alberto, Pablo, el director de su instituto, Luis Goma. Un informe de la Guardia Civil sobre sus años de servicio, el atentado que sufrió y su jubilación por invalidez. Otro de la Policía Nacional de Pamplona resumiendo la vida y costumbres de Ignacio, incluyendo las manifestaciones de diversas personas de su entorno. Datos bancarios. Las declaraciones de Maite, ante el juzgado y la Policía Nacional, la mía propia en la comisaría de los Mozos. Nada especialmente interesante ni que me ofreciera información nueva.

Me detuve un rato en el informe que se refería a Luis Goma Fernández, elaborado por los Mozos de Escuadra con información que les había suministrado la Guardia Civil. Había servido en la Benemérita desde 1934 hasta su retiro en 1970. Destinos en La Seu d’Urgell y Pamplona. Desde su jubilación vivía en La Seu d’Urgell. Estaba viudo desde hacía diez años. Tenía dos hijos. Mariano Goma Badia, que había sido también guardia civil y que se había jubilado hacía once años, y Ramón Goma Badia, empresario. El primero vivía en La Seu d’Urgell, no tenía hijos y, junto con su esposa,

cuidaba de su padre que tenía un alto grado de dependencia y no podía moverse sino en silla de ruedas. El segundo vivía en Barcelona, también estaba casado y tenía tres hijos. No constaba que ninguno de ellos hubiera tenido ninguna relación anterior con el fallecido señor Villanueva, guardia civil jubilado por invalidez. El 22 de junio el citado señor Villanueva había visitado la casa-cuartel de la Guardia Civil en La Seu d'Urgell y había hablado con el teniente don Adolfo Chamorro López, con el cual telefónicamente había concertado una entrevista la semana anterior. Le había solicitado información sobre ciertos hechos acontecidos en La Seu d'Urgell en 1934, de los que el citado teniente no tenía ninguna constancia ni había antecedentes en el cuartel, pero le remitió a don Luis Goma y le facilitó su número de teléfono. El señor Villanueva telefoneó y concertó una entrevista al día siguiente. Se habían tomado las manifestaciones del señor Goma y de su nuera, doña María Luisa Torres Mateos, en el sentido de que el señor Villanueva les visitó el día 23 de junio y estuvo conversando con don Luis Goma por espacio de aproximadamente una hora. Con posterioridad no habían tenido ningún contacto con él y supieron de su fallecimiento por los medios de comunicación. La entrevista versó sobre hechos sucedidos en los años treinta, principalmente durante la Guerra Civil, que interesaban al señor Villanueva por su condición de historiador.

Algo me llamó la atención. No habían tenido ningún contacto con él después de la conversación del día 23 de junio que yo había visto grabada. Pero juraría haber leído... Repasé el montón de folios que ya había visto. La lista de llamadas del teléfono móvil de Ignacio. Había varias llamadas. Sí, una llamada el 22 de junio que hizo Ignacio a Luis Goma, y otras dos el día 24 de junio. El día que murió Ignacio. Al leerlo por primera vez pensé distraídamente que quizás él les llamó al día siguiente a su visita para agradecer su atención. Ignacio solía ser muy protocolario. Pero ellos decían que no habían vuelto a hablar después de la entrevista. Había una llamada de Ignacio al número de Luis Goma a las diez de la mañana. No era una llamada perdida, había durado casi siete minutos. Y otra llamada, esta desde el teléfono de Luis Goma al de Ignacio, a las doce y media, que duró casi tres minutos. Aquello no tenía sentido. ¿Por qué decían que no habían tenido más contacto, si hubo dos conversaciones más? Probablemente entre Ignacio y la nuera de Luis Goma, ya que él no solía hablar por teléfono por su pérdida de oído, eso había dicho en el video. ¿O había hablado con otra persona? ¿Tenía aquello alguna relevancia? No me parecía que ni Luis Goma ni su nuera pudieran ser sospechosos de tener algo que ver con la muerte de Ignacio.

Apenas le conocían, no podían tener ningún motivo. Pero aquello era raro. Y en la investigación de un asesinato cualquier dato que no concuerde puede tener importancia. ¿Se habrían dado cuenta los Mozos de Escuadra, la juez, de aquella contradicción? No tenía motivos para suponer que no hicieran bien su trabajo y se les hubiera pasado por alto... Bueno, sí, sí tenía motivo para suponer que la juez no hacía bien su trabajo. Sus ridículas sospechas sobre Maite y yo. En cambio, Roca y los suyos parecían competentes. Pero vete a saber. Quizás se les había pasado por alto. Han tenido que manejar muchos datos y, además, se han distraído sospechando de nosotros o revisando los archivos del ordenador. Estuve dando vueltas a aquello. ¿Merecía la pena llamar a Roca para contárselo? ¿No haría el ridículo? Puede que me contestara que por supuesto que se habían dado cuenta y que todo tenía una explicación bien simple. Pero el asunto era lo suficientemente grave como para arriesgarme a hacer el ridículo. Más vale una vez rojo que cien amarillo según el refrán, me dije. Decidí llamarle.

—Lamento llamarle a estas horas... —me disculpé después de los saludos.

—No se preocupe, ya me gustaría que me hubiese interrumpido en mis horas libres, pero todavía estoy en la comisaría.

Le expliqué la contradicción que había encontrado en los documentos del sumario. Se sorprendió.

—¿Sí? ¿Está seguro? Mire, voy a comprobarlo. Le llamo en diez minutos. A los quince minutos me llamó.

—Tiene usted razón, y se nos había pasado por completo. Fue Rovira quien habló con ellos, con Luis Goma y su nuera, en su casa. Le aseguraron que no habían vuelto a ver ni a hablar con su amigo Ignacio después de la visita que les hizo, la que tenemos grabada. Y ahora les ha vuelto a llamar para confirmarlo. Ha hablado por teléfono con la nuera y ha repetido lo mismo. No sabe nada de esas llamadas del día siguiente. Dice que pudo haberlas hecho su marido, aunque no le ha comentado nada. Y en este momento no estaba en casa. No usa teléfono móvil. En fin, que vamos a ver si conseguimos hablar con él, Mariano Goma se llama, y nos aclara si fue él quien hizo esas llamadas y por qué. No sé si tendrá trascendencia o no, pero tenemos que comprobarlo, es un cabo suelto en la investigación. Le agradezco que me lo haya advertido.

—No es nada. Me ha llamado la atención.

—Le tendré al corriente si hay alguna novedad.

Nos despedimos. Estaba ya oscureciendo y empezaba a refrescar mínimamente. Decidí dar un paseo antes de irme a dormir pronto. Había sido un día agitado.

Eran algo más de las ocho de la mañana y yo estaba desayunando en la cafetería del hotel. Había dormido mal, había pasado calor aunque afortunadamente la temperatura había bajado de los veinte grados. Me desperté en medio de una pesadilla. Estaba de nuevo en el Instituto de Medicina Legal de Lérida pero, en esta ocasión, para hacer la autopsia a la juez de Seo de Urgel. No sé cómo ni por qué había muerto, solo sé que estábamos a punto de hacerle la autopsia. En una fría sala de autopsias me acompañaban el forense, el doctor Serra, y el sargento Roca. Todos íbamos vestidos con batas, gorros, guantes y mascarillas verdes. Esperábamos junto a una mesa vacía a que nos trajeran el cadáver. Yo temía el momento de tener que ver delante de mí un cadáver, experiencia que suponía muy desagradable. Entraban con una camilla pero resulta que en lugar del cadáver entero que yo esperaba iban disponiendo sobre la mesa los órganos ya extraídos: un cerebro, unos pulmones, un corazón... Me resultaba todavía más desagradable que un cadáver completo y tenía ganas de vomitar. Me desperté preguntándome si es que odiaba tanto a la juez como para desear verla muerta y despedazada. Me gustaría decir que no, pero el sueño me resultaba muy inquietante. Con el subconsciente nunca se sabe. Quizás la jueza representaba a toda la judicatura, o a la justicia, o a mi trabajo. Tenía intención de irme para Pamplona en cuanto acabara de desayunar y recogiera mis cosas. Sonó el móvil y vi que era Roca quien me llamaba.

—Hay novedades —me dijo tras de los saludos—. Importantes.

—Le escucho.

—Tenemos un detenido.

—¿Quién es?

—Mariano Goma, el hijo de Luis Goma, de quien hablamos ayer noche. Ha confesado. Es él quien empujó a su amigo Ignacio y le hizo caer desde la terraza del hotel.

—Pero, ¿por qué lo hizo? Si no le conocía... —pregunté muy intrigado.

—¿Está usted todavía en La Seu? —me respondió dejando sin contestación mi pregunta.

—Sí, estoy desayunando en el hotel.

—Mire, vamos a llevar al detenido para que preste declaración en el juzgado dentro de un rato. La juez ha dicho que le tomará declaración a partir de las nueve y media, y que le autoriza a usted, como acusación particular, a estar presente si quiere.

—Por supuesto que quiero.

—Así se enterará de primera mano de todo. Si quiere, podemos quedar a las nueve en el juzgado y le cuento las circunstancias de la detención.

—Muy bien, nos vemos allí.

Aunque tenía tiempo de sobra, acabé de desayunar velozmente, consumido por la impaciencia. También a toda prisa hice la maleta, ya que había anunciado mi marcha en el hotel, y la bajé a recepción. Pregunté si podría quedarme otra noche si era necesario. Me informaron que sí, que tenían habitaciones libres. Liquidé de todos modos mi cuenta ante la duda de si después de la declaración en el juzgado tendría motivo para quedarme en Seo de Urgel o si me volvería a casa.

La mañana todavía era fresca, aunque de nuevo brillaba el sol y no se veían nubes, se anunciaba otro día caluroso. Me acerqué a pie, procurando andar despacio, hacia el juzgado. De todos modos llegué pronto, eran solo las nueve menos diez, y en la entrada no se veía ni a Roca ni a ninguno otro de sus mozos. Me impuse esperar con la mayor paciencia que pudiera, aunque no tuve que esperar mucho. A los cinco minutos apareció Roca, que descendió de un vehículo policial que le dejó cerca de la puerta del juzgado. Vestía uniforme y se dirigió directamente hacia mí.

—*Bon dia!* ¿Quiere tomar un café? —me preguntó mientras estrechaba mi mano—. Necesito un café, si le parece mientras lo tomamos le voy contando.

Acepté y fuimos a un bar cercano, a una manzana de la entrada del juzgado. Aunque yo me acababa de tomar un café en el desayuno pedí otro, nunca viene mal la cafeína a esas horas si hay que trabajar.

—Le detuvimos anoche —contestó en respuesta a mis preguntas una vez que nos hubimos sentado con nuestros cafés delante—. Y como consecuencia de la conversación que tuvimos usted y yo. La pista resultó ser buena.

—Me alegro de haber hecho esa llamada, entonces.

—Vamos por orden. Envié a Rovira y a Rosell al barrio donde vive la familia Goma, a Castellciutat, bueno, aquí dicen que es un pueblo diferente de La Seu, a ver si localizaban al tal Mariano Goma para interrogarle sobre las

llamadas. No estaba en su casa, su mujer dijo a Rovira que no sabía a qué hora regresaría, a veces llegaba para cenar pero a veces más tarde, y que probablemente estaría en algún bar del barrio, bebiendo o jugando a la botifarra.

—¿La butifarra? —pregunté—. ¿Eso no es un embutido?

—Es un juego de cartas que aquí, en Cataluña, se juega mucho. Y sí, botifarra o butifarra, en castellano, también es un embutido.

—No lo conocía.

—Bueno, el caso es que Rovira y Rosell, provistos con su fotografía del DNI, echaron un vistazo por los bares de los alrededores. Localizaron a una persona que se parecía mucho a la foto, estaba sentada en un bar jugando a cartas, así que le preguntaron si se llamaba Mariano Goma. Dijo que sí, y en cuanto se identificaron como *Mossos d'Esquadra*, iban de paisano, salió huyendo. Aunque anda cerca de los setenta años sigue en buena condición física y parece que está ágil para correr. Salieron detrás de él y consiguieron darle alcance y detenerle.

Me vino a la imaginación la visión del cabo Rovira y de la agente Rosell derribando a Mariano Goma y esposándole en el suelo. Los dos eran altos y fuertes, no me gustaría enfrentarme a ambos, cualquiera tiene todas las de perder incluso contra uno de ellos solo.

—Lo llevaron a comisaría inmediatamente y lo interrogamos. Se notaba que había estado bebiendo. Primero, le preguntamos por el motivo de su huida. Al principio estuvo un poco remiso, pero acabó confesando todo. Huyó porque llevaba varios días agobiado pensando que en cualquier momento podían descubrirle y le entró el pánico creyendo que le íbamos a detener. Supuso que sabíamos más de lo que en realidad sabíamos. Nos aprovechamos de ello en el interrogatorio. Le preguntamos directamente por qué había matado a su amigo Ignacio Villanueva y respondió que, en realidad, no quería matarlo. Que fue un accidente. Y confesado ya el hecho, luego nos fue contando todos los detalles.

—Entonces, ¿fue él quien empujó a Ignacio desde la terraza?

—Sí, fue él, aunque probablemente es verdad que no tenía intención de matarlo, pero se enfadó y perdió el control y acabó empujándolo al vacío con el resultado de que le causó la muerte.

—¿Y por qué perdió el control?

—Pues mire, al final resulta que la muerte sí tenía que ver con el contenido del ordenador portátil.

—O sea, fue él quien se lo llevó y le sacó el disco duro.

—Efectivamente.

—Pero supongo que no sería para ocultar la historia del rey de Andorra que había traído a Ignacio a la Seo.

—No, no —Roca sonrió con la idea—. Puede que ni haya oído hablar de ella. Pero sí quería hacer desaparecer la grabación con la conversación de su padre con su amigo Ignacio, le molestaba lo que le había contado, pero no sobre el rey de Andorra sino sobre la Guerra Civil.

—¿Y por qué? No contó nada que no se sepa...

—Así es. Pero, mire, se hace la hora de volver al juzgado. Supongo que en la declaración podrá usted enterarse de todos los detalles. Vamos para allá.

Volvimos a los juzgados, eran las nueve y veinticinco. En la calle había un furgón de los Mozos de Escuadra, probablemente el que había trasladado al detenido. El cabo Rovira esperaba en la entrada del juzgado a su superior, y también estaba presente allí un abogado del turno de asistencia al detenido que se iba a hacer cargo de la asistencia a Mariano Goma. Esperamos apenas unos minutos y nos introdujeron al otro abogado y a mí en el mismo despacho donde días atrás había prestado declaración Maite. Los policías quedaron fuera. En el despacho estaban ya la juez, la secretaria, un fiscal y el detenido esposado. Le miré con curiosidad mientras la secretaria procedía a tomar los datos de los presentes. Era un hombre mayor, como me había dicho Roca rondaría los setenta años, pero con buena presencia física. Era alto, corpulento, se le veía fuerte. Al contrario que su padre, al que el cabello se le había vuelto blanco, solo mostraba unas pocas canas en su pelo negro. La cara bastante inexpresiva, en todo caso cierto gesto de disgusto por estar allí.

Tras informar que estábamos allí para tomar declaración al detenido y leer los nombres de todos los que estábamos presentes, la juez comenzó a formular sus preguntas.

—¿Cuándo conoció usted a don Ignacio Villanueva Sola?

—El miércoles pasado.

—¿No le había visto usted antes?

—No.

—¿Y cómo le conoció?

—Llamó por teléfono a mi casa. Había estado el día anterior hablando con mi padre, aunque entonces yo no estaba en casa y no le vi. Me dijo que quería volver a hablar con mi padre.

—¿Sabe usted de qué quería hablar con su padre?

—De los tiempos de la Guerra Civil.

—¿Y qué le dijo usted?

—Que no iba a hablar con él. Que mi padre no tenía nada que contar.

Desde luego no consultaste con tu padre, pensé, él hubiera estado encantado de seguir hablando. Pero parece que tienes malas pulgas.

—¿Le preguntó usted a su padre si quería hablar con el señor Villanueva?

—No, no le dije nada. No quería molestarle. Está ya muy mayor, ha cumplido los cien años, no me pareció bien que le molestara con preguntas de cosas de hace tanto tiempo.

—Pero usted sabía que su padre había querido hablar el día anterior con él...

—Sí, me lo había dicho la noche anterior, que había estado con un historiador que estaba muy interesado en la época de la Guerra Civil. No me pareció bien.

—¿Por qué no le pareció bien?

—Es mejor olvidar esos tiempos. Y sobre todo quienes los sufrieron, como mi padre. Tiene derecho a que le dejen olvidar.

—Pero su padre parece que sí quería recordar y hablar con el señor Villanueva.

—Está muy mayor. No rige del todo bien. Yo sé lo que le conviene y lo que no.

Por lo que yo había visto en la grabación, su padre regía perfectamente, mejor que su hijo. Pensé que se dejaba llevar por ese prejuicio tan extendido de que cualquier persona de edad avanzada necesariamente ha de chochar. O aún peor, trataba de utilizar con la juez el prejuicio a su favor.

—¿Y qué más habló con el señor Villanueva?

—Él insistía en hablar con mi padre, pero le dije que no y le colgué.

—¿Volvió a hablar con él?

—Sí, le llamé yo ese mismo día, más tarde.

—¿Y por qué le llamó?

—Mi mujer me contó que el día anterior había hecho una grabación de la conversación con mi padre, que había grabado todo lo que hablaron en un ordenador portátil que llevaba.

—¿Y le llamó para hablar de la grabación?

—Sí, para decirle que la borrara.

—¿Por qué quería usted que la borrara?

—No me parecía bien que hubiese hecho esa grabación aprovechándose de que mi padre no está bien de la cabeza. Es un abuso. No quería que pudiera luego utilizar esas imágenes para que salieran en cualquier parte, en la televisión, en internet. Y, además, esas grabaciones se pueden manipular.

Sobre todo si se habla de cosas como la Guerra Civil. Se pueden utilizar las grabaciones para apoyar cualquier mentira, para que parezca que mi padre decía lo contrario de lo que decía. O para que parezca culpable de algo que sucedió en la guerra.

—¿Habló usted de eso con su padre?

—No, no, él no iba a entenderlo.

—Pero su padre no está incapacitado, no tiene ninguna enfermedad mental, y había consentido en que se hiciera la grabación.

—No está bien. No hace falta ningún médico que lo diga.

—Su mujer también había estado presente en la entrevista que fue grabada, ¿no es verdad?

—Sí, eso me dijo.

—¿Le dijo ella que el señor Villanueva había confundido a su padre, o que se había aprovechado de él de algún modo?

—No.

—O sea, que eso lo supuso usted solo.

—Lo sé, no necesito que me lo diga nadie —respondía el detenido cada vez con mayor malhumor.

La juez hizo una pausa más larga de las que venía haciendo entre pregunta y pregunta, para que la secretaria tecleara en el ordenador, mientras repasaba sus papeles.

—¿Qué le dijo el señor Villanueva cuando usted le pidió que borrara la grabación?

—Que no iba a borrarla, que no había ningún motivo para ello. Y que si quería me la podía enseñar para que yo comprobara personalmente lo que había grabado y que no tenía nada que temer sobre el uso que pudiera hacer.

—¿Y la vio usted?

—No la llegué a ver, pero quedé con él.

—¿Cuándo y dónde quedó con él?

—Me dijo que me esperaba en su hotel, que estaría esperándome en la terraza, con el ordenador, para enseñarme la grabación.

—¿Y qué pasó?

—Le encontré allí, en la terraza del hotel.

—¿Estaba solo?

—Sí. Le volví a decir que quería que borrara la grabación, que no tenía derecho a haber grabado la conversación. Él se negó.

—¿Y qué más pasó?

—Me enfadé y gritamos. Cogí el ordenador que tenía sobre la mesa y le dije que lo iba a tirar a la calle si no borraba la grabación. Él se me echó encima y quiso quitarme el ordenador de las manos. Yo me defendí.

—¿Le golpeó usted con el ordenador?

—No sé, los dos forcejeamos y nos empujamos. Yo solo me defendí.

Aquello era muy cínico. Mariano Goma era más corpulento que Ignacio y, aunque fuera veinte años mayor, no tenía la limitación de este, una pierna ortopédica. Yo sabía que Ignacio no había sido nunca una persona violenta, así que me imaginé perfectamente que la supuesta defensa propia de Goma en realidad había sido una agresión en la que Ignacio hizo lo que pudo para defenderse y se llevó la peor parte.

—¿Y le empujó usted por encima de la barandilla?

—Los dos nos empujamos. Él de pronto cayó sobre la barandilla y perdió el equilibrio. Y se fue a la calle. Yo no quería tirarle, solo defenderme. Fue un accidente.

—¿Qué hizo usted después?

—Me fui de allí.

—¿Se llevó usted el ordenador?

—Sí, sí, lo tenía en las manos y me lo llevé.

—Pero cogió también el maletín donde se guardaba.

—Sí.

Más cinismo. Calculó muy fríamente lo que tenía que hacer. Llevarse el ordenador dentro del maletín.

—Y no llamó a nadie para decirle que el señor Villanueva había caído a la calle desde la terraza.

—No.

—¿Por qué no?

—Estaba muy alterado. No sabía lo que hacía.

—Pero sí sabía lo que hacía al recoger el ordenador y meterlo en su maletín.

Bien por la juez, pensé. Sentía bastante antipatía por ella a causa de sus gratuitas sospechas sobre mí, pero había que reconocer que no se estaba dejando llevar por las excusas fáciles de Goma. Le estaba poniendo en su sitio y señalando sus contradicciones más que evidentes.

—No me acuerdo de eso.

—Pero se llevó el maletín con el ordenador a su casa.

—No, a mi casa no.

—¿A dónde lo llevó?

—A una tienda de informática de un amigo mío.

—¿La tienda se llama BR Informática?

—Sí.

—Y su amigo Braulio Ramírez.

—Sí.

—¿Para qué lo llevó allí?

—Le pedí que borrara todo lo que había en el ordenador.

—¿Y lo borró?

—Me dijo que es muy complicado borrar del todo lo que hay en un ordenador de modo que sea imposible recuperarlo. Que para tener la completa garantía de que no se vaya a poder recuperar, lo mejor es sacar el disco duro y destruirlo.

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues que lo abrió y sacó el disco duro. Me dijo que lo destruyera, que lo quemara o que lo tirara al fondo de un río o, mejor, al fondo del mar.

—¿Y qué hizo usted?

—Me llevé el disco duro y al día siguiente lo tiré al fondo del embalse de Oliana.

—¿Y qué hizo con el ordenador?

—Se lo dejé a mi amigo y le dije que se deshiciera de él.

—¿Limpió usted el ordenador?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que no encontraran mis huellas digitales.

—Entonces usted sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Mariano Goma guardó un momento de silencio. Se daba cuenta de que sus excusas perdían toda credibilidad, si es que hubieran tenido alguna. Tras una pausa en que se le vio que perdía la compostura que había mantenido hasta entonces respondió como pudo.

—Entonces sí. Ya me había calmado.

—Y quería ocultar el homicidio.

—Fue un accidente. Yo no quería matarle, yo no le maté.

—Pero sí se apoderó de su ordenador.

Goma no respondió nada y la juez no insistió. Volvió a hacer una larga pausa mirando sus papeles. Finalmente, levantó la vista y la dirigió alrededor.

—¿Alguno de ustedes quiere hacer alguna pregunta más?

El fiscal y el otro abogado hicieron un gesto negativo. Sin pensarlo mucho yo me decidí.

—Sí, señorita, si me permite.

—Puede usted preguntar.

—¿Le dijo el señor Villanueva, cuando llamó a su casa, de qué quería hablar con su padre?

—Sí. De la Guerra Civil. Dijo que le había interesado mucho lo que le había contado mi padre.

—¿No le mencionó si quería hablar también del rey de Andorra?

Goma puso cara de sorpresa.

—No, no me habló de eso. Solo de la Guerra Civil, de lo que había visto mi padre en La Seu y en Pamplona.

—Nada más, señorita.

La juez dio por finalizada la declaración. Después de firmarla todos, el otro abogado la leyó muy despacio mientras todos esperábamos incómodos, se llevaron al detenido y salí del juzgado. Fuera se me reunió el sargento Roca. Volvía a ser el hombre amable y comunicativo de antes y se ofreció a acompañarme al hotel mientras acabábamos de comentar el caso.

—Me sorprende esa obcecación con destruir la grabación —le dije mientras íbamos andando—. Tanta que ha acabado con una vida y que le va a enviar a él a la cárcel.

—Por lo que nos han contado, esta es una ciudad pequeña donde todo el mundo se conoce, el tal Mariano Goma siempre ha tenido un carácter bastante violento. Por lo visto, pierde el control con facilidad. En sus años en la Guardia Civil tuvo varios incidentes y recibió varias sanciones, siempre por comportamientos violentos derivados de su mal carácter. Aunque nunca nada tan grave como para ser expulsado del cuerpo, pudo retirarse cuando le tocó por edad. Y parece que la cosa empeora cuando ha bebido, cosa que debe de hacer muy a menudo.

—Desde luego, parece una reacción muy exagerada la que tuvo, golpeando a Ignacio con el ordenador intentando quitárselo.

—Sí, efectivamente. Aunque probablemente para entenderlo haya que tener en cuenta también su ideología. Por lo visto, ha sido siempre una persona muy de extrema derecha, muy nostálgica de la época del franquismo en la que creció. En la comisaría se explayó más que cuando se le ha tomado declaración formal, se le habían pasado ya los efectos del alcohol que consumió anoche. Le molesta mucho que los historiadores revisen la historia oficial de aquella época. Cree que todos son comunistas y masones. Y, por lo visto, la tomó con su amigo Ignacio. Le molestó mucho que hablara con su padre y se temía que acabara siendo mencionado en algún libro de historia.

—Pues podría haber sucedido. Ignacio vino a investigar lo del rey de Andorra, pero parece que después de oír la historia de Luis Goma se empezaba a interesar también por sus experiencias en la Guerra Civil. Por eso debió de llamar para concertar otra entrevista.

—Lo más curioso es que Mariano Goma nos dijo que estaba convencido de que su amigo Ignacio, en el fondo, lo que quería era desprestigiar a Franco, bueno, él dice todavía el Caudillo, y a la Guardia Civil.

—¿Sí? ¿A la Guardia Civil?

—Sí, parece que es también un poco paranoico. Cuando le dije que Ignacio Villanueva había sido guardia civil, condecorado y retirado por invalidez como víctima de un atentado, se quedó blanco. Por lo visto no quiso ni leer la noticia de su muerte en la prensa y no sabía nada de él.

—Cuando se es tan obcecado pasan estas cosas, se vive en otra realidad...

—También insiste mucho en lo del accidente. Que él no quería matarle ni tirarle de la terraza. Que no le empujó, que fue él quien se cayó.

—Algo de razón podría tener. Quiero decir, en la intención, probablemente no le diera un empujón tan fuerte como para que normalmente una persona cayera a la calle. Pero Ignacio tenía una pierna ortopédica. Se manejaba bastante bien, a veces casi ni se le notaba e incluso conducía sin problemas, pero no podía hacer movimientos muy bruscos porque perdía el equilibrio. Le he visto más de una vez tener que agarrarse a algo para no caer. Supongo que al ser empujado contra la barandilla perdió el equilibrio y donde quizás otra persona no hubiera caído, él tuvo la mala fortuna de precipitarse al vacío.

—Sí, en un caso así siempre interviene la mala suerte, aunque eso no libra a Goma de su responsabilidad.

—Desde luego. No será juzgado por asesinato pero sí por homicidio.

—Quizás tenga compañía en el banquillo. Vamos a interrogar esta mañana también a su amigo el informático. Ya le conocíamos, tiene una tienda donde más que a la informática se dedica a la piratería, o eso suponemos. Por eso Mariano Goma acudió a él, ya sabía que no iba a tener escrúpulos sobre de dónde venía el ordenador y por qué tenía tanto interés en borrar completamente el contenido. No me extrañaría que estuviera al tanto de todo lo ocurrido y de que se le pueda juzgar como encubridor. En fin, han ido a por él al pueblo donde vive, Arfa, aquí cerca, a estas horas ya estará detenido.

Me despedí de Roca en la puerta del hotel. Quedamos en seguir en contacto.

23

—O sea, que murió por perseguir esa ridícula historia del rey de Andorra que, además, era falsa —dijo Maite muy afligida.

Estábamos sentados en una terraza de la plaza Yamaguchi, viendo atardecer. Después de otro día de calor sofocante apenas había bajado la temperatura, había algunas nubes y soplaba algo de viento que, aunque cálido, hacía soportable estar al aire libre. Al llegar a Pamplona la había llamado y habíamos quedado allí para contarle los últimos sucesos. No era cuestión de hacerlo por teléfono. Me escuchó en silencio mientras yo hacía todo el relato hasta que acabé de contarle la declaración de Mariano Goma en el juzgado de Seo de Urgel.

—Si te lo planteas así te va a resultar más deprimente aún. Es como que Ignacio perdió la vida inútilmente.

—Y fue así.

—No es así. Ha muerto por mala suerte, por un mal encuentro con un sujeto que perdió los papeles, por un empujón muy desafortunado, por una caída que en otros casos no es mortal pero en este caso sí...

—De todos modos una muerte sin sentido.

—La muerte nunca tiene sentido —dije, dándome cuenta de inmediato lo inoportuno de la reflexión, Maite necesitaba pensar que todo aquello tenía algún sentido, y traté de remediar la torpeza—. La vida es lo que tiene sentido. Y la vida de Ignacio tuvo mucho sentido.

—Menos irse a Seo de Urgel por una tontería...

—No lo veas de forma tan negativa. También eso tuvo sentido, aunque allí le esperara la mala suerte. Ignacio iba persiguiendo una historia, que es lo que le apasionaba. Encontrar historias, investigarlas, revelar la verdad. Míralo desde el punto de vista de que estaba haciendo lo que le hacía feliz.

—Sí, como dicen los curas, lo dijo el párroco en el funeral, no venimos a lamentar la muerte sino a celebrar la vida. Pero ahora mismo yo solo tengo ganas de llorar —afirmó Maite, aunque no estaba llorando, solo triste pero

serena. Pensé que estaba entrando en la peor parte, pasados los primeros días de conmoción, cuando hay que enfrentarse a lo cotidiano, al día a día.

—Te entiendo. Ya sé que ahora todo lo que te cuento es muy poco consuelo.

Nos quedamos un rato en silencio.

—Tendré que seguir viviendo —dijo Maite—. Aunque solo sea por Pedro. Y por toda mi familia. Aunque no sé cómo.

No supe qué decir, pero por fortuna ella misma había decidido poner un punto y aparte.

—Cuéntame algo más.

—Estaba pensando que, en realidad, Ignacio no perdió el tiempo en Seo de Urgel, no fue detrás de una historia estúpida. No pienses eso. La historia del rey de Andorra fue lo que le llamó la atención, pero de sus notas deduzco que cuando va comprobando que es una historia falsa en su mayor parte, él encuentra otra historia que seguir, la de cómo se fue creando esa leyenda. Eso es lo que va contando en sus notas, eso es lo que le gustaba hacer, averiguar el origen de las historias falsas. Como él hubiera dicho, desmontar mentiras históricas es igual de interesante que descubrir un delito y desenmascarar a un criminal. Y luego encontró otra historia, la de la Guerra Civil de Luis Goma. Como él decía, una historia lateral que se le presenta sin buscarla. Y también le gustaba eso, las historias que aparecían cuando estaba siguiendo otra cosa y ponerse a seguirlas a ver a dónde le llevaban.

—Pero ya no podrá escribirlas...

—No, se han quedado sin escribir.

—¿Por qué no la escribes tú?

—¿Qué?

—La falsa historia del rey de Andorra. Tienes sus notas.

—Yo no sé escribir.

—¿Cómo que no? Tú escribes mucho.

—Sí, demandas, querellas, recursos, alegaciones, contratos, algún artículo jurídico... No es lo mismo. No soy historiador ni escritor.

—Podrías intentarlo.

—Con poca garantía...

—Hazlo, por favor, hazlo por mí. Creo que así tendré menos sensación de que Ignacio perdió el tiempo y de que ese viaje, y su muerte, fueron algo absurdo.

—Bueno, quizás, lo intentaré. Ordenaré sus notas a ver qué sale.

—Solo te pido que lo intentes.

—Vale, pero no pondré mi firma, prefiero quedar en el anonimato.

—Eso es asunto tuyo.

Guardamos otro instante de silencio.

—¿Cómo es ese hombre?

—¿Quién?

—El que mató a Ignacio.

—Sé poco de él. Solo lo vi en la declaración.

—Pero, ¿qué impresión te dio?

—Un sujeto huraño, amargado, supongo que violento. Según Roca, con problemas con el alcohol. Que echa la culpa de todo al resto del mundo y que no se hacía responsable de lo que había hecho. Él no quería, fue un accidente, repetía mucho.

—¿Qué le pasará? ¿Cuántos años de cárcel le van a caer?

—De diez a quince años es la pena por homicidio, pero si se considera que fue solo homicidio imprudente de uno a cuatro años.

—¿Y crees que considerarán que es solo homicidio imprudente?

—No lo sé. Será un juicio con jurado. Es muy imprevisible. Nunca se sabe por dónde van a salir los jurados.

Después de otro silencio, volvió a hablar Maite.

—En realidad me da lo mismo. No me van a devolver a Ignacio. Cuatro, diez, quince años. Qué más da. No pienso ir al juicio. Me basta con que vayas tú y que te ocupes de que se aplique la ley. Eso es lo que hubiera dicho Ignacio. Que se aplique la ley y vaya a la cárcel lo que tenga que ir.

—Intentaré que le caiga lo más posible.

—Lo más posible será poco en todo caso, por una vida.

—Siempre es así.

—Pero no quiero amargarme todavía más haciendo cuentas ni clamando venganza. Qué más me da cuatro que diez años. Aunque fueran cuarenta. Todo será igual de injusto y no me van a devolver mi vida con Ignacio.

—Sería más injusto que no hubiera castigo. Al menos habrá un castigo.

—Sí, no me consuela, pero también quiero que haya un castigo. No sé por qué, pero sería peor si supiera que no va a tener un castigo. Luego igual me enfado si me parece poco. No sé. Es todo tan... horrible.

Otro silencio, yo me sentía incómodo y confuso. No sabía si aquella conversación le serviría a Maite, al menos, de desahogo, o si le hacía sufrir más. No quería transmitirle mi escepticismo sobre la justicia, fruto de demasiados años de trabajar en sus aledaños. Yo también necesito la ilusión de creer que, al menos en parte, se puede lograr un poco de justicia.

—¿Cómo es el padre?

—¿Luis Goma? —pregunté, ella asintió—. No sé. Solo lo he visto en la grabación, con Ignacio. Puedes verla también.

—Ni hablar, no me apetece. No pienso verla. Dime tu impresión.

—Me parece una persona corriente, supongo, salvo lo de llegar a los cien años. Con muchas cosas que contar, claro, de todo lo que ha vivido, y ganas de hablar. Aunque supongo que se guardará muchas cosas, no me creo que a Ignacio le contara todo lo que sabe, o todo lo que ha visto.

—¿Por qué lo dices?

—Es igual que su hijo, al menos en su empeño en quitarse cualquier responsabilidad de lo que pasaba en la guerra. Él solo obedecía, él solo cumplía órdenes. Desde luego, no me pareció un héroe, creo que en la guerra lo único que le preocupó fue salvar el pellejo. No se cambió de bando por ideales sino calculando cuál iba a ser el vencedor. Pero, bueno, es lo que haría la mayoría de la gente. Tampoco un canalla, al menos era consciente de las injusticias en las que colaboraba. Sin poder evitarlas, claro, es su excusa. Tampoco creo que lo intentara mucho. Y habla de ellas ahora, supongo que durante el franquismo estuvo bien callado. Una persona mediocre, como la mayoría, cobarde. Aunque viéndole tan mayor, uno tiende a sentir simpatía, hasta ternura.

—O sea, poco mejor que su hijo.

—Un poco menos canalla, supongo. El hijo me parece peor persona. Aunque el padre alguna responsabilidad tendrá en cómo le ha educado.

—¿Y su mujer? La del hijo.

—No sé, solo la vi fugazmente en la grabación. Parecía buena persona. Viendo cómo es su marido, supongo que será la que ha mantenido un poco de orden en la familia, la que se ocupa de cuidar a su marido y a su suegro. Contará menos batallitas que el suegro pero seguramente habrá luchado en la vida tanto o más que él.

—Me da más pena que ellos. Bueno, ellos nada. Pero la pobre mujer... con un marido homicida en la cárcel, cuidando al suegro, sin hijos que la cuiden a ella.

Me alegró ver que Maite conservara tanta ecuanimidad como para pensar en la mujer de quien había matado a su marido. Tras otro silencio cambió de tema.

—No sé qué hacer. Ana quiere que me vaya ya este fin de semana con ellos a Malgrat de Mar. Se juntan todos allí, sus suegros y sus cuñados, para

pasar todo el mes en la playa. No sé si me apetece. Pero tampoco quedarme en Pamplona por los sanfermines.

—Seguro que te va bien un cambio.

—No lo sé. Quizás vaya por Pedro. A él le gusta aquello. Y está empeñado en no dejarme sola, ha cancelado los planes que tenía para las vacaciones. Y mi socia también está empeñada en echarme de la tienda, dice que ya se ocupa ella de todo.

—Hazle caso.

—Quiero que todo esto pase —suspiró.

—Pasará.

—Demasiado despacio.

—Ten paciencia.

—Necesitaré ayuda.

—Sabes que puedes contar conmigo y con mucha más gente que te quiere.

—Sí, ya lo sé.

Guardamos silencio.

—No se te ocurra morirte a ti también —dijo ella.

—Descuida. Voy a estar aquí, yo no me voy a morir.